

An aerial photograph of a wide, winding river with a sandy bank, cutting through a dense, lush green forest. The river flows from the top right towards the bottom left, forming a large loop. The forest is a vibrant green, and the river water is a muddy brown color. The overall scene is a natural, untouched landscape.

LOS CUATRO VIENTOS

*La odisea de un chamán
en el Amazonas*

Alberto Villoldo Ph.D
Erik Jendresen

ALBERTO VILLOLDO

ERIK JENDRESEN

LOS CUATRO VIENTOS

*La odisea de un chamán en
el Amazonas*

Para mayor información del Dr. Alberto Villoldo en español,
visite www.loscuatrocaminos.com y en inglés www.thefourwinds.com

Prefacio

En 1973 emprendí un viaje que no tiene fin. Comenzó siendo una búsqueda romántica para experimentar los efectos de una pócima legendaria. Fue inspirada por el idealismo juvenil y un doctorado que colgaba frente a mi nariz como una zanahoria. Viajé a Perú, me interné en el Amazonas y hallé lo que buscaba. Eso fue sencillo.

Dieciséis años, tres libros y mucho tiempo más tarde, me siento impulsado a relatar la historia de mi viaje, la historia de aquellos años.

Todas las tradiciones místicas, desde la cábala judía hasta las Upanishads hindúes, reconocen la existencia de cosas que pueden ser conocidas pero no nombradas. Existen ciertas cualidades de experiencia sensorial que parecen desafiar toda descripción. Con frecuencia nuestras experiencias más vívidas e importantes resultan ser aquellas que nos cuesta relatar; es más simple renunciar al esfuerzo que relatarlas pobremente. Tal es la naturaleza de mis aventuras. Hace dos años me hallaba en un dilema: necesitaba contar mi historia, transmitir cuanto sabía, pero no sabía cómo hacerlo.

Hace muchos años un adivino medio ciego me dijo que en este mundo existen dos clases de personas: las que son soñadas y las que sueñan. Necesitaba alguien a quien soñar, alguien en quien pudiera confiar, alguien que creyera en las cosas que pueden ser conocidas pero no nombradas; sin embargo, tenía deseos de escribir acerca de ellas.

9

Erik Jendresen y yo nos conocimos en 1979. En 1982 él se instaló en México para escribir y, aunque estábamos al tanto de nuestras respectivas vidas, no volvimos a vernos hasta la primavera de 1987. Mientras tanto, yo había continuado con mi trabajo en Perú y Erik había escrito para teatro y cine.

En abril del 1987 viajamos juntos a Brasil y pasamos tres semanas conversando, leyendo mis diarios y vagabundeando por las playas de Río de Janeiro.

Los Cuatro Vientos es el resultado de nuestra amistad y colaboración. Es mi historia, con sus palabras, y es verdad.

Alberto Villoldo
Enero 1, 1990
Palo Alto, California



Prólogo

Me muevo. Y respiro.

Avanzo a través de un collage de muchas capas de hojas mojadas, enredaderas

colgantes, rojos, amarillos y verdes bañados de gris por la luz de la luna. Camino con la cabeza agachada. Me apresuro, jadeando. El suelo cede levemente debajo de mis... ¿pies y manos? Se mueven al ritmo de los latidos de mi pecho. Mi aliento es caliente y húmedo; el corazón me late muy de prisa y puedo sentir mi propio olor por encima de la maraña mojada de la selva.

Allí estoy, sentado en un claro de la jungla, las piernas cruzadas, desnudo, mojado y brillando a la luz de la luna. La cabeza echada hacia atrás y el cuello tirante, expuesto. Mis brazos cuelgan a ambos lados de mi cuerpo; apoyo las manos sobre el suelo, con las palmas hacia arriba.

Me miro a mí mismo desde el borde de la jungla, siguiendo los contornos del borde del claro, para rodear a mí presa.

Silenciosamente. Cada vez más cerca.

Ahora respiramos al unísono. Mi cabeza cae hacia delante. El mentón me roza el pecho. Levanto la cabeza y abro los ojos para mirar fijamente los felinos ojos amarillos, mis ojos, ojos de animal. Contengo el aliento y estiro la mano para tocar el rostro del gato salvaje.

28 de octubre, 1975

Hace trece días que estoy de regreso en la jungla. Hace tres días que aguardo mientras Ramón prepara la ayahuasca. Anoche hubo luna llena y colocó el fétido brebaje en el tronco ahuecado que está junto a la laguna, detrás de su choza con techo de paja.

Esta noche beberé la ayahuasca y Ramón me guiará en el ritual, para que yo vaya al encuentro de la muerte.

Esta vez estoy preparado. Antonio se ocupó de ello y, de alguna manera, Ramón sabe que he hecho el trabajo, que he completado mi trabajo sobre el sur... ¿hace dos años? Sí. Sabe que el “médico americano”, el psicólogo gringo, apareció en medio de la selva amazónica, buscando la hierba de los

mueritos.

La jungla me abrume. El aire es espeso, de una densidad más que tropical. Impregnado de oxígeno, fragante, húmedo, pero que parece energía. La fuerza de la jungla. Me he vuelto más sensible a esta clase de cosas...

Ciertamente ejerce una fuerza sobre mi perspectiva del mundo. El Edén. El jardín del Edén. Puedo imaginar el Amazonas como una grieta sin fondo en el mundo, de la que emergió el alma viviente del planeta. Posee vida propia, conciencia, y es más grande que la suma de sus partes.

No sé si “abandoné” mi cuerpo y... me convertí en el jaguar que me acechaba. Aunque mis aventuras han debilitado mi pragmatismo, buena parte de él sigue intacto y necesito calificar ese tipo de experiencias.

Sé que anoche descubrí una parte de mí mismo, aun al escribir sobre ello mi corazón late más de prisa.

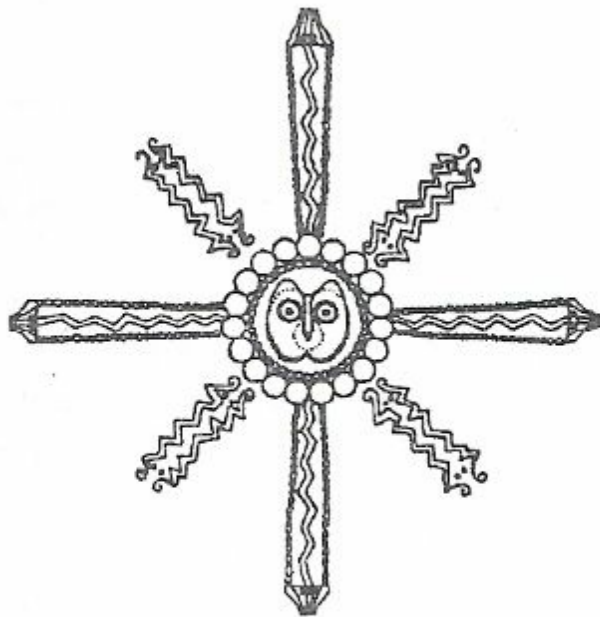
Esta tarde ayuné para prepararme para la noche. Fui hasta el recodo del río y, sobre mi pequeña playa de arena, recordé cuanto me ha traído hasta aquí y que esta

14

noche estaré a medio camino en la senda que conduce a la Rueda Medicinal. Cuando reflexiono sobre los acontecimientos de los últimos dos años, comprendo que no poseo la imaginación suficiente para anticipar qué hay más allá del “trabajo del oeste” de esta noche.

¿Puede ser más extraordinario que cuando ha sucedido hasta ahora?

SUR



No empleamos mucho la mente para pensar en el presente; los recuerdos y las expectativas llenan casi todos nuestros momentos.

Samuel Johnson

Partí de California en febrero de 1973. Cuando abordé el avión era invierno en San Francisco, y, cuando me quité el cinto de seguridad en Lima, Perú, promediaba el verano. Lo menciono porque sirvió para recordarme que no sólo había hecho un viaje en el espacio, sino también en el tiempo.

Cuando recuerdo esa partida y los acontecimientos que desembocaron en ella, sé que cualquiera de ellos podría ser interpretado como el comienzo de esta crónica. Resulta sencillo adjudicar importancia a los momentos de nuestro pasado, para ver en la historia la impronta del destino.

De modo que este relato podría comenzar con mis aventuras entre los aborígenes huicholes del norte de México, o mi trabajo con doña Pachita, la célebre curadora y cirujana de la ciudad de México, o incluso con mi investigación sobre las prácticas espiritistas de Brasil.

Si me remonto mas atrás en el tiempo, puedo citar la influencia de doña Rosa, la tuerta adivina negra que vivía en los suburbios de San Juan de Puerto Rico, que me advirtió sobre mi preocupación acerca de la muerte y las esferas poco ordinarias de la conciencia. Incluso tengo la tentación de comenzar hablando de mi niñera, una afroamericana, cubana de tercera generación, que llevaba a cabo rituales fantásticos y maravillosos en su pequeño cuarto que estaba en el extremo del corredor de nuestra casa de San Juan, para convocar a los espíritus.

O, más aún, podría describir las sensaciones de una muerte inminente, la experiencia

que tuve durante una transfusión de sangre que me hicieron cuando tenía dos años y medio y durante la cual tuve la sensación de abandonar mi cuerpo. Y podría prever mi predisposición para estudiar la relación entre la mente y el cuerpo, aduciendo que tuve un abuelo que llegó a ser jefe de cirugía en un hospital de la ciudad de Nueva York a comienzos del siglo, y regresó a su Cuba natal para construir un hospital en La Habana.

Pero esta no es una autobiografía y he dejado documentos sobre el tema en otros escritos. Simplemente comenzaré diciendo que había llegado a un punto crítico en mis estudios y había logrado el doctorado en psicología en el Instituto de Psicología Humanística. Después de tres años de estudiar ciencias de la conducta, de aprender teoría, psicología clínica, sistemas teóricos y neuroanatomía, de un año de terapia clínica en un centro de salud comunitario y de breves incursiones en las tradiciones curativas de los indígenas norteamericanos y latinoamericanos, estaba desasosegado, ansiaba algo diferente.

Algo diferente de las teorías antisépticas de la psicología occidental. Algo diferente de las atrofiadas teorías curativas de las reservas indígenas norteamericanas, donde los viejos mitos y leyendas sobreviven como un folklore pintoresco.

Como a muchos de mis contemporáneos, no me convencía el modelo psicológico occidental. Mi juvenil arrogancia me llevaba a considerar la práctica de la psicología como un proceso confuso en el que los terapeutas tratan de comprender los problemas de una persona disecando y racionalizando su estado, síntoma por síntoma, estableciendo una relación inevitable con una educación familiar inadecuada o una experiencia traumática de la infancia. Irónicamente, el proceso en sí mismo provoca, e incluso agrava, la patología. Durante la terapia las neurosis se cultivan y luego se cosechan.

Una y otra vez tomé a un paciente de la mano y abrí un sendero a través de su enmarañada conciencia y su subconsciente para llegar a la pradera reveladora de su inconsciente.

Los psicólogos contemporáneos me parecían paleontólogos poco atractivos y con gafas; y los temores, las preocupaciones, los rasgos de comportamiento y otros síntomas que intentaban curar con su terapia eran fragmentos óseos adheridos a la superficie de la psiquis. Se esforzaban para reunir esos fósiles y reconstruir, pedazo por pedazo, el esqueleto de la bestia que había en su interior. Mientas tanto, en alguna parte del inconsciente, la criatura completamente descarnada causaba estragos.

Y, en los laboratorios, los neurólogos cortaban en rodajas el cerebro humano y lo coloreaban, tratando de trazar trayectorias neurológicas, con la esperanza de descubrir la mente humana y las características de la conciencia.

Yo había sido formado en esa tradición. Sabía cómo trabajar con la mente desde afuera hacia adentro, y anhelaba estar adentro, mirando hacia afuera. Era cínico, arrogante, el sistema me impacientaba y criticaba la suficiencia con que muchos agregaban un título a su nombre y colgaban un letrero.

No estaba solo. No era el único que adoptaba esa actitud y esa ideología. Por el contrario, durante milenios otros habían planteado, con elegante sencillez, interrogantes sobre la naturaleza de la conciencia y la definición de la mente. Son interrogantes que aún no tienen respuesta. No me detendría en estas consideraciones de no ser por las características de la aventura que me esperaba. Describo mi actitud mental sólo como un punto de referencia, una lista intelectual.

Mi insatisfacción me indujo a ir hacia atrás en el tiempo y la tradición, a dejar de lado la psicología clínica y la neurología del ser humano moderno para concentrarme en la mitología clínica y el folklore del ser humano primitivo. Después de todo, la salud mental y física es igualmente importante, ya se trate de un indígena chamán del Amazonas superior o de un banquero inversor de la ciudad de Nueva York. En mi tesis doctoral había desarrollado el tema de las prácticas curativas tradicionales en las Américas y tuve la

fortuna de que mi padrino de tesis fuera uno de los principales investigadores del mundo especializados en estados de la conciencia. El doctor Stanley Krippner era un pionero en el estudio de fenómenos paranormales. Como director del laboratorio de sueños del Centro Médico Maimónides, había colaborado para que los laboratorios de las universidades de todo el país se dedicaran a la investigación del sueño.

Para quienes están en San Francisco, los ejemplos más accesibles de cultura primitiva se encuentran en las reservas indígenas norteamericanas del sudoeste de Estados Unidos. Después de estudiar durante unos meses la tradición de los navajos, llegué a la conclusión de que el desplazamiento y la aculturación de las tribus habían provocado el desplazamiento de su tradición. Los intentos que yo había realizado para estudiar las prácticas curativas de los aborígenes de las llanuras habían sido como tratar de estudiar los hábitos alimenticios de una cultura examinando una exposición de cestería indígena en un museo.

Después recorrí la ciudad de México durante unos meses y tuve la suerte de entablar una estrecha relación con sanadores urbanos, que preparaban medicinas con hierbas y practicaban diversas técnicas curativas esotéricas, incluyendo la cirugía psíquica. Fui testigo de mucha prestidigitación y de curaciones espontáneas. Eran cosas discutibles, pero bien encaminadas.

Como suele suceder, el momento crítico, el instante decisivo que cambiaría el enfoque de mis estudios y el curso de mi vida, llegó cuando menos lo esperaba, en un cuarto que estaba en el extremo de un vestíbulo de la universidad de California.

Brian Woodruff era un viejo amigo, un estudiante de primer año de medicina en la universidad de California, San Francisco. Yo estaba cumpliendo con los requisitos de un programa para graduados en el pabellón de pacientes internos de una clínica de salud mental, al norte de la ciudad, y Brian trabajaba febrilmente para completar sus estudios de primer año, cuando me llamó por teléfono para sugerirme que fuésemos a cenar en la ciudad. Yo iría a buscarlo a la sala 601 de la escuela de medicina. Eran las diez de la

noche cuando salí al estacionamiento del pabellón de enfermos mentales y me dirigí hacia el sur en medio de la niebla para luego entrar en San Francisco.



La puerta doble por la que entraba en el laboratorio de anatomía de la escuela de medicina de la universidad de California era pesada y de color gris institucional. El sonido de su cerradura rebotó en el frío linóleo.

El cuarto era del tamaño de un pequeño depósito y estaba iluminado por una luz fluorescente de color azul grisáceo. Había cuatro hileras de mesas con tapa de baquelita, sobre las que se veían bultos amorfos envueltos en lienzos engomados. El olor del formol me hizo fruncir la nariz. Brian puso una sierra de acero inoxidable junto a un cubo lleno de pollo frito y una botella de cerveza vacía, y se deslizó del alto taburete que estaba frente a su mesa.

–Hola. Trae un taburete. El pollo se está enfriando.

Brian estaba trabajando con el cadáver de una mujer joven. El lienzo engomado estaba plegado y permitía ver la parte superior del torso, el cuello y la cabeza. Su piel parecía el cuero de un ternero; su cutis era gris con tintes verdosos.

–Esta es Jennifer –dijo Brian–. Hemos estado juntos durante todo el semestre. –Empuñó la sierra quirúrgica.– Me ha enseñando más acerca del cuerpo humano de lo que supuse que se podía aprender. Jamás la olvidaré.

–Brian...

–Esta noche perderá la cabeza por mí y deseaba que estuvieras aquí.

–Gracias.

Me miró con expresión realista.

–En la actualidad no se puede presenciar una decapitación sin una subvención de

quinientos dólares y un año de escuela médica. Pensé que te interesaría.

–¿Por qué?

–Psicólogo.

–Sí –dije–. Cuando la gente pierde la cabeza acude a mí.

Me miro fijamente durante un segundo, tratando de interpretar el tono de mi voz.

–No tienes que hacerlo si no lo deseas –dijo él–. Sólo pensé que, bueno, si te resulta incómodo...

–Está bien –dije.

–Si prefieres...

Miré el cubo que contenía el pollo.

–Estoy tratando de no comer frituras –dije. No estaba dispuesto a reconocer que, curiosamente, estaba asqueado pero también irresistiblemente fascinado por el cadáver que estaba sobre la mesa. Me dio una cerveza.

–¿Comemos más tarde? –dijo él.

–Si podemos.

–Increíble, ¿verdad? En el otro extremo del pasillo hay un laboratorio donde se lleva a cabo la investigación más avanzada sobre ADN combinable. En la planta de abajo se ha formado un equipo de neurólogos, bioquímicos y especialistas en computación para simular los meandros neurales de las funciones cerebrales simples. Pero aquí desmenuzamos muertos como lo hacía Leonardo da Vinci hace quinientos años. –Miró a su alrededor, contemplando los bultos envueltos en lienzos.

–Comenzamos por la espalda porque lleva tiempo habituarse a este trabajo y resulta más fácil si uno no tiene que mirar el rostro; como si pudieran a su vez mirarnos y hacernos sentir culpables por violarlos con un escalpelo.

Se inclinó y tomó el mentón del cadáver con la palma de la mano. La cabeza se movió levemente.

Con decisión, colocó el borde aserrado del serrucho sobre una hendidura del cartílago entre las vértebras expuestas del cuello. No podía dejar de mirar. Cuando la cabeza estuvo separada del cuerpo él la tomó entre sus manos.

–Te sorprenderías si supieras todas las cosas creativas que se les ocurre hacer a los estudiantes de anatomía con las distintas partes del cuerpo de otras personas. – Puso la cabeza del cadáver sobre la mesa, se limpió las manos en el delantal y me entregó una presa de pollo, tomando una para él.

–Por la ciencia –dijo.

–Muy crocante –dije.

Comimos las presas y observé que no dejaba ni un resto de carne en el hueso. Hablamos sobre nuestros planes para el futuro: él se había comprometido a hacer un curso de cuatro años para graduarlos. La disciplina era estricta; había que nadar o hundirse. La mía era autoimpuesta y no tenía rumbo fijo. Mientras conversábamos, él sacó de un cajón algo parecido a un torno dental, lo conectó a un enchufe y escogió una cuchilla redonda, semejante a un disco, de unos cincuenta milímetros de diámetro.

–Reservan lo mejor para el final –dijo y el instrumento rechinó–. Sostenla, por favor.

Tomé la cabeza entre las manos y él aplicó la cuchilla sobre la frente. Cuando concluyó, después de hacer rotar la cabeza 360 grados, desconectó la pequeña sierra. El silbido de la cuchilla aún resonaba en mis oídos. Un extraño olor impregnó el aire y el polvillo del hueso cayó sobre el rostro, adhiriéndose a las pestañas. El se inclinó y lo quitó, soplando suavemente.

–Imagínate –dijo–. Ningún ser humano ha visto jamás el cerebro de Jennifer. Tú y yo somos los primeros. Haga sonar los tambores, maestro.

Y arrancó el cráneo. Yo había visto antes un cerebro humano. Había visto muchos, flotando en formol, dentro de los jarros de los laboratorios. Pero nunca olvidaré ese momento.

Aristóteles creía que el cerebro refrescaba la sangre, que el pensamiento era una función cardíaca. René Descartes describió el cerebro como la bomba de un surtidor nervioso. Ha sido comparado con un reloj, un conmutador telefónico, una computadora, pero la mecánica del cerebro es mucho más compleja que cualquiera de esas cosas.

El teórico Lyall Watson dijo que si el cerebro fuese tan simple como para que pudiéramos comprenderlo, nosotros seríamos tan simples que no podríamos hacerlo. Y la fuente de todas sus teorías y especulaciones era esa masa de tejido gris, carnosa y con forma de nuez que tenía ante mi vista.

Brian me miró e hizo un gesto con la cabeza señalando la de Jennifer. Volví a colocar mis manos a ambos lados del rostro de ella y Brian sacó el cerebro. Permaneció un instante sopesándolo entre sus manos y luego me lo entregó. Era pesado.

Brian quedó en silencio.

–Yo tampoco puedo creerlo –dijo.

Le sonreí, coloqué la cosa sobre la mesa, me senté en el taburete y me crucé de brazos. Era fácil distinguir a Jennifer de los cincuenta kilos de carne que yacían sobre la mesa de disecciones. No tenía que esforzar mi imaginación para aceptar que su cuerpo había dejado de funcionar cuando su corazón dejó de enviar oxígeno y sangre a sus tejidos y que ese cerebro había regulado todos sus sistemas vitales.

Pero el cuerpo no define a la persona. Jennifer había vivido cuarenta años. Quince mil días de vida consciente. Veintiún millones de minutos de ser Jennifer. Un billón trescientos millones de instantes de una experiencia única, que no podía ser la de ningún otro ser humano, pues sólo Jennifer había ocupado su espacio y tenido su propia visión del mundo. En el momento de su muerte, cada uno de esos instantes, cuya suma representaba aquello que Jennifer había sido, vivía en forma de recuerdos. Así como Brian y yo veíamos su cerebro, era indudable que ella había visto cosas que ninguna otra persona había visto. Había experimentado emociones, intuiciones y momentos de creatividad. Había sentido alegría y angustia de la manera en que sólo Jennifer podía hacerlo. Resultaba difícil creer que todo cuanto Jennifer había sido se había perdido porque esa cosa que estaba frente a mí ya no funcionaba.

Jennifer había estado consciente. ¿Qué le había sucedido a su conciencia?

¿A dónde se había ido? No puede evitar resistirme a creer que simplemente había dejado de existir, que todo cuanto Jennifer había sido se había perdido para siempre.

–Y ahora, ¿qué? –pregunté.

Brian hurgó en el cubo de pollo. Hizo una mueca y escogió un panecillo polvoriento.

–La neurología –dijo–. El cerebro es disecado en la clase de anatomía. Lo cortan en rodajas, lo colorean, estudian su estructura. –Miró las tres partes de la cabeza de Jennifer.–Aún debo trabajar con su rostro, pero lo haré más tarde. –Se introdujo el panecillo en la boca, desconectó la sierra eléctrica y le quitó la manija.

–¿No deberías tener un compañero de trabajo?

Asintió, envolvió la manija con el cordón y me la entregó.

–Sí. Hay dos estudiantes para cada cadáver. Yo no estuve aquí el día que se escogieron los colaboradores, de modo que me correspondió Stephanie. Eso va el cajón.

Lo abrí y guardé la sierra.

–¿Dónde está?

–Durmiendo muy cómodamente en su cama. No quiso presenciar esto.

Tomé un ejemplar del *International Journal of Social Psychiatry* del cajón y se lo mostré.

–Así es. –Señaló la revista con un gesto de la cabeza–. Desea hacer su residencia y psiquiatría. Uno pensaría que no hubiera querido perderse esto. Stephanie prefiere medicar a las personas que padecen enfermedades de la personalidad en lugar de curarlas. Y tiene un... problema con el cuerpo humano.

Me reí de sus palabras. El sonido fue escalofriante.

–Muy amargo –dije–. De modo que estás enamorado. ¿Desde cuándo?

–Desde hace tres meses. Ella piensa cambiar su especialidad, mantener una relación monógama y seremos felices para siempre.

Apuntó su escalpelo a la revista que yo tenía entre las manos.

–Piensa que alguien debiera ir al Amazonas para hallar a los que preparan la “hierba de los muertos”.

–¿Qué?

–Página 256. –Sonrió–. Tendría que ser un psiquiatra, alguien que hablara español. Claro que tú eres “tan sólo un psicólogo”...



La literatura sobre la ayahuasca, conocida también como “la gran medicina”, la “hierba visionaria”, y la “cuerda de los muertos”, era escasa y confusa. La investigación más importante sobre su empleo había sido dirigida por la antropóloga Marlene Dobkin de Ríos, autora del artículo que me llevé a casa esa noche. La doctora Dobkin de Ríos había llevado a cabo sus estudios en la ciudad selvática de Iquitos; se centraban en el empleo de la ayahuasca en la curación de enfermos y en los rituales religiosos y mágicos. El yagé, caldo que se hacía con la corteza de la ayahuasca, era provisto por el ayahuasquero, el chamán de la jungla o curador, que había recibido los métodos de su preparación y los rituales concomitantes de generaciones anteriores.

El primer testimonio occidental del empleo de la ayahuasca fue el del botánico inglés Richard Spruce, en 1851. Spruce identificó la hierba como *Banisteriopsis caapi*, una enredadera o liana que usaba a los árboles de la selva como soporte. Posteriormente, a principios del siglo, un grupo de exploradores y comerciantes del Amazonas superior se refirió el yagé como a una pócima hecha con la corteza del tallo y con las hojas de plantas selváticas escogidas.

Leí los informes sobre la especificidad y recurrencia de imágenes y visiones arquetípicas y compartidas por dos, tres o más personas bajo la influencia del yagé, experiencias telepáticas, y el empleo de la hierba con fines psiquiátricos, una suerte de

psicoterapia de la selva liderada por el ayahuasquero. La planta era denominada “hierba o cuerda de los muertos” porque se decía que “lo conducía a uno hasta el umbral de la muerte y luego lo hacía regresar”. De acuerdo con la rica mitología y las representaciones de la hierba visionaria en piezas de cerámica y en las pinturas rupestres, el empleo de la planta y el ritual celebrado para tener visiones parecían remontarse a la prehistoria de América del Sur.

Esta era la aventura con la que había soñado. Iría a Perú, no sólo para probar los efectos psicoactivos de una desconocida hierba selvática, sino para estudiar las tradiciones psicológicas y los estados alterados de la conciencia de los curadores y curadoras, los chamanes del Amazonas. Perú, el único país de América donde había más indígenas que hombres blancos.

Pasé las dos semanas subsiguientes a la cena con Brian buscando referencias sobre la hierba y repasando cuanto sabía sobre chamanismo. Una de las mejores fuentes sobre el tema era el autoritario y prosaico libro *Le Chamanisme et les techniques archaïques de l'extase*, de Mircea Eliade. El estudio de Eliade describe el chamanismo como un fenómeno religioso que se produce a lo largo de Asia, Oceanía, las Américas y entre los antiguos pueblos indoeuropeos. En toda esta extensa zona la vida mágico-religiosa de la sociedad tuvo como centro al chamán, “a un tiempo mago y curador, hacedor de milagros, sacerdote, místico y poeta”. Para Eliade, el chamanismo era una “técnica del éxtasis”.

Estudié detenidamente revistas y textos antropológicos y etnológicos. Hacia el final en esa segunda semana sabía un poco más que al comienzo. El chamanismo era una tradición que se encontraba virtualmente en todas las sociedades primitivas, en los rincones más olvidados del globo. En general, el chamán era una “persona de conocimiento”, un “hombre o mujer visionario”, un mediador entre las fuerzas naturales y sobrenaturales de la naturaleza. Como el chamán consideraba que esas fuerzas eran responsable de la salud y la enfermedad, el chamán era un curador. Y aunque ignoraba la medicina moderna, se decía

que el chaman podía diagnosticar la enfermedad intuitivamente y, por medio del ritual, producir un cambio positivo en la salud del paciente.

La leyenda sostenía que el chaman adquiría sus facultades extraordinarias por medio de arduos estudios y ejercicios rituales y porque era capaz de viajar a otros estados de conciencia.

La idea de este ser primitivo que podía viajar por los dominios de la conciencia estimuló mi imaginación. ¿Era posible presenciar el funcionamiento no consciente de la mente humana? ¿Debemos reducir nuestro contacto con el inconsciente a los recuerdos vagos de las imágenes y visiones de nuestros sueños? ¿O existen maneras de tener acceso consciente a la mente inconsciente?

Cuando la oficina de préstamos estudiantiles me envió el cheque, hacía ya dos días que había empacado. Tenía un pasaporte flamante y una reserva para el próximo vuelo a Miami y un vuelo de enlace a Lima. Sería la última vez en muchos años en que estaría plenamente preparado para algo.

Llamé a Brian, lo invité a cenar junto con Stephanie, y gasté el dinero que me quedaba en pastas frescas, verduras, ensaladas y una botella de cabernet sauvignon californiano, cosecha 1968.

También compré un diario pequeño, encuadernado en cuero, con 250 páginas en blanco.



–¿Puedo quedarme con tu automóvil? –Brian se sirvió otro plato de ensalada.

–¿Mi automóvil?

–Sí; por si no regresas.

Stephanie frunció el ceño, pero sus ojos sonreían.

–¡Brian!

El se escogió de hombros.

–Puede suceder cualquier cosa. El se irá al Amazonas, y estamos hablando de

un Porsche 1964, Stephanie. Un descapotable. Hay que arreglar la carrocería y colocarle asientos nuevos, pero yo podría ocuparme de eso.

–¿Es peligroso? –pregunto ella con indiferencia. Stephanie era toda una mujer. Era alta, atlética, de nariz recta, mentón fuerte, cabellos castaños rojizos y ojos azules. Naturalmente hermosa, se esforzaba por ser dura. La escuela de medicina suele tener ese efecto sobre algunas personas.

–No sé –dije–. Nunca he estado allí.

–Es probable que te capturen los indígenas Oogly Boogly y te integren a su tribu –dijo Brian–. Sólo hallarán un diario sucio que diga “13 de febrero. Voy río arriba”, escrito con lápiz en la última página.

Sonreí al ver el obsequio que me había traído Brian: un auténtico cuchillo Bowie, con una hoja de veintidós centímetros de largo, en un estuche lubricado de cuero.

–O –dijo Stephanie– hallarás refugio en un estado alterado provocado por algún brebaje selvático y nunca volverás a la realidad.

–No le das mucha importancia a todo esto, ¿verdad?

Ella sonrió, contemplando su copa de vino.

–La terapia de drogas psicodélicas fue investigada hasta el cansancio en los cincuenta y los sesenta. Albert Hofman, Grof, Leary, Metzner...

–El LSD no se investigó hasta el cansancio –dije–. Fue federalmente condenado a muerte. El LSD no me interesa, y no estoy hablando de la investigación clínica de las drogas psicodélicas.

En 1943 el doctor Albert Hofman sintetizó la dietilamina de ácido lisérgico, una sustancia dos mil veces más fuerte que la mescalina, el psicoactivo más potente que se conocía entonces. Cuando la sustancia fue prohibida federalmente, se calculó que entre uno y dos millones de norteamericanos habían experimentado estados alterados o, al menos experiencias especiales. Gran parte de la investigación que se llevo a cabo en los años 1950, 1960 y comienzos de 1970 fue financiada por el gobierno de Estados Unidos.

nos convocó, a mi padrino de tesis y a mí, para que nos uniéramos a otros cientos de investigadores que estudiaban las sustancias que alteran el estado mental, para que trabajásemos para el gobierno y el Servicio de Guerra Química. Sus programas incluían la experimentación con animales y seres humanos. Se invirtió mucho dinero en ello y muchos académicos optaron por participar. El gobierno ofrecía posibilidades ilimitadas para la investigación. Nosotros las rechazamos.

Observé a Stephanie que bebía su vino a sorbos y me incliné hacia ella, que estaba sentada frente a mí.

–Somos neófitos, Stephanie, ya sea que llevemos uniformes blancos, suministremos drogas a ratones y a peces japoneses o entrevistemos a hábiles esquizofrénicos.

–Tomé la botella de cabernet y llené su copa–. Eso no me interesa. Es una brizna de hierba.

–¿Una brizna de hierba?

Asentí. Sabía que mis palabras siguientes la irritarían.

–Claude Lévi-Strauss, el antropólogo, dijo que el hombre civilizado necesita comprender cómo funciona una brizna de hierba para poder comprender el universo. El hombre primitivo trata de comprender la naturaleza del universo para poder apreciar la dinámica belleza de una brizna de hierba. –Ella miró a Brian, como esperando que él dijera algo al respecto. Serví el resto del vino en la copa de Brian.

–Me interesan las personas que han experimentado y estudiado estados de conciencia no ordinarios durante cientos o quizás miles de años. No son estudiantes, son maestros, y si saben cómo penetrar otras esferas de la conciencia, alcanzar elevados estados de conocimiento, estados curativos, entonces saben algo que yo deseo saber.

Ella entrecerró los ojos.

–Y tú supones que te abrirás camino en la jungla y hallarás a un curador que esté dispuesto a compartir contigo su mitología y su ritual.

–Si dije–. Eso espero.

–Brindemos por ello –dijo Brian.

Levantó su copa y yo hice lo mismo. Stephanie sonrió y levanto la suya. Las copas se entrecocaron sobre el centro de la mesa. El sonido de la copa de ella pareció prolongarse más que el nuestro, pero quizás fue mi imaginación.

Cuando se hubieron marchado y ya había limpiado la vajilla, saqué mi nuevo diario del talego, lo abrí y di vuelta la primera página.

Emerson dijo que aquellos que escriben para sí mismos escriben para un público eterno y mis primeras líneas fueron inevitablemente melodramáticas.

7 de febrero, 1973

Si la mente inconsciente se comunica con nosotros por medio de las metáforas de los sueños, utiliza el léxico de las imágenes para hablarnos, ¿no podremos aprender su vocabulario y responderle? ¿Comunicarnos conscientemente con el inconsciente? ¿Penetrar en él? ¿Modificarlo? ¿Existen estados de la conciencia en que podamos desinhibir la capacidad curativa latente del cuerpo? Comencemos por los estados de conciencia. La única manera de *estudiar* la conciencia es experimentando sus estados en forma directa.

*Toda ignorancia de desliza hacia el saber y vuelve a
caminar penosamente hacia la ignorancia.*

e.e.cummings

Sólo se pude volar a Cuzco por la mañana. La capital del antiguo imperio incaico se encuentra en un valle andino a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Los vientos de la tarde impiden el aterrizaje de los aviones.

El capitán murmuró algo entre dientes a través de los altavoces de sonido distorsionado de la cabina. De tanto en tango se encendía el letrero rojo ordenando “Ajustarse los cinturones de seguridad “y el DC-8 de tercera mano se ladeó bruscamente hacia la izquierda, voló por el estrecho desfiladero de las montañas cubiertas de vegetación y entró en el valle de Cuzco, la ciudad de población estable más antigua del continente.



Apenas ocho horas antes, alrededor de las dos de la madrugada, había finalizado el vuelo de diez horas de Miami a Lima. Era una noche húmeda y si estrellas. Mis sentidos estaban amortiguados por el vuelo nocturno, neutralizados por las luces fluorescentes y el aire acondicionado de la cabina y, como me sucede siempre, estaba impresionado por el olor de la ciudad extranjera. Lima olía a combustible diesel, a piel de cerdo frita en aceite rancio, gases de escape, hedores industriales y un dejo apenas perceptible de aire marino.

mi pasaporte y me otorgó una estancia de noventa días en su país. Apilé mis talegos y mochilas, me instalé en un rincón de la terminal de hormigón y baldosas y aguardé la salida de mi avión al Cuzco.

10 de febrero, 1973

Desearía desviar la mirada, negar la fealdad de la ciudad que veré al amanecer. Soy un romántico. Lima. Otra capital de otro país del tercer mundo.

Hace cuatrocientos años, los conquistadores españoles talaron un bosque de pinos que se extendía hasta el mar y Lima es una ciudad desértica. En una época, fue el centro de la América del Sur colonial; ahora había sido conquistada por el siglo veinte. Las industrias ha sido nacionalizadas, la república está gobernada por una junta militar y un tercio de los quince millones de habitantes han venido a vivir aquí, en la miseria de los pueblos jóvenes en las afueras de la ciudad, para hallar trabajo y poder comprar pan o mazamorra o habas.

No deseo ver esto.

Naturalmente, lo vi. Aunque regresé a Lima, estuve allí de paso en muchas ocasiones en la década siguiente, conocí sus museos, sus hoteles coloniales y otros sitios encantadores, siempre recordaré la ciudad tal como la vi aquella mañana desde el aire, cuando el sol parecía suspendido en el cielo como una esfera perfecta de color naranja, sus rayos filtrados por la garúa, esa niebla costera que se mezclaba con el esmog y cubría a Perú con una bruma del color de las cenizas mojadas. Cuzco me dejó literalmente sin aliento. El aire de las alturas era fresco, claro, burbujeante y, como todo lo que vale la pena, difícil de de obtener. Protegí mis ojos del sol; el agudo contraste de luces y sombras se reflejaba en las laderas de las montañas y en los tejados de tejas españolas. Llame un taxi y me dirigí al centro de la ciudad.

Hay una leyenda sobre Manco Capac, el primer inca. El “hijo del sol”, que nació en las aguas del lago Titicaca, que fue el soberano de los indígenas quichuas.

Cuando alcanzó la mayoría de edad reunió a sus hermanos y partió “rumbo a la montaña por la que sale el sol”. Llevaba una vara de oro. Cuando llegó a este valle rodeado por cuatro grandes picos nevados, clavó la vara en la tierra y la vara desapareció. El lugar sagrado era el Cuzco, “el ombligo de la tierra”, y allí fundó su capital, hacia el año 1200.

Sus sucesores conquistaron la mayor parte de Perú y Bolivia. El noveno inca, Pachacuti, extendió su territorio hacia el norte hasta Ecuador y hacia el sur hasta Argentina, y, cuando llegaron los españoles, el imperio incaico era el reino más grande que jamás había existido en el hemisferio occidental.

Y Cuzco era la capital de ese imperio, la ciudad más grande de las Américas, una metrópolis maravillosa construida con la forma de un jaguar, donde los ríos Sapphi y Tullumayo se bifurcaban y fluían junto a calles de losas, atravesando la ciudad. Contenía grandes templos y fortalezas, obras de ingeniería y arquitectura sin paralelo en la América antigua, ubicadas entre las laderas escalonadas de este remoto valle andino.

El capitán Francisco Pizarro entró en Cuzco en el año 1533. Para esa época los europeos habían “descubierto” su Nuevo Mundo, y la viruela y el resfrío común se difundieron más rápidamente que la epidemia conquistadora. Pizarro formó un gobierno títere presidido por Manco, pero Manco huyó de la capital para reunir un ejército de cien mil hombres que sitiaron a los españoles en Cuzco. La última gran batalla de la conquista del Perú se libró en Sacsayhuaman, en la “cabeza” de la ciudad con forma de jaguar, y hombres acorazados a caballo blandiendo espadas de acero y empuñando armas de fuego batieron a hombres armados con garrotes, lanzas, hondas y flechas. Finalmente, el imperio, sus millones de súbditos y sus inimaginables riquezas, quedó reducido ante una compañía relativamente pequeña de soldados españoles y Manco huyó a los Andes, donde nadie podía perseguirlo y se refugió en una fortaleza oculta llamada Vilcabamba.

Pasé de día vagando por Cuzco. Ahora me encuentro frente a un pequeño escritorio junto a una ventana abierta, en mi cuarto de hotel; un pequeño lugar confortable con un patio rodeado por columnas, una fuente, buganvillas, todo muy hermoso. Latinoamérica colonial.

En algún lugar cercano hay una fiesta. Puedo oír la música que flota en el fresco aire de la noche. Esta es una ciudad mágica. Un verdadero monumento a la historia de América latina.

Por ejemplo, la Plaza de Armas. Maravillosa. Con banderas flameantes.

Este fue el corazón de la ciudad incaica. Ahora es una clásica plaza española rodeada por arcadas coloniales.

Están la catedral, las iglesias de Jesús María y El Triunfo, y La Compañía. Todas fueron construidas sobre cimientos hechos con los grandes bloques de piedra de los templos y palacios incaicos destruidos por los españoles, para servir de base a sus lugares de culto católico. Un muro incaico, un muro del palacio del gran Pachacutec, se ha convertido en uno de los muros de café Roma, allí almorcé.

La basa de la iglesia de Santo Domingo es la Corinacha, el “patio de oro” de un templo incaico, cuyos muros perfectos estuvieron alguna vez cubiertos de oro. Asombroso.

Es curioso, Estados Unidos parece estar a años luz de este sitio. Cambia la manera de pensar. Si uno lo permite. Si uno no tiene que atenerse a un tour, si la finalidad es la de permanecer aquí en lugar de llegar al lugar que sigue...

El tiempo es distinto. La vida transcurre con un ritmo diferente. Hay tiempo para digerir. Uno está enclaustrado, protegido. No del mundo, ya que la tierra está

enjalbegado y las rojas tejas de arcilla y las toscas vigas, hasta las frutas y los vegetales, todavía manchados de tierra, hasta los guijarros, hasta el paisaje montañoso que rodea el lugar. Laderas escalonadas picos nevados.

La naturaleza está sutilmente presente en los sombreros que usan los hombres y las mujeres para proteger sus ojos del sol candente, que brilla sobre su ciudad sin el filtro de los subproductos de la civilización. Realmente notable. Muy real. Es fundamentalmente un lugar de la Tierra habitado por hombres y no un complejo edificado sobre una estructura de hormigón, acero y asfalto.

Una ciudad que vive en la naturaleza, pero que no la ha remplazado. Estoy aquí porque los Andes son el Himalaya de América del Sur y Cuzco es su Katmandú, el punto de partida. Desde aquí puedo dirigirme a la jungla, pero prefiero saber algo antes de partir. Podría ir a Iquitos, donde Marlene Dobkin de Ríos hizo su trabajo de investigación, pero prefiero no hacerlo. En México descubrí una subcultura de curanderos, una red de rumores.

De modo que comenzaré por el mercado; haré algunas preguntas. Mañana.

El mercado fue instalado a lo largo de un muro incaico que había entre dos de las 360 iglesias de Cuzco. Los mercados latinoamericanos son más o menos iguales desde México a Chile. Caminos empedrados atraviesan un laberinto lleno de sombrillas o mantas extendidas sobre pilotes, en las que se apilan pirámides de objetos de vivos colores o cajones de madera alisados por el uso. Rojos: tomates, trozos de carne vacuna o porcina, tajadas de melón, ajíes, chiles. Amarillos: papayas, azahares, limones y pomelos traídos de las tierras bajas, bananas, ajíes, chiles. Naranjas: naranjas y zapallos, mangos, zanahorias, chiles.

color pardo amarillento, como un leopardo. Están los grises de los pescados en salmuera y los sacos de granos. Sobre las aceras se ven pequeños montículos de semillas de canihua y quínoa, maíz, trigo y cebada sobre mantas de arpillera o esteras de palmera y, a nuestros pies, perros y gallinas, enseres y utensilios domésticos, de madera y de hojalata, bolsas de red de nylon, sacos de colores pastel con asas de plástico, bols de cerámica y artefactos incaicos reproducidos en arcilla gastada.

Los vendedores, orgullosos y apasionados, cantan, gritan, proclaman los precios de sus productos, tientan a la gente ponderando la madurez, la calidad, la frescura de sus frutas, verduras, carnes y aves de corral. ¿Qué desea usted? Mire lo que he traído para usted, contemple los colores, sienta la textura, huelga el aroma, pruebe el sabor. ¿Cuántos? Y el platillo de la balanza metálica se sacude y el fiel se balancea frenéticamente. Medio kilo. Son solamente dos soles.

Compré una bolsa multicolor y me abrí camino entre la multitud de amas de casa, cocineros, indígenas hambrientos, escolares de ojos desorbitados. Compré panecillos recién horneados aquí, una banana allá. Bebí una mezcla de jugo de mango y papaya sobre una mesada de linóleo.

En el borde del mercado, cerca de la acera, había una anciana arrugada, de piel gruesa, sentada sobre sus piernas cruzadas en una estera tejida. Era una herbolaria, la farmacéutica nativa. Frente a ella había pequeñas y prolijas pilas de trozos de corteza, algas secas, hojas marchitas, pequeños montones de azufre, quinina, y otros polvos y granos. Botellas de aceites, pieles de serpiente secadas al sol, jarros con órganos de animales, pequeños paquetes, barquillos de papel. Sus ojos eran como cráteres y tenía la mirada demoníaca de los que se dedican al comercio.

—¿*Tutacama ninacha?*

¿Qué había dicho? La miré, sonriendo.

—¿Perdón, señora?

—¿*Tutacama? ¿Munacqui cho fortunacquata?*

Quechua. El idioma de los indígenas. Había escuchado sus cadencias entrecortadas

y guturales en el mercado, pero la mayoría de los vendedores hablaba castellano. La anciana sacó tres hojas de entre los pliegues de su falda tejida. Incluso la palma de su mano estaba arrugada.

–¿*Fortunacquata*?

–Le está preguntando si desea que adivine su fortuna. Castellano. La voz provenía de atrás de mi hombro derecho. Me volví y miré hacia abajo. Era un hombre joven, probablemente de dieciocho o veinte años. Llevaba una camisa blanca y pantalones de color azul marino y varios libros debajo del brazo. Tenía un rostro indígena, chato, con una nariz que comenzaba en la parte superior de la frente y bajaba, dividiendo su rostro en dos mitades. Me sonrió.

–Ella no habla castellano, sólo quechua. ¿Desea que le adivine la suerte?

–Sí, gracias.

El sonrió e hizo una señal a la mujer. Ella sopló las hojas y las dejó caer sobre la estera. Después de echarles una mirada rápida, me miró y dijo algo en quechua.

–Mmm. –El joven se tocó la nariz con el índice–. Usted está buscando algo –tradujo–, algo que salvará su vida.

Ella asintió y luego agregó las palabras más significativas.

El volvió a sonreír.

–Y eso lo matará si no lo encuentra y quizás lo mate si lo encuentra.

Me agradó.

–¿Está usted buscando algo? –preguntó el joven.

–Estoy buscando un curador, un buen curandero

–dije.

–¿Está usted enfermo?

–No. Pero me agradecería conocer uno. Uno bueno. ¿Cree usted que ella conoce a alguno?

–Ella le dirá que ella es una curadora.

–Si fuese una buena curadora no estaría vendiendo sus medicinas en el mercado.

–Es verdad –dijo él–. Creo que hay algunos curadores... Pero si no está enfermo... ¿Es usted un turista?

40

–No. vengo de una universidad de Estados Unidos.

–Saqué unos soles del bolsillo y los entregué a la anciana con una sonrisa y un gesto de la cabeza.

–Una universidad. ¿Es usted estudiante?

–Bueno, en realidad soy profesor. De psicología.

Movió la cabeza de arriba abajo como si comprendiera algo profundo.

–Tenemos una universidad. Yo soy estudiante. Tiene que conocer al profesor Morales.



La Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cuzco estaba en un callejón montañoso, casi en las afueras de la ciudad. Era un complejo edilicio sencillo de dos plantas, formado por edificios viejos de hormigón, ventilados por ventanas con celosías, que habían sido modernos en 1942; la universidad había sido fundada en 1692. Mi joven amigo no me había dicho que la escuela estaba de huelga y que el lugar estaría casi desierto, aunque creo que era lunes.

El departamento de filosofía estaba al final de un triste pasillo gris. Una tarjeta rosada de tres por cinco adherida a la puerta decía que los alumnos del profesor Morales se reunirían en la cafetería.

Nunca sabré por qué la cafetería estaba abierta y atendía durante una huelga. Lo apunté como uno de los misterios de América Latina, donde las cosas no suelen ser lo que parecen y rara vez son como deben ser.

Cuando hallé la cafetería, que estaba en el sótano del edificio principal, los alumnos del profesor Morales ya estaban saliendo. El hombre al que buscaba estaba de pie, junto a una mesa, en el centro del salón. Tenía las manos en los bolsillos de los pantalones y asentía con la cabeza, escuchando a un joven estudiando indígena que estaba a su lado.

Era un hombre de baja estatura, no medía más de un metro cincuenta, pero no era

menudo. Su cuerpo era fornido, pero estaba casi escondido dentro de un traje a rayas

que en 1945 ya había pasado de moda y que había perdido la forma poco después. Su cabello era lacio y gris, partido al medio y peinado hacia atrás, sus cejas eran negras y ocultaban sus ojos.

Sacó una de las manos del bolsillo y la apoyó paternalmente sobre el hombro del estudiante, dijo algo y el rostro del joven se iluminó. El estudiante hizo una curiosa reverencia y fue hasta la puerta, donde lo aguardaba una joven.

–¿Profesor Morales?

–¿Si?

Me presenté. Cuando enumeré mis credenciales, que en Estados Unidos no se consideraban excepcionales, arqueó las cejas, pero miró en torno de la sala y volvió a mirarme, como preguntándose qué podría ofrecerle esta universidad.

Le hablé de mis experiencias con los curadores mexicanos, si deseos de estudiar el empleo de la ayahuasca y de investigar las primitivas tradiciones curativas de los chamanes peruanos. Le dije que necesitaba un consejo.

–Soy solamente un profesor de filosofía –dijo él–. Debería usted ir a Lima. Allí hay un museo de antropología.

Había llegado a un punto muerto.

–He oído hablar de él –mentí–. Pero soy psicólogo, terapeuta. Deseo hallar un ayahuasquero y experimentar en forma directa su terapia. Deseo escribir sobre ello.

–¿Escribir sobre ello?

–Para mi tesis doctoral.

Sus ojos recorrieron mi rostro, mi camisa, la correa de mi mochila, bajando hasta mis pantalones y mis botas. Luego levantó la mirada hasta detenerla en un punto de mi frente. Sus ojos me recordaban a alguien, pero no sabía a quién.

–¿Por qué ha acudido a mi?

–Me dijeron que usted sabía algo al respecto.

Su rostro se iluminó con una agradable sonrisa.

–¿Y dónde le dijeron eso?

–En el mercado.

–¿En el mercado? Allí sólo me conocen por mi habilidad para regatear con los

vendedores de fruta. –Frunció el ceño. Había un dejo de sospecha en su voz–.
¿Habla usted quechua?

–No. Estuve tratando de comunicarme con una vendedora de hierbas. Un joven intervino para ayudarme. El mencionó su nombre. Dijo que sabía algo acerca de los curanderos.

Asintió comprensivamente.

–Uno de mis alumnos seguramente. Fue muy amable al ayudar a un viajero extranjero.

Empujó hacia arriba el puño de su camisa que salía de la manga de su chaqueta y miró su reloj, un viejo Timex.

–¿Desea beber un café?

43

3

Experiencia es el nombre que todos dan a sus errores

Oscar Wilde

–Y bien. –El profesor Morales levantó la tapa de la azucarera y metió la cuchara en el azúcar gruesa, sin refinar–. ¿Desea usted tener una experiencia o suministrar una experiencia?

–¿Cómo?

–Con la ayahasca.

–No comprendo.

–Cómo explicarle... –Sostenía la cuchara llena de azúcar sobre la oleosa superficie del café–. ¿Ha tomado alguna vez los sacramentos?

–Profesor...

–La eucaristía, el pan y el vino consagrados de la fe católica. El cuerpo y la sangre de Cristo. ¿Los ha probado?

–Sí.

–¿Es usted católico?

–No. –Miré su cuchara, inmóvil en el aire.

–Pero se ha puesto de rodillas frente al altar.

–Sí

Asintió.

–Ha tenido la hostia sobre la lengua, se le ha pegado al paladar y tenía gusto a cartón, y el vino era dulce y barato.

Reí

–Sí.

–Lo ha hecho, pero no es católico. Ha tenido la experiencia de la sagrada comunión, pero no ha comulgado.

44

Cuidadosamente, apoyó la cuchara sobre la superficie del café. El líquido se filtró en el azúcar desde los bordes de la cuchara y el pequeño montículo se saturó, grano por grano. Siguió hablando:

–Experiencia; no experiencia servida. –Inclinó la cuchara y el espeso almíbar de azúcar cayó dentro del café–. El ritual no le sirvió, porque usted no sirvió al ritual. ES una cuestión de intención.

Sonreí y dije:

–Mis intenciones son estrictamente honorables.

–¿Intentará usted estudiar el empleo de la ayahuasca con un chamán peruano?

–Bueno... sí.

–Esa es su intención ¿Cuál es su propósito? –Respiré profundamente. El profesor Morales estiró la mano. Los puños de su camisa blanca estaban levemente sucios. Tocó suavemente mi brazo con su mano curtida—. Está usted perdiendo la paciencia con mi... semántica.

–En absoluto –mentí.

–Usted es latino, ¿verdad?

–Nací en Cuba.

Asintió y revolvió su café. Contemplé su frente, el puente de su nariz, la forma de sus pómulos, sus cabellos. Indígena. El director del departamento de filosofía de la Universidad Nacional de San Antonio Abad era un indígena. Un indígena quechua. Su prosapia era pura, no había sido violada por la conquista española. Pero no estaba intacta.

Y de pronto tuve la convicción de que sabía mucho, que su sabiduría era profunda y su excentricidad auténtica. Por alguna razón, por una vaga asociación de ideas, pensé en Merlín. En ese momento él sacó del bolsillo de su chaqueta un pequeño nido de ave. Emitió un sonido tipo “mmm” y aparecieron dos dados de marfil, un par de granos de maíz y un pequeño Ojo de Dios mexicano: una cruz formada por dos ramitas entrelazadas con hebras de lana blanca y roja, formando un ojo de buey con forma de diamante. De los extremos de las ramitas pendían borlas de lana verde. La colocó en el centro de la mesa, guardó los otros objetos en su bolsillo y bebió su café.

45

–La ayahuasca ha sido estudiada y se ha escrito sobre ella en las revistas especializadas.

–Sí. Marlene Dobkin de Ríos. He leído sus trabajos. Es antropóloga –dije.

–Y usted es psicólogo. Ha leído esos relatos y siente curiosidad por conocer los efectos de esta planta folklórica sobre la psiquis humana y el... inconsciente.

Parpadeó y dejó de mirarme para concentrarse en un punto por encima de mi hombro derecho. Me volví para seguir su mirada. Se dirigía a una mesa vacía que estaba cerca de la puerta de la cafetería. Cuando volví a mirarlo me estaba

sonriendo. Sus ojos eran más jóvenes que su rostro; el iris color castaño y la pupila negra como el ébano contrastaban con el blanco del ojo.

–Desea saborear el yagé; lo atrae porque la muerte lo fascina.–bebió nuevamente su Café.

–Entonces, ¿es verdad?

Arqueó las cejas con expresión interrogante.

–¿La ayahuasca provoca la muerte?

–Sí, así dicen. Aya significa “muerte” en quechua.

Huasca es “cuerda” o “enredadera” la “cuerda de la muerte”. Es una de las medicinas sagradas de los chamanes de la selva amazónica y es allí donde debe buscarla. Pero, si lo hace, si trabaja con un ayahuasquero... –Ladeó la cabeza y sonrió–. Y si sobrevive, y si escribe acerca de su experiencia y especula sobre sus efectos, ¿quién lo leerá?

–Los profesores de mi universidad. Los psicólogos.

–¿Y ello lo valdrá un doctorado?

–Sí. Eso y mi trabajo con los curadores de México.

–Me sorprende que un científico de Estados Unidos se interese por experiencias tan subjetivas.

–La psicología es una ciencia joven aún. Todavía no se la acepta como una verdadera ciencia y creo que estoy en condiciones de escribir objetivamente sobre mis experiencias.

Arqueó las cejas.

–¿Existe un hombre capaz de ser objetivo respecto de sus propias experiencias?

46

–Quizás no, pero puedo documentar los efectos psicológicos que experimente, así como documenté los efectos físicos de las curaciones tradicionales que he presenciado.

–Indudablemente. Pero, ¿qué es más importante, la causa de una curación y la causa de una experiencia psicológica, o el efecto, el resultado final?

Pensé detenidamente en su pregunta y formulé mi respuesta cuidadosamente.

–Son igualmente importantes, pero es necesario juzgar el efecto antes de investigar la causa.

–Esa es una respuesta occidental. Es racional. Pero usted se halla a punto de ingresar en una esfera en la que causa y efecto no pueden separarse. Si entra en ese campo es importante que comprenda esta relación. –Se inclinó sobre su taza–. Su causa debe ser clara, para ella determinara el efecto. Su experiencia se verá afectada por lo que usted aporte a ella, por su manera de enfocar... el... el ritual de ayahuasca, por ejemplo. El mundo de los chamanes exige intenciones impecables. Es todo un desafío.

–Usted sabe mucho sobre esto.

Se encogió de hombros.

–Enseño filosofía. Soy indio, el único aquí. –El gesto de su mano abarcó toda la universidad–. Un indio, y además, un anciano, de modo que debo ser sabio. –Rió y añadió:

–En mi país hay antiguas tradiciones. Es una cultura muy rica; crecí con sus mitos y he estudiado sus leyendas. Los chamanes son los maestros de los mitos y a menudo los fabricantes de las leyendas. Hombres y mujeres de conocimiento, los médicos, psicólogos... –Asintió con un gesto de la cabeza–. Sí... y los cuentistas de una comunidad. Comprenden a las fuerzas de la naturaleza y las emplean para mantener la salud y el bienestar de su gente.

–Terminó de beber su café, puso la taza sobre el plato y los hizo a un lado–. Son los guardianes de la tierra. Una idea fascinante cuando se la comprende. Superficialmente, es muy pintoresca.

–¿Cómo debo proceder?

–Guíese por su instinto. Lo ha traído hasta aquí.

47

–Sí pero, ¿habrá algún chamán que esté dispuesto a trabajar conmigo?

–Vaya a los pueblos del altiplano la elevada meseta desértica. Allí hallará curadores, quizás uno o dos supuestos hechiceros. Usted no habla quechua y necesitará contratar un traductor. Pero a usted le interesa la ayahuasca, la medicina de la selva. ¿Tiene un trozo de papel?

Asentí rápidamente y busqué en mis bolsillos. Monedas, la llave del cuarto del hotel. Tomé mi mochila. Por fin obtendría algo concreto. Saqué mi diario de la mochila.

–Existe una costumbre –dijo el profesor Morales, mirando fijamente las cubiertas flamantes y las páginas en blanco de mi diario–: un chaman sólo comparte sus conocimientos con aquellos cuyas intenciones son impecables y cuyos propósitos son puros. Ello hará que distinga un *hatun laika*, un maestro chamán, de un simple curador. Si desea penetrar en el otro mundo, el mundo del chamán, si desea viajar a través de la Rueda Medicinal, deberá hallar un *hatun laika* y deberá abordarlo como un alumno, como un principiante, no como un... psicólogo.

–Sacó una anticuada estilográfica del bolsillo superior de su chaqueta–. Si sólo desea probar y estudiar el uso de la ayahuasca, bastará con que hable con una persona experta en su preparación y en los rituales del camino del jaguar. Sé de un hombre... No, no. No la rompa.

Extendió la mano a través de la mesa y la apoyó sobre la página que yo estaba a punto de arrancar del diario. Sonrió y lo tomó. Quitó el capuchón de la estilográfica y escribió algo en el ángulo superior derecho de una hoja.

–¿El camino del jaguar?

–El viaje al oeste. El segundo punto cardinal de la Rueda Medicinal. –Sopló suavemente de tina y cerró el diario; levantó la vista y vió mi mirada sorprendida.

–La Rueda Medicinal –repitió.

Sacudí la cabeza.

–La Rueda Medicinal, el cuádruple camino del conocimiento. También se lo denomina el viaje de los Cuatro Vientos. Es el viaje legendario que emprende un iniciado

para convertirse en una persona de conocimiento. –Tomó el Ojo de Dios que estaba sobre la mesa.

–¿Sí?

–Sí. La Rueda Medicinal es el mandala del chamán incaico, aunque en realidad no existe ningún símbolo que lo represente, así como no existen escritos, ni

imágenes de culto, ni profeta humano, ni el hijo de una deidad. Nada de eso es necesario. El viaje por la Rueda Medicinal es un viaje que se emprende para suscitar la visión y para descubrir e incorporar la divinidad a uno mismo, para restablecer nuestro vínculo con la naturaleza y el misterio del cosmos, para adquirir técnicas y la sabiduría para emplearlas. –Hizo girar el Ojo de Dios entre el pulgar y el índice.

–Los Cuatro Vientos son como los cuatro puntos cardinales de una brújula. – Señaló la base del Ojo de Dios–. Comienza por el sur, el camino de la serpiente, a donde uno va a desprenderse del pasado, tal como la serpiente se despoja de su piel. El camino del jaguar está en el oeste –dijo, señalando el brazo izquierdo de la cruz–, allí uno pierde el temor y se enfrenta con la muerte. En el norte se toma el camino del dragón para descubrir la sabiduría de los antiguos y para establecer una unión con la divinidad. Finalmente –señaló el extremo del brazo izquierdo de la cruz– se toma el camino del águila hacia el este, para volar hacia el sol y regresar al hogar, donde uno ejercita su visión en el contexto de la propia vida y el propio trabajo. La leyenda dice que éste es el viaje más difícil que emprende el chamán.

Guardó el Ojo de Dios en el bolsillo de su chaqueta.

–Dicen que hay pocos chamanes auténticos, pocas personas de conocimiento. Muchos de los que emprenden este camino se detienen antes de completar su recorrido y se conforman con ser curadores o sanadores. Se convierten en maestros de su especialidad. Y están aquellos que son atrapados por el poder. –Cerró el puño–. Se han perdido en el camino. Es un viaje que puede durar toda la vida. – Abrió la mano–. Pero es fascinante, ¿verdad? Y mucho menos complicado que el sefirot de la cábala judía o los caminos budistas que conducen al Nirvana.

49

Hizo deslizar el diario sobre la mesa hacia donde yo estaba.

–Pero a usted le preocupa la ayahuasca, que aparentemente ayuda a recorrer el camino del oeste. He oído hablar de un hombre, un ayahuasquero, que vive en la selva cerca de Pucallpa. He escrito su nombre y su dirección aproximada en su diario. Puede ir hasta allí en avión, partiendo de este lugar.

–¿Usted lo conoce?

–No. Uno de mis alumnos es de esa zona y me habló de él. Tiene una excelente reputación. A menudo he pensado en ir hasta allá, pero no he tenido tiempo. –Miró nuevamente su reloj–. Ahora debo dejarle. Tengo que reunirme con mis alumnos en las ruinas de Tambo Machay. Si regresa a Cuzco sería un placer invitarlo para que les dé una conferencia sobre psicología occidental. Les interesará mucho. –Sonrió–. Y a mí también.

Miró a su alrededor, tocó sus bolsillos y se puso de pie. Hice lo mismo y estreche su mano.

–Gracias, profesor Morales, por su tiempo y su paciencia. Fui afortunado al encontrarlo. –El hizo un gesto con la mano como restando importancia al asunto–. Y regresaré –dije–. Será un honor hablar ante sus alumnos.

Nuevamente el profesor pareció concentrarse en algo que estaba por encima de mi hombro. Me volví y esa vez había algo allí. Dos jóvenes indígenas empapados estaban de pie en la puerta de la cafetería. Sus cabellos negros y lacios estaban adheridos a sus frentes y sus ropas rezumaban agua. Estaban descalzos y sostenían los zapatos en las manos, contra sus estómagos. Miraban fijamente al profesor, con los ojos muy abiertos.

–¿Por qué llevan los zapatos en la mano, ¿jóvenes?

–Está lloviendo, maestro.

–Sí –dijo el profesor pacientemente–. Lo imaginé. Daremos la clase en la cafetería. Pero, ¿por qué están descalzos?

50

Miraron hacia el suelo.

–No queremos que se nos mojen los zapatos.

El profesor Morales suspiró y apoyó una mano sobre mi hombro.

–Sí –dijo en un inglés dificultoso–, será un honor hablar ante ellos.



13 de febrero
Vuelo sobre el Amazonas.

Experiencia y experiencia servida.

Estoy sentado junta a la ventanilla, en esta reliquia; un avión que probablemente fue revisado en la época del gobierno de Eisenhower.

Las dos hélices hienden el aire y me acercan a alguna pista de aterrizaje en la jungla, y recuerdo un viaje similar, hace tres veranos. Oaxaca. México. Los indígenas huicholes.

¿Experiencia o experiencia servida?

En 1969, cuando estaba finalizando mi último año de estudios en la universidad, con mi título de bachiller en estudios interamericanos, fui aceptado en el programa para profesores del nuevo Instituto de Psicología Humanística. Para que el dinero me alcanzara para vivir durante el último año de estudios, había estado enseñando español a alumnos particulares de nivel secundario y cuando me aceptaron en el programa para profesores, decidí celebrarlo haciendo un viaje de estudios de cuatro semanas a México. No se sabía quiénes estaban más ansiosos por ver desaparecer a los muchachos durante el verano, si los alumnos o sus padres.

Después de un mes de recorrer la ciudad de México y la península de Yucatán y la ciudad de los mayas, en el sudeste, envié a los alumnos de regreso a San Francisco. Sus maletas estaban llenas de ropa sucia y sus cabezas llenas de español coloquial; partieron

51

fascinados por su primera experiencia en el tercer mundo. Yo permanecí en México, volé a Tepic, en la costa occidental, y contraté a un piloto y su avión Cessna para que me llevase a Mesa de Nayar, en el estado de Oaxaca.

Debimos recorrer dos veces la estrecha pista ubicada entre montañas para ahuyentar al ganado: cerdos errantes, ovejas, vacas esqueléticas, todos ellos conducidos por un pequeño pastor vestido de blanco. Se llamaba Gerardo y alquilé

uno de sus burros para que me llevara a las montañas que estaban sobre meseta, hasta una aldea, que resultó ser la misma en que él vivía.

Permanecí con los huicholes durante tres semanas. Viví en su aldea, deslumbrado a sus niños con los mapas del mundo que les dibujaba en la arena, aprendí algo de su apartada cultura y del significado de sus pinturas de vivos colores, hechas con hilos, y por las cuales la tribu era famosa. Realizaban sus pinturas presionando hilos teñidos con sustancias naturales contra una tabla cubierta con cera de abejas; así retrataban la psicodinámica de una persona en una pictografía, “capturando su espíritu”. El artista era una suerte de psicólogo que dibujaba cuidadosamente el retrato para relatar la historia de la condición del paciente. Esta forma de terapia alcanzaba su momento decisivo cuando el alma era captada en el retrato. El artista-sanador alteraba sutilmente el retrato, logrando así un cambio en la condición del paciente.

El turismo es ahora la fuente principal de ingresos de la república de México y las pinturas se han convertido en objeto de la curiosidad popular, en coloridos souvenirs; los hilados sintéticos han reemplazado a las fibras naturales y la manifestación artística ha perdido casi todo su significado.

Pero allí, en esa remota aldea de montaña, doña Juanita, la abuela de Gerardo, sentada en un taburete en la puerta de su casita de adobe, trabajaba los hilos con dedos callosos y manchados. Atribuía gran parte de su habilidad y de su intuición al hikuli o peyote, el cactus sagrado de las tribus indígenas rurales de México.

52

Si hubiera tenido el tiempo y los medios necesarios para permanecer durante más de unas pocas semanas con los huicholes, quizás hubiera acompañado a los habitantes de la aldea en su peregrinación anual al desierto del noreste para recoger peyotes en las laderas de las montañas sagradas de Huirikuta. Incluso hubiera podido tal vez “aprender a pensar como un huichol”, ingiriendo el cactus en su compañía.

Pero, al finalizar la segunda semana, Juanita me sugirió que fuera al lugar

donde crecía el peyote. Señaló la cima de una montaña que estaba a unos tres kilómetros de la aldea y me aconsejó que fuera allá a meditar durante la aldea y me aconsejó que fuera allá a meditar durante dos tardes, sin comer nada, para clarificar mi mente. Pasé dos tardes sentado de piernas cruzadas sobre la cima chamuscada de una montaña, tratando de pensar en algo y quedándome dormido bajo el tibio sol mexicano.

Al atardecer del segundo día regresé. Juanita estaba en las afueras de la aldea.

–Usted tiene el mismo problema de los ciervos –dijo–. Siempre baja de una montaña por el mismo camino por el que ascendió.

Había leído relatos sobre los efectos psicodélicos del peyote, las visiones beatíficas, las voces susurrantes plenas de sabiduría, las experiencias del tiempo sin secuencias, y mi estómago vacío se estremeció cuando ella puso cinco flores de peyote en mi mano, diciéndome que invocara al espíritu de la plata, que las comiera despaciosamente, imaginando que masticaba la pulpa de la tierra.

Obedientemente, regresé a mi sitio en la montaña y comí los peyotes, uno a uno. Tenían un sabor horrible; eran tan amargos que comencé a temblar y pase un ahora vomitando sobre un arbusto de manzanitas.

Luego mi estómago se relajó, los espasmos desaparecieron y me sentí solo. El arbusto de manzanitas brillaba bajo los rayos ardientes del sol y yo estaba en un mundo de violentos contrastes, una Tierra de la que no formaba parte, sino de la que me sentía alejado.

Desplazado como un extraño que no pertenecía a ese lugar, rechazado por las rocas,

las ramas, la tierra, la manzanita radiante, la naturaleza. Desamparado.

Toqué la tierra pardusca con la palma de mi mano y sentí su calor; se adhirió a mi sudor y brotó de mis poros y toqué mi rostro con la palma de mi mano; la tierra manchó mi mejilla y se mezcló con la baba que salía de un ángulo de mi boca.

El color blanco del sol se tornó amarillo y luego naranja, mientras yo ensuciaba mi rostro con tierra, sudor y saliva.

Me quité la camisa y pinté mi cuerpo con tierra rojiza, me camuflé, embadurné mi pecho, mis brazos y mi cuello y tuve la sensación de que me desplomaba. Cuando la tierra se secó y se resquebrajó supe que pertenecía a la tierra y que a ella retornaría. Esa madre cuidaría de mí, me acunaría, me amaría aunque todo cuando había hecho era caminar sobre ella, sin tenerla en cuenta, buscando mi propio placer, viviendo mi propio melodrama.

El sol se estaba poniendo y lo miré con las pupilas dilatadas. Lo absorbí con mis ojos y tuve la sensación de que su luminosidad saturaba mis tejidos de adentro hacia fuera, sostenido por la caparazón de fango seco. Un emplasto planetario.

Recuerdo haber tenido conciencia de mi respiración. Respiraba con el sol. Podía acompañar el sol a mi respiración, me percibía a mí mismo haciendo poner el sol; con cada exhalación se hundía más y más en el horizonte. Recuerdo que el descubrimiento me maravilló; probaba la profundidad de mis inhalaciones según el movimiento del sol hacia al horizonte. Inspiré profundamente, llené los pulmones de aire y desapareció. Me quedé dormido.

Desperté después de medianoche y bajé por la ladera de la montaña cuidando de regresar a la aldea por una ruta diferente. Juanita me aguardaba. Me miró con desconfianza y la abracé; dejé que me llevara a la cama.

Diez horas más tarde me despertó el hedor de mi cuerpo, salí y me lavé en el agua fresca del río que bajaba de las montañas y bordeaba la aldea. Aguas abajo, el río se ensanchaba, formando una especie de piscina; allí floté sobre la espalda, contemplando el

cielo azul. El bolo de peyote y tierra que había tragado el día anterior me provocó una diarrea súbita. Fui río arriba y me lavé, salí del río con la sensación de haber sido castigado. Me senté en la orilla y comprendí que, aunque me embadurnase con tierra, seguía siendo un hombre blanco que evacua el intestino en el agua que otros beben. Aprendí más sobre ecología con ese incidente que con todos los libros y artículos que he leído desde entonces.

Regresé a California vestido como un huichol: pantalones blancos, camisa blanca y una faja tejida de vivos colores.

Por entonces tenía poco más de veinte años y estaba convencido de que la profundidad de mi experiencia justificaba esa afectación. Creía tener derecho a publicitarme.

13 de febrero

Más tarde.

El avión ha descendido hasta los trescientos metros de altura. La verde densidad de la selva ha adquirido contornos nítidos.

Un giro amplio hacia la derecha y estamos... rodeamos la pista de aterrizaje; parece una cicatriz gris; no un rasgido en el tejido de la selva, el manto verde oscuro de la Tierra.

Sospecho que el tiempo que pasé junto a los huicholes, mi comunión en la cima de la montaña, fue simplemente una experiencia. Quizás tan superficial como mi reacción. Falsa espiritualidad.

El hecho de vestir como otras personas no nos convierte en sus iguales.

Quizás defecar en el río fue el acto más auténtico de ese viaje tan singular.

No serví para la experiencia del peyote (no sabía cómo hacerlo), pero la experiencia me sirvió, y todavía me sirve, ahora que dudo de mi preparación para lo que pueda suceder en algún claro de la selva, allá abajo.

55

El profesor Morales insinuó que yo no estaba preparado para la jungla, para el “camino del jaguar al oeste”.

Primero está el sur, algo que tiene que ver con desprenderse del pasado... Es curioso que el pasado esté conmigo ahora. Los huicholes... la ansiedad. Las palabras de Morales se han metido debajo de mi piel.

Veinte metros, diez metros sobre la pista de aterrizaje; ya estamos a la

altura de los árboles.

Árboles chihuahuacos a cuyo lado las secoyas son enanas y que sirven como punto de referencia para saber cómo son los árboles de la selva amazónica.

Primitivo. La tierra de los gigantes.

Una ráfaga de calor, impregnada del olor de la selva, me dio la bienvenida a Pucallpa. El aeropuerto era tal como lo había imaginado. Unas robustas columnas sostenían el grueso techo de paja viejo y gris, cansado de albergar aviones. Mosquiteros hechos jirones, algunos muros de metal corrugado, un oxidado cartel de Coca-Cola, banquetas gastadas, mosquitos. Al final de la pista de aterrizaje había un autobús con un improvisado techo de madera y un par de maltrechas camionetas.

Después de caminar desde el avión hasta la puerta que estaba junto al cartel de Coca-Cola quedé sin aliento; la camisa de algodón se me pegaba a la espalda. Una gota de sudor bajó por mi pecho y llegó hasta mi vientre. De pie frente a un viejo ventilador Westinghouse, me apoyé sobre la mesada del bar.

Aguardé mientras una pequeña mujer indígena llenó su bolsa de red de nylon con botellas de soda mojadas y contó sus soles frente al barman, un nativo obeso y de rostro juvenil. Hecha la transacción, ella colocó sobre su cabeza un paquete envuelto en arpillera, levantó la bolsa tomándola de las asas de plástico y salió rumbo al calor. La contemplé durante un instante, me di cuenta de que su pecho estaba desnudo, recordé una fotografía que había visto en la cubierta de un ejemplar del *National Geographic* y me volví hacia el propietario del bar.

56

—Cerveza, por favor.

—Sí señor.

El hombrecito sonrió, metió la mano en una tina de lavar llena de agua helada en la que había botellas de cerveza y de soda, y sacó un Amazonas. La limpió con una toalla húmeda, le quitó la tapa y me la ofreció con ademán triunfal.

—Una cerveza fría para el... español.

—No soy español —dije—. Soy gringo, norteamericano.

—Pero su acento...

–Es cubano.

Me miró sorprendido.

–¿De verdad?

–Antes de la revolución. –Sonreí y levanté la botella. –Salud.

–Salud, señor. –Se inclino sobre la mesada y observó mi mochila–.
¿Ingeniero?

Hice un gesto negativo con la cabeza. Me miró fijamente.

–Petróleo –dijo.

–No.

Apoyó el labio inferior sobre el superior.

–Usted no es un rancharo norteamericano... –Golpeó suavemente la mesada–.

Es un asesor.

–Reí

–Soy psicólogo –dije.

Frunció el ceño.

Dije:

–Soy médico.

Su rostro se distendió.

–Ah. –Meditó durante un par de segundos–. No es demasiado joven.

–Tiene razón –dije–. Quizás el calor me haga envejecer.

–No se preocupe por eso –dijo–; pronto su cuerpo se adaptará. Su corazón latirá más lentamente y dejará de sudar. ¿Otra cerveza?

–No gracias. Debo ir por la carretera. ¿Hay algún autobús o algún taxi?

57

–No. El autobús se fue. ¿Va lejos?

Saqué el diario de la mochila y leí la anotación del profesor Morales.

Don Ramón Silva

Desde el aeropuerto de Pucallpa hacia el sur por la carretera transamazónica hasta el kilómetro 64. Tome el camino de la izquierda y haga dos kilómetros.

El barman miró la página con la expresión seria de quien no sabe leer.

–Una hora –dijo–. Hacia el sur.

Entrecerró los ojos y señaló hacia la puerta, afuera había un niño de doce años que arrastraba un saco sucio de lona por la calle.

–Jorge. Lleva la correspondencia a una plantación. El puede llevarlo. –Frotó el índice contra el pulgar de su mano derecha.

La carretera transamazónica es un deteriorado camino de dos carriles que atraviesa la selva. Las lluvias tropicales y el calor abrasador lo han agrietado y poceado; aquí y allá las gruesas lianas se deslizan por los llanos terraplenes y atraviesan el camino de lado a lado, como cerrando una herida. Los nativos están continuamente cortando los dedos de la naturaleza con sus machetes gastados.

Jorge y yo rebotamos sobre los resortes herrumbrados del asiento de vinílico resquebrajado de su camioneta. Una virgen de Guadalupe de plástico colgaba del espejo retrovisor y se sacudía como una marioneta pendiente de un hilo. Hablamos de béisbol, de las empresas de restaurantes norteamericanas que quemaban la selva para criar ganado, de la plantación de caucho que estaba a trescientos kilómetros de distancia.

Descendí al llegar al poste de madera blanca que indicaba el kilómetro 64. No vi ninguna senda ni hacia la derecha ni hacia la izquierda hasta que Jorge descendió a su vez para señalar hacia un bananero que estaba entre los árboles gigantescos.

–Sendero– dijo.

58

De pie en medio del camino, nos miramos, el uno al otro durante un instante y luego él se escogió de hombros y metió las manos a los bolsillos.

Me di una palmada en el rostro para matar un mosquito que tenía sobre la mejilla.

La noche anterior había llovido y el vapor ascendía del camino. A nuestro alrededor zumbaban las cigarras y la jungla silbaba. La neblina era densa y el quejido del motor de la vieja camioneta era casi inaudible el medio del rumor de Amazonas.

–¿Por qué desea ir allí? –preguntó Jorge.

–Para ver a un hombre.

Asintió y miró hacia el camino.

–No se aleje del camino –dijo sin mirarme–. Si lo hace se extraviará y no volverá a encontrarlo.

–Gracias– dije.

–De nada.

Subió a la camioneta y cerró la portezuela. Saqué un puñado de soles de mi bolsillo. Con el brazo apoyado sobre la portezuela, miró el dinero, dirigió la mirada hacia la maraña de árboles, lianas y hojas chorreantes y luego sonrió, mirándome a los ojos. Era una sonrisa demasiado sabia para un niño de doce años. Meneó la cabeza rechazando el dinero y aceleró el motor. Este petardeó con un ruido fulminante. Alguien gritó.

–Los monos –dijo el niño. Monos

–Gracias por traerme hasta aquí –dije.

–Buena suerte –dijo. Buena suerte.

Permanecí de pie en medio de la carretera transamazónica y contemplé cómo la camioneta se alejaba traqueteando, torciéndose, tambaleándose en medio de los vapores calurosos del camino, hasta que desapareció como un espejismo.

13 de febrero

Más tarde

Seguí mi camino. Tenía un metro veinte de ancho y era difícil distinguirlo.

Aquí todo es demasiado grande, exagerado, enmarañado y todo está

59

demasiado mojado. El suelo de la jungla es pulposo. Uno tiene la abrumadora sensación de que la Tierra es un ser viviente y que uno camina sobre su carne...

He estado caminando durante una hora. Mierda. Creo que éste es el camino. No estoy seguro. Mis sentidos están alerta. Observando el movimiento de la luz y la sombra, la mirada fija en el suelo, las amenazas periféricas. El sonido de la jungla es un sonido blanco, un constante “sshhhhhhh”, pero es sólo el sonido de fondo de mis pisadas, del chasquido de las lianas y ramas

secas, de los palmetazos de las hojas... huecos llenos de la dulzura acre de la pudrición que huele a vida, como un invernadero cerrado... el roce de la fronda y las lianas que se estiran, se cruzan en mi camino, tocan mi rostro... el sabor de la ansiedad.

Me he detenido junto a este árbol porque he estado avanzando muy de prisa. Mi corazón late enloquecidamente. Pienso demasiado velozmente.

Desearía estar seguro de que don Ramón Silva vive al final de este camino. Espero que sea así, porque Pucallpa está muy lejos. Me he detenido aquí para descansar y para tranquilizarme.

¿Tengo miedo?

No. No puedo definir esta sensación. Penetra por mis poros. Me llena de energía. Pero podría dormirme aquí en este mismo momento. Estoy estimulado. Pero mi lápiz se desliza pensativamente sobre el papel. Estoy muy vivo. Nunca sentí tanto la naturaleza. Ella sabe que estoy aquí. La siento y sé que ella sabe que estoy aquí. Dios mío qué poderosa es esta sensación.

Apoyado contra el árbol, las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos, cerré el diario, dejando en su interior el lápiz, y lo guardé en mi mochila. Cerré los ojos y escuche un canto en la jungla. No sé durante cuánto tiempo. Experimenté una sensación de desaceleración, mi metabolismo se hizo más lento, me sentí más cómodo, por dentro y por fuera.

60

¿Algo se deslizaba?

Desperté de golpe, las manos sobre el suelo y me incorporé, apoyándome firmemente contra el árbol. Nada. Ningún movimiento. Ninguna serpiente. Sólo un cambio de luz, quizás había transcurrido media hora; las manchas de sombra se habían modificado, los haces de luz penetraban a través de la maraña de hojas, ramas y lianas.

¿Qué me sobresalto tanto? Traté de ponerme de pie. Había una resistencia, un

leve tironeo, y miré mi cuerpo. Aquí y allá, sobre mis piernas, mis flancos, mis brazos, había enredaderas; sus largos y delicados tentáculos me tocaban. Habían comenzado a enrollarse sobre mí. No me importó.

El claro estaba a treinta metros de distancia del lugar donde me había detenido.

No hay nadie.

La casa que está en el claro parece el arquetipo del paraíso de la selva primitiva. Un tejado de paja sobre una plataforma en “L”; muros hechos con hojas trenzadas de palmera. Gallinas. Un cerdo atado a un bananero.

En la parte de atrás (aunque resulta difícil distinguir la parte de delante de la de atrás), el suelo de la selva se torna arenoso, formando la orilla de una pequeña laguna. Patos de plumas castañas y verdes. La laguna está rodeada por el borde de la selva. Una vieja y agrietada canoa está invertida sobre la orilla, la popa en el agua, y cubierta por el limo de las algas.

En el borde el claro hay un árbol chihuahuaco muerto; el tronco retorcido está hueco. Cerca de allí, un fuego. Un par de envases de latón, envases de petróleo, llenos de un líquido con manchas pardas, rojizas, naranjas y moradas. Los colores no se mezclan entre sí.

Una olla de arcilla cuelga de un brasero de madera sobre el fuego y, en su interior, burbujea un caldo.

61

El olor que despide es extraño y ácido.

Me senté y aguarde. Las gruesas raíces del árbol chihuahuaco me sirvieron de asiento.

—Ha llegado usted.

Me puse de pie, enredándome den las raíces del árbol. Apareció de atrás de un árbol, saliendo de la selva. Medía aproximadamente un metro sesenta y su cuerpo se

había hecho rudo en la selva. Tenía un rostro indígena, cuadrado y de rasgos suaves, una larga nariz aguileña y grandes párpados superiores que otorgaban a sus ojos un sesgo asiático. Sus cabellos eran gruesos y de color gris plateado, los llevaba peinados hacia atrás, dejando al descubierto una frente arrugada. Dos profundas arrugas flanqueaban su nariz y llegaban hasta la comisura de sus labios. Estos eran de color pardo, como la piel.

–¿Don Ramón Silva?

–Ramón –dijo y sonrió. Estreché su mano de dedos cortos y gruesos; los nudillos eran grandes, quizás a causa de la artritis. Ladeó la cabeza y me miró de soslayo.

–Bienvenido –dijo.

Más tarde

El sabía que yo vendría. Me esperaba. Me había visto en un sueño. Pero no esperaba que yo fuera tan alto. Le dije que era psicólogo. Asintió con la cabeza.

Le dije que había oído hablar de él en el Cuzco.

Sonrió.

Le dije que el profesor Antonio Morales Baca me había dicho dónde podía encontrarlo. Su rostro permaneció inmutable. Luego miró a lo lejos. Abrió mucho los ojos, sorprendido; luego sonrió y asintió como si comprendiera algo.

–Tendremos una toma –dijo.

–¿Una toma?

–Si –Señaló el brasero–. “La sogá”.

–¿Una ceremonia con ayahuasca? –pregunté.

62

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–¿Ha comido usted?

¡Comida! No había pensado en ello. Recordaba haber tragado apresuradamente un plato de huevos revueltos a las seis de la mañana. En el aeropuerto del Cuzco. Miré mi reloj. Eran las seis menos cuarto de la tarde.

Doce horas.

Estaba famélico.

–No –dije–. Tengo mucha hambre.

–Bueno –dijo él–. Entonces tendrá mucho apetito por la mañana.

A cincuenta metros del claro el pequeño río forma un recodo. El agua de la laguna es transparente, pero está casi estancada; allí fluye perezosamente hacia la selva, hacia el Amazonas.

Me he desvestido y me he bañado y he quitado el sudor y la tierra de mi ropa. Me siento refrescado pero terriblemente hambriento. Debo retornar al claro cuando se ponga el sol.

Estoy aquí, sentado, con las piernas cruzadas, sobre una playa mojada, aguardando otra experiencia. Tampoco sé cómo servir ésta. O estoy haciendo todo mal, como insinuó el profesor Morales, o la experiencia hablará por sí misma. Don Ramón pareció aceptarme sin vacilar, lo que significa que he logrado parecer impecable (no imagino de qué modo), o no existen requisitos previos para este trabajo (Ramón no me parece falto de discernimiento). No puede ser a causa del poncho de lana que traje del Cuzco para obsequiárselo; de todos modos nunca lo usará, hace demasiado calor. De modo que no sé qué pensar al respecto. Casi parece un plan preconcebido, pero eso es poco razonable ilógico y presuntuoso.

Morales dijo que no se podía distinguir la causa del efecto. Quizás debiera dejar de pensar en ello.

Esta será mi última anotación antes de la ceremonia de esta noche. Antes de que ingiera el yagé.

Esto es para ti Brian:

13 de febrero. Voy río arriba.

63

4

Y el Jehová Dios también ordenó al hombre: “Puedes comer el fruto de todos los árboles del jardín, hasta estar satisfecho.

***Pero no debes comer el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal,
porque el día en que lo hagas, morirás”***

Génesis 2:16-17

Me senté sobre un petate, una estera de hojas de palmera tejidas, en el centro de un cuarto. Este era grande y abarcaba la pata corta de la “L”. No tenía muebles. Había postes verticales de madera rústica, muros de palmas tejidas y, arriba, la parte interior del tejado de paja, apoyado sobre un armazón abierto.

Uno de los muros daba a la laguna, sobre cuya superficie se reflejaba la luna y ese reflejo iluminaba el cuarto. En las cuatro esquinas del petate había cuatro velas ordinarias que ardían formando altas llamas de color naranja.

Yo estaba sentado con las piernas cruzadas, las muñecas apoyadas sobre mis rodillas, y miré los dos objetos que brillaban a la luz de las velas: una alta pipa de madera dura tallada que tenía la forma de un indígena sosteniendo entre sus manos una taza, como si fuera una ofrenda. A sus pies había una serpiente enroscada. Del borde de la taza sobresalían hebras de tabaco. Junto a este objeto había un arpa tallada en madera dura; un fino alambre se extendía, tenso, de un extremo al otro.

De noche el sonido de la selva era diferente. El permanente y sofocante susurro del día tropical se había convertido en rítmico canto de un millón de insectos. En algún lugar retumbaba un cántico con el mismo ritmo. Miré hacia fuera y vi la silueta de Ramón, recortada contra el brillo de la luna sobre la laguna. El murmullo de su canto acompañaba la cadencia de la jungla. Sostenía algo entre las manos, ¿un tazón, quizás? lo elevó el cielo.

No pude comprender la letra de su canción, pero el estribillo se repetía y los versos cambiaron cuatro veces, a medida que él se colocaba frente a las cuatro direcciones.

64

Era un tazón, un tazón de madera, y lo colocó entre nosotros. Contenía parte del caldo que yo había visto sobre el fuego. Un líquido espeso, del color de la sopa de hongos, jugo de remolachas y de zanahorias, y despedía un olor acre. Pensé en mis tejidos hambrientos, deseosos de absorber cualquier cosa. El yagé parecía fuerte y peligroso.

–Está usted pensando en la muerte– dijo él.

Lo miré a los ojos y asentí.

Dirigió la mirada hacia la derecha e izquierda y luego la detuvo en un punto sobre mi cabeza.

–Es un hongo que crece en nuestro interior.

Levantó su pipa, sacó una ramita del bolsillo de su camisa, la acercó a la llama de una de las velas y encendió el tabaco. Aspiró profundamente por la boquilla y el tabaco crujió, echo chispas y se encendió. Una hebra, un pequeño rescoldo de tabaco, se desprendió cayó al suelo y se apagó. Él aspiró el humo profundamente hasta llenar sus pulmones, luego exhaló una larga bocanada de humo acre; luego aspiró y sopló el humo sobre el yagé. El humo permaneció suspendido en el aire sobre la superficie del líquido y se enroscó alrededor del borde de la vasija. Entonces él se inclinó y sopló con fuerza. El tabaco ardía, incandescente, en el interior de su pipa y él se inclinó hacia mí y exhaló humo sobre mi pecho, mis brazos, alrededor de mi cabeza y en mi regazo. Luego me entregó la pipa.

Era el tabaco más fuerte que había probado en mi vida. Lo retuve en la garganta y quemó mis pulmones; me ahogué, tosí, parpadeé para hacer correr mis lágrimas y aspiré con fuerza. Ramón estaba canturreando nuevamente con los ojos cerrados y meciéndose suavemente hacia delante y hacia atrás; era una melodía extraña, las palabras eran incomprensibles y no tenían estribillo. Una leve brisa hizo oscilar la llama de las velas y rozó los cabellos de mi nuca.

Entonces él abrió los ojos y miró hacia la izquierda. Fijó la mirada. Me volví para mirar hacia allí, pero él me lo impidió, apoyando la mano sobre mi mejilla. Lo miré a los ojos. Bajó la mano y tomó la pipa.

65

–Es usted afortunada de que lo acompañe un poder así.

–¿Qué poder?

–Un gato, joven amigo. Un jaguar negro como la noche. Un aliado muy poderoso, pero debe usted trabajar mucho antes de tener derecho a él. –Hizo un gesto afirmativo con la cabeza–. El espíritu de la ayahuasca es también un jaguar. Cuando haya conocido la muerte, lo llevará detrás del arcoiris, hacia el otro mundo. –Volvió

a asentir con la cabeza—. Llame a su jaguar ahora. Convóquelo para que lo ayude en su viaje.

¿Llamarlo? Cerré los ojos y me imaginé de pie, en el extremo del camino que llevaba a la casa de Ramón, silbando para que el gato acudiera. Ven, minino. No pude evitarlo.

Pero tuve que hacer un esfuerzo para mantener los ojos cerrados. Mis párpados se movían y mi corazón latía de prisa, estaba nervioso.

Hice un inventario. El sabor a madera del tabaco selvático, las palmas de las manos húmedas, el cuello y los hombros rígidos. Energía nerviosa, ansiedad. Inspiré profundamente y traté de relajarme lentamente, en forma pareja, bajando los hombros. Un jaguar. Acompañándome. Bien ¿Cómo podría convocarlo? Debía visualizarlo. Pensar en una imagen. Una pantera lustrosa. Negra como ébano pulido. Negrísima. La imagine moviéndose ágil y sigilosamente por la jungla, tal como se supone que lo hacen.

Así es mejor.

La voz provino de arriba. Abrí los ojos y no vi nada. Ramón se había ido. Una nube había tapado la luna y el cuarto estaba más oscuro. Sólo se veían las llamas de las velas. Humo. El estaba detrás de mí, soplando humo sobre mi espalda.

Volvió a sentarse frente a mí. Dejó su pipa.

—Esta noche extraeremos la muerte de su interior.

Tomo el tazón apoyando el pulgar sobre el borde y me lo entregó.

—Beba.

—Mi estomago se estremeció cuando tomé el tazón entre las manos y lo acerqué a mis

labios. Su olor era ácido y, cuando bebí el primer sorbo, mi garganta se cerró. Estaba frío, parecía sopa de hongos fría; era de una acidez lechosa y dejaba un regusto amargo. Sentí que se deslizaba por mi interior revistiéndome por dentro.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y le ofrecí el tazón. El meneó la cabeza.

–Bébalo todo –dijo.

Levantó la mano, la cerró y los músculos de su antebrazo se contrajeron. Poder. Fuerza. Un símbolo universal del vigor y la fortaleza.

Qué diablos. Inspiré profundamente, abrí la garganta y tragué los restos del caldo que habían quedado en mi boca.

El hizo un gesto de aprobación.

–Ahora acuéstese –dijo.

Me eché sobre la estera y miré fijamente el pico oscuro del cielorraso de paja. Cerré los ojos y traté de pensar. Hurgué en mi memoria y consideré mi situación. ¿Qué aportaba yo a esta experiencia? Mi educación. ¿En qué consistía mi poder? En años de teoría, diagramas, páginas gastadas abarrotadas de anotaciones, pilas de páginas, libros de texto, historias de psicosis y tratamientos, causa y efecto, complejos, sueños, análisis; todas las fantasías de todos los hombres y mujeres que se habían esforzado por definir las experiencias de la conciencia y por comprender las influencias que recibía. Pensar sobre el pensamiento. Psicología. La ciencia chiflada que sólo se basaba en la teoría; ideas sobre las ideas; pensamientos sobre los pensamientos. Esta era la primera frontera de la ciencia y el “hombre civilizado” apenas comenzaba a vislumbrarla.

La conciencia es como una extensión de agua. La mente consciente y la mente inconsciente. La superficie del mar y sus abismos insondables. Yo estaba de acuerdo con la metáfora. La psicología moderna me había enseñado a estudiar las profundidades, a especular sobre la geografía del fondo, observando el color del agua, el movimiento de las olas, las cosas que flotaban en la superficie. Hacer preguntas a los pacientes y recibir

67

respuestas. Como un sonar. Enviar una señal y escuchar el rebote y tratar de desentrañar el significado de los que yace debajo.

Pero no habíamos aprendido a zambullirnos para descubrirlo por nosotros mismos. ¿Por temor a mojarnos? Hay que mirar las olas y ver cómo rompen y

adivinar cuán profundo es el océano...

Las olas rompen sobre una playa de arena. El agua se desliza por la arena, es absorbida por ella, la satura y quedan centelleantes cristales de arena mojada brillando a la luz del sol. El sonido de oleaje. Abro los ojos y el sonido aumenta y a mi alrededor se levantan puntos de luz que provienen de las velas. Flotan hacia el cielorraso. Partículas luminosas de intenso color rojo y suave color verde flotan hacia lo alto y se arremolinan... no... se enroscan... entre sí... cada vez más juntas; listas para saltar. El centro no se contiene y cae a plomo sobre mí desde el cielorraso. Oigo un rugido y la luz tiene garras; me estremezco ante el impacto.

Una mano cae sobre mi rostro. Me enojo de miedo, pero puedo sentir la mano y puedo sentir mi rostro, de modo que la mano debe ser mía ¿Qué está sintiendo qué? Mi boca está abierta y puedo tocarme la lengua con la punta de los dedos, pero mi lengua no siente mis dedos. Está entumecida. Mi rostro parece de masilla. Mi lengua es una masa informe.

Un sonido con textura, una vibración colorida... una resonancia verde; el color de la selva resuena en todo mi cuerpo, desde las orejas hasta los pies. El cuarto se mueve; gira hacia arriba, porque he levantado la cabeza. Ramón, con los ojos cerrados, apoya el arpa contra su boca y pulsa el alambre y su cabeza vibra con luz de neón verde y él da forma al sonido con sus labios y yo veo cómo se desliza por el hueco del arpa. Abre los ojos y me mira, guiando mi mirada hacia la sombra que se mueve, recorriendo furtivamente el perímetro del cuarto. Una sombra con profundidad, de tres dimensiones. La sigo con la mirada. La sombra se detiene y los muros se mueven hacia la izquierda y el cuarto gira en torno del eje de Ramón.

68

Estoy mareado y descompuesto. El olor. Mi aliento es un vaho fétido que proviene de mis entrañas corrompidas. Mis tripas se marchitan con los vapores del deterioro. Mis tejidos se desintegran. Ramón me toca y me estremezco. Miro hacia abajo. Su mano está sobre mi brazo. Puedo ver mi podredumbre interior, debajo de mi piel. El señala hacia la jungla.

—Púrgate.

Más allá de la punta de su dedo veo la arena iridiscente; mis pies se hunden y deslizan en su resplandor. La selva está iluminada. Hay esferas giratorias ultravioletas que brillan; sé que son fuerzas elementales de la naturaleza, los árboles, las plantas. Voy hacia el chihuahuaco y apoyo las palmas de las manos sobre su tibia corteza; mi cuerpo se arquea y vomito hongos. “Me purgo” incontrolablemente, catárticamente, desde las plantas de los pies. ¿Qué es esa sustancia tóxica? Mi estomago se contrae, absorbe la podredumbre de mis intestinos y la expelle con cada contracción.

El árbol se mueve, la corteza se desliza debajo de mis manos y caigo hacia atrás sobre la arena y veo una serpiente, una boa acuática que desenrosca su cuerpo grueso y brillante, de color pardo, negro y amarillo, y se desprende del tronco del árbol. El tamaño... es indecible... Satchamama... serpiente... guardiana del Amazonas; abre la boca (su interior tiene una membrana rosada), emite un sonido que parece un cloqueo y un graznido, y aspira el aire dulce de la noche. El cuerpo sigue moviéndose en torno del árbol; parece no tener fin. Entonces la cola golpea sobre la arena. La cabeza está en el borde del agua, abriéndose camino, y, dejando una estela resplandeciente en la superficie espejada de la laguna, se aleja, penetrando por una abertura negra en la fosforescencia de la selva.

Mi vientre gime, se mueve. Me pongo de pie. Es urgente. En medio de los arbustos, aferrado a una liana, los pantalones enrollados alrededor de mis pies, esforzándome por bajar los tobillos, evacuo el intestino y me limpio con las hojas que están al alcance de mi mano. Limpio, purgado, me pongo de pie y contemplo la belleza de la selva. Se me ha revelado. Posee espíritu.

69

La liana tironea de mi mano. ¿La liana? No, es el brazo de Ramón.

Murmura:

—No permitas que la ayahuasca te domine. No te dejes seducir. Presta atención al ritual.

¿El ritual? Creí que éste era el ritual.

Me conduce hasta el borde del agua. Lo sigo sumisamente. Confió. Debo

ponerme en sus manos porque temo a la atracción de la selva y a las influencias de la noche sobre mi nuevo yo. Veo la laguna, su coruscante superficie Líquida.

–¿Puedes entrar? –me pregunta suavemente, como una madre a su niño.

No sé... si quiebro la superficie... los fragmentos podrían cortarme y podría caer en el fondo oscuro... tambaleándome, sangrando en las tinieblas.

Su canción me lleva nuevamente hacia la orilla. Estoy de pie sobre la arena y tengo violetas alucinaciones. De nuevo. ¿Puedo entrar? Veamos. Observo el espejo líquido. Deseo tocar su...

Reflejo... Mi rostro brilla intensamente; de sus bordes se desprenden partículas de luz que se deslizan sobre la superficie espejada... la luna. La luna en cuarto creciente. Las estrellas brillan como alfilerazos en la superficie del agua. Una sombra sobre el cielo se refleja en el agua y ladeo la cabeza para mirar hacia arriba. Hay algo en el aire. Y bien...

La preocupación arruga mi frente. El rostro que me mira desde el agua es muy suave. Me inclino y se agranda y me sonrío. Me siento aliviado. Extiendo la mano y mis dedos tocan el agua y la imagen reflejada oscila suavemente. Los dedos se mueven en el agua hasta tocar los bordes de la imagen.

Tomo el borde entre el pulgar y el índice y la levanto, levanto mi reflejo de la superficie de la laguna. No tiene peso, como la piel o la película que se forma en una taza de cocoa. El reflejo empapado cuelga fláccidamente de la punta de mis dedos, goteando,

70

retorciéndose y formando hilachas líquidas. Fragmentos de rostro caen en forma de gotas de colores... sobre la arena. La arena que está a mis pies.

Ave.

Un ave de tamaño de un perro, blanco y gris de cuello arrugado de color rosado, que emerge de un collar esponjoso que se mueve. Con su pico duro y magullado picotea los pedazos, perforando la arena.

Perfora... perfora... perfora.

¡Basta ya!

Sus plumas se erizan, sus ojos se mueven y salta...con paso desmañado... grotesco... y retrocede. Con las alas desplegadas mide dos metros y medio; los extremos de las alas son grises. Su graznido resuena sobre la laguna...

Cóndor.

La mano de Ramón oprime mi brazo.

–tienes mucho que hacer, amigo mío. Ven. Rápido. Antes de que regrese...

Entramos en la choza que es un mundo de sombras. Me siento frente a Ramón y lo miro fijamente. Pone el arpa sobre su boca, pulsa la cuerda y el cuarto vibra. Verde y rojo. Música acuática. Los pilares están mojados.

De nuevo. Una octava más abajo. Sus parpados pesados se cierran. Del cielorraso cae una gota de agua.

De nuevo. Una octava más abajo. Fluyendo hacia abajo.

De nuevo. Más abajo. Octavas de tiempo... Su rostro se afloja y palidece, demacrado y con las mejillas hundidas. El arpa cae de su mano vieja y abre los ojos para sonreírme por última vez. La muerte.

Su cabeza, inerte, cae hacia un costado; los ojos se nublan y la boca esboza la sonrisa final y babea... rezuma algo...

Me cubro los ojos con las manos, para no ver. Caigo, como quien cae en un sueño. Experimento una enfermiza sensación en la espalda; estoy cayendo a través de... estratos, uno por uno. Encaje intrincado, arquitectura... planos de tiempo...y de espacio. Posibilidades y elecciones. No tengo de qué aferrarme. Me deslizo demasiado velozmente para ver

71

qué hay entre ellas, sabiendo que son importantes. Muy importantes.

¿Túnel? ¿Luz?

Si pudiera mover las piernas vería mejor, pero me resulta difícil moverme. Mis piernas están dormidas. ¿Y los brazos? Entumecidos, no me responden. Mi cuello se endurece y un frío me invade. Rigor... se instala. Mortis...ya llega. Mis tejidos internos no funcionan y mi corazón late más lentamente contra muros duros y una cavidad rígida, sin sangre.

La luz aumenta, es blanquísima. Experimento una última náusea, se forma un último bolo que asciende y se endurece en mi garganta, y...

No puedo respirar. Oh... no...

Sale humo de la boca de Ramón. Nuevamente la pipa. Dulce aroma a madera. Lo sopla contra mi pecho y el humo se arremolina. Miro ese pequeño vórtice, ese humo que se arremolina sobre mi pecho. El cuarto canta una melodía suave y armoniosa. El sonido de la respiración. Inspiraciones largas y profundas. Aliento caliente. Es el mío. Saborea el aire y percibe las lágrimas que se agolpan en tus ojos. Has vuelto. He vuelto. El sonrío pero menea lentamente la cabeza.

–Ven conmigo.

Me di vuelta y me incorporé sobre la estera, temblando. De rodillas, de pie, apoyándome en él como si fuera una muleta. Terminemos de una vez.

Pasamos junto a un cuarto en el que una anciana de trenzas canosas duerme sobre un colchón. La mujer de Ramón. Traté de mirar mi reloj, pero la esfera me confundió. Aún era de noche y los sonidos de la selva estaban de nuevo allí.

En un cuarto al final de un vestíbulo abierto había un colchón, con una sábana y una almohada.

Si. Ahora deseo dormir y oliviar esto y vivir para ver un nuevo día.



La oscuridad que estaba detrás de mis párpados reía; los colores rebotaban dentro de mi cráneo. Me revolví en la cama, mojando la única sábana con mi sudor. Me quité los pantalones y permanecí acostado, tratando de aplacar mis sentidos despiertos, sintiendo cada una de las fibras de la sábana sobre mi piel desnuda, percibiendo la acidez de mi saliva. Había en el aire un dejo del olor de la cera de las velas y la esencia del humo del tabaco; y el zumbido y el siseo de los insectos retumbaba intrincadamente en mi cabeza. La risa se burlaba de mí. Las sombras se

mezclaban entre sí. Introduje la mano debajo de la sabana y palpé mi vientre, sus músculos; descubrí que podía contraer y relajar cada uno de ellos, por separado, a voluntad. Y había algo más. Un vacío, una oquedad interior e imaginé que la brisa de la selva, el suave viento que movía las hojas, se movía dentro de mí, en los espacios vacíos de mis entrañas, vacíos de... ¿Qué? ¿Recuerdos?

No la vi entrar ni la vi a la distancia necesaria para describirla íntegramente. Sólo sé qué sensación me produjo su roce, acostada junto a mí en la oscuridad; sólo percibí la textura de su cuerpo y su olor limpio, la cercanía de su rostro indígena, sus ojos brillantes, sus cabellos negros que amortiguaban el peso de su cabeza sobre mi hombro.

Tan simple. No tenía por qué pasar esa noche a solas y dormir sin consuelo. Esta hija de... la selva estaba allí para tranquilizarme, para sostenerme, para sostener.

La abracé. Nada había sido nunca tan natural, tan fácil, tan sencillo.



Mi pisada cae sobre el suelo húmedo, el sonido se magnifica mil veces y retrocedo para no perturbar la paz y la armonía de la selva... este jardín perfecto.

No necesito pisarla, puedo flotar, alejándome de la Tierra hasta la oscuridad que hay entre las estrellas, con el júbilo de la libertad y la pureza. Puedo viajar velozmente por la nota que toca Ramón, la que he oído antes. El sonido de una copa de cristal, una hebra de sonido que se sintetiza en un zumbido eléctrico y números rojos que brillan en la oscuridad: 6:00. La mano de ella se estira y golpea la mesa de noche, atiborrada de objetos volcables y el zumbido persiste, como un gemido.

Stephanie. Se incorpora, aterrorizada; se cubre los senos con una sábana blanca, me mira. Te siento, Stephanie. Profundamente. ¿Me sientes tú a mí? ¿Allí?

¿Sobresaltada? No te alarmes. Sé que no puedes verme porque soy muy negro y me muevo muy ágilmente. Soy tan sólo una sombra sin aliento, pero lo suficientemente fuerte como para poseerte. Ahora.



Me desperté bruscamente, a solas. El calor del sol tropical inundaba el pequeño cuarto. Odio despertarme con la luz del sol. Siempre me provoca dolor de cabeza.

Me incorporé y me apoyé contra el muro, deslizándome sobre el culo. Froté mi rostro para despertarme. ¿Dónde estaba ella? Un momento. ¿Stephanie o la joven india? Hice a un lado la sábana y vi las pruebas de nuestro acto amoroso.

Me puse los pantalones. ¿Y la camisa? En el otro cuarto. Me puse de pie y extendí la mano buscando apoyo y estuvo a punto de atravesar el muro entretejido. Halé un poste vertical y me apoyé en él, tratando de aclarar mi mente.

No había nadie en la casa. En el cuarto grande, sobre la estera, estaba mi camisa, prolijamente doblada. Mi mochila. Junto a ellas, un bol con fruta.

Me senté y comí. Los frutos (creo que eran mangos, papayas, bananas) eran exquisitos, succulentos y sus jugos saturaron mis tejidos sedientos.

74

No había nadie en la casa. Busqué a Ramón junta a la laguna, más allá del árbol chihuahuaco, y por el camino hasta llegar al recodo del pequeño río. Allí me bañé, empampanándome con el agua tibia del arroyo poco profundo, y regresé a la casa vacía sintiéndome vivo, pero menos humano.

14 de febrero

Cerebro muerto.

Este lápiz se comporta curiosamente. Raspa y rasguña el papel, trazando

palabras que no pueden expresar mis sentimientos. Raspa, raspa. Rasguña, rasguña. De todos modos, es estúpido escribir con un lápiz.

Bien, hallé una estilográfica. Pero tampoco sirve. Es demasiado resbaladiza. Haz un esfuerzo, ahora, porque dentro de unos días tu mente se despejará y volverás a ser serio y, de todos modos, no debieras malgastar papel. ¿Ves? Puedes hacerlo.

¿Por qué hablo conmigo mismo? ¿Por qué? No hay nadie aquí con quien hablar. Tengo deseos de gritar. De irme a la selva y comenzar a gritar.

Es como si hubiera sobrevivido a un accidente automovilístico, a una experiencia cercana a la muerte. Sí, me alegra estar vivo y todo parece diferente, mejor, más alegre; inspira, piensa en ello, toma la decisión de no volver a suponer que la respiración es algo natural.

Digámoslo claramente. Estuve a punto de morir.

Lo sé.

Si Ramón no me hubiera hecho aspirar el humo (Dios mío, esos vórtices giratorios) habría chocado contra esa luz, o habría resbalado y me habría deslizado entre esos... esos... planos de "realidad" (piensa dos veces, o tres o cuatro, antes de volver a usar nuevamente esa palabra y habría desaparecido).

75

Jennifer sobre una losa.

Estoy aliviado; sí, es hermoso estar vivo, y pienso (aunque no estoy en condiciones de hacerlo) que me experimenté a mí mismo, mi conciencia, o digamos mejor, mi conciencia cognoscitiva, como algo separado de mi cuerpo y mucho más importante que esta carne.

Pero, maldición. El temor confunde, paraliza. Lo realmente aterrador es lo que está detrás de las visiones, a ambos lados de las sombras, entre todos esos planos y estratos, debajo de la superficie de esta bonita laguna.

Me lo perdí porque estaba muriendo y estaba demasiado asustado.

Hay algo en todo esto y me lo he perdido. Fui invitado a mi propio

funeral y no asistí. Aguardaré aquí, al pie del chihuahuaco, donde estaba la serpiente. Aguardaré aquí y me extasiaré con mi propia respiración, con el arrobamiento que me producen la selva y a mi existencia.

Pero sé que se puede tener más; que el hecho de ser humano implica algo más que esto, y no estoy en paz, ni lo estaré hasta saber qué me he perdido.

Otra vez.

Me sentaré y aguardaré a Ramón.

Ramón no vino nunca.

Aproximadamente al mediodía regresé por el camino hasta llegar a la carretera. Hacía más calor que el día anterior y el sudor hacía brillar mi cuerpo. Un mosquito quedó adherido a mi brazo. Sus alas se pegaron a mi piel mojada.

Aguardé durante dos horas, sentado sobre mi mochila, y no tuve que hacer ningún esfuerzo para no pensar en nada. Me subí a un carro que accedió a llevarme; era un carro chato, de madera; un jergón adosado al eje de un camión y un par de neumáticos gastados, tirado por un burro y conducido por un indígena jorobado.

Ocho horas después llegamos a Pucallpa.



En 1967, Cuando estudiaba filosofía en la Universidad de Puerto Rico, asistí a una conferencia del doctor Stanley Krippner, director del laboratorio del sueño del Centro Médico Maimónides. Después, durante la recepción, le hablé de mi entusiasmo por el tema que había tratado y me propuso un desafío. Puerto Rico tenía una rica tradición espiritista. ¿Por qué no estudiar los sueños de los adivinos y los mediums de san Juan?

Y había hallado a doña Rosa, la adivina negra y tuerta que vivía en un diminuto apartamento de la planta baja de un complejo urbano en las afueras de san Juan. Era una anciana feroz, que llevaba sobre el ojo enfermo un parche hecho con una hoja, que sostenía con una faja de palmera. Su ojo sano era como una piedra

preciosa en medio de ese marco horrible y toda la gama de sus expresiones se reflejaba en las facetas de ese ojo. Leyó mi fortuna mirando con él el interior de una pecera. Nos hicimos amigos.

–Hay un poder que lo sigue –dijo–. Hará grandes cosas, pero nada importante hasta que deje de huir y se vuelva para mirarlo cara a cara.

Me dijo que fuera a El Yunque, la montaña boscosa que está en las afueras de San Juan. Vaya hasta allí y aguarde, me dijo.

Lo hice. Aparqué cerca del camino, entre los bananeros y la maleza tropical. Me senté sobre la capota del automóvil con las piernas cruzadas y aguardé.

No recuerdo haberme quedado dormido, pero uno nunca lo recuerda. Pero sí recuerdo que, al atardecer, me recosté contra el parabrisas y cerré los ojos.

Una rama crujió. Mi espalda se arqueó y caí al suelo sobre las manos y los pies; me abrí paso entre la oscuridad, golpeando contra los arbustos, rodé hacia la izquierda y algo frío y húmedo rozó mi mejilla. Di un manotazo a la hoja del bananero que adhería a mi rostro y dejé de respirar. Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad de la noche, vi mi

77

automóvil y las luces de San Juan. Mis pantalones estaban rotos y tenía una herida sangrante en la rodilla. Me había torcido la muñeca y cuando comencé a respirar nuevamente, fui cojeando hasta el automóvil.

Cosas que susurran, crujen, jadean y chocan en la noche. No me atrevía a decírselo a Rosa. Estaba demasiado avergonzado. Pero cuando fui a visitarla, una semana después, me miró a los ojos y frunció el ceño.

–Fracasó –dijo.

–Me quedé dormido –contesté–. Y algo me asustó.

–Perdió una oportunidad –dijo ella.



14 de febrero
Mucho más tarde

Es de noche y estoy en el hotel de Pucallpa, frente al río. Acurrucado en la cama. Escribiendo a la luz de una linterna. Se oye el sonido de los barcos que navegan por el río. Son viejos barcos de carga, con motor fuera de borda, que navegan río abajo.

Sólo un par de preguntas. Para dejar constancia. El gato, el jaguar. ¿Qué es?

Los colores y las luces de la selva.

La serpiente. Satchamama. ¿Cómo supe esa palabra?

El cóndor y mi rostro. Dios mío. Sé que ocurrió; todavía puedo sentir su pegajosa humedad en las yemas de mis dedos.

La arquitectura.

El humo que giraba.

Esa muchacha. ¿La hija de Ramón? Pude haber hecho un desastre.

Stephanie. Nada menos. Lo que sentí por ella.

78

Preocupado por la joven. Qué escena tan tierna y tan erótica. Pero, Dios. ¿Y si vino a consolarme? ¿A cuidar de mí durante la noche? Quizás Ramón me la envió para que la abrazara, y nada más. Puedo comprenderlo.

Una mujer, mi complemento. Entrégame tu femineidad y viajaremos hacia el sueño, hacia la noche, hacia el jardín.

¿Y qué hice yo? Ella está allí, entregada, y la beso, la amo, me aprovecho de ella, hago lo que haría cualquier hombre. Rompo la intimidad del momento para tener una relación sexual.

¿Debí quedarme hasta que Ramón regresara? ¿O él esperaba que yo partiese?

Permanecí en Pucallpa durante cinco días, exploré los muelles y los barcos de carga

que habían llegado hasta allí, al último puerto navegable del Amazonas, a cinco mil seiscientos kilómetros del atlántico. Visité el lago Yarinacocha, nadé junto a los delfines de vientres rosados y tomé sol en sus playas de arena gris. Cuanto más escribía, más me acercaba a la posibilidad de explicar mi experiencia con Ramón, y más me alejaba de la posibilidad de comprenderla.

79

5

Aprender mucho no enseña a comprender.

Heráclito

Cuando regresé al Cuzco la huelga había concluido. Los estudiantes caminaban por los pasillos con una formalidad propia de las escuelas latinoamericanas. Aquí la educación superior era un privilegio, no un derecho, y no se la consideraba como algo que a uno le es dado naturalmente.

Me habían enviado a un aula que estaba en el extremo de un pasillo. Miré por la pequeña ventana que tenía la puerta y observé los rostros de los alumnos del

profesor Morales, mientras éste, de aspecto distinguido a pesar de su ropa ridícula, se paseaba entre ellos.

Había dieciséis alumnos; sólo dos eran mujeres. La mayoría eran indígenas, quechuas, pero también lo eran casi todos los habitantes de Perú. A diferencia de los mixtecas y los aztecas de México, que se habían mezclado con los conquistadores españoles, dando origen a los mestizos mexicanos, los indígenas peruanos mantenían la pureza de su raza, aunque los españoles y otras razas blancas estuvieran al frente del ejército y del gobierno y poseyeran la mayor parte de las riquezas del país. Había pocos profesores indígenas en la universidad.

Percibí un movimiento a mi lado y me volví; era el estudiante indígena que había sido aconsejado por el profesor en la cafetería la semana anterior. Parecía avergonzado y temeroso. Llegaba tarde a clase.

–Discúlpeme señor.

Me hice a un lado y abrió la puerta. El profesor Morales levantó la vista y me sonrió;

80

el alumno entró en el aula y se sentó. Entré y permanecí de pie junto al muro.

–El prelado y erudito inglés William Ralph Inge dijo que la naturaleza es una conjugación del verbo comer. ¿Qué creen ustedes que quiso decir?

Se levantó una mano. Era la de un joven pecoso y pelirrojo.

–¿Fernando?

–¿Que es un prelado, maestro?

–Un alto dignatario de la iglesia; un obispo o un abad, por ejemplo. Fernando, ¿Qué piensa usted que quiso decir?

Fernando bajó la mirada contemplando, el cuaderno con espiral que estaba sobre su pupitre.

Una joven de cabellos de color castaño claro y una bufanda roja levantó la mano.

–¿Si Francesca?

Ella bajó la mano y sonrió

–¿Uno es lo que come?

El profesor Morales hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Ese es tan sólo un proverbio. Vamos. “La naturaleza es un conjugación del verbo comer”.

Sacó una manzana de uno de los bolsillos deformados de su chaqueta. Apoyó una mano sobre el pupitre del alumno lento, se inclinó hacia él y dio un mordisco a la manzana.

–Juan Ignacio –dijo, masticando el bocado de fruta–, ¿cuál es la función principal de la vida?

El joven levantó lentamente sus profundos ojos castaños.

–¿Comer maestro?

–Comer. Dígalo sin temor, Juan Ignacio, usted sabe que es así. –Fue hasta el frente del aula–. Comer. Esa es la constante de la naturaleza. La vida depende de que comamos otra vida. Piensen en ello. Comer, consumir, digerir. ¿No es acaso la función principal? ¿La fuerza directriz? Las gallinas picotean en la arena, las llamas pastan en las laderas de las montañas. La naturaleza se alimenta en los bosques, en las selvas y en los desiertos de la Tierra.

81

Comer y ser comido. La función principal. Primordial, ¿no es así? Sí, Francesca, usted es lo que come y usted será comida. Este simple hecho es un ejemplo elegante de la indisolubilidad de la vida y la muerte. La vida vive porque mata y come vida.

Dejó la manzana, fue hasta la pizarra y, con un trozo de tiza que sacó del bolsillo, dibujó un círculo abierto en su parte superior y luego añadió los detalles. El uroboros, la serpiente que se come la cola. Dio un paso hacia atrás.

–La vida es una fuerza inmortal, que se perpetúa a sí misma. Y éste es el símbolo. La serpiente que se come su propia cola. La serpiente, una criatura tan simple, tan primaria. Un sistema digestivo viajero; eso es todo. Una criatura que se desprende de su piel y renueva su vida, abandona el pasado y avanza, Y aquí –dijo, golpeando suavemente la pizarra–, aquí está la serpiente comiéndose la cola; un círculo, un camino sin fin. La inmortalidad. La vida que se esfuerza. La vida es inmortal y vive porque mata y se come la vida. Y hallaremos el símbolo de la serpiente en las filosofías y religiones de toda la humanidad, desde el Antiguo y el

Nuevo Testamento, hasta las Upanishads de los hindúes y las tradiciones de nuestros ancestros indígenas. La serpiente es un símbolo universal. Representa una idea elemental, una idea común a la conciencia de todos nosotros. Y estos son los símbolos que Carl Jung llamó “arquetipos del inconsciente”. Son las poderosas fuerzas de la naturaleza y el mito.

Dejo caer la tiza en su bolillo y miró su reloj.

–Mañana tendremos una sorpresa especial: un psicólogo de Estados Unidos nos dirá cómo funciona el cerebro humano. No lleguen tarde; no deben hacer esperar a nuestro invitado. –Me sonrió por encima de las cabezas de sus alumnos y todos se volvieron para mirarme y me sonrojé. Asentí tímidamente. No esperaba que me pusiese en evidencia, pero apenas comenzaba a conocer a Antonio Morales Baca.

Hubo ruidos de libros, de papeles, de cremalleras; los alumnos se dirigieron hacia el vestíbulo. El profesor pidió a Juan Ignacio que se quedase un instante y el joven indio fue

82

hasta él, con la cabeza baja.

–Disculpe mi retraso profesor.

–Juan Ignacio Peralta Villar. Siempre debe mirar a los ojos de la persona a quien habla. Quienquiera que sea. Los hombres interpretarán su mirada como una señal de confianza y fuerza. Las mujeres lo hallarán irresistible.

–Sí señor.

–¿Cómo está su madre?

–No puede respirar, maestro.

Morales levantó la mirada, no sé si para asegurarse de que yo estaba aún allí o para indicarme que me fuera. Me sentí un poco molesto, de modo que decidí quedarme. El profesor bajó la voz.

–¿La llevó a ver al doctor Becerra?

–Sí, maestro, gracias. Dijo que ella es alérgica y que siempre lo sería, y la

medicación...

–¿Es muy costosa, verdad?

–Sí, señor.

–Bien... –Me miró nuevamente–. Hay un hombre llamado Gómez –dijo, y mencionó una dirección–. Quizás debiera llevar a su madre para que él la vea. Practica una medicina diferente.

Mi conocimiento de Máximo Gómez y de las curaciones que él llevó a cabo serían luego relatadas en *Esferas de curación*. Viví dos semanas con Máximo y su mujer, Anita. Dos semanas que culminaron en un incidente que tuvo un profundo efecto sobre mi educación, sobre mi comprensión de los temas que estaba destinado a investigar.

Obedecí la sugerencia del profesor Morales y acompañé a Juan Ignacio y su madre a un edificio de apartamentos sencillo y enjalbegado que se hallaba en las afueras de la ciudad. Era evidente que la señora Peralta padecía de asma aguda. Debía hacer un esfuerzo consciente para respirar y su rostro estaba demacrado y pálido a causa del insomnio. Atravesar la ciudad a pie era impensable, de modo que renté un taxi.

Cuando llegamos a la dirección indicada, vimos a una adolescente indígena que

83

ayudaba a un anciano a bajar los escalones de la entrada. Mientras pagaba al conductor, observé que la joven lo sostenía con una mano; en la otra llevaba el bastón del anciano.

Una mujer alta y de rasgos delicados sonreía en lo alto de los escalones. Una de sus manos estaba apoyada sobre su vientre; estaba embarazada; con la otra sostenía la puerta abierta.

–El hermano Máximo está atendiendo un paciente, pero enseguida estará con ustedes –dijo. Nos condujo hasta la cocina de suelo de madera, en la que había una mesada y un fregadero. Estaba llena de plantas; algunas estaban vivas y verdes y crecían en tiestos y envases de hojalata; otras estaban secas y colgaban de las vigas y del alféizar de la ventana. Nos sentamos en torno de una mesa cubierta con un mantel de hule de vivos colores. En una jaula de hojalata y alambre que estaba junto a la

ventana había un lorito de color verde claro.

El hermano Máximo. Hermano. El profesor Morales me había dicho que Gómez era un curador esotérico que había llegado poco tiempo antes a Cuzco, procedente de Lima, que la asociación médica local le había iniciado un juicio por ejercicio ilegal de la medicina y que yo tendría la oportunidad de observar sus procedimientos.

–No le mencionó antes –dije.

Se encogió de hombros.

–Usted deseaba conocer un ayahuasquero. –Sonrió, mirándome a los ojos, y prosiguió–. Y, por lo que veo, lo consiguió.

–¿Se nota?

–Tiene el aspecto de quine ha visto un fantasma.

–Desearía hablar de ello con usted...

–Por supuesto. Mañana. Después de su conferencia.

Me dió un palmadita en el hombro y Juan Ignacio y yo fuimos a buscar a su madre.

La mujer que nos había recibido en la puerta, nos sirvió un fuerte café peruano. Me presenté.

–Sí –dijo ella–. El hermano Máximo lo aguarda.

–Sonrió y me entregó una tacita–. Soy Anita, la mujer del hermano Máximo.

84

Es usted bienvenido a esta casa.

Le agradecí el café y me pregunté quién habría predecido mi itinerario, divulgándolo por todas partes. Hasta el momento, nadie parecía muy sorprendido por mi presencia ni demostraba mayor interés por mí. Descarté la idea, considerándola una fantasía egotista, puse azúcar en el amargo café, aspiré el aroma de las hierbas, escuché la respiración sibilante de la señora Peralta y observé el rostro de Anita. Había algo casi etéreo en su presencia, su mirada parecía agobiada de inquietudes, quizás había en ella un sentida de resignación.

Máximo era mestizo, tenía un rostro indígena claro y una rala barba española que cubría sólo parcialmente las profundas cicatrices de viruela. Llamaba la atención. Era bajo y fornido, vigoroso. Evidentemente, era muy pagado de sí mismo.

Intercambió unas palabras en voz baja con Anita y miró de soslayo a Juan Ignacio y su madre. Luego esbozó una sonrisa torcida, se apartó de Anita y me tendió la mano.

–Bienvenido, hermano mío. Y ha traído usted su gato, su lechuza y su ciervo.

Estreché su mano.

–Bueno, espero que sean robados –dije.

Frunció el ceño más, confundido que enojado. Se volvió hacia la madre de Juan Ignacio.

–Vengan –dijo señaló la puerta abierta.

Lo seguí, pero con renuencia. En México me habían usado en muchas ocasiones para avalar el prestigio de los curadores que había visitado. Y en muchas ocasiones había visto que los pacientes se tranquilizaban ante la presencia del “doctor norteamericano”, el importante científico que había viajado desde Estados Unidos para conocer al gran curador.

La sala de estar era la clínica de Máximo. Era un cuarto pequeño y sencillo, con suelo de madre sin alfombra alguna, unas pocas sillas, una mesa cubierta de hierbas y aceites y una pequeña cama en el centro. Por la ventana se veía el Salcantay, el más alto de los cuatro picos nevados del Cuzco. Había velas por doquier: cabos de cera de abejas, velas navideñas

85

rojas, velas votivas de cera de color amarillo oscuro, todas ellas en pequeños vasos de vidrio. Pero ninguna estaba encendida.

El cuarto enjalbegado era naturalmente luminoso y los artefactos eléctricos que había sobre los muros agrietados y la lámpara incandescente que pendía de un alambre del cielorraso esfumaban las sombras formadas por los últimos rayos del sol del atardecer que entraban por la ventana.

Le habían pedido a Juan Ignacio que aguardara en la cocina. Máximo dijo que yo era un “medico importante de Estados Unidos” y luego la señora Peralta se quitó la blusa y se tendió boca abajo sobre la cama. Era obesa y la posición resultó muy incómoda para sus pulmones, de modo que Máximo le dijo que se sentara; ella lo hizo, sosteniendo la blusa contra su pecho. Máximo caminó alrededor de la cama,

mirándola por el rabillo del ojo.

–Inspire profundamente –dijo, y ella, cohibida, hizo un tímido esfuerzo para obedecerle.

El se detuvo detrás de la espalda de ella y, con los párpados entrecerrados, apoyó sus manos a ambos lados de la columna vertebral de la mujer. Rastreó una línea invisible con el índice de su mano derecha, se detuvo y oprimió la carne rolliza. Ella suspiró y se estremeció; él le dijo que se relajara y continuó rastreando líneas por su espalda, oprimiendo en diversos puntos. De tanto en tanto, la pellizcaba; ella gruñó de dolor y vio que los dedos de él le dejaban manchas rojas y las marcas de las uñas en la espalda.

El le quitó los zapatos y tocó un punto de su pie izquierdo. Luego levantó la larga falda y oprimió puntos clave de sus pantorrillas venosas y sus muslos arrugados. Después se alejó, dejándola sin zapatos y con la falda enrollada alrededor de las caderas. Con los ojos cerrados, ella apretó la blusa contra su pecho y se meció de adelante hacia atrás, respirando dificultosamente. El se acercó a Anita y ella le entregó una ramita corta de corteza color café, que aún tenía una hoja seca.

–Puedes marcharte –dijo a su mujer y se volvió abruptamente hacia la señora.

86

–Vístase.

Ella abrió los ojos y logró ponerse la blusa sin dejar ver el frente de su sostén.

–Tome esta rama –ordenó él–. La he bendecido. Hiérvala en agua de Tambo Machay y beba la infusión tres veces por día. Venga a verme dentro de dos días. Eso es todo.

De modo que empleaba la dígítópuntura, guiándose por los meridianos que los antiguos chinos trazaran dos o tres mil años antes. Le prescribió un té de hierbas, se comportó pomposamente y le dijo que volviera para otro tratamiento. Había sido testigo de escenas similares docenas de veces entre los curadores de México. Y había visto cómo doña Pepita extirpaba tumores, haciendo incisiones con un cuchillo de caza; incluso había sacado los intestinos de un paciente durante un “trasplante de

vejiga”, realizando a la luz de una vela en el cuarto de la parte posterior de su casa de la ciudad de México. El hermano Máximo no me impresionaba demasiado.

–Buscaré un taxi –dije.

Máximo meneó la cabeza.

–No. No podrá hallarlo en esta parte pobre de la ciudad. Además, deseo que ella camine. Por favor, quédese a comer con nosotros.

Me despedí de Juan Ignacio y de su madre y Máximo ordenó a Anita que saliera a comprar comida. Su tono me indignó. Nos sentamos a la mesa de la cocina.

–¿Permanecerá aquí durante mucho tiempo?

Le dije que mi estancia en Perú dependía de que hallara, o no, curadores tradiciona-les.

– ¿Pertenece usted a una universidad de Estados Unidos?

–La de California –dije.

Repitió la palabra lentamente, acentuando las cuatro sílabas.

–He oído hablar de ella –dijo. Le expliqué que estaba interesado en las tradiciones curativas, mencioné que había estado un tiempo en México y que anhelaba estudiar y escribir sobre la psicología de la curación. Pareció impresionado. Llenó dos copas con un

87

líquido de color claro que había en una botella sobre la alacena.

–Usted ha oído hablar de mí –dijo.

–El profesor Morales, de la universidad local, sugirió que le viera.

–Ah. –Sus ojos parecieron agrandarse y luego asintió rápidamente–. Sí. El también ha venido a verme.

–¿Para someterse a un tratamiento?

–No. Sólo para conocerme. Salud.

–Salud.

Levanté mi copa, bebí un sorbo del licor y me estremecí. Parecía ginebra dulce y era muy fuerte.

–Pisco –dijo él.

Asentí y bebí otro sorbo. El segundo fue más fácil.

–Usted emplea la dígítópuntura –dije.

Arqueó las cejas.

–¿Eh?

–Con la señora Peralta se guió por los meridianos de la acupuntura china.

¿Dónde la estudio?

Máximo hizo un gesto negativo con la cabeza y su rostro se ensombreció, desconfiado.

–Lo lamento. No conozco eso. ¿Qué es?

Le expliqué el concepto de la traficación china, los dos mil puntos ubicados a lo largo de meridianos verticales de la energía *chi* que recorren el cuerpo, pero sólo pareció confundido. Finalmente desechó la idea, riendo.

–Oh, no, no. No hago tal cosa. Es mucho más sencillo.

Observo los ríos de luz y los sigo. Cuando hay una obstrucción la disuelvo.

–¿Ríos de luz? ¿Cómo son?

–Oh... –Apoyó el labio inferior sobre el superior, haciendo un esfuerzo para describirlos–. Son de color azul claro... a veces... como corrientes de energía. Fluyen por el aura. Puedo verlos –dijo, acercando un dedo a la piel de su brazo, a unos milímetros de distancia– aquí...

88

–¿Puede verlos ahora?

–Sí, si los observo.

Quizás fuera el pisco, quizás la altura. Probablemente una combinación de ambas cosas. Lo cierto es que, cinco minutos más tarde yo estaba de pie en una silla, en ropa interior, y Máximo Gómez estaba trazando los “ríos de luz” de mi cuerpo con un lápiz labial de Anita. Le entregué mi cámara, ansioso por comparar los “ríos” con un diagrama de acupuntura cuando regresara a San Francisco. Cuando Anita regresó con un bolsa llena de comestibles, él le habló con brusquedad. Ella dejó la bolsa, se echó a llorar y salió corriendo del cuarto. Era su único lápiz labial.

Febrero 23

Necesito un plan. Máximo me ha invitado a alojarme en su casa.

“Permanezca aquí y aprenda”.

¿Aprender qué?

¿Más sobre los esotéricos curadores urbanos?

Bueno, cómo no. Podría quedarme aquí durante un tiempo y estudiar los métodos de Máximo.

Deseo estudiar el enfoque mágico rural del hatun laika, maestro chamán.

Necesito saber qué me sucedió en la jungla.

Recibí una carta de Stephanie. Nada menos.

Seguramente la envió el día que partí. Me agradece la invitación a cenar y se disculpa por su “actitud”. Creo que le agrado.

Perfecto. Desentrañaré los secretos de la mente humana.

Las selvas, las altas mesetas boscosas y los desiertos del mundo serán mi laboratorio. Experimentaré los estados de conciencia y entraré en los reinos de la curación de los místicos y hábiles y primitivos, absorberé su sabiduría y le otorgaré una forma operativa occidental.

Con la ayuda de ella. Una psiquiatra educada en la escuela occidental clásica, una racionalista. El yin de mi yang. El cerebro izquierdo que complementa el

89

derecho. Estrecharemos la brecha que existe entre la sabiduría instintiva de los antiguos y los “hechos” pragmáticos, obtenidos con esfuerzo, del hombre moderno y civilizado. De la mano; el equilibrio perfecto. Bien.

¿Por qué veo una compañera en cada mujer hermosa que conozco? Es una función límbica. Lo reduzco todo al sexo.

Cerebro límbico. Hablaré de ello mañana. La conferencia para los alumnos de Morales. Los deslumbraré con alguna teoría cerebral.

Pero, es innegable que... esa noche en la selva la sentí junto a mí. Me pregunto cómo será su dormitorio.

Le enviaré una postal. Que diga más o menos así: “la hija de Ramón fue una delicia. Desearía que fueses ella.”

Nota: comprar lápiz labial para Anita.

Es la más auténtica de los dos... Máximo es elocuente.

Pero ella tiene un aspecto... Quizás sea el embarazo.

Saludable. Inocente. Fuerte. El la trata como a un perro encadenado.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, el profesor Morales me presentó a sus alumnos como un joven doctor en psicología de Estados Unidos. Era evidente que el profesor Morales era único en la universidad, y no sólo porque era indígena. Durante la huelga no había visto a nadie, excepto un conserje, el personal de la cafetería y los leales alumnos del viejo profesor.

Había escuchado el final de su disertación y sabía que Morales era un hombre singular, un educador más que un simple maestro, que había creado un entorno educativo para sus alumnos, se había ganado su respeto, los había estimulado en el aprendizaje y, seguramente, les había enseñado más de lo que exigía el programa de estudios. Ahora me tocaba a mí.

Comencé citando la frase de Lyall Watson: “Si el cerebro humano fuese tan simple como para que pudiésemos comprenderlo, rostros seríamos tan simples que no podríamos”

90

y continué explicando los fundamentos de la teoría tricerebral.

Dije que la teoría tricerebral está estrechamente vinculada con la evolución del homo sapiens. Afirma que el cerebro humano está formado por tres “subcerebros” que se han desarrollado en forma independiente y por separado: el antiguo cerebro reptil, el cerebro límbico y el más reciente, que es la neocorteza.

El primero, el cerebro reptil, no es muy distinto del cerebro primitivo de los dinosaurios. Este cerebro regula y mantiene el funcionamiento del cuerpo humano, incluyendo el crecimiento y regeneración de los tejidos, el movimiento, la circulación, la respiración y otros sistemas físicos. Es el cerebro del hábito, herramienta indispensable para la supervivencia de los antiguos reptiles, que carecían de la capacidad de interpretar sus decisiones una vez que las tomaban, de cambiar de idea.

Los dinosaurios compensaban su escasa inteligencia con su fuerza bruta, avanzando por la vida con dificultad en lugar de trazarse un camino a seguir. Los grandes reptiles no tenían necesidad de enfrentarse con otros animales que trataran

de arrebatarles la supremacía y la complejidad de sus cerebros era proporcional a la simplicidad de su vida.

Cuando se extinguieron los dinosaurios y aparecieron los mamíferos, los requisitos para la supervivencia se tornaron más complejos. Las exigencias del medio sobre los mamíferos de sangre caliente y más vulnerable fueron tales que sus cerebros desarrollaron hasta tener casi cien veces el tamaño de los reptiles de sangre fría (proporcionalmente al peso del cuerpo). En los primeros seres humanos los instintos del cerebro reptil fueron complementados por una nueva neurocomputadora, el cerebro límbico.

Mientras que el cerebro reptil del dinosaurio y del ser humano fue programado obedeciendo firmemente a los instintos, el cerebro límbico fueron programados con un nuevo lenguaje: el de los sentimientos. Con el correr del tiempo el cerebro límbico se convirtió en el motor principal de la experiencia humana, con cuatro programas de

91

respuestas emocionales: el temor, la alimentación, la lucha y el sexo. Estos cuatro impulsos han controlado el comportamiento humano desde el nacimiento de nuestra especie.

El cerebro límbico construye las defensas y los territorios mentales, que invaden y saquean los territorios vecinos y que nos impulsan a definir como enemigos a aquellos cuyos rasgos y color de piel son distintos de los nuestros.

Llevados por el emocionalmente volátil, irracional y muy intuitivo cerebro límbico, los primeros seres humanos comenzaron a formar tribus y pueblos cazadores y recolectores y crearon rituales sociales y leyes que regulasen y atenuasen los impulsos del cerebro límbico.

Hace cien mil años, dando un salto cuántico evolutivo que aún no ha podido explicarse, el cerebro del homo sapiens casi duplicó su tamaño. De un sólo golpe la naturaleza dotó a nuestros ancestros con una poderosa neurocomputadora que no

aprendieron a usar hasta miles de años mas tarde. La neocorteza otorgó al pensamiento supersticioso y ritualista del cerebro límbico una capa de pensamiento racional y lógico.

Los hemisferios izquierdo y derecho de la neocorteza están relacionados con el pensamiento abstracto, matemático y espacial. Sus lóbulos frontales constituyen el centro de una función superior del cerebro, de la cual sabemos muy poco, pero creemos casi con certeza que alojan la facultad de la previsión. La capacitada de ver la herramienta o el arma que se oculta en un trozo de hueso, de ver la escultura que está en el interior de la piedra, de proyectar el futuro, de planificar la siembra y la cosecha de los cultivos, de imaginar, y de soñar diferencia al ser humano de los animales y le permite forjar su propio destino.

Con una herramienta simple, un palo que luego se convirtió en una palanca rudimentaria y luego en un arado, los seres humanos comenzaron a controlar su entorno. La mano de la humanidad se unió a la mano de la naturaleza.

La formación de la neocorteza fue el comienzo de los que llamamos mente, pues con ella surgió la capacidad del cerebro de pensar sobre sí mismo. El ser humano primitivo pudo entonces descubrir su imagen en una laguna del bosque y, en lugar de huir de ella o de arrojarle una piedra, pudo extasiarse mirando su propia imagen y pudo comenzar a verse y comprenderse a sí mismo.

92

El ser humano primitivo pudo entonces descubrir su imagen en una laguna del bosque y, en lugar de huir de ella o de arrojarle una piedra, pudo extasiarse mirando su propia imagen y pudo comenzar a verse y comprenderse a sí mismo. Hasta ese momento, el humano primitivo había podido percibir el entorno que lo rodeaba. Ahora podía percibir algo más: su imagen reflejada en la naturaleza. Podía pensar en sí mismo, en la vida, en el destino, en Dios.

La neocorteza es también el cerebro del lenguaje. El lenguaje nos permite definir y comunicar las experiencias de nuestros sentidos y de nuestra vida interior. El cerebro límbico no posee el don de la palabra; se comunica en cambio por medio del lenguaje corporal, los gestos, los símbolos y la música. Ahora, la visión, el sonido, el sabor, el olor, el tacto y las emociones, es decir, todos aquellos estímulos que el cerebro reptil y límbico sólo podían registrar y ante los cuales sólo podían

reaccionar, pudieron ser expresados con palabras.

El cerebro reptil era útil para las criaturas seguras de sí mismas (los dinosaurios), y el cerebro límbico se desarrolló entre los miembros de las pequeñas tribus o grupos de cazadores. La neocorteza necesitó una unidad social más grande para crear la cultura necesaria a fin de explorar su potencial, para crear la ciencia, la música, el arte y la arquitectura.

La inteligencia aumentó cuando se incrementó el número de cerebros inteligentes vinculados entre sí, en una sociedad cuyas creencias, tradiciones, folklore y conocimientos formaban una sociedad mental, una comunidad consciente más grande que la suma de sus partes. Pronto los pueblos se vincularon entre sí a través del comercio. Finalmente la Tierra se vio envuelta en una red global de comercio y comunicación. Pero los cuatro programas del primitivo cerebro límbico debieron ser reprimidos antes de que los individuos pudieran coexistir en grandes cantidades. Los dictados religiosos, los mandamientos, y la ley común se unieron para reprimir los instintos emocionales, y en ocasiones agresivos, del cerebro límbico.

93

Todo esto era bastante árido, pero los alumnos del profesor Morales lo escucharon atentamente. Pude haber hablado sobre los diez billones de neuronas del cerebro humano y los cien trillones de datos que procesaban. Pude haberme referido a las redes neurológicas, a la memoria holográfica y a la teoría de la función cerebral localizada, a los neuro- transmisores, a la sinapsis, a los receptores y ellos habrían tratado de comprenderlo todo. Pero les hablé solamente de un simple modelo evolutivo: un cerebro corporal, un cerebro sensible y un cerebro pensante.

Fernando, el joven español pelirrojo, levantó la mano.

–Discúlpeme, doctor, pero ¿qué es la conciencia?

Que es la conciencia. Inspire profundamente y dije:

–No lo sé. Como Dios o el amor, resulta imposible definirla exactamente. Todos sabemos que la poseemos, pero no sabemos exactamente qué es. Ha sido definida como un componente del conocimiento que puede ser percibido por el

individuo en cualquier momento determinado. Pero no es una definición satisfactoria. La conciencia es el conocimiento de las experiencias de nuestros sentidos, y ese conocimiento no se limita a nuestro estado de vigilia. Después de todo, vemos, oímos, olemos, tocamos y sentimos cuando soñamos. Es necesario explorar los límites de nuestra percepción, ya sea consciente o inconsciente, antes de poder definir la conciencia o la mente. En Estados Unidos disecamos el cerebro en los laboratorios y examinamos sus tejidos. Pero, así como la humedad del agua no puede ser descrita por medio de la fórmula H₂O, ni por medio de las propiedades del hidrógeno o el oxígeno, las propiedades de la conciencia no pueden establecerse por medio de la neurología del cerebro humano.

Borré el dibujo esquemático del cerebro que había trazado con la tiza.

–Pero el hecho de que ustedes puedan formular esa pregunta, de que estemos aquí tratando de explicar estos conceptos, es una manera de festejar la existencia de nuestro nuevo cerebro –dije, tocándome la frente–, esta neocorteza.

94

Sé que no he respondido a la pregunta pero, en definitiva, cada uno debe responderla por sí mismo.

–La humedad del agua... –dijo el profesor Morales cuando concluyó mi disertación y los alumnos me dieron las gracias–. Muy interesante.

–John Stuart Mill –dije–. Es una vieja metáfora.

–Ha adquirido usted muchos conocimientos –dijo él, mirando el reloj que estaba en el muro, sobre la pizarra. Marcaba la 3:15. No se había movido desde que llegué. Era probable que marcara las 3:15 desde hacía años.

–Probablemente –dije–. Pero no resultan muy útiles a menos que pueda comprenderlos. Uno puede acumular cualquier cantidad de conocimientos, pero eso no lo hace a uno necesariamente más sabio. Imagino que la sabiduría llega cuando uno asimila toda esa información –hice un gesto abarcando los pupitres vacíos– y la emplea para descubrir algo nuevo acerca de uno mismo. Para reflexionar sobre uno mismo. –Me volví hacia el profesor–. A eso se refería usted cuando hablaba de la

diferencia entre tener una experiencia y servirla ¿Verdad?

Asintió.

–Más o menos –dijo–. ¿Qué experiencia tuvo en la selva?

Le hablé de Ramón, del jaguar, de las propiedades psicodélicas de la ayahuasca, de la serpiente Satchamama, de mi imagen en la laguna, del cóndor y de la sensación de que me moría. Todo. Me referí a la joven india como si se hubiera tratado de otra alucinación. Traté de explicar la sensación de estar en el dormitorio de Stephanie.

El profesor Morales me escuchó atentamente, con rostro impasible. Cuando concluí, se volvió hacia mí y dijo:

–¿Que cree usted que significó todo eso?

–No lo sé –dije. Era la segunda vez en el día–. El temor fue el sentimiento predominante. Interfirió en mi experiencia. Tengo la sensación de que pude haber avanzado más, de que había algo más... –Me detuve nuevamente–. Como lo que me sucedió en la laguna. Estaba al borde del agua pero tenía demasiado miedo como para zambullirme en

95

ella. Respuesta límbica. El temor.

–Míticamente –dijo Morales–, la ayahuasca lo lleva a uno al encuentro con la muerte. El sitio del oeste de la Rueda Medicinal es aquel donde uno enfrente a la muerte y es arrebatado por ella.

–¿Resurrección? ¿Renacimiento?

–Sí, en un sentido mítico. El chamán es alguien que ya ha muerto. Ha superado nuestro temor más grande y se ha liberado de él. La muerte ya no puede reclamarlo. No tiene sombra.

–Pero no morí. Ramón me trajo de vuelta.

–Porque no estaba preparado para la experiencia. La ayahuasca, como toda medicina sagrada, señala la bifurcación del camino: ayuda a avanzar, pero es inútil y engañosa a menos que uno ya esté en el camino. Don Ramón condujo su ritual y debió percibir que usted no estaba preparado.

–¿Cómo?

Morales me miró y arqueó las cejas. Pregunta tonta.

–¿Qué piensa usted que habría ocurrido si él no me hubiese hecho regresar?

–Usted está en mejores condiciones que yo para responder a esa pregunta –dijo–. Quizás se hubiera producido un peligroso episodio psicótico. Pero, por otra parte, los occidentales generalmente han asociado la experiencia chamánica con la psicosis, ¿no es así?

–Así es. Desde la perspectiva occidental de la realidad, el mundo de los espíritus y cosas semejantes pertenecen al mundo de los psicóticos. Es anormal.

–No hay como la cultura occidental para definir la normalidad –dijo él.

–¿Qué es Satchamama? –pregunté.

–El espíritu del Amazonas. La gran serpiente.

–¿Un arquetipo?

–Digamos que es un espíritu arquetípico.

–Creí que era real.

–Naturalmente. Y lo era ¿Cómo distinguir entre la realidad de una serpiente que uno ve en estado de vigilia consciente y la que conoce, por ejemplo, en un sueño?

96

–Es una vieja pregunta –dije–. La única diferencia es que en una instancia uno tiene los ojos abiertos y en la otra están cerrados.

–Un chamán diría que si la ve con el corazón y la siente con su cabeza, la posición de los párpados no tiene importancia.

–¿Dónde hallaré un chamán que me lo demuestre?

–¿Qué opina de Máximo? –preguntó.

Le di mi opinión. Le dije que me parecía que era como otros curadores urbanos que había conocido; que era simpático, pomposo y que me había invitado a alojarme en su casa y a aprender junto a él, pero que yo estaba más interesado en el concepto de hatun laika, el maestro chamán-hechicero que había mencionado Morales.

–Dentro de dos semanas estaremos de vacaciones –dijo él–. Había planeado realizar una caminata por el altiplano, a lo largo del río Urubamba.

–Yo también pensaba ir allá –dije, mirándolo fijamente–. Pensaba contratar un traductor.

El profesor Morales recogió la tiza que estaba sobre el escritorio y la guardó en su bolsillo. Sonrió

–No deseo ser contratado, amigo mío.

–No quise decir...

Hizo un gesto con la mano, como restando importancia al asunto.

–Pero si sabe viajar con poco equipaje y dormir a la intemperie, puede acompañarme. Yo tendría un compañero y usted quizás aprendería algo de quechua.

–Gracias. La verdad es que no puedo pagar a un traductor. Apenas puedo pagar el hotel.

–Acepte la invitación del señor Gómez –dijo–. Ahorrará el dinero del hotel y tal vez aprenda algo nuevo. Dentro de dos semanas veremos qué podemos descubrir en la campiña.

De modo que llegamos a un acuerdo. Nos dirigiríamos a la gran meseta, el altiplano de Perú, en busca de un hatun laika, un maestro chamán. Pero antes viviría dos semanas con Máximo y Anita. “Permanezca con nosotros y aprenda”, había dicho Máximo, y así lo

97

hice. Aprendí que Máximo era un clarividente talentoso, un curador enigmático, cuyos conocimientos incluían la cábala, el tarot, yoga, alimentación, herbología y astrología aplicada, a la que él denominaba cosmobiología.

Aunque la práctica de Máximo era saludable y útil para sus pacientes, no era espectacular. Sus técnicas incluían la imposición de manos, masajes, tratamientos con agua, dígito-puntura y hierbas medicinales. Aprendí que empleaba la ayuda de dos guías espirituales que colaboraban con él para realizar diagnósticos y curaciones. Cualesquiera fuesen sus dotes paranormales, siempre había una variedad de explicaciones psicológicas y fisiológicas posibles para los resultados que obtenía. También aprendí algo acerca de la predisposición de la gente a confiar en algo nuevo. Máximo era lo suficientemente práctico respecto de sus diagnósticos, como para ser capaz de distinguir entre los casos que requerían un tratamiento paranormal o con hierbas y aquellos que eran puramente psicológicos.

Comenzó a transferirme algunos de estos últimos y, en una semana me

conocían como “el médico americano”, el curador gringo. Como era mi costumbre, anoté cuidadosamente los datos relativos a los casos de Máximo, algunos de los cuales aparecieron luego en *Reinos de curación*. Por ejemplo, Paliza, el artista peruano cuadrapléjico que luego bailó en su boda.

Es innegable que Máximo era muy sensible. Poseía maravillosas cualidades visionarias, pero aunque desempeñaba a la perfección el papel de místico y trataba de ganar prestigio como un curador privilegiado, su mayor secreto era que su mujer, Anita, era mejor curadora que él. Ella estaba siempre presente cuando se hacían los diagnósticos y, cuando él la consultaba, lo hacía con el mismo desdén y la misma brusquedad con que la trataba habitualmente.

El nunca dejó caer su máscara, nunca se sometió a ella, excepto en una ocasión: al final de mi segunda semana, cuando ella me dijo que había llegado el momento de que yo adquiriese clarividencia.

98

6

La visión alterada lo altera todo

William Blake

Anita y yo nos hicimos amigos. Una mañana, al promediar la segunda semana de mi estancia en su casa, la acompañé al mercado. Después de una hora y media de apretar aguacates, de eludir cerdos, de exprimir naranjas, de permutar limas, de olisquear cantalupos, de pisar gallinas, de quitar vainas de choclos, de tropezar con perros, de voltear melones, de chocar contra amas de casa y niños, atravesamos el centro de la ciudad con dos bolsas llenas y llegamos al café Roma.

Naturalmente, ella hizo objeciones. Sospeché que nunca había ido a un restaurante. Apoyé las bolsas contra el viejo muro peruano y pedí un par de cafés y unos pasteles.

—Hábleme de los... animales que ve Máximo —dije. Me incline sobre la mesa—.

Los que ve usted.

Sus ojos, que recorrían el restaurante, se fijaron en los míos y luego se clavaron en el mantel.

–Los animales de poder –dijo–. Los elementales.

Un camarero de chaqueta blanca nos sirvió los cafés y un plato de panecillos dulces; luego colocó la azucarera en el centro de la mesa.

–Existen en la naturaleza –dijo ella cuando él se hubo marchado–. Son energías de la naturaleza que se unen a nosotros. Los animales de poder nos sirven y nosotros les servimos. Son parte de uno. Están ligados a nosotros en cada uno de los siete chakras. –Me observó mientras yo quitaba el papel de aluminio del pan de manteca–. Son formas simples de energía, pero son seres poderosos. Así como los espíritus guías nos conectan con el

99

mundo espiritual, nosotros conectamos los animales de poder a nuestro mundo. Y ellos nos conectan con la naturaleza.

–¿Qué aspecto tienen? –pregunté, esforzándome por comprender.

–Son animales –dijo ella.

–¿De modo que tengo siete de esos animales

Ella sorbió su café y movió la cabeza haciendo un gesto negativo.

–No. No siempre se conectan con cada uno de sus centros de energía y, en ocasiones, se ocultan o son demasiado jóvenes y no tienen un aspecto definido. Naturalmente, usted puede obtener más. A veces hay dos es un chakra.

Partió un panecillo por la mitad y me ofreció una. Sonreí y dije que no. Observé sus ojos, pensando que quizás podían ver cosas que no veía.

–¿Cómo se hacer para verlos?

–Absteniéndose de mirarlos –dijo ella–. Es difícil explicarlo.

–¿Cuáles son los míos? ¿Qué ve usted? –pregunté.

Reflexiono un instante y luego dijo:

–Hay un gato, un jaguar. Aquí. –Se tocó el vientre embarazado–. Pero su

relación con él es confusa. También hay un gato negro que... lo sigue, pero en realidad es el mismo. Porque usted no lo ha recibido, no lo ha reclamado como parte de usted mismo. Y es una parte suya. Lo persigue. Es muy poderoso. Lo está desafiando para que usted lo conozca. –Volvió a poyar la palma de la mano sobre su vientre–. Este lugar, donde está creciendo mi hijo, es el centro de la vida, donde usted estuvo ligado a su madre y se alimentó. Este gato es su madre, que trata de alimentarlo con el don del poder. Naturalmente, no se trata de su madre biológica. Me refiero a la Tierra.

–¿La Tierra?

Ella asintió.

–Pachamama, la gran madre, nos otorga el don de energías luminosas, de fuerzas vitales que nosotros representamos como animales de poder.

100

Están con nosotros hasta que devolvemos nuestro cuerpo físico a la Tierra. Este jaguar es el poder más importante que usted posee en la naturaleza. Su café está frío.

–¿Eh? –ella empujó la taza y el plato hacia mí. Levanté la taza y bebí todo el café–. ¿Qué más?

Ella dejó el panecillo y barrió las migas que había sobre el mantel par que cayeran sobre su servilleta.

–Hay un ciervo. –Se tocó la base del cuello y sonrió–. Un ciervo con astas maravillosas. Una lechuza cabalga sobre él, encaramada en una de las astas. Estos están en el chakra de su garganta, su centro de expresión y comunicación. Hay una gran sabiduría y dignidad. Es muy hermoso.

–¿Eso es todo?

–Son los que están completamente desarrollados.

Frunció el ceño y miró el mantel.

–¿Sí?

Ella meneó la cabeza

–Dígame –dije.

–Hay algo más. No le pertenece. Hablé de ello con Máximo... Es de otra

parte.

–¿Qué es? –Confieso que me había intrigado.

–Un ave. Parece un águila. También lo busca. Lo...persigue.

–¿Qué quiere?

–No lo sé –dijo ella–. Y usted tampoco lo sabrá a menos que enfrente a esas fuerzas.

–¿Cómo debo hacerlo?

–Hay muchas maneras –dijo ella–. Debe aprender a ver. –Entrecruzó las manos sobre su regazo y volvió a asentir–. Sí –dijo–, hablaré con Máximo. Creo que ha llegado el momento de que usted aprenda a ver.

10 de marzo, 1973

Máximo a Anita me tiene reservada una sorpresa. Mi “aprendizaje” junto a ellos está llegando a su fin. Dentro de tres días comienzan las vacaciones en la

101

universidad y el profesor Morales y yo emprenderemos nuestra excursión.

Han sido muy buenos conmigo. Máximo me ha brindado un material muy interesante y, en general, vivir con ellos me ha resultado beneficioso; he observado prácticas curativas populares realizadas de manera práctica y competente. El hecho de vivir aquí, aunque sólo fuera por un par de semanas, me ha enseñado algo acerca de la fe.

La fe que se reflejaba en los ojos de las personas que aguardaban frente a la puerta todos los días. Gente pobre, de clase media, incluso un juez de la suprema corte. El otro día, una emprendedora anciana indígena instaló un braseo a carbón en la calle y frió bollos para la concurrencia. He visto personas con muletas, parálíticos, deprimidos, diabéticos, con enfermedades de la piel... Parece algo sacado del Antiguo Testamento o del Nuevo. O la sala de espera del hospital público de San Francisco, de todos modos, estoy ansioso por continuar.

Quiero saber qué me aguarda en la campiña.

Hoy fui a la farmacia y gasté unos diez dólares en una colección de

lápices labiales norteamericanos para Anita.

Aún trato de comprender su explicación sobre los animales de poder.

Traté de que me dijera algo más, pero cuando Máximo está cerca, ella enmudece y acata todos sus comentarios sobre temas espirituales. Es una curiosa relación. La aspereza de él, que tanto me disgustó al principio, parece ser una suerte de machismo espiritual. Lo intimida el hecho de que Anita domine todo cuanto él pretende saber. Ella vive las teorías que él preconiza y él lo sabe.

Reacción machista reflejo chauvinista que sirve para ocultar su inseguridad.

El concepto de Pachamama/Madre Tierra me intriga.

102

Gran parte de la psicología occidental se basa en los problemas con la madre. He aquí una manera de liberarla. No hay por qué andar por la vida sintiéndose abandonado, separado del seno materno, arrojado a un mundo hostil, expulsado del paraíso. El indio se une a la Gran Madre (quizás por medio de ritos de tránsito), la Pachamama, la Tierra que continúa alimentándonos, brindándonos, refugio, cubriendo nuestro cuerpo e incluso recibiéndonos cuando morimos.

Esta tarde Máximo me pidió mi cuchillo. Hace más de una semana que lo admira. Se lo obsequiaré.

Disculpa, Brian, pero estoy seguro de que estarías de acuerdo.

Recordando la experiencia pasada, estoy decidido a participar en cualquier ritual que hayan preparado los Gómez, de modo que acataré sus sencillas indicaciones: ayunar (esta vez durante tres días); comer solamente polen de abejas; beber solamente limonada y té de hierbas. Higienizar mis chakras dos veces por día con agua de Tambo Machay.

La tarde del día en que desayuné con Anita fui al templo. No había comido nada desde la mañana y recuerdo que pensé que debí haber comido el panecillo que ella me ofreció.

Tambo Machay es el “templo de las Aguas”, una fuente de tres niveles construida por albañiles incas en las afueras de Cuzco, tres colosales gradas de granito blanco, emplazadas en las laderas cubiertas de musgo de una colina. El agua surge de un conducto central de la grada superior, se bifurca en dos partes en la segunda grada y luego vuelve a unirse al pie del templo.

El sol se ponía detrás de Soiroccochoa, a una altura de cinco mil quinientos metros; es la más baja de las cuatro grandes montañas del valle del Cuzco. Me quité la camisa y, en la fresca sombra del atardecer, puse mis manos debajo del chorro de agua, y, con un escalofrío, y lavé mis chakras.

103

El concepto de siete principales centros de energía es común a la mayoría de las culturas y religiones primitivas, aunque generalmente se lo asocia con las prácticas yogas de los hindúes. Patanjali, el escritor (o los escritores) que sistematizó las disciplinas del yoga, los describió detalladamente. El primero se encuentra en la base de la columna vertebral, en los genitales; el segundo está un poco más abajo del ombligo, el “vientre de buda”; el tercero está en la boca del estómago, en el plexo solar; el cuarto se halla en el centro del pecho, a la altura del corazón; el quinto está en la base de la garganta; el sexto esta sobre y entre las cejas y el séptimo, el chackra coronario, en la parte superior de la cabeza. Han sido descritos como espirales de energía, vórtices de luz que giran en dirección de las agujas del reloj, como el humo que vi sobre mi pecho aquella noche en la selva. Corresponden a plexos o centros nerviosos que están a lo largo de la columna vertebral y a las siete principales glándulas endocrinas.

Tal como se me había indicado, los lavé con las yemas de los dedos mojadas, en dirección contraria a las agujas del reloj. Bajé la cremallera de mi pantalón y mi piel se erizó ante el contacto del agua helada.

Durante los dos días siguientes, al amanecer y al atardecer, fortificado con el polen de abejas, la limonada y el té de hierbas, fui hasta la ladera y, con la mayor naturalidad posible repetí el ritual. Incluso traté de visualizar los chakras como remolinos de luz y energía.

El tercer día, después de la puesta del sol, regrese a la casa. Me sentía vacío, pero satisfecho por haber cumplido las instrucciones. Pensé que estaba preparado para cualquier cosa.

Cuando entré por la puerta de la cocina, percibí el olor de la cera de las velas. Y además, el acre aroma a madera de salvia quemada. En la cocina las luces estaban apagadas; de la puerta de la sala de estar provenía una suave luz cálida. Hacía frío, aun en el interior de la casa, y la luz acogedora parecía una invitación. Entre en la sala de estar.

Era todo un espectáculo. La pequeña y sencilla habitación estaba vacía; los muebles habían sido quitados. No estaba la cama, ni el sofá, ni la mesa de madera, y una nube de

104

humo estaba suspendida en la parte inferior del cuarto. El humo atenuaba la luz de las cuarenta o cincuenta velas blancas que allí había. Formaban un círculo en el centro del cuarto y luego cubrían todo el suelo, hasta los rincones. En el interior del círculo había dos vasijas, una vela grande y dos sillas rectas de madera, separadas entre sí por una distancia de tres metros aproximadamente. En una de ellas estaba sentada Anita, con las manos entrelazadas sobre su regazo. En una de las vasijas ardía un pequeño fardo de salvia; en la otra había agua florida, con pétalos flotando en la superficie. Máximo estaba en el centro del círculo, de pie y cruzado de brazos. Experimenté un súbito afecto por ellos, por su solicitud y consideración. Aunque ellos lo ocultaban hábilmente, sospeché que siempre habían percibido un destello de escepticismo en mi mirada, un dejo de duda en mi voz cuando hablábamos del esoterismo de sus creencias. Acababan de hacer un esfuerzo por mí. Por mi bien. Para que pudiera adquirir su “clarividencia”.

–Es hermoso –dije.

Anita sonrió sin mirarme. Máximo dijo:

–Siéntese, mi amigo.

Avancé con cuidado entre las velas y me senté en la silla que estaba frente a Anita. Ella tenía la cabeza inclinada hacia adelante y respiraba con tal regularidad que, si no hubiera sonreído, habría pensado que dormía.

–Quítese la chaqueta y la camisa –dijo Máximo y, aunque la noche estaba muy fresca, lo hice, doblé las prendas, y las coloqué debajo de la silla. Fue entonces cuando vi que mi cuchillo estaba junto a la vasija que contenía el agua con flores, en el centro del círculo. Miré a Máximo con expresión interrogante.

–Ha llegado el momento de que usted adquiera clarividencia –dijo–. Como es usted particularmente terco, debemos recurrir a métodos poro comunes.

Miré a Anita. Permanecía impassible.

–Cierre los ojos y respire profundamente en su estómago. Ahora tranquilícese.

105

Cerré los ojos e inspiré profundamente, preguntándome qué tendría que ver mi cuchillo con el hecho de adquirir clarividencia.

Una inesperada ráfaga de aire frío me recordó que tenía que obedecer las instrucciones de Máximo y concentrarme para lograr relajarme. Oí el suave murmullo de Máximo que llamaba a sus guías espirituales, los “hermanos superiores”, para que bendijeran nuestro círculo de fuego y no permitieran que entrasen otras personas en él. Luego pronunció mi nombre. Estaba convocando a mi espíritu, invitando a mi jaguar para que ingresase en el círculo de luz y se acostase a mis pies. Invocó a la Tierra, la Pachamama, al viento, al agua, al fuego. Llamó a los animales de poder para que yo los conociese y luego comenzó a hablar en quechua y le oí nombrar a los cuatro apus, los cuatro grandes picos montañosos que rodean la ciudad. Fue magnífico pero, más allá del dramatismo de la escena, cuando percibí que el aire se limpiaba y la luz se apagaba lentamente, comencé a experimentar cierta vulnerabilidad, una ansiedad ante lo que ocurriría. Era casi estimulante.

Oí que se cerraba una ventana y la voz de Anita que decía:

–Abra los ojos.

El fresco aire nocturno había disipado el humo de la salvia; el pequeño fardo de salvia ya no estaba, pero su aroma persistía en la atmósfera. Las velas que estaban fuera del círculo central habían sido apagadas; sólo ardían las que formaban el círculo y la que estaba en el centro. Anita miraba fijamente mi frente, para que yo pudiera mirarla a los ojos. Luego miró a Máximo y le entregó algo. Un lápiz labial. Me sonrió, asintiendo y Máximo atravesó el círculo y se colocó a mi lado. Miró furtivamente mi frente y al tocó con el lápiz.

–Abajo –dijo Anita–. Ah, ah, ah allí.

La diferencia era milimétrica. Lentamente él comenzó a deslizar el lápiz labial por mi nariz. Se detuvo al llegar al centro de las cejas y trazó otra línea que cortaba la primera. Imaginé la cruz dibujada en mi frente y me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Anita dijo:

106

–Siga respirando.

Exhalé e inhalé normalmente. Anita dijo a Máximo que estaba muy abajo y él deslizó firmemente el dedo por el espacio entre mis cejas, se lo limpió en los pantalones; vi la macha de lápiz labial. Anita asintió y percibí que él estaba trazando un círculo alrededor de la cruz. Cuando terminó dio un paso hacia atrás e inclinó la cabeza para contemplar su trabajo. Anita dijo que estaba correcto; él guardó el lápiz labial y se lo entregó.

Anita y yo nos miramos. Ella inspiró exageradamente y exhaló el aire entre sus labios fruncidos. Continuaba mirándome fijamente. Me estaban invitando a que imitara su ritmo y así lo hice. Respiramos al unísono mientras Máximo se ponía de rodillas en el centro del círculo de velas. Tomó mi cuchillo y lavó la hoja en el agua con flores; luego lo pasó una o dos veces por la llama de una vela, como esterilizándolo.

Esterilización. Sabía que tenía la intención de usar el cuchillo para hacer una incisión en mi cuerpo. ¿Lo haría realmente? Gesto. Ritual. Actuación simbólica. ¿Acaso no formaban parte del repertorio del curador? Por supuesto que sí.

–No tema –dijo Máximo, y Anita comenzó a cantar en voz baja en quechua–.

Mantenga el ritmo de su respiración –dijo él–. Medite sobre la llama de la vela. Esto no llevará mucho tiempo.

Se puso de pie y, sosteniendo el cuchillo frente a él, se colocó frente a mí, levemente hacia la derecha. Pude ver que Anita observaba la marca sobre mi frente. Miré la llama de la vela que ardía seductoramente en el suelo entre ambos y me pregunté en qué me había metido.

Confieso que la presencia de Anita me obligó a enfrentarlo estoicamente. No me enorgullezco de ello. Es una debilidad propia del hombre, la de tratar de ocultar sentimientos tales como el temor en presencia de una mujer. Incluso hubo un momento muy fugaz en que me pregunté a qué le temía más: al roce de la hoja del cuchillo o al temor en sí mismo. Luego sentí que la punta del cuchillo tocaba mi frente y, por un instante, tuve plena conciencia de mi carne.

107

Estaba transpirando, a pesar del frío que hacía en el cuarto. Tenía el cuerpo rígido, y mis dedos se aferraban al borde de la silla, como una garra mortal. Máximo apoyó la mano sobre mi cabeza y dijo:

– No esté tensionado, despréndase del temor. Imite a Anita.

Exhalé, dejé caer los hombros y aflojé los dedos; Máximo oprimió la punta del cuchillo sobre la parte superior de mi frente y me asusté...

–Respire... –y un hilo de sangre se deslizó hasta el puente de mi nariz y luego hasta mi labio superior. Abrí la boca y probé la gota de sangre con la lengua. Mi sangre. Era un sabor conocido. Entonces Máximo, sosteniendo mi cabeza con su mano izquierda, deslizó la hoja del cuchillo hacia abajo por el centro de mi frente; me dolió muchísimo y percibí que la piel se abría y que la sangra manaba abundantemente, siguiendo el curso de las primeras gotas.

Olvida el dolor, me dije, pero no sirvió de nada, de modo que cerré los ojos y traté controlar la respiración, aunque no puede evitar el leve jadeo. Cerré los ojos y las lágrimas, contenidas hasta ese momento, brotaron y se adhirieron al sudor de mi rostro.

Sólo podía aguantar y luchar contra el dolor que me hacía temblar. Máximo

hizo un segundo tajo horizontal y la sangra cubrió mis párpados. De mi cabeza herida fluía un líquido tibio. ¿Me quedaría la cicatriz para siempre?

–No se preocupe –dijo Anita–. Seguirá siendo apuesto. Simplemente estamos cortando la costra psíquica que impide la visión de su tercer ojo.

Entonces Máximo hizo una incisión en torno de la cruz y quitó un círculo de mi frente; sentí que la hoja metálica tocaba mi cráneo y me invadió la náusea. La sangre chorreaba por mi mentón y por los costados de mi cuello, goteando sobre mi pecho. Abrí los ojos y parpadeé reflexivamente, pensando en las lágrimas y la sangre que había en los ángulos de mis ojos; sentí la sangre sobre las mejillas y la vi sobre mi pecho.

–Bien –dijo Máximo, sosteniendo mi cabeza. Me sentí estúpido. El tomó un trozo de

108

piel entre el pulgar y la hoja de cuchillo y tiró.

–Mierda.

–No, no, amigo mío. Todo está bien. Cálmense.

Anita agregó:

–Su visión florecerá como una rosa.

En ese momento debo haber entrado en un leve estado de shock. Percibí que Máximo cortaba las cuatro secciones de piel de mi frente; la piel se resistía, adhiriéndose, rompiéndose; la sangre corría por mi rostro, mi cuello y mi pecho. Me desentendí del dolor, visualizando mis terminaciones nerviosas como si fueran cosas muertas, cauterizadas, marchitas, que ya no podían enviar señales de dolor a mi cerebro y dejé de experimentarlo. Sólo sentía la presión del cuchillo, los tironeos de mi piel, la humedad tibia de la sangre. Salvaje... Desfigurado...

–¿Qué ve?

–¿Eh? –Abrí los ojos, pero los párpados estaban pegados por la sangre casi seca–. ¿Qué? –Seguramente habían estado cerrados durante un rato...

–¿Qué ve usted?

Miré a Máximo, de pie junto a mí y a Anita, sentada en el otro extremo del cuarto. Estaba levemente inclinada hacia adelante.

–A usted –dije–. El cuarto, las velas... –Se me hizo un nudo en la garganta y sollocé. Mis lágrimas distorsionaban la figura de Anita, las velas, mi visión; todo era una mezcla de sangre y lágrimas. Me limpié los ojos con mano temblorosa. Me estaba hiperventilando. ¿Qué habían hecho? ¿Qué había hecho yo?

–No se preocupe. Ya vendrá. Prepárese. Debe confiar en nosotros y en usted mismo; completamente. Pronto. Respire.

Y Máximo comenzó nuevamente a trabajar con mi frente. Raspó la herida y el dolor fue atroz. Cerré los ojos con fuerza y reprimí un grito. Mi cabeza latía detrás de mis ojos cerrados. Una oscuridad rojiza detrás de mis párpados.

–¿Qué ves?

109

Abrí nuevamente los ojos. Anita en su silla. El cuarto, las velas, todo era borroso. Parpadeé.

–Aquí –dijo ella, tocándose la frente, la garganta, el corazón... ¿Qué iba a ver? La miré e hice un gesto negativo con la cabeza.

Había superado el dolor. Médicamente no era factible, pero el temor había desaparecido y me había resignado a la situación. En cierto modo, me había desligado de ella y la náusea había sido reemplazada por un estremecimiento en el estómago. Adrenalina. De modo que, cuando Máximo repitió la operación por tercera vez, cerré los ojos y sólo sentí la presión, el raspado. Y entonces apareció una luz, la clase de luz que uno ve después de mirar fijamente una lámpara o el fuego, y uno cierra los ojos y parpadea; era la luz de una imagen que encendía fugazmente en la retina. Esa clase de luz.

Abrí los ojos y vi algo. Anita estaba sentada, inclinada hacia adelante, aferrándose a la silla y había en torno de ella un extraño resplandor. Era una luminosidad, un leve brillo brumoso sobre su frente, su garganta, y su vientre resplandecía. Fue todo muy fugaz. Parpadeé y volví a mirar a través de una diafanidad lechosa y vi que estaba rodeada de colores, verdes y rojos, como un arcoiris que se disipara en la niebla.

–¿Ve usted ahora?

Abrí y cerré los ojos, limpié la sangre coagulada de mis párpados, traté de enfocar la mirada; las luces y los colores habían desaparecido.

–Mire –dijo ella–. No con los ojos ¿Qué ve?

Mi corazón latía con fuerza. Dejé la fijar la mirada y se produjo un momento que jamás olvidaré.

La frente de Anita se disolvió y vi la cabeza sobrepuesta de un caballo sobre la cabeza de ella, como una imagen holográfica.

Duró un instante, pero fue muy vívida. La vi. Contuve la respiración y la miré, dejé de enfocarla y el aura de luz que la rodeaba se hizo más visible; era de un brillante color azul y violeta, casi gaseoso.

-¿Qué ve?

110

Comencé a reír.

–Colores –dije–. Y un... –vacilé– ¿un caballo?

–Sí –Dijo ella, riendo y aplaudiendo.

–Eso es –dijo Máximo. Puso su mano sobre mi hombro.

Anita me preguntó se veía su aura.

Su aura. ¿Lo era realmente?

–Creo que sí.

–¿De qué color es?

–azul. Azul pálido y... Violeta.

–Así es.

Y había otras cosas, pero eran vagas e informes. Luces que parecían luciérnagas que volaban en torno del círculo. Formas luminosas vagas, brumosas. Si las miraba fijamente desaparecían. Había un pequeño gato, no sé de qué raza, sobre el pecho de ella y era difícil localizarlo, pero parecía estar donde la superficie de su blusa se tornaba diáfana, hasta desaparecer.

–Míreme –dijo ella–. No enfoque la vista, mire con su tercer ojo. Mire mi aura. ¿La ve?

La veía, no puede reprimir la risa.

–Cierre los ojos.

Los cerré y, en lugar de oscuridad, vi un fondo gris, sobre el que persistían las luces y los colores. Ya no vi a Anita, pero su aura permaneció allí, aunque su color cambió: era amarilla.

–¿Que ve?

–Amarillo.

–Sí

Luego se tornó roja, y brillaba como la luz de un semáforo en un día lluvioso.

–¿Es roja? –preguntó ella.

Asentí. Ella podía cambiar su color. Me estaba poniendo a prueba.

Luego la vi. El aura desapareció y vi a Anita. Recuerdo haber levantado la mano para tocar mis párpados y asegurarme de que estaban cerrados. Ella se acercaba a mí. Extendió

111

la mano, que nuevamente emitía leves tonos azules y violetas, y levanté la mano para tocar la suya.

Cuando nos tocamos abrí los ojos. Ella estaba allí frente a mí, sonriendo. Comencé a llorar. El trauma, la tensión, la liberación; era demasiado y me embargó la emoción sólo la emoción. Reí y lloré y Máximo limpió mi rostro y mi pecho con un trapo húmedo.

–Lo hizo usted bien, mi amigo. Ahora debe trabajar para mantener su clarividencia. Es un don.

Tenía sangre seca sobre el rostro y el pecho. Anita trajo un recipiente con agua tibia de la cocina y otro que contenía un líquido que olía a té. Me lavaron y el agua se tornó roja; Anita tomó una hoja mojada del segundo recipiente y la aplicó sobre mi frente. Me ardió intensamente. Había en total tres o cuatro hojas, no lo recuerdo con exactitud. Ataron mi cabeza con una fibra vegetal para sostenerlas sobre la herida.

Máximo me dijo que no era grave, pero que no debía quitarme el emplasto antes de tres días.

–No quite las hojas –dijo–. Y no use esta nueva visión con demasiada frecuencia.

Me dijo que durmiera; que soñaría mucho.

Son las dos de la mañana. Me encuentro en la sala de estar y lo estoy pasando estupendo bien. Algo les ha sucedido a mis centros de percepción visual. No sé cómo explicarlo, temo intentarlo porque quizás desaparezca. No sé qué decir. Dios mío. Me he sometido a una mutilación. Si lo hubiese sabido, no lo habría hecho y me habría perdido esto; y la idea de perderlo me provoca, aún ahora, una gran ansiedad.

Cálmate.

Bien. En la sala de estar. Anita y Máximo duermen y la casa está en silencio, excepto por el sonido del lorito que está en su pequeña jaula de hojalata en la cocina.

Todo está como hace un par de horas, sólo que las velas están apagadas

112

(he encendido una para escribir esto) y estoy sentado en el suelo, la espalda apoyada contra el muro, mirando el círculo de velas apagadas y las dos sillas. La escena del crimen.

Todo el silencio, aguarda un minuto.

Bien. Fui a la cocina. El lorito estaba en su percha. Todas las luces están apagadas y cuando cambio el enfoque, es decir, que en lugar de mirar fijamente el ave, fijo la mirada a unos milímetros frente a ella, veo esa luz suave, semejante a la de las fotografías de Kirlian. Si, se supone que así se ven las auras: como una luz tenue y brumosa, y hay colores. El aura del lorito es de color verde azulado. No puedo creer que esté escribiendo esto.

Retrocedamos el tiempo. El clásico círculo ritual de fuego, en este caso, de velas. Conjuros y cánticos. Anita, quizás en un estado hipersensible, guía a Máximo para que trace un círculo alrededor de mi sexto chakra, mi “tercer ojo”. El hijo de puta me corta, a lo largo y a lo ancho del círculo, quita la piel, los cuartos del “pastel”, y raspa mi frente y comienzo a ver cosas.

No puedo dormir. Fui hasta el vestíbulo, donde estaba mi bolsa de

dormir y me acosté en ella hasta que ellos se fueron a la cama, pero no veía todo negro cuando cerraba los ojos. Veía un color gris claro. Fui a mirarme en el espejo del cuarto de baño. Tenía hojas sobre mi frente y una especie de vincha hecha con una hoja de palmera. Vacilé antes de mirarme. Máximo me advirtió que no lo hiciera. ¿Lo haré o no? Espié. Levanté el borde de una hoja. Las hojas están marinadas o algo así porque no están adheridas a la herida. Me di por satisfecho al atisbar algo rojizo e inflamado debajo de la hoja. No me lo quitaré hasta dentro de tres días. Pero sé que lo miraré mañana por la mañana. No podré evitarlo.

Fui hasta la ventana y vi toda clase de locuras. Los árboles y las laderas de las montañas tiene una suave iridiscencia y hay luces que giran como luciérnagas.

Quizás lo sean.

113

14 de marzo

De mañana.

Exhausto. Ansioso. Anoche me quedé dormido, pero me siento como si hubiese corrido una maratón. La experiencia del sueño se ha enterrado profundamente en los tejidos de mi cerebro. Se han disipado como una nube que uno observa porque se parece algo. Uno desvía la mirada y luego trata nuevamente de encontrarla, pero ya no está; la nube está allí pero su forma es irreconocible; la hemos perdido. Un sueño que es como una acuarela. Abstracto; luces y sombras, esferas resplandecientes y un gato. Es algo. Sé qué era lo que me hizo huir cuando estaba sobre la capota de mi automóvil en El Yunque; era lo que se movió entre las sombras en la choza de Ramón. Y sé qué era lo que Antonio vio por encima de mi hombro. Como les sucede a los perros. Uno esta sentado en un cuarto con el perro. Leyendo o mirando televisión y de pronto algo atrae la atención del animal. Se incorpora, levanta las orejas, mira fijamente algo que está en el cuarto contiguo. ¿Qué es? Uno se

pone de pie y no hay nada. Nada en absoluto. Uno da una palmadita al perro para tranquilizarlo, él gime porque está ansioso y uno retoma el libro que estaba leyendo.

Es así. Un sueño. Era un gato negro, un jaguar, y era tan negro que no podía distinguir el contorno de su cuerpo pero, el sol brillaba y cuando el gato se movió dirigiéndose ondulantemente hacia mí, el sol se reflejó en su pelaje, que brilló como el oro.

Me desperté me di vuelta y sentí sobre la mejilla el roce fresco del nylon de mi bolsa de dormir y el recuerdo de la noche anterior me abrumó. Toqué las hojas que tenía sobre la frente, que estaban milagrosamente en su sitio, fui hasta el espejo y las

114

levante, sin pensar en lo que estaba haciendo. Se había formado una costra debajo de las hojas. Una costra. Alrededor del perímetro del círculo. ¿Qué ha sucedido? ¿Hace ocho horas que Máximo cortó mi frente? Y hay una costra. Se ha formado sobre lo que parece una herida profunda. La piel que la rodea está roja e inflamada. Una costra en ocho horas. ¿Qué esperaba? Bueno, con tanta sangre y dolor, esperaba ver el hueso. ¿Qué diablos me sucedió?

Las cosas parecen normales, no paranormales.

Todo tiene aristas están mañana. He vuelto a la normalidad, recuperando mi racionalidad. Todo parece haber sido un sueño.

Como si hubiera tenido una pesadilla y hubiera despertado con un vendaje en la cabeza a modo de souvenir.

Sé que en las culturas de todo el mundo un curador puede crear un “espacio ritual”, como un círculo de fuego, danzando y cantando sus conjuros y realizando una ceremonia que puede afectar a aquellos que están predispuestos a creer en ello. Se trata de la creación de un estado alterado en un individuo

predispuesto y, no nos engañemos, el asunto funciona. Funciona a nivel puramente subjetivo, como un placebo.

Y aquí estoy. Como dijo Máximo, “particularmente terco”. En un estado consciente normal percibo el mundo de la misma manera que todos. Aceptemos la posibilidad de que, en un estado diferente, en un estado alterado de la conciencia, mi conocimiento, mis percepciones puedan también alterarse. Bien.

¿Qué va a suceder?

¿Qué induce a una persona “normal”, educada en la cultura occidental, a comportarse anormalmente? ¿A comportarse irracionalmente? ¿Cuándo perdemos el control?

El hambre. Eso puede llevarnos a la desesperación y, si es muy intenso, a la

115

alucinación. El pánico. El temor.

Ser presa del terror. También en conflicto físico. La violencia y la ira. También el amor. El deseo. La exultación del orgasmo. Los celos. La ira desatada por los celos; una demencia temporaria.

Temor, hambre, lucha, sexo. No se me ocurre nada más.

Los sistemas de reacción límbica pueden desquiciarnos. Conducirnos a estados alterados. Naturalmente, sin sustancias específicas que los induzcan.

Si, prescindiendo de las drogas, hace falta alguno de estos elementos desencadenantes, fue seguramente el temor lo que produjo mi estado alterado, mis percepciones alteradas. Estaba aterrorizado. En estado de estrés agudo.

Sé que estoy minimizando el valor de la experiencia. Me siento obligado a adjudicarla al poder de la sugestión sobre una mente agobiada por el temor y el dolor. Existe sin duda una explicación psicológica simplista: Máximo raspó la herida tres veces, la raspó hasta que “vi” algo. “Viéndolo” podía soportar la tortura.

¿Convierte eso a Máximo y Anita en artífices de la sugestión? ¿En

manipuladores del temor? Esta explicación no anula la característica fantástica del estado, ni la asombrosa programabilidad de la mente humana, pero no explica cómo pude aprobar el examen a que me sometió Anita respecto de su aura.

Dejando de lado la causa del estado mental, subsiste el interrogante: ¿Estaba yo creando lo que vi o existía por sí mismo? ¿Proyecté yo las imágenes o fueron mis centros de percepción visual reorganizados los que me permitieron percibir cosas que jamás había percibido?

Puedo formularme todas las preguntas indicadas; puedo objetivar hasta el cansancio. Pero la experiencia subsiste.

116

Máximo me devolvió el cuchillo ese día. Lo rechacé.

—No. Se lo he obsequiado —dije.

El sonrió, asintió, tomó mi mano y puso en ella el cuchillo

—Gracias —dijo—, pero debe conservarlo porque le ha otorgado la visión del mundo real. Se lo obsequió un amigo, y fue usado por un amigo. Consérvelo y atesórelo como un objeto de poder.

No sé cómo supo que me lo habían obsequiado. Ya dije que era un clarividente extraordinario.

Al día siguiente nos despedimos. Tenía que encontrarme en la estación con el profesor Morales. Anita me dió una vincha para cubrir el vendaje de mi frente. La besé y le agradecí su gentileza. Máximo me abrazó y me dijo que tuviera cuidado al cruzar el altiplano; que me cuidara del águila que me seguía.

Pocos años después me enteré de que Máximo había abandonado a Anita y que, cuando lo hizo, sus poderes curativos comenzaron a desaparecer. Se ganó la vida con su clarividencia y sus hierbas medicinales.

117

7

¿Por qué siempre nivelamos hacia abajo y elogiamos nuestras percepciones más torpes denominándolas sentido común?

Henry David Thoreau

El profesor Morales me estaba aguardando en la estación del ferrocarril. En el primer momento no lo reconocí. El terno arrugado, los bolsillos deformados, la gastada camisa, habían sido reemplazados por un par de pantalones de lana rústica, sandalias, una camisa suelta, un sencillo poncho color castaño con bordes crema y un sombrero de ala ancha, con un cintillo de raso, de su hombro colgaba un bolso de tela con una cuerda trenzada y un pequeño morral tejido, de colores vivos estaba adosado al cinturón de cuero que sostenía sus pantalones. Con pantalones vaqueros, botas, una camisa de algodón, una parka y mi mochila, pensé que estaba preparado para cualquier cosa, él pensaba lo mismo.

Hemos dejado atrás el Cuzco y el valle del río Urubamba, rumbo al altiplano, la elevada meseta que está en el centro de Perú. Viajamos en tercera clase. Ah, sí.

La estación ferroviaria. Le di un puñado de intis, más o menos el equivalente de un dólar, a un niño de doce años que parecía estar cuidando de una mujer ciega que quizás fuera su abuela. Me reuní con Morales junto a un pequeño quiosco, donde él estaba comprando pan y fruta.

118

–¿Está mejor? –preguntó.

–¿A qué se refiere? Estoy muy bien.

–A la propina. ¿Le hizo sentir mejor?

–Sí –admití–. Y estoy seguro de que fue una pequeña ayuda.

Colocó los alimentos su bolso.

–Sí, ustedes los norteamericano cuidan de los pobres, ¿no es así?

Su sarcasmo me sorprendió, pero antes de que pudiera responder, ya estábamos corriendo para no perder el tren. Banquetas de madrea, muchas de ellas sin respaldo.

Gallinas, cerdos, una pequeña cabra, cuya pata de atrás estaba atada a su dueño por medio de una cuerda de nylon. Paja. Olor de maíz, de pasteles de cereal, de tabaco y de campesinos. La mayoría de ellos era quechua, la mayoría hablaba español, todos eran inmensamente pobres. Con sus rasgos indígenas, su sombrero, su poncho, sus pantalones deformados, el profesor Morales podía haber sido uno de ellos. Pronto descubrí que la fruta y los panecillo eran más para ellos que para nosotros, lo mismo que sus palabras.

Su mirada era un imán. Poco después estábamos compartiendo nuestra comida con un puñado de campesinos, que escuchaban cómo el profesor me

hablaba en español sobre la grandeza de su patrimonio cultural, el nativo peruano, el legado cultural que fue destruido por los conquistadores.

–Nosotros –dijo, incluyendo con un gesto de la mano a nuestros compañeros de viaje–, cultivamos más de cincuenta productos alimenticios, incluyendo la patata, establecimos un sistema de seguridad social, construimos cuatro mil ochocientos kilómetros de caminos pavimentados, puentes colgantes y túneles para comunicar entre sí las distintas partes del imperio. Hicimos diagramas del recorrido del sol y la luna y, cuando viajábamos, siempre llevábamos semillas para entregarlas como obsequio a la ciudad nueva. Llevábamos granos de maíz. –sacó uno del bolsillo de su

119

pantalón–. El maíz, el obsequio del sol, el sol está en su centro. Somos uno de los grandes pueblos de la Tierra.

Descendimos en una estación rural.

–La manera de ayudar a los pobres es devolverles su cultura –dijo–. Somos un pueblo castigado y violado. La causa de su hambre es la pérdida de su pasado. El indígena necesita pan, por supuesto. Pero también necesita orgullo. Y esperanza. Aquí, en su vientre.

En el andén, uno de los que componían nuestro pequeño público de campesinos tocó mi hombro, señaló con la cabeza al profesor Morales que se había adelantado, y bajó su párpado inferior con un índice calloso. Un gesto latino. Mucho ojo. Tenga cuidado.

Salimos de la estación y nos encaminamos hacia la árida meseta conocida como el altiplano, un llano áspero de pastos y granito y profundos arroyos, barrancos desiguales en los que corría el agua en la estación lluviosa. Al sudeste los Andes se apilaban unos sobre otros, llegando a tener más de tres mil metros de altura, que era la de la meseta. El aire era deliciosamente fresco, vigorizante, y nos resultó estimulante. Antonio se movía con la agilidad de un antílope. El marcó el ritmo y

conversamos.

Ahora me doy cuenta de que fui yo quien más habló; aunque parecía que comenzábamos a conocernos mutuamente, yo era quien llevaba el peso de la conversación. Le hablé de mi infancia en Cuba, de la huida a Florida, del año que pasé en la universidad de Pennsylvania y de nuestro posterior viaje a Puerto Rico. Le hablé de doña Rosa y de mi regreso a Estados Unidos, cuando atravesé el país con Victoria, mi primera amante, y de la ruptura de nuestras relaciones a causa de las infidelidades y otras diferencias irreconciliables. Resumí mis experiencias en la universidad, describí mi pequeña casa de un cuarto en una colina de Sonoma, mi trabajo en el Consejo de América Latina que había fundado

120

cuando estaba en el último año de universidad, mi especialización en psicología, mi impaciencia respecto del sistema y el desdén con que era tratada esa ciencia. Pareció muy interesado en mis descripciones de las neurosis y psicosis que había tratado como terapeuta.

Nos detuvimos a orillas de un riachuelo. Morales metió la mano en su morral y formó pequeñas bolitas de pasta de yuca y maíz. Yo había llevado algunas rodajas de carne seca y comimos ese frugal almuerzo con agua del arroyo.

–Es fascinante cómo la diferencia filosófica entre dos culturas puede provocar tan grandes diferencias en la psicología práctica –dijo él.

–¿Sí?

–El mundo occidental –dijo–, las naciones “civilizadas”, lo que se denomina las culturas del “primer mundo”, rigen la Tierra en virtud de su poder económico y militar. Y el fundamento filosófico de la cultura occidental se basa en una religión que enseña la pérdida de la gracia, el pecado original y el éxodo del Jardín del Edén. Este concepto es fundamental en la mitología de occidente y representa a la naturaleza como algo hostil y al hombre como un ser corrupto.

Introduje mi taza plegable en el arroyo y se la ofrecí.

–Adán y Eva comieron el fruto del árbol del conocimiento del bien y el mal –

dijo. Bebió un sorbo de agua y me devolvió la taza—. Y Dios dijo: “Maldita sea la tierra que pisas. Ganarás el pan con el sudor de tu frente hasta que regreses a la tierra, pues de ella viniste. Pues de polvo eres y al polvo volverás”.

– “Y entonces –cité–, los expulsó y, en el este del Jardín del Edén apostó a los querubines y una espada flamígera para custodiar el camino al árbol de la vida.”

–Es un mito tan singular –dijo él–. Lo importante no es la relación del hombre con su entorno, la naturaleza, con el jardín sino la relación del hombre con él mismo como un proscrito, que debe apañárselas por su cuenta, cohibido en un mundo hostil. El occidental ha aceptado esta tradición, ha fomentado ese concepto a través del arte, la literatura y la

121

filosofía. De hecho, se ha convertido en su segunda naturaleza, ¿no es así?

–Supongo que así es –dije–. Uno puede vivir toda la vida en una ciudad, por ejemplo. Brinda refugio, un entorno seguro, y actúa como un amortiguador entre el individuo y la naturaleza. Hasta los alimentos son tratados en los supermercados antes de ser consumidos: se los madura artificialmente, se les modifica el color o se los preserva, y luego se los envasa.

–De modos que el occidental –dijo él–, el proscrito del Jardín, se ha vuelto introvertido y resulta interesante que dentro de esa cultura, cuando los individuos experimentan una crisis psicológica, o padecen una psicosis o neurosis, acuden a la religión o al psiquiatra o a la medicación para recuperarse, en lugar de recurrir a la naturaleza. ¿No es verdad?

Asentí. Me ofreció una bola de yuca y maíz.

–Pero –continuó–, uno tiene un enfoque completamente diferente cuando la tradición cultura no se basa en la pérdida de la gracia, ni el hombre ha sido expulsado del Jardín del Edén, y vive en estrecho contacto con la naturaleza y ésta es una manifestación de lo divino. En esas culturas, un ataque psicótico o esquizofrénico es un episodio mágico. El inconsciente se abre y, si la persona es joven, se la estimula para que profundice esa experiencia, no para que huya de ella.

Se dejan caer en su inconsciente, en el reino de la pura imaginación, el reino de los arquetipos de Jung, en el mundo del espíritu. Se les permite experimentar otras facetas de sus mentes y, en consecuencia, cambian. En muchas culturas primitivas se convierten en curadores. Han experimentado lo divino.

–De modos que –dije–, usted propone que las psicosis y esquizofrenias sean estimuladas.

–De ningún modo. Sería peligroso fomentar tales episodios dentro de su cultura, porque su mitología se basa en una tradición milenaria en la que dichos episodios no son normales; son antinaturales, enfermizos. Sólo señalo una diferencia. En las culturas primitivas la erupción del inconsciente es una bendición. Es inusual, por supuesto.

122

Pero no antinatural. Son criaturas de la Tierra, del Jardín, que viven en la naturaleza, que no han sido desterrados de ella. En dichas culturas, todo es natural. Incluso un episodio psicótico. Es algo seguro, especialmente seguro cuando cuenta con la guía de alguien que ha tenido una experiencia similar.

–¿La locura es una distinción social? –dije.

–Exactamente –respondió él.

–¿En algún momento todos los chamanes experimentan un estado psicótico?

–No necesariamente –dijo él–. Conocen las puertas y saben cómo abrirlas. Y pasar por ellas con paso seguro.

–Supongo que el mito de la expulsión del Jardín del Edén ha ejercido una profunda influencia sobre el pensamiento occidental –dije.

–Es indudable –exclamó él–. Considere los grandes filósofos occidentales del siglo XX: Nietzsche, Sartre, Camus, Beckett, esos existencialistas. Razonadores brillantes.

–Tocó el costado de su cabeza–. Virtuosos de la lógica. Pero se basan en la premisa de que el ser humano está solo y que es un fugitivo de la naturaleza. Nunca se cuestionan eso; desarrollan una filosofía basada en la unicidad y el aislamiento del individuo en un universo indiferente e incluso hostil al hombre. – Se volvió y se lavó las manos en el arroyo y luego se mojó el rostro.

–La conclusión final es la desesperación –dije–. La solución definitiva es la auto-destrucción.

–Sí –dijo él y sacó una vincha del bolsillo para secarse el rostro–. Pero nunca fuimos expulsados del Jardín. El suelo que pisamos nunca fue maldecido por nuestra culpa, como dice vuestra Biblia. La naturaleza no nos es hostil. Somos sus guardianes.

Ese primer día pasamos por una aldea. La vi al pie de una pequeña colina escalonada que estaba hacia el norte.

–¿Iremos hacia allá? –pregunté.

–No, no lo creo –dijo él, y nos alejamos siguiendo el curso de un río seco que rodeaba una colina; al atardecer llegamos a otra aldea.

Habíamos estado caminando por un empinado terraplén y nos hallábamos sobre una

123

sierra de unos ciento cincuenta metros de altura. La ladera era escalonada, de acuerdo con el estilo incaico. Las terrazas tenían por lo menos noventa metros de largo, entre un metro ochenta y dos metros y medio de altura, y estaban revestidas con bloques de granito de superficie lisa. Bordeamos las terrazas por un camino de grandes losas y descendimos hasta la aldea que estaba al pie de la sierra.

La diferencia entre pobre y primitivo es importante aquí. La gente vive en antiguas cabañas de piedra con tejados de paja o en otras, más modernas, de adobe. En los campos y terrazas cultivan maíz y patatas, crían cerdos, gallinas y llamas, en las mismas tierras en que lo hacían sus ancestros, hace tres mil años. Los hombres trabajan la tierra y las mujeres tejen y ayudan durante la cosecha.

Había una tienda que tenía un cartel torcido y deteriorado de Coca-Cola y vendía artículos traídos de la ciudad, tales como gaseosas y cerveza y algunos alimentos envasados, jabón, cigarrillos, y pocas herramientas, bridas, cintos, arpillera y bolsos de nylon. En una de las dos calles había un mercado. Allí había semillas, granos, té de coca, frutas, cestos, algo de ropa. Primitivo, sí. Pero la pobreza es subjetiva.

Unos kilómetros hacia el sur, el altiplano se convertía en valles bajos y selváticos, de modo que la fruta que compramos era tropical: mangos, una papaya, un

par de bananas con machas color naranja.

El quiosco de la fruta estaba atendido por una indígena de diez o doce años, de tez oscura, ojos asiáticos, pómulos altos y una larga nariz aguileña. Sus brillantes cabellos negros formaban una trenza larga que asomaba por debajo de su sombrero de ala angosta, llevaba una larga falda negra, una blusa de diseños rojos y verdes y un chal de arpillera. Era tímida con los extraños y, mientras escogíamos la fruta, una mujer mayor de rasgos severos apareció en la puerta de la casita de piedra que estaba detrás de ella. Nos miró con desconfianza, pero cuando Morales le habló en quechua, su rostro se distendió, aunque no

124

dejaba de mirar mi atuendo y la vincha que cubría la cicatriz de mi frente.

Luego, él me tradujo la conversación que había mantenido con ella.

–Buscamos un curador –dijo él después de los saludos de rigor.

–¿Su compañero está enfermo?

–Bueno, sí. Está muy enfermo del estómago.

–Debiera beber té de manzanilla.

–¿Vende usted manzanilla?

–Oh, sí –dijo ella, y entró en la casa. Terminamos nuestra transacción con la joven y la madre regresó con un pequeño fardo de tela.

–Gracias, señora –dijo él y preguntó el precio.

–No, no. Por favor, llévelo para su amigo enfermo.

El le dio las gracias.

–Estoy seguro de que esto le hará bien, pero si la causa de su enfermedad no es física, necesitaremos un buen curador.

–Hay uno –dijo ella– y es muy eficiente. Es un hechicero que vino a Zunita el verano anterior. –Señaló hacia la colina, en dirección a la aldea por la que acabábamos de pasar–. Es un mago.

–¿Sabe cómo se llama ese laika?

–Se llama don Jicaram.

Le agradecemos y nos dirigimos hacia el oeste.

–¿De modo que debíamos ir a esa aldea? –dije cuando él me hubo relatado la conversación.

Miró hacia el horizonte occidental.

–No –dijo–. Está en la otra dirección, y sólo falta una hora aproximadamente para que sea de noche. Hay otras aldeas y ese hechicero que ella mencionó parece ser de los que viajan. No debe estar allí ahora.

–Pero quizás allí saben de dónde proviene –dije–. Seguramente vive en alguna aldea.

–No necesariamente. Sé de algunos que van de una aldea a otra.

Morales emprendió la marcha con decisión y me recordé a mí mismo que yo era su invitado. Traté de adivinar sus planes. Nunca había mencionado la intención de hacer esa

125

excursión a pie y supuse que iría a visitar parientes, quizás a su aldea natal. Bien. Pero yo disponía de poco tiempo y me estaba poniendo ansioso.

Cuando el sol se puso y refrescó, nos detuvimos junto al borde de un bosquecillo de pinos, donde un montón de cantos rodados señalaban el sitio de una estructura incaica no identificable. Morales preparó un pequeño fuego con ramitas, musgo seco en el centro y yo le encendí con mi encendedor descartable. Comimos fruta, carne seca y patatas envueltas en vainas de maíz y asadas sobre las brasas. Me quité la vincha y él observó la cicatriz, que era apenas un círculo rojizo, como si hubiese apoyado con fuerza el borde de una copa sobre mi frente.

–Hábleme de eso –dijo él. Le describí muy gráficamente la forma en que me habían esculpido mi tercer ojo. Estaba encantado.

–¿Y qué opina usted? –preguntó.

–No sé –dije–. Creo que fui víctima de un complicado ritual destinado a provocar alucinaciones impresionantes.

–¿De verdad? –Ladeó la cabeza–. Eso deja muchas cosas sin explicación, ¿no es así?

–Muchas. Sé que Máximo me cortó y me pareció que me había hecho un daño irreparable. Pero eso ocurrió hace tres días y mire usted.

–Ya lo veo.

–Cuando vi aquel caballo y se lo dije a Anita, ella se alegró, pero qué habría ocurrido si hubiese visto... una salamandra. Quizás también se habría alegrado.

–Pero usted no vio una salamandra, porque era un caballo.

–¿Usted piensa que era real?

–Los denominados animales de poder son energías de la naturaleza, espíritus elementales que personificamos como animales. Prefiero pensar en ellos como una fusión de usted y una fuerza natural. La manifestación de una energía arquetípica en el tiempo y el espacio. La conciencia primitiva las personifica como animales y asumen esa forma cuando nos

126

comunicamos con ellas. Al menos, es una buena teoría.

–Como cualquiera teoría en este campo –dije–. No se puede probar.

–Bueno, ¿qué espera usted? En un sueño podemos ver un acontecimiento muy real que hemos experimentado durante la vigilia y que aparece en forma de símbolos. Del mismo modo, puede definir una de esas energías de la naturaleza diciendo que se trata de un animal, pero esa interpretación no se produce en nuestra mente racional y razonadora, esa neocorteza de la que usted habló a mis alumnos. Las teorías y su demostración forman parte de nuestros procesos racionales. Son intelectuales y académicas. Esas convenciones no pueden ser aplicadas a estos fenómenos.

–Es un excelente argumento –dije–. Pero si Anita se ha “comunicado” con esa forma de energía y la ve como un caballo, y si yo la veo como un caballo, y todo ello ocurre en un plano simbólico, implica la existencia de una conciencia colectiva.

–Un terreno común –dijo él, asintiendo enfáticamente–. Por eso los símbolos son universales. Se encuentran en todas las culturas del mundo. ¿Por qué piensa usted que la gente reacciona de la misma manera ante un cuadro, una historia o una canción determinadas? ¿No será porque existe ese terreno común, que expresa algo que la conciencia de toda la humanidad siente profundamente?– Puso otro pedazo de madera en el fuego y una nube de chispas saltó y se derramó por el suelo,

extinguiéndose.

–El chamán –dijo– sabe que existe un mar consciente universal, aunque cada uno de nosotros lo perciba desde una costa diferente, un conocimiento y un mundo que todos compartimos, que puede ser experimentado por cualquier ser viviente, pero que rara vez lo es. Y el chamán es el maestro de este otro mundo. Vive con un pie en este mundo –dijo, apoyando la mano sobre el suelo– y otro pie en el mundo del espíritu.

–¿La conciencia y el inconsciente? –pregunté.

127

–Si desea verlo así –dijo él. Recuerdo que miré fijamente la luz del fuego que iluminaba su rostro de halcón.

Callamos y contemplamos el fuego. El nuevo leño ardía, chamuscándose y crujendo; las llamas dibujaban su contorno.

–Buckminster Fuller, el arquitecto... –Miré a Morales para comprobar si reconocía el nombre.

–¿Sí?

–Dijo una vez que el fuego libera la energía del sol que está en la madera del árbol.

Sé echó hacia atrás y sonrió.

–Eso es maravilloso –dijo–. Otro terreno común. La energía del sol, el origen de todo cuanto existe.

–Quizás por eso, muchos pueblos aborígenes se refieren a las rocas tratándolas de “tú”. En definitiva, los animales, las plantas, los minerales, todos provenimos del mismo origen. El sol. Y somos tan sólo formas temporales de esa energía.

–Por supuesto –dijo–. Y los animales de poder constituyen una de esas formas, al menos para nuestro pueblo. Y la luz, el aura que usted se resiste a admitir que vio en torno de Anita, es para ella como la llama de este leño: una energía informe que

irradia la energía de ella.

–¿Cree usted eso? –pregunté. Me sentí como un niño, contando historias de fantasmas juntos al fuego de un campamento.

–Creo que el hombre se ha habituado a ese estado de conciencia, ese conocimiento y es un atrevimiento creer que es el único en el que nuestras percepciones son reales.

Atizó la lumbre con un palo y el leño se rompió en dos pedazos, cayendo en medio de una lluvia de chispas.

–Es una locura total –dijo–. Y es una creencia que limita seriamente esa objetividad que usted aprecia tanto. La experiencia es siempre subjetiva y negar la realidad de una experiencia es negar una parte de uno mismo.

128

15 de marzo

Escribo a la luz de la lumbre. Morales se ha envuelto en su poncho. Yo desplegué mi saco de dormir.

Hay muchas estrellas. En la oscuridad de la noche y a esta altura, uno se siente más cerca de ellas.

Es un compañero estupendo. En cierto modo, discutir sobre temas tales como la naturaleza del conocimiento, la subjetividad, la mitología comparada, etcétera resulta mucho más convincente cuando el aula de la naturaleza y no una sala de conferencias. Los temas parecen más tangibles, más poéticos y menos discursivos.

El concepto del chamán como individuo que posee una doble ciudadanía en la mente consciente e inconsciente ha estimulado mi imaginación. Es un explorador primitivo que estudia los planos de la conciencia con el mismo respeto y reverencia que nosotros asignamos al estado de vigilia “no alterada”, en el que estamos acostumbrados a vivir. Ahora la ciencia occidental está comenzando a estudiar la naturaleza subjetiva de la realidad.

La física cuántica, la aceptación de que el resultado de un acontecimiento

está influenciado por nuestra observación del mismo, todo eso.

Pero el chamán comienza con esa presunción; no, esa creencia, una creencia adquirida por medio de la propia experiencia, no como el resultado de una filosofía, una religión o un paradigma preexistentes. El chamanismo no venera a ningún Cristo, ni Buda, ni Mahoma ni Krishna.

¿Dónde hallaremos a un hatun laika?

La separación del hombre de la naturaleza me sulfura.

Nota: consultar el pasaje del Génesis en el que Dios crea a las aves, los árboles y todo cuanto hay en la Tierra, para servir al hombre. Los chamanes creen lo contrario,

129

que fuimos creados para custodiar la Tierra.

No se discute que se haya producido una escisión entre el hombre y la naturaleza. Es agradable pensar que sucedió junto con el advenimiento de la neocorteza, el pensamiento del hombre sobre él mismo, la conciencia del yo, cuando pudo distinguir entre él y los otros y su entorno, bueno o malo.

¿No es la expulsión del Jardín del Edén simplemente una alegoría de esta revolución cartesiana? ¿Este “yo soy”, esta separación consciente del hombre y la naturaleza? ¿Hace seis u ocho mil años, cuando la neocorteza impuso sus derechos?

–Naturalmente, es una alegoría –dijo Morales cuando le planteé la cuestión mientras desayunábamos té y frutas.

–La historia no está mal –dijo–. El problema reside en la forma en que ha sido relatada, la forma en que ha sido creída a pie juntillas y en que los sacerdotes la han enseñado. En lugar de considerarla una descripción elegante de un acontecimiento histórico o una etapa evolutiva, se ha tomado literalmente como la condición humana. Siempre es peligroso que una metáfora o un mito se conviertan en un dogma

religioso impuesto por los sacerdotes.

–Nuestros chamanes.

–¿Qué?

–Los sacerdotes.

–No.

–¿Acaso el sacerdote no ocupa el lugar del chamán en la cultura occidental?

–No –dijo él–. El sacerdote es un funcionario. Los hombres entran en el sacerdocio y acceden a un dogma preexistente. Llegan a comprenderlo, lo mantienen y lo enseñan. Su experiencia religiosa es una experiencia basada en la fe, pero o en la comunión directa. Comulgan con una tradición, rara vez con una experiencia. Aceptan la fe y sus convicciones y defectos. Son los custodios del mito, no sus creadores. El chamán es un

130

creador de mitos y el origen de su fe es su propia experiencia de lo divino en la naturaleza.

*16 de
marzo*

Nunca he caminado tanto en mi vida. No tengo la menor idea de cuántos kilómetros hemos recorrido. Visitamos otras dos aldeas, muy semejantes a la primera, y pasamos cerca de otra. Nos alimentamos de maíz molido, frutas y vegetales que compramos en las aldeas, ocasionalmente comemos un trozo de carne, bebemos té hecho con agua de manantial y comemos bocadillos hechos con la pasta de yuca y maíz que trajo Morales. Me he habituado a su consistencia suave y blanda y me resulta muy fortificante.

Continuamos con nuestras conversaciones. Al recorrer esta inmensa meseta, con los Andes nevados a la distancia, las tierras bajas selváticas y el Amazonas al sur he comenzado a tener la sensación de que ya no soy un visitante sino un habitante de este lugar. El paisaje me recuerda constantemente

la verdadera naturaleza de mi hogar. No necesito todas estas cosas: la mochila, la parka impermeable, las medias térmicas. Miro a Morales y compruebo que éste es su lugar. Camina por los bosques y las pradeñas con alegre seguridad, con una sencillez elegante que no puedo dejar de admirar. No da nada por descontado.

Su satisfacción es la misma que he visto en los rostros de los habitantes de las aldehuelas que vemos al pie de una montaña o de una colina escalonada, o cerca de la orilla de un arroyo. Los valores de los indígenas rurales están dictados por la tierra en la que viven, no impuestos por la comunidad.

Me recuerdo a mí mismo que la mayor parte del mundo, geográficamente, está habitada por esa clase de personas, que se rigen por esos valores.

131

No resulta un gran descubrimiento, sólo una nueva perspectiva.

Casi no hace falta que él me señale que la naturaleza forja directamente las filosofías primitivas del mundo. La naturaleza salió de la escena judeocristiana después de la condenación de que habla el Génesis y sólo aparece de tanto en tanto, generalmente en momentos de epifanía y revelación: cuando Moisés escala la montaña para recibir los mandamientos, cuando Jesús va al desierto donde permanece durante cuarenta días, para luego regresar con su mensaje...

Continuamos hablando de esos temas. Y de otros.

Pasamos junto a una estructura incaica semienterrada, desmoronada, cubierta de malezas, y hablamos de sus ancestros.

Inevitablemente, volvemos al tema del chamán, el individuo cuyo “testamento es la naturaleza misma, cuyos himnos son la música de los ríos y los vientos”. Desearía creer que tales individuos existen, así como una vez tuve el deseo de creer en Santa Claus.

En lo que respecta a este don Jicaram, seguimos oyendo hablar de él.

Rumores. Nadie sabe de dónde proviene, pero su reputación vuela en las alas del rumor.

Dicen que puede hacer cambiar el clima.

Por la mañana nos encaminamos hacia el oeste-sudoeste, donde hay un curador llamado Jesús.

132

8

Lo desconocido siempre se confunde con lo maravilloso.

Tácito

Si no hubiese sido porque tenía la reputación de un hechicero y de maestro curador de susto —el “mal de ojo”— Jesús Zavala hubiese sido probablemente el idiota de la aldea. Veinte años atrás una apoplejía había paralizado gran parte de su lado izquierdo, incluyendo su rostro. La comisura del labio caía hacia abajo y tenía la costumbre de secarla con el nudillo de su mano derecha, de modo que el labio estaba agrietado y escamoso. Su párpado izquierdo era un colgajo de piel muerta que le tapaba casi todo el ojo, pero el ojo sano, el derecho, me recordaba el de doña Rosa. Brillaba.

Vivía en una vieja cabaña de adobe, a la salida de la aldea. Los bloques de

adobe no estaban pintados ni por fuera ni por dentro, se veía el fango seco de color pardo grisáceo, mezclado con trozos de piedra y paja, y el tejado era mitad de paja y mitad de tejas.

Jesús estaba sentado sobre una estera tejida en el centro del suelo de tierra. Había una estufa de cerámica, una cama hecha con agujas de pino y un pequeño altar dedicado a la Virgen María. Morales me dijo que los aldeanos le llevaban alimentos dos veces por día.

Me senté de piernas cruzadas frente a él y Morales se sentó en cuclillas; Jesús gruñó y tomó tres hojas de coca de un pequeño saco tejido. Las sopló, las dejó caer sobre la estera y los tres las observamos atentamente. Sin mover la cabeza, levantó su ojo para mirarme; luego su ojo contempló los muros y el cielorraso.

133

–El rastreo de coca –murmuró Morales–. Una técnica simple de adivinación.

Jesús golpeó la estera con la palma de su mano, tomó otras tres hojas del saco, las sopló y las arrojó sobre la esfera. Cayeron en forma de V subrayada. Jesús levantó la cabeza y tocó el párpado inferior de su ojo enfermo con su índice, luego apuntó hacia mi rostro.

–Magia negra –dijo Morales, y luego le hizo una pregunta en quechua. El anciano respondió levantando la mano sobre su cabeza y moviendo el pulgar y el meñique de arriba hacia abajo.

Morales sonrió.

–Un ave –dijo. Hizo una serie de preguntas y Jesús asintió y negó alternamente.

–Dice que un poderoso hechicero ha enviado una gran ave para que lo siga. ¿Ha ofendido a algún hechicero últimamente?

Naturalmente, recordé el incidente en la cabaña de Ramón, pero dije que creía que no y pregunté qué sugería Jesús que hiciera respecto del ave. La respuesta del anciano, después de una rápida andanada de preguntas a las que debía responder sí o

no, fue que el ave me perseguiría hasta que yo supiera qué había hecho, que era necesario que la enfrentase y, finalmente, que tendría que encarar al hechicero. Me dijo que tuviese cuidado. Dije que lo haría.

–¿Desea hacer alguna pregunta al señor Zavala?

–Dígale que buscamos un hatun laika –dije–. Un hechicero poderoso llamado don Jicaram. Pregúntele si lo conoce y si sabe dónde podemos hallarle.

Morales asintió e hizo la pregunta al anciano inválido. No comprendí las palabras en quechua, pero me di cuenta que hablaba del hatun laika y que nombraba al hombre del que habíamos oído hablar dos veces en los últimos cuatro días: don Jicaram.

Observé el rostro arrugado de Jesús y vi que su ojo sano expresaba sorpresa. Gruñó. Pareció reír. Miró a Morales con desconfianza y luego me miró. ¿Estaba confundido? Levantó una mano con la palma hacia arriba, señaló a Morales y luego a mí. Después

134

golpeó su pecho. No comprendí. Miré a Morales, fruncí el ceño e hice un gesto negativo con la cabeza. Jesús habló inarticuladamente, pues la apoplejía le había afectado la dicción.

–¿Qué dijo?

El rostro de Morales no permaneció totalmente impasible; creo que arqueó levemente una ceja.

–Que está con nosotros ahora.

Volví la cabeza y sonreí al indio discapacitado que se creía un maestro chamán.

–*Ayee me* –dije. Gracias, en quechua. Morales se incorporó y dejó una moneda entre las agujas de pino que había al pie del altar de la Virgen María.

Jesús nos acompañó hasta la puerta. Puso una mano sobre mi brazo y lo miré. Sonreía. Dejó caer la mano y pasó sus dedos por la parte de atrás de sus pantalones, como limpiándose. La parte sana de su boca esbozó una sonrisa y la piel que rodeaba su ojo sano se arrugó. Agitó un dedo frente a mí y meneó la cabeza.

Dejamos la aldea y caminamos en silencio durante casi un kilómetro, en dirección al oeste. Finalmente nos detuvimos y Morales se volvió y miró hacia atrás, hacia la aldea, pero ya no se veía; estaba detrás de una colina.

–¿Por qué lo detuvo junto a la puerta y se limpió la mano? ¿Significa eso algo para usted?

–En la selva –dije–, esa noche con Ramón. La ayahuasca es un purgante.

Estábamos nuevamente en el bosque; quizás fuera un monte de eucaliptus. No lo supimos hasta que salimos de él.

–¿Qué sucedió? –preguntó él, sonriendo.

–Primero vomité; entonces vi la serpiente.

–¿Sí?

–Después corrí hacia los arbustos y evacué el vientre. Fue increíble. Violento. Catártico.

–No me extrañaría.

–Me limpié el culo con un par de hojas... –El comenzó a reír... Y creo que eran de hiedra venenosa o algo similar. –Morales reía a carcajadas, apoyado contra un árbol–. Me produjo un salpullido increíble. –Me volví, miré hacia el lugar de donde habíamos venido,

135

y grité en inglés:

–¿Cómo diablos los supo usted?

Mi compañero se deslizó hacia abajo contra el árbol que lo sostenía y se sentó en el suelo, riendo. Yo caí de bruces e hice lo mismo. Yo había comprado un ungüento en la farmacia en la que compré el lápiz labial de Anita y se me había acabado el día anterior. El salpullido había desaparecido, pero lo recordaba bien.

–Ustedes, los hombres civilizados –dijo Morales, secándose las lágrimas–. Cuando no orinan en un arroyo, se secan el culo con hojas venenosas.

–Y bien, ¿qué hay con eso? –pregunté cuando nos pusimos de pie y proseguimos viaje–. ¿Como explica que él lo supiera?

–Cómo explicar que él lo supiera –dijo Morales pensativamente.

Meneé la cabeza, hice un gesto indefinido con la mano.

–No, no, no hagamos planteos semánticos ni suposiciones filosóficas.

–Es que su pregunta me recordó el viejo problema de la definición de la

verdad última: ésa que se puede saber pero no decir. –Sacó de su bolsillo un trozo de corteza de canela y comenzó a roerla–. Hay conocimientos que no pueden ser explicados.

–Lo sé –dije–. Usted sabe... que sé... que usted sabe... que lo sé.

–No estoy tan seguro –dijo él–. De modo que no sea impaciente. Jesús Zavala estaría dentro de la categoría de los adivinos. Es más un técnico que un chamán.

–¿Técnico?

–Su arte es el rastreo de la coca. Una forma de augurio semejante al I Ching o el tarot. En su caso está combinado con una aptitud clarividente bastante desarrollada.

–Anita dijo que me seguía un águila –dije.

–¿Ah, sí? Quizás tiene algo que ver con su estancia en la selva.

Nos detuvimos junto a un grupo de rocas y un estrecho arroyo que corría entre el bosque. Un manantial. El agua gorgoteaba entre las piedras. Morales se mojó y llenó una

136

bota de piel de cabra que había comprado en la aldea de Jesús.

–La adivinación es un arte curioso –dijo– Ha sobrevivido durante miles de años.

–Por lo menos desde el año 2000 antes de Cristo –dije–. En la Mesopotamia. Existen textos cuneiformes que describen la práctica de la adivinación; se consultaba el destino vertiendo aceite sobre el agua, estudiando las formas que adoptaba el humo al quemar incienso. Mil años después los chinos empleaban el I Ching.

–¿Y qué ha descubierto acerca de su significado?

–Creo que está relacionado con el desarrollo de la neocorteza –dije. Me quité la mochila y me senté a orillas del pequeño arroyo–. Los lóbulos frontales le otorgaron al humano la capacidad de prever; de saber, o al menos de planificar, el futuro. La incertidumbre del futuro le produjo curiosidad y quizás temor. Al considerar que el destino era una serie de acontecimientos fortuitos y al crear una

manera de conocerlo, comenzó a ordenar el futuro, reduciendo todas las posibilidades a una o dos. Podríamos decir que aquellos que tenían los lóbulos frontales más desarrollados se convirtieron en los profetas y adivinos de su comunidad, adivinando el amor, la fortuna, la guerra, la enfermedad...

Me puse de pie, impaciente conmigo mismo.

—¿Pero, cuál es la diferencia? Todo es especulación. El aceite sobre el agua, el humo, las ramas, las hojas, las barajas del tarot; son todas maneras de tratar de percibir el azar del futuro de un modo azaroso. Esquemas fortuitos.

—Esquemas interpretados por la mente —dijo Morales. Se colgó la bota llena de agua del hombro—. Resulta interesante que el hombre moderno esté fascinado por la posibilidad de tales cosas, y sin embargo las descarta, porque considera que son juegos sin sentido, supersticiosos. Pero, ¿acaso los psicólogos no emplean manchas de tinta sobre un papel para saber qué hay en la mente de sus pacientes?

—El test de Rorschach; sí —dije.

137

—Precisamente. La teoría es que esos dibujos sin orden ni concierto sugerirán cosas determinadas. Su cerebro pensante quizás le diga que son manchas sin sentido, pero uno responde instintivamente diciendo que son “una mariposa” o “un árbol” o cualquier otra cosa que surge en la mente. ¿De dónde provienen esas imágenes? ¿Del inconsciente?

—¿De manera que usted piensa que el rastreo de coca es una manera de conocer el inconsciente del adivino que lo emplea?

—Quizás —dijo, sonriendo—. Es una idea.

—Pero si la interpretación es correcta, quiere decir que la información ya estaba en el inconsciente.

—Como dijo usted antes, todo es especulación.

—De todos modos, Jesús no dijo nada acerca del futuro. Habló del ave y supo que hace un mes me había sucedido algo.

–Un recuerdo.

–Bueno, sí.

–Algunos chamanes le dirán que la memoria no está en el cerebro, ni en la conciencia, sino en el cuerpo y en los campos de energía que rodean al cuerpo físico. No sólo son capaces de ver esos campos, sino que emplean los propios para ver la historia de la otra persona, su presente, incluso su destino probable. Las hojas de coca del señor Zavala son infantiles comparadas con ello.

–¿Y dónde podemos hallar a un chamán como éstos? –pregunté. La tradición y el folklore eran muy interesantes, pero tanta teoría me estaba impacientando.

Morales se limitó a sonreír y a encogerse de hombros.

Ese día acampamos temprano. Descubrimos que el pequeño manantial junto al que nos habíamos detenido se unía a otro subterráneo que estaba a unos cincuenta metros de distancia y continuamos el curso del arroyo más ancho durante toda la tarde. Se convirtió en un riachuelo y luego en un arroyo de tres metros de ancho. Nos quitamos las ropas y nos bañamos en sus frías aguas burbujeantes. Esa noche Morales cocinó habichuelas.

Esa noche no escribí en mi diario. Me dormí casi inmediatamente después de comer.

138

Y tuve un sueño extraño. En él, Morales y yo jugábamos al escondite con una vaina de semillas. Una vaina de mimosa que media quince centímetros de largo por cinco centímetros de ancho. El la había escondido en el bosque mientras yo mantenía los ojos cerrados; luego me ordenó que la encontrara.

Sin buscarla.

A la mañana siguiente deduje que tenía algo que ver con la búsqueda del hatun laika llamado Jicaram.

Cuando desperté supe que nunca los hallaríamos. Que nunca encontraríamos a ese maestro chamán, ese adivino, ese hombre “que ya había muerto”.

Y entonces lo encontramos.

139

9

Ni el sol ni la muerte pueden ser mirados continuamente.

La Rochefoucauld

A media tarde salimos del valle que habíamos estado recorriendo desde la mañana. Estábamos cerca del borde del altiplano, desde donde descendía mil quinientos metros hasta convertirse en una selva montañosa, verde como el musgo, y en valles brumosos. Nos detuvimos, extasiados ante el hermoso paisaje tropical que se extendía allá abajo, y entonces alguien tosió.

Eran tres. Tres hombres. Dos de ellos tenían algo más de treinta años y llevaban gastados pantalones vaqueros, con parches. Uno de ellos llevaba una

desteñida gorra de béisbol y algo semejante a una chaqueta cazadora con cremalleras y bolsillos; el otro, un sombrero de fieltro de alas blandas y un chal a rayas cruzado sobre su pecho y sostenido por sus pantalones. Tenía un par de antiguas botas con lazos; el cuero estaba agrietado y las suelas rotas. El tercer hombre era mayor. Tendría alrededor de sesenta o setenta años; a esa altura y con ese clima era difícil calcular su edad. Era delgado y arrugado; sus ropas eran muy holgadas; un poncho colgaba de sus hombros huesudos. Llevaba un sombrero de ala ancha, de paja trenzada. Su cabeza tenía forma de cúpula y usaba dos trenzas delgadas.

Cuando nos volvimos, el hombre mayor se adelantó y se quitó el sombrero. Miró de soslayo a los otros dos, que hicieron lo mismo. Luego bajó la mirada.

–*Tutacama, taytay* –dijo Morales.

–*Tutacama* –dijo el anciano.

Morales me miró.

140

–Permanezca aquí –dijo–. Son quechuas. Hablaré con ellos.

Me quité la mochila, la dejé en el suelo y me apoyé contra ella mientras Morales se acercaba con el anciano. Conversaron durante tres minutos aproximadamente. Era evidente que el anciano deseaba algo y parecía tímido, casi avergonzado. Los dos hombres más jóvenes no hablaron; simplemente intercambiaron miradas y miraron fijamente mi mochila. El anciano me miró respetuosamente por encima del hombro de Morales. Se volvió y señaló hacia las montañas. Morales asintió, dijo algo y me miró. El anciano me sonrió y todos asintieron con la cabeza. El profesor puso una mano sobre el hombro del anciano, luego se volvió y retrocedió.

–Viven en una aldea que está en las montañas. Pasamos junto a ella esta mañana.

–No vi ninguna aldea –dije.

–Hay una anciana. Es una mujer blanca y se está muriendo. Nos vieron pasar y desean que les ayudemos.

–Vamos entonces –dije.

La aldea estaba enclavada en la ladera de una montaña a un kilómetro y medio. Había sido construida en torno de una importantes ruina incaica. Había restos de muros formados por bloques de granito, tan bien cortados y encajados que la simple fricción los había mantenido unidos durante siglos. En unos nichos cuadrados, destinados a sostener los extremos de vigas de madera, crecían plantas. En muchas partes, los muros habían sido reparados por los lugareños con adobe y piedras sin cortar. Junto a los muros incaicos se habían construidos chozas de adobe y tejados de hierbas y en torno de un patio central de losas de piedra había dos grandes moteros de piedra, tallados en el suelo de roca. Habíamos pasado a unos trescientos metros del lugar.

Los incas habían construido allí un caserío; cerca del borde del altiplano, había sido un puesto de avanzada de su civilización. Ahora, mil años más tarde, sus descendientes vivían en sus ruinas, cultivando las terrazas escalonadas de la montaña, reparando la mampostería con fango y rocas, pues la habilidad artística se había perdido hacía ya mucho

141

tiempo. Su patrimonio, como sus aldeas, yacía en ruinas.

En el patio había gallinas, cerdos y una llama. Una indígena molía maíz en uno de los morteros. Cuando entramos se detuvo, nos saludó con un movimiento de la cabeza y desapareció.

El anciano nos condujo hasta una de las chozas. El patio se estaba cubriendo de sombras y tardé un instante en adaptar mis ojos a la oscuridad del cuarto. Una mujer que llevaba un chal negro sobre la cabeza, sostenía una vela y murmuraba algo junto a la cabecera de una cama, un jergón sostenido por dos cajones de madera que estaba en el centro del cuarto. Cuando nos vio se dispuso a salir, pero Morales levantó la mano y ella retrocedió, permaneciendo junto al muro. Él le dijo algo en quechua y ella le entregó la vela. La llama formaba sombras ondulantes sobre los muros de adobe.

Sobre el jergón había una mujer, cubierta con una manta indígena; sus brazos

estaban fuera de la manta, junto a ambos lados del cuerpo. Estaba tan demacrada que era imposible calcular su edad. Su piel estaba amarilla a causa de la ictericia y se veía tirante sobre los huesos de su rostro. Los tendones del cuello eran muy pronunciados. Sus cabellos eran cortos y canosos; sus ojos miraban inexpresivamente el cielorraso; estaba muy ojerosa. Tenía la boca abierta; los labios estaban agrietados y sin color, dejando ver sur diente manchados. Su respiración era dificultosa.

Tenía manos largas, pero la piel estaba amarilla y marchita. Llevaba una sortija de oro en el anular de su mano izquierda; estaba floja y se apoyaba sobre una articulación hinchada.

La mujer no se movió; no dio señal alguna de habernos visto.

Morales se volvió y me miró. Me adelanté y tomé la vela que él estaba sosteniendo. Pasó una mano sobre el rostro de la mujer y los ojos permanecieron fijos en el cielorraso. Tomó la manta con el índice y el pulgar y la dobló; la mujer llevaba un sencillo vestido de

142

algodón, abotonado en el frente. Sobre su pecho se veía un collar de cuentas de un rosario.

–Una misionera –murmuró él.

Morales apoyó su cabeza sobre el pecho de ella, escuchó un instante y luego se incorporó. Se volvió e hizo una pregunta al anciano. Yo me incliné y moví la vela frente al inexpresivo rostro de la mujer.

Sus pupilas estaban fijas y dilatadas. Vi la llama que se movía hacia adelante y hacia atrás, reflejándose sobre la superficie vidriosa de sus ojos. Ausculté su corazón, como lo había hecho Morales, latía tan débilmente que apenas podía oírlo a causa de la conversación en voz baja que mantenían los dos hombres en un rincón.

Miré el deslustrado crucifijo de plata y me pregunté cómo habría llegado ella a ese lugar.

Luego Morales tocó mi manga y salimos al patio soleado.

–Fue traída hace dos días por unos indígenas de allá abajo –dijo, señalando la ladera de la montaña y la selva.

–Su hígado está enfermo –dije–. Creo que está en coma.

–Sí. –Miró hacia el cielo; las nubes estaban teñidas de color naranja y rosado–. Nos han invitado a permanecer aquí –dijo–. Pasaremos la noche en este sitio.

–Naturalmente –dije. A sus espaldas, vi mujeres que entraban y salían de la choza.

–¿Qué podemos hacer?

–Nada. Esta noche morirá. Sólo podemos ayudar a liberar su espíritu.



No sabía qué pensar.

Veinte o treinta velas habían transformado la choza de fango y paja en una suerte de capilla. Me senté sobre un saco de vainas de maíz junto a la puerta y observé a mi

compañero sentado en el otro extremo del cuarto con los ojos cerrados, la cabeza apoyada contra el muro incaico de piedra. Estaba inmóvil.

El anciano estaba allí. Me había enterado de que se llamaba Diego. Una anciana, supuestamente la mujer de Diego, aplicaba suavemente un paño mojado sobre el rostro de la moribunda.

Pensé en buscar mi diario para escribir sobre mi experiencia, pero deseché la idea porque me pareció inapropiada, demasiado clínica. Además, ¿qué hubiera escrito? ¿Hubiera hecho conjeturas sobre su vida, sobre las cosas que ella había visto, sobre la inspiración que la impulsó a abandonar su país natal para llevar la fe a las selvas de Perú? ¿La hubiera comparado con el cadáver disecado de Jennifer, ya

incinerado en el horno de la universidad de California? Probablemente.

¿Hubiera relatado la experiencia del hombre primitivo ante la muerte de un miembro de su tribu, y el hecho de que tomara conciencia de su propia mortalidad? Quizás.

Pero no escribí ninguna de esas cosas. Ni siquiera pensé en ellas en ese momento. Sólo experimenté la solemnidad de esas dos horas.

Nos habían preparado un cuarto. Alguien de la aldea había sido desplazado de su lugar, se había limpiado un cuarto y en él dejé mi mochila. Morales había dejado su sombrero, su bota y su pequeño morral, y habíamos regresado para velar a la mujer agonizante.

De pronto se oyó una respiración sonora y áspera; luego se detuvo. ¿Era eso? La mujer de Diego se apartó de la cama. Morales abrió los ojos. Nada había cambiando en el rostro de la moribunda.

Entonces exhaló aire y comenzó a respirar rítmicamente de nuevo. Todavía estaba viva.

Morales se puso de pie, miró a la mujer de Diego e inclinó la cabeza, señalando el sitio donde él estaba, junto al muro. Ella fue hasta allí y se sentó.

El cuarto estaba cálido a causa de la gran cantidad de velas, aislado del frío de la noche por sus gruesos muros de adobe. Sin embargo, me sorprendió que Morales quitara la

manta que cubría a la misionera. Su vestido llegaba hasta más abajo de sus rodillas y llevaba sandalias; sus pies, amarillos y huesudos, se habían encogido. Él dobló la manta, levantó los pies de ella y los colocó sobre la manta plegada, como si fuera una almohada. Luego le quitó las sandalias y se las entregó a Diego. Cerró los ojos y masajeó los pies de la enfermera durante media hora.

Cuando concluyó, fue hasta la cabecera de la cama y, con toda suavidad, levantó la cabeza de ella y le quitó el collar de cuentas de rosario. Nada cambió en la respiración ni en la expresión de la mujer cuando él la apoyó nuevamente sobre la almohada. Morales le puso las cuentas en la palma de la mano izquierda y cerró sus dedos para que las sostuviera.

Miró a Diego e hizo un gesto afirmativo con la cabeza; el anciano se acercó a su mujer. Ella se puso de pie y yo hice lo mismo. Morando hacia el suelo, fue hasta los pies de la cama, inclinó la cabeza ante mi compañero y salió. Diego se inclinó y puso las sandalias afuera, junto a la puerta. Se incorporó, miró a mi amigo, inclinó la cabeza y murmuró:

–*Ayee me*, don Jicaram.

Y nos dejó a solas.

¿Qué?

Miré a mi amigo, que estaba de pie junto a la cabecera de la cama, apoyando su mano sobre la frente de la moribunda. Levantó los ojos y nos miramos fijamente. El dijo:

–Apague las velas. Una por una.

Me quedé mirándolo. ¿Era posible?

–Las velas, por favor.

Fui la pequeña repisa que rodeaba el cuarto. Mi mente corría alocadamente. Me incliné y apagué una vela de un soplido. No podía pensar con claridad. Seguramente, había comprendido mal a Diego. Entonces oí a Morales que cantaba en voz baja un cántico quechua. Miré por encima de mi hombro; sus ojos estaban cerrados, todavía apoyaba la mano sobre la frente de ella y sus labios se movían casi imperceptiblemente. Lentamente abrió los ojos, esos ojos de Rasputín, y me miró durante un instante; me dijo que

145

prosiguiera y así lo hice. Apagué las velas hasta que su canto terminó y dijo:

–Es suficiente.

Quedaban tres velas encendidas y el humo de las otras estaba suspendido en el aire. El estaba al lado de ella y apoyó las manos sobre la parte superior de la pierna izquierda de la mujer, deslizándola hasta los pies, como si barrera algo. Repitió el movimiento y se detuvo en el aire, más allá de su pie y sacudió los dedos hacia los muros, como si tratara de desprenderse de algo. Pasó tres veces las manos por la pierna de la mujer y luego sacudió los dedos. Hizo lo mismo con la otra pierna.

Fui hasta la cabecera de la cama y escuché su respiración. No había cambiado; era débil y dificultosa. Morales le levantó el brazo derecho, tomándolo de la muñeca y también los “cepilló” con un movimiento decidido. Luego el izquierdo, pero cuidando de que la mano no soltara el rosario; el pequeño crucifijo colgaba en el aire. Había algo misteriosamente metódico y hábil en la manera de actuar de Morales; dejó caer suavemente el brazo de la mujer al costado de su cuerpo y comenzó a desabotonar su vestido desde el cuello hacia abajo.

Cuando concluyó, sólo se veían unos cinco centímetros de piel amarillenta, los bordes salientes de las costillas y el esternón, el estomago hundido y sus calzones de algodón grueso, que ahora eran demasiado grandes para ella.

El observó un punto cercano a su ingle. Extendió el índice y el dedo de la mano y comenzó a trazar un círculo en el aire, por encima del espacio entre las piernas de la mujer, en dirección contraria a las agujas del reloj; luego fue elevando la mano, sin dejar de dibujar un círculo en el aire cargado de humo. Primer chakra. Repitió esto tres veces y luego comenzó con el segundo chakra, comenzando a una distancia milimétrica de los calzones. El círculo era perfecto, de siete centímetros de diámetro; comenzaba lentamente y luego aceleraba el movimiento y se alejaba hacia arriba.

El estomago, el corazón, la base del cuello, la frente (me hice a un lado) y luego la parte superior de la cabeza.

146

Cuando hubo terminado permaneció cerca de la cabeza y vi que sus ojos dejaban de enfocar, hasta que su mirada se tornó vidriosa e inexpresiva...

–Miré.

–Dejé de observar su rostro y miré el cuerpo de la mujer; el pecho se elevaba y descendía levemente.

Morales me dio un golpe en la cabeza.

Fue rápido como un rayo. Levantó el codo y golpeó mi frente con violencia. Experimenté un mareo y, en un acto reflejo, me toqué la cabeza.

–¿Qué demonios...?

–Mire –dijo él.

Fue un instante, nada más. Había algo sobre la superficie del cuerpo. Algo lechoso y traslúcido, a apenas unos milímetros del contorno del cuerpo. Luego desapareció.

–Venga aquí.

Morales tomó mi brazo con mano firme y me hizo rodear el lecho.

–Ahora, mire. No enfoque la mirada.

Dejé que mi visión se nublara y él trazó con sus dedos un pequeño círculo sobre mi frente y luego lo golpeó con el nudillo.

Ahí estaba. Fuera de foco, pero se veía; era un tenue brillo a unos diez centímetros de la piel, como si un molde luminoso de su cuerpo emergiera de él. Tenía que concentrarme para no enfocar la visión. Un escalofrío recorrió mi espalda.

–Continué respirando.

Exhalé aire y lo inhalé tan regularmente como pude para que nada perturbara mi visión.

–¿Realmente estoy viendo esto? –murmuré.

–Oh, sí, amigo mío. Es una imagen que hemos olvidado, que ha sido borrada por el tiempo y el razonamiento.

–¿Qué es?

–Es ella –dijo él–. Es su esencia, su cuerpo luminoso. Ella lo llamaría espíritu. Desea irse. Pronto. La ayudaremos.

Me volví para mirarlo y había... algo, pero desapareció. Había algo en torno de su

147

cabeza, de sus hombros, pero parpadeé y no vi nada fuera de los rasgos marcados de su rostro, suavizados por la luz naranja de las velas.

Morales trabajó durante una hora más. Repitió el procedimiento anterior, con la misma paciente intensidad, sin vacilar, concentrado en su labor.

Salí de la choza por unos instantes. Aspiré el aire fresco de la noche y traté de aclarar mi mente, pero... ¿Don Jicaram? ¿De veras?

El cielo estaba claro. Dentro de una semana habría luna llena. Las estrellas brillaban y en el patio había quince o veinte aldeanos reunidos en torno de un gran fuego. Alguien entonaba una melodía armoniosa en español, lo cual me sorprendió.

Había actividad y el aire estaba impregnado de olor a comida. Todo era como debía ser. Normal.

Y detrás de mí, a la luz de las velas, el hombre al que yo había llegado a considerar mi amigo, ese idiosincrático y extrañamente, poético profesor de filosofía, estaba desprendiendo el “cuerpo luminoso” de una mujer moribunda de su cuerpo físico, ayudándola a morir. Y Diego había dicho:

–Gracias, don Jicaram.

Froté el círculo de mi frente. Estaba dolorido. Regresé al cuarto.

El contraste entre lo que vi afuera, el patio, la actividad, la luna y las estrellas, y lo que vi al entrar siempre me conmueve.

Morales estaba inclinado sobre la cabeza de la mujer; sus labios rozaban su oreja y murmuraba. De pronto el pecho de ella se levantó y ella contuvo el aliento cuando el aire entró por su boca, hasta llenar sus pulmones. Permaneció así.

–Exhale.

Y se oyó un largo resuello, un suspiro dificultoso; un último aliento escapó de su pecho por la boca abierta. Y entonces, de pronto, vi por el rabillo del ojo, que la luminosidad lechosa que no había notado cuando regresé al cuarto se elevaba y se convertía en algo amorfo, algo traslúcido y blancuzco, que se mantenía suspendido a unos treinta o

148

cuarenta centímetros de su pecho. Entonces Morales dio una fuerte palmada sobre el esternón de la mujer y la luminosidad se ubicó sobre su garganta, su cabeza y luego desapareció.

–Dios mío –dije. Morales me miró.

–¿Lo vio?

Me acerqué a la cama y miré el rostro de la mujer. Es extraño cómo uno ve la muerte. Había estado en coma, sin expresión, pero la muerte se manifestaba en el ablandamiento de su rostro y en una inmovilidad absoluta. El rostro de la muerte es inconfundible. La sangre ya no circula debajo de su superficie, las venas ya no laten

imperceptiblemente. Ningún ser vivo puede estar tan inerte. La vida, como la muerte, es algo visible y la muerte es una máscara, la máscara de la quietud final.

–¿Qué fue?

–Lo que los quechua llaman viracocha. Cerró los ojos de la muerta con la punta de los dedos. Abotonó su vestido y la cubrió completamente con la manta.

–Me alegra que lo haya visto –dijo. Luego apagó las velas que aún permanecían encendidas.



La gente de la aldea había cocinado un cerdo en honor de don Jicaram. Habían cavado un hoyo y matado un cerdo y luego lo habían asado en un espetón. Y había chicha, una cerveza hecha con maíz.

Melchor (el que llevaba la gorra de béisbol) hablaba español. Me dijo que Diego había conocido a don Jicaram muchos años atrás. El hatun laika había pasado por la aldea y había curado al padre de Diego de algo que él no sabía traducir, pero creo que era enfisema. Después el anciano había muerto, dijo Melchor, pero pudo exhalar su último aliento en paz gracias a don Jicaram. Dos días atrás, cuando aparecieron los indígenas llevando a la

anciana misionera en una camilla, los aldeanos no habían sabido qué hacer. Diego había ido al campo y había dejado allí una antigua piedra tallada que el chamán había dado a su padre. Nuestra llegada había sido una bendición.

Para digerir la comida tuve que emplear las pocas energías que me quedaban. La chicha se me había subido a la cabeza, ya perturbada por los acontecimientos de las últimas horas. Presenté mis excusas y llegué hasta mi cuarto, en el que habían puesto paja fresca. Estaba demasiado confundido y tenía demasiado sueño como para escribir algo en mi diario. Abrí mi saco de dormir, me quité las botas y me acosté.

Soñé.

Estaba acostado de espaldas en la playa. Miraba el sol sin parpadear. Bien permaneceré aquí, mirándolo. Pero eso hace mal a los ojos.

Ciérralos. Los párpados son ahora de color naranja. Respiro el aire dulce que llena mis pulmones. Calma y calidez; tranquilidad bajo el sol. Podría quedarme aquí para siempre...

Movimiento. Una sombra invade la luz que brilla detrás de mis párpados cerrados. Intuyo el peligro y abro los ojos, atemorizado. Una sombra amenazadora que viene de la nada... se acerca rápidamente. Se precipita y grita y ruedo hacia un costado sobre la arena; los espolones del ave desgarran mi estómago. Vuelvo a rodar y estoy nuevamente de espaldas, sudando. Me incorporo sobre los codos y miro la herida sangrante de mi vientre y entonces el águila negra y monstruosa vuelve; su figura tapa el cielo. Sus alas golpean mi cuerpo, pinchan mis brazos; siento el dolor sordo de los sueños en mis muslos donde ha clavado sus espolones. Perfora mis intestinos con su pico quirúrgico, meneando su cabeza emplumada, tironeando salvajemente, fuera de sí por el hambre, sacando mis órganos por el tajo de mi estómago.

Tómalo, acaba conmigo, por Dios. Abre las alas, oscurece el cielo y tironea mis entrañas. Sus plumas se erizan y grito mientras despliega sus alas...

—¡Despierte!

150

Me desperté jadeando y me senté, con medio cuerpo afuera del saco de dormir; mis dedos se clavaban en la paja. Morales estaba apoyado sobre un codo, tapado con su poncho.

—No debió hacer el amor con la hija de Ramón —dijo.



20 de marzo

Don Jicaram. ¿Cómo? ¿Lleva una doble vida?

Primero es el profesor Morales de la ciudad, un hombre de suaves modales y luego va a un templo incaico cercano y es... don Jicaram. Chamán.

Shazam.

Y, ¿por qué no? Pero resulta asombroso que durante todo este tiempo, mi compañero fuera el hombre que yo buscaba. Qué charada. Y ¿con qué finalidad?

Esperaba el momento propicio, me observaba, me ponía a prueba. Deseaba conocer mis propósitos.

Mi viaje a la selva, el tiempo que pasé con Máximo y Anita, ¿fueron también pruebas? Cuando nos conocimos, aquel día en la cafetería, me dijo que un chamán compartía sus conocimientos con cualquiera que deseara saberlos, siempre que sus intenciones fueran impecables. Los propósitos debían ser puros.

¿He pasado la prueba? ¿O su identidad ha salido a la luz accidentalmente, porque llegamos a esa aldea y vimos a esa anciana? La revelación llegó tan sencillamente, con tal dramática elegancia.

Durante todo este tiempo en que he estado buscando un hatun laika, para estudiarlo, él me ha estado estudiando a mí. Me ha estado enseñando. ¿Qué pasará ahora?

151

¿Y qué sucedió con mi visión? ¿Ví como la energía se desprendía del cuerpo de la anciana?

De mañana siempre se cuestionan los sucesos de la noche anterior.

Cuando abandonamos la aldea, no volvimos sobre nuestros pasos hasta el borde del claro, sino que nos dirigimos hacia el norte por la tundra. Transcurrió una hora antes de que le preguntara acerca del sueño.

–El águila es de Ramón –dijo él–. Lo ha estado persiguiendo desde que regresó de la selva. Se manifestó en su sueño.

–Pero usted la ha visto –dije–. Jesús Zavala la adivinó. Anita y Máximo hablaron de ella.

–¿Sí?

–¿Y bien?

Se detuvo y ladeó la cabeza.

–¿Oye usted ese arroyo?

Escuché. A lo lejos se oía el sonido del agua que corría sobre una roca.

–Sí.

–Está en algún lugar del otro lado de esa colina,

–Así es.

–Digamos que conozco ese manantial y su orilla rocosa. Me siento y enciendo un fuego mientras usted se aleja en dirección al arroyo. Después de una hora regresa, completamente mojado. Sus cabellos, su camisa, sus pantalones, sus botas. Yo le digo: “Ha estado usted nadando.” A usted no le sorprendería.

–No, por supuesto.

–Por supuesto. Usted está mojado. El agua se ve. Entonces le digo que debió haberse quitado la ropa antes de nadar.

–Pero, ¿si hubiera tropezado y me hubiera caído en el arroyo? –pregunté, pensando que se trataba de un ejemplo infantil y de un razonamiento imperfecto.

–Pero recuerde que conozco el arroyo y las rocas de la orilla y del fondo del agua y veo que sus ropas, aunque mojadas, no están rasgadas ni rotas.

152

–Bien –dije–. Eso es tan sólo lógica deductiva, basada en lo que usted sabe y observa.

–Sí, como Sherlock Holmes –dijo él.

–Cualquiera hubiese llegado a la misma conclusión.

–Indudablemente, porque todos estamos habituados a razonar basándonos en lo que estamos acostumbrados a ver: la evidencia de nuestro conocimiento consciente. Pero ese conocimiento es tan sólo una fracción de nuestro conocimiento total. Para mí es tan fácil ver que usted está mojado como ver el poder que Ramón ha enviado en pos de usted. Está adherido a usted como las ropas mojadas. La vista es una habilidad. También lo es la visión. Usted ha tenido atisbos de ello. Debiera comenzar a comprender.

–Mi preparación, mi condicionamiento, me impiden comprender.

–Sí. Sus convenciones le dicen una cosa; su experiencia, otra. Es una característica de los occidentales la de necesitar comprender algo antes de reconocer su valor o incluso aceptar su existencia.

–Bien –dije–. No he visto esa águila.

El meneó la cabeza.

–La vio anoche.

–En un sueño.

–De modo que, aunque no tiene conciencia de ese poder, es inconsciente de él. Cierre los ojos y sueñe, amigo mío. Domine los sueños y dominará el inconsciente. La experiencia vital más auténtica es la que tenemos cuando soñamos despiertos.

–¿Usted insinúa que un chamán puede ver el inconsciente de otra persona?

Meneó la cabeza.

–¿Por qué reduce todo a un simple enunciado? Jamás aprehenderá la esencia de estos conceptos con fórmulas simples. Tiene que pensar como un poeta. Pensar en términos de metáforas e imágenes. Tome, por ejemplo, la descripción que usted hizo de la laguna que está detrás de la choza de Ramón. La superficie que estamos habituados a ver depende de lo que hay en el fondo. La profundidad invisible sostiene la superficie, ¿no es así?

153

–Sí. Pensé en esa analogía.

–Bien. Entonces quizás comprenda.

Habíamos reanudados la marcha y caminábamos por una montaña cubierta de hierba.

–Estamos acostumbrado a contemplar la superficie de la laguna desde la orilla. Es muy poco lo que podemos deducir respecto de cuanto hay debajo de la superficie. Cualquiera puede caer en la laguna, pero no sabría qué peligros pueden contener sus profundidades. Podría ser muy profunda, podría haber plantas en las que podríamos enredarnos, corrientes peligrosas. Podría haber pirañas.

–El temor podría evitar que nos zambulléramos en ella –dije.

–Naturalmente. Pero si usted cambia su perspectiva, observa en qué lugar de la superficie se refleja el sol y la mira desde ese punto de vista, desde arriba, desde el sitio en que vuela el águila, podrá ver sus profundidades, podrá ver qué hay debajo de la superficie.

–El inconsciente –dije.

–Sí lo desea. –Suspiró–. Una vez que adquiere la visión, puede conocer la laguna y nadar donde se le antoje.

–Comprendo –dije. Y lo comprendí perfectamente. Entonces amplió la metáfora.

–Esa perspectiva le permite ver no sólo el estado actual de la laguna, sino su historia, todo cuanto ha tocado su superficie y se ha hundido hasta llegar al fondo. Incluso puede ver el efecto que todo aquello que ha penetrado su superficie ha tenido sobre la vida de la laguna: un leño hundido sobre el que han crecido plantas y en torno del cual nadan los peces. Todo cuanto ha caído en la laguna ha alterado sus características. Algunas cosas están profundamente empotradas y no se las distingue, pero todas son visibles.

–Su pasado es visible.

–Sí, y también el efecto que ese pasado ha provocado.

–Es una buena metáfora –dije–. Pero si compara la mente con una laguna, implica también la geografía, las orillas que contienen el agua. El recipiente que contiene el líquido. Un sitio específico dentro del cual está la mente. Ese argumento sirve para localizar la

conciencia dentro del cerebro, para saber que la mente está dentro del cráneo.

–No comparé la mente con una laguna; la comparé con la laguna que lo atemorizó. Una laguna es parte de un arroyo. Es un sitio donde se ensancha la costa, el centro de torna profunda y el agua se aquieta, pero sin embargo, el agua fluye permanentemente por él. –Sonrió–. Incluso puedo viajar aguas arriba, hasta llegar cerca de la fuente, e influir de mil maneras sobre la laguna al influir sobre su fuente. Puedo colocar un objeto en la corriente que, finalmente, si nada interfiere en

su camino, llegará a la laguna, y, si permanece allí el tiempo suficiente, quizás se hunda en ella. –Me miró por el rabillo del ojo–. Puedo introducir la mano en el agua y provocar una onda en el arroyo, que finalmente llegará hasta la laguna y reverberará en ella. Podrá incluso volcar la canoa en la que usted está sentado o salvarlo, arrastrándolo hacia la orilla.

Reí.

–¿Y qué hago respecto de este águila?

Introdujo una corteza de canela en su boca.

–Aprenda a verla. Aprenda lo que ella pueda enseñarle y luego regrese a la selva. Necesitará regresar. Para completar su trabajo del oeste.

Así comenzó mi aprendizaje con Antonio Morales Baca, Don Jicaram. Me había dicho que, si conocía a un maestro chamán, tendría que abordarlo como su discípulo, no como un psicólogo.

Pero aunque empleo la palabra aprendizaje, el vínculo que nos unió fue la amistad.

Cuando hacía ya un día que habíamos salido de la aldea de Diego, llegamos a una pequeña colina que se levantaba en medio de una pradera. En la cima había una ruina incaica desplomada; sus cimientos estaban semienterrados y cueros de hierbas. Al atardecer ascendimos y nos volvimos para contemplar el monte que se veía abajo, en uno de los lados. En el otro, descendía un valle, hasta llegar a casi dos kilómetros del altiplano,

155

uniéndose con el profundo y verde valle del río Urubamba.

–Un puesto de observación –dijo Antonio. Golpeó el muro de granito con la palma de su mano–. Uno de los cientos que unían el imperio de los Incas.

Me condujo por una abertura del muro hasta un pequeño recinto formado por los bloques caídos de granito. Uno de esos bloques, un perfecto ejemplar de las obras de talla incaica, yacía junto a la base de un muro. Me indicó que tomara una de

sus puntas y lo dimos vuelta; había un orificio tapizado de piedra de veinte centímetros de profundidad, treinta centímetros de ancho y sesenta de largo. Probablemente era parte de un antiguo canal de riego. Había allí un bulto largo, envuelto en una vieja tela incaica tejida, de color pardo rojizo.

–¿Qué es esto?

–Mi mesa –dijo–. Necesitamos un fuego.

Bajé por la ladera de la colina, en busca de leña y, cuando regresé, él había armado un marco de cuatro lados con ramitas, formando una pequeña pira, con un pequeño montón de hierbas secas en el centro. La encendió con un fósforo e hicimos nuestro fuego.

–Esta noche no comeremos –dijo. Desatando un poco del hilo que sostenía el bulto. Extendió la tela sobre la hierba. En su interior había dos bastones cortos y un saco de cuero suave.

–La mesa –dijo– es una colección de objetos de poder que sirven para comunicarse con las fuerza de la naturaleza. Es el centro del ritual.

–¿Y ésta es su mesa?

Asintió.

–Es muy simple y muy vieja. Hay otras que son muy complejas, con objetos de poder para cada circunstancia.

–Me guiñó un ojo–. Para toda clase de fenómenos. Pero una mesa puede reducirse a un jergón de agujas de pino y unas pocas piedras.

Clavó los bastones en el suelo, en los extremos superiores de la tela. El bastón de la izquierda era de madera dura de color oscuro y estaba tallado en forma de espiral. El de la

156

derecha era de hueso pulido o de marfil y tenía un mango con la forma de un pico ganchudo.

–Representan la polaridad –dijo–. La oscuridad y la luz. –Luego colocó sobre la tela los objetos que había en el interior del saco de cuero.

No eran muchos y no me explicó su significado en ese momento. Había un trozo de obsidiana tallada; una mitad representaba un jaguar y la otra un ave: la tierra

y el cielo, los reinos alados. Había un delfín de madera que otorgaba el acceso al mundo subterráneo, el agua, la psiquis; una pequeño búho de oro, que no medía más de cinco centímetros de altura, que representaba la visión nocturna y la sabiduría de la oscuridad. Muchos años después supe que ese objeto era temido por algunos chamanes, pues era depositario de conocimientos antiguos y perdidos y tenía poco que ver con la simple curación. Había un águila, tallada en una piedra de color gris oscuro y taraceada con trozos de concha de un marisco.

–Cada uno de nosotros tiene un universo interior –me dijo luego, y ese objeto se empleaba para llegar hasta él. Y había también otras cosas, piedras y caparazones, un fragmento de cristal, una pequeña vasija de madera. Todos ellos tenían superficies muy lisas pues habían sido usados durante siglos; eran como fetiches de un museo antropológico.

Finalmente sacó del morral de cuero un frasco antiguo de plata y cristal. Estaba medio lleno con un líquido de color pardo verdoso, semejante al té chino.

–Esta noche nos dedicaremos al ritual –dijo–. Ha dado usted pasos importantes para adquirir clarividencia, pero todavía se comporta usted torpemente en la naturaleza, como si fuera un proscrito. Debiera moverse en un bosque o una pradera como debiera hacerlo en la vida: con confianza, respeto y gracia.

El sol se había hundido en el horizonte y nuestro fuego crepitaba y soltaba chispas hacia el cielo, cada vez más oscuro.

–Esta noche usted recibirá a San Pedro por primera vez –dijo–. San Pedro, el guardián de las puertas del cielo. También se lo llama huachuma, “carne de los dioses”.

157

–La comunión –dije.

–Sí. Imagine el cactus San Pedro, solo y de pie, los brazos elevados hacia el cielo y las raíces hundidas en la Tierra. Es la medicina predilecta del chamán; le ayuda a penetrar el cuerpo de la Tierra, a encontrarse con la diosa madre, a ver el poder de la naturaleza cara a cara. Crece en todas las zonas templadas de Perú: la costa, las sierras, el desierto y la selva. Su preparación es un secreto celosamente guardado. Cuando simplemente se la hierve, produce una leve euforia, pero cuando

se destila la esencia de la plata y se la mezcla con los sabores de las hierbas purgativas, se convierte en una medicina visionaria de gran poder. No se debe abusar de ella.

–Es la planta del ritual, de la visión. En el sur nos ayuda a ver el pasado en sus aspectos más crudos; en el oeste nos proporciona fuerzas para enfrentar la muerte; en el norte nos muestra el camino que conduce a la maestría y en el este nos ayuda a convocar a nuestros animales de poder, a adquirir sus habilidades a medida que las necesitamos para desempeñarnos eficientemente en el mundo, para no proyectar una sombra, para no dejar huellas.

–Hizo una pausa–. Sí, y nos condiciona para acceder a estas... capacidades superiores espontáneamente. A estos estados superiores.

Quitó el tapón de plata del frasco y vertió una pequeña cantidad de líquido en la vasija.

–Su empleo es específico y sagrado. Usted ha usado drogas antes, pero si se las usa sin motivo, sin una finalidad pura, sin establecer un vínculo con la Tierra, toda experiencia “mística” es una tontería psicológica. El empleo irresponsable de cualquier droga es sólo un remedo que impide la verdadera unión con la naturaleza y el Gran Espíritu. Es como entrar en un prostíbulo espiritual; envilece de una manera peligrosa, consumiendo la energía vital. La labor del chamán consiste en fortalecer esa energía vital, ampliar la energía que rodea al cuerpo y revitalizarla, acumulando poder personal. –Se detuvo y resopló, como desechando el tema, como si apagasen una vela–. Lo que usted va a recibir es una sustancia vegetal

158

natural que limpiará y dará equilibrio a su organismo y a los campos de energía que lo rodean. Sólo cuando el cuerpo, la mente y el espíritu se equilibran puede el chamán llevar a cabo un acto de poder.

Me entregó la vasija.

–Póngase de pie y salude en las cuatro direcciones.

Tomé la vasija, me puse de pie junto al fuego, di la espalda a Antonio y miré hacia el sur. En realidad, no sabía qué hacer. Entonces oí su voz que me hablaba en

voz baja, en español.

–Convocamos a la Satchamama, la gran serpiente del lago Yarinacocha, el espíritu del sur. Envuélvenos, antigua madre y enciérranos en tus anillos de luz.

Levanté la vasija hacia el cielo del sur. Me sentí cohibido al brindar en el aire.

–Hey –dijo él, como si dijera “amén”, y yo dije:

–Hey.

Me volví hacia el horizonte y miré el pico lejano por donde se había puesto el sol.

–Convocamos al espíritu del oeste, la hermana-madre jaguar, el jaguar dorado que se come al sol poniente. Ven a nosotros, tú que has visto el nacimiento y la muerte de las galaxias. Permítenos mirarte a los ojos. Enséñanos con tu gracia.

¿Qué había dicho Ramón acerca del jaguar?

–Hey

–Hey.

Me dije a mí mismo que debía concentrarme en el ritual hacia el norte.

–Convocamos a la sabiduría del norte, el lugar de los antiguos maestros, abuelas, abuelos. He traído a alguien que no pertenece a mi pueblo, sino a nuestro pueblo. Recíbidlo, dadle la bienvenida. Bendecid nuestro trabajo para que un día podamos entrar en vuestro palacio de cristal con un solo pensamiento, y podamos sentarnos en vuestro consejo, en medio de vosotros. Hey.

Levanté la vasija hacia el norte y me volví hacia el este.

–Hey.

159

–Y convocamos al espíritu del este. Ven a nosotros desde la cumbre de la montaña, gran águila. Enséñanos a ver con tus ojos, para que nuestra visión pueda penetrar la Tierra y los cielos. Vuela ahora con nosotros y protégenos. Enséñanos a volar ala con ala junto al Gran Espíritu. Hey.

–Hey.

–A la Pachamama, gran madre Tierra... –Su voz tenía la entonación de una plegaria–. Tú que nos alimentas y nutres con tu seno, enséñanos a caminar sobre tu vientre con gracia y hermosura. Hey.

–Hey.

Levantó la mano y elevó la vasija hacia el cielo.

–Gran Espíritu Viracocha, madre y padre, te saludamos; todo cuanto hacemos es en vuestro honor. Hey, hey.

–Hey.

Asintió y me indicó que me sentara frente a él. Volvió a asentir y bebí en honor de San Pedro. El líquido tenía un dejo de sabor a anís.

Antonio cerró los ojos y comenzó a respirar profundamente, exhalando el aire por sus labios fruncidos. Seguí su ejemplo y poco después el ritmo de un sonido susurrante marcó el tiempo de mi respiración. Antonio entonaba un cántico quechua. Me pregunté de dónde provendría el sonido. Pensé en cuanto él había dicho, en San Pedro, una planta de la que había oído hablar, en su discurso sobre el empleo de sustancias sin motivo, en la pureza de las intenciones, en la vinculación con la Tierra. Experiencia y experiencia servida. Me entregué a los ritmos hipnóticos del susurro y el canto. Tomé conciencia de mi cuerpo. Mi cuello y mis hombros estaban un tanto rígidos y me dolían las marcas que la mochila había dejado en mi espalda. Con los ojos cerrados dejé caer los hombros, moví la cabeza hacia un lado y hacia el otro, estirando sinuosamente los músculos. Me sentí maravillosamente bien. Levanté los hombros y los hice rotar hacia atrás; nunca había sentido mis propios músculos de esa manera, ni experimentado un alivio y una relajación tan inmediatos, y me di cuenta

160

de que mis movimientos eran inusualmente elásticos; sentía cada uno de mis músculos doloridos, que se estiraban y distendían. Deseando experimentar esta nueva habilidad, hice rotar la parte superior de mi cuerpo, apoyé la mano derecha sobre mi rodilla izquierda y empujé, ejecutando un movimiento de torsión del cuerpo hacia la izquierda, y crujieron tres vértebras. Luego hacia la derecha y crujieron otras tres y el alivio fue enorme. Deseaba moverme, estirarme, hacer ejercicio. La luz del fuego golpeaba contra mis párpados; veía pequeños puntos de color, como si fotones de color pastel pasaran entre las células de mis párpados, penetrando la

pupila y fijándose en la corteza visual de la parte posterior de mi cerebro.

No tenía la menor noción del tiempo transcurrido, pero abrí los ojos y, durante un instante, el rostro de Antonio me resultó tan parecido al de un halcón que parpadeé. Me sonreía del otro lado de la mesa. Bebió un sorbo de una pequeña botella que yo no había visto antes, luego se inclinó y tomó el búho de oro y lo sostuvo entre las palmas de sus manos, como si rezara. Luego tomó el pequeño objeto con una mano y sopló sobre él una tenue lluvia de aceite dulce. El olor del aceite penetró en mis fosas nasales y llegó hasta mi cerebro. El búho de oro reflejó la luz del fuego y resplandeció. Entonces Antonio cerró su puño, extendió el brazo hacia mí y abrió la mano.

–Tómelo. Con la mano izquierda –dijo.

Lo tomé.

–Sosténgalo y cierre los ojos y mírelo con su visión interior. Un objeto de poder es un punto focal, un diapasón.

Cerré los ojos e imaginé que mi frente se abría... resplandecía... con luz violeta.

–Así. Excelente, amigo mío.

Y vi a una mujer, una mujer soñada, con alas de búho plegadas en torno de su cuerpo; levantaba uno de sus hombros emplumados y me miraba por encima de él, con los ojos abiertos, las plumas... desplegadas... con ojos. Ojos en las plumas. Contuve el aliento. Abrí los ojos y miré el objeto que tenía en la palma de la mano y luego miré a Antonio.

161

–¿Cómo se siente?

–Maravillosamente.

–Póngase de pie y camine –dijo–. Baje la colina y vaya al bosque.

Me incliné para dejar el objeto. Su mano tocó la mía.

–No, no. Llévelo con usted. Nunca abandone una mesa o un círculo medicinal sin protección.

Asentí sin saber por qué y me puse de pie. Mis piernas ansiaban moverse. Salí,

descendí por la colina y entré en el bosque.

Un monte de pinos que resonaba. Cada árbol emitía una luz propia, los luminosos colores pastel se movían cuando se mecían las ramas; las agujas de los pinos vibraban con la brisa que venía del norte. Cosas viviente, con carne y fluidos nutritivos que circulaban por ella, que absorbían la luz del sol, que parecía detenerse en cada uno de ellos, surgiendo de la tierra... ¿Cómo no lo había notado antes? Su presencia era tangible y los veía por primera vez, a pesar de que había caminado entre ellos horas atrás sin verlos, ignorando su espíritu, ignorando la vida que palpitaba en ellos. Ignorando su estado consciente. Nuestra afinidad era profunda y sentí la brisa contra mi espalda y comencé a correr. ¿Mis pies tocaban el suelo? Sí, a la perfección, avanzando rápidamente entre las agujas de los pinos.

Nunca había corrido así, de la nada y hacia la nada; moviéndome rápidamente por el simple placer de moverme, exultante de gracia, avanzando por el bosque sin que hubiera un camino, sólo un colchón de tierra fresca y agujas de pino, casa vez más rápidamente. Corrí con todo mi cuerpo, los músculos distendidos y armoniosos, hendiendo el aire que se arremolinaba a mis espaldas...

–Cierre los ojos...

Percibía que los árboles aún estaban allí por la luz que emitían y avancé, corrí, liberado de la vista, atravesando el bosque, como el aire.

Sabía que algo me impulsaba, algo en mi interior que nunca había sentido antes.

162

10

*Pues adentro y afuera, arriba, alrededor, debajo,
sólo hay un mágico juego de sombras,
en una caja cuya vela es el sol,
en torno del cual van y vienen nuestras figuras fantasmales.*

Omar Khayyám

Todavía aturdido por los acontecimientos de los últimos días. La muerte de la misionera, mi primera experiencia con el San Pedro. Aún no he podido digerir la revelación de la identidad de Antonio.

En una ocasión vi a un mago, un malabarista muy diestro. Su asistente, que llevaba un atuendo con lentejuelas, llevó un armario rodante hasta el centro del escenario. Con su ayuda, el mago entró en un saco cerrado en la parte superior con una cadena y un candado y se acostó en el armario. Cerraron la tapa y aseguraron los cuatro extremos. La asistente se puso de pie sobre el armario, levantó un telón que la cubrió y... lo dejó caer. ¿Realmente lo hizo? El mago apareció sonriente, sobre la tapa del armario y, cuando se quitaron los candados, salió la asistente del interior del saco. En un abrir y cerrar de ojos.

Yo tenía ochos años. Recuerdo ese momento; me obligó a pensar, a rememorar cuanto había visto.

Deseo verlo una vez más.

Tan sólo un vez más, para descubrir el secreto de la magia.

Antonio levantó un puñado de tierra del bosquecillo de pinos y observó las agujas con la seriedad de los que leen las hojas de té. Entre sus dedos se deslizó la gruesa tierra de

color pardo.

–En este mundo hay dos clases de personas, mi amigo. Los soñadores y los soñados. –Me miró de soslayo.

–En la vida de todo hombre llega el momento en que debe afrontar su pasado. Para quienes son soñados, los que sólo tienen un conocimiento fugaz del poder, ese momento suele producirse en su lecho de muerte, cuando tratan de regatear con el destino para vivir un poco más. –Movi6 la mano de un lado hacia el otro, para tamizar las agujas de pino, y luego contempl6 lo que tenia en su palma.

–Pero para el soñador, la persona de poder, ese momento se produce ante un fuego, cuando convoca los espectros de su pasado personal, para que se presenten como testigos ante un tribunal. Este es el trabajo del sur, donde comienza la Rueda Medicinal.

–Le diré algo: formamos nuestro presente con los fragmentos de nuestro pasado para eludir las circunstancias que nos resultaron penosas, tratando de recrear las que nos causaron placer. Somos cautivos indefensos.

Carraspeé.

–Los que no recuerdan su pasado están condenados a revivirlo –dije.

–O a evitarlo –dijo él–. Y no hablo de recordar el pasado. Cualquiera puede *recordar* el pasado y, al hacerlo, lo volvemos a armar para que sea útil y justifique nuestro presente. Recordar es un actor consciente y, por ende, está sujeto al embellecimiento. Recordar es fácil.

Sopló las agujas que aún había en la palma de su mano y apareció una astilla de madera chamuscada, una carbonilla del tamaño de una bellota, la reliquia de una hoguera campesina.

–La persona de poder, sentada en el banquillo de los acusados, está a solas frente al fuego. Hace frente a su pasado. Escucha el testimonio de sus... espectros. Y los despide uno por uno en los míos–. El hombre de poder no tiene pasado, su historia no puede reclamarle. Se ha desprendido de su sombra y ha aprendido a caminar sobre la nieve sin dejar huellas.

164

Miró la palma de su mano y arqueó una ceja, como si viera la pequeña carbonilla por primera vez. Sonrió, la hizo rodar hasta la yema de sus dedos y las sostuvo frente a sí.

–Qué oportuno. Es una suerte que la haya encontrado aquí.

23 de marzo

Comenzamos a trabajar seriamente. De acuerdo con los cálculos de Antonio llegaremos a Quillabamba mañana al mediodía y tomaremos el tren

para regresar al Cuzco; desde allí iremos a Aguascalientes y luego a las ruinas de Machu Picchu, donde llevaré a cabo mi “trabajo del sur”.

He pasado los dos últimos días ejercitando mi visión y poniendo a prueba mi paciencia, y las dos últimas noches discutiendo la teoría de las cosas pasadas.

Antonio se ha negado a hablar sobre mi experiencia con San Pedro y sobre cómo corrí por el bosque de noche, con los ojos cerrados. Se impacientó cuando dije que lo había hecho bajo los efectos psicoactivos del San Pedro. Había sido a causa del ritual, del poder de convocatoria de la ceremonia. ¿Por qué siempre restaba importancia a una experiencia y apelaba a una explicación práctica? Lo que había sucedido, dijo él, era que mi mente había desplegado sus alas y echado a volar.

¿Por qué, preguntó, me despertaba yo a la mañana siguiente pensando otra vez que había sido expulsado del paraíso, cuando en realidad había corrido libremente en medio de la naturaleza?

“Ha sido tocado por el poder”, dijo.

Yo digo que fue una alocada carrera por los bosques y que tuve la fortuna de no caer y destrozarme el rostro.

Antes de anoche llovió. Torrencialmente. Nos refugiarnos debajo de un

165

afloramiento de granito que había en el bosque. Ayer, mientras nuestras cosas se secaban al sol. Antonio me ordenó sentarme sobre un canto rodado que emergía en una laguna desbordante a causa de la lluvia.

Permanecí allí sentado durante tres horas, contemplando el reflejo de mi rostro y de las nubes en el agua.

Algo simple y fascinante: tanto las nubes, que estaban a miles de metros de distancia, como mi rostro, a menos de un metro de distancia del agua de la laguna, se reflejaron sobre la superficie plana. Antonio me dijo que fijara la

vista sobre las nubes reflejadas y, cuando lo hice, mi imagen se dividió en dos manchas borrosas. El truco, dijo, consistía en hacer trabajar a los músculos de los ojos para que unieran los dos rostros mientras mantenía la vista concentrada en las nubes.

No es fácil. Cuando me parecía haberlo logrado me daba cuenta de que ya no enfocaba las nubes... y volvía a comenzar. Pero ese acto provoca un estado de trance profundo.

Hubo momentos en que me confundí totalmente. También me dijo que me concentrase en el espacio que había entre ambos rostros y hubo instantes muy fugaces en que creí ver cosas. Otros rostros. El de mi padre, el de mi abuela. No lo sé. Ello ocurrió más adelante cuando la meditación era tan intensa que perdí la noción de tiempo y espacio. Mi conciencia de la situación era anormal, de trance profundo y Antonio tuvo que sacudirme para hacerme reaccionar. Luego me recordó el mito de Narciso que, rechazado por Echo, quedó tan cautivado por su propia imagen reflejada en la laguna de un bosque que se transformó en una flor que creció en sus orillas. El ejercicio está destinado a habituar los ojos para que vean los espacios que existen entre las cosas.

Como lo hacía Anita, que decía poder mirar un punto que estaba a pocos

166

milímetros de mi rostro, y mantener la visión de ese punto. Así veía mi aura. El giro de mis chakras. Mi cuerpo de energía.

“Debe ejercitarse para concentrar la visión en objetos, en cosas –dijo–. El mundo del chamán está ubicado en el espacio que hay entre las cosas.”

Juegos de la conciencia. Del conocimiento. También se puede lograr un curioso estado meditativo si uno se observa a uno mismo observándose.

Conciencia de la conciencia. Conciencia de que respiro respirándome. Es difícil describirlo. Estoy sentado y contemplo el fuego. Comienzo a dialogar conmigo mismo:

–Estoy aquí sentado, contemplando el fuego.

Sentado, contemplando el fuego.

–Estoy sentado, contemplando el fuego.

Sentado, contemplando el fuego.

–Estoy realmente sentado aquí, contemplando el fuego.

Sí. Aún estoy sentado, contemplado el fuego.

Una y otra vez, como un mantra. El yo que hace un segundo me percibía mirando el fuego a través de mis ojos, está realmente mirando el fuego. Se trata de una extraña dualidad; contemplo el curso de mis pensamientos. La dualidad del yo que ejecuta el acto y el yo que tiene conciencia de la realidad del primer yo y puede describirla mientras transcurre. Antonio lo denomina detener el tiempo.

Mañana comenzaré a ayunar para prepararme para mi trabajo del sur; a desprenderme del pasado como la serpiente se desprende de su piel.

El pasado. Como individuos estamos a merced del pasado.

Los traumas de nuestro pasado se alimentan de nuestro temor en el presente. Los acontecimientos alegres se alimentan de nuestro presente y limitan nuestro futuro cuando tratamos de recrear las circunstancias de alegrías pretéritas.

167

¿Es esto válido para una familia? ¿Una tribu? ¿Una nación? ¿Una raza?
¿Una cultura? ¿La especie?

Antonio diría que lo es hasta que los individuos logran controlar su destino. Se liberan de su pasado. Y dice que, en este modelo chamánico, uno puede afrontar su pasado.

Literalmente.

Abordamos el tren en la estación de Quillabamba y llegamos a Cuzco a mediodía. Estaba ansioso por comer melón fresco y beber jugo de papaya, pero

Antonio desechó la idea y despidió la con conductores de taxis que se mostraron dispuestos a llevarnos hasta el centro de la ciudad. Emprendimos el camino a Tambo Machay a pie.

–La mayoría lo llama el Baño de los Incas –dijo Antonio.

Trepamos hasta la cima de la colina–. Imagine. –Se puso en cuclillas, apoyó los codos sobre las rodillas y unió las manos–. Estados Unidos es invadido por personas de otra raza, que no creen en sus costumbres. Matan a los pobladores o los castigan hasta someterlos, derrumban las ciudades, destruyen la biblioteca del Congreso para que desaparezcan todos los testimonios escritos. Mil años después un arqueólogo se abre camino entre los escombros y descubre la laguna que está frente al monumento a Washington. Pocos años después, las guías de turismo la denominan el Baño de los Americanos.

–Y qué es Tambo Machay? –pregunté

–La fuente de Cuzqueña, la mejor cerveza de Perú.

–Rió, se incorporó y metió las manos en los bolsillos de su pantalón–. El templo de las Aguas. Un lugar de higiene y purificación. Nace en la convergencia de cuatro ríos subterráneos que provienen de los cuatro puntos cardinales. Antiguamente, los cuatro nichos que hay en el muro contenían figuras que representaban a los cuatro apus, los cuatro grandes picos nevados que rodean a Cuzco, los cuatro puntos cardinales de la Rueda Medicinal. Aquí comienza el camino incaico que llega hasta Machu Picchu. –Señaló hacia una sierra que estaba a diez kilómetros hacia el este–. Hay ochenta kilómetros hasta Machu

168

Picchu y fue aquí donde el viajero llenó su bota y lavó sus chakras antes de emprender el camino a la ciudadela.

–¿Iremos hasta Machu Picchu a pie?

–Tomaremos un tren. A la –consultó su reloj– una y diez. El tren indio –dijo–. Tiene tiempo para llenar su cantimplora. Hay un ritual.

24 de marzo

Ritual. Ceremonia. ¿Son esos los mecanismos que empleaba el ser humano primitivo para acceder al cerebro límbico de las imágenes y al cerebro reptil de la función orgánica? ¿Hacían funcionar las facultades visionarias de la neocorteza? Si uno practica el ritual con intenciones puras y la firme convicción de que, de algún modo, lo transformará, alterará su conciencia, lo curará, ¿no se trata de una especie de placebo?

Miramos una pluma.

Nuestra neocorteza nos permite deducir que proviene de una ave (incluso podemos saber de qué ave se trata), que las personas usan plumas para adornarse y para quitar el polvo... Pero nos dicen que esa pluma tiene un poder especial; que cuando se la pasa debajo de la nariz cantando “do wop do wop, sha na na”, cura el hipo e incluso alguna enfermedad grave. Para quienes creen que es así, la pluma se convierte en un símbolo mágico con propiedades curativas. Se ha transformado en una imagen en la que el cerebro límbico puede creer. La neocorteza comprende, el cerebro límbico cree, el cerebro reptil efectúa el cambio, y relaja el espasmo muscular cuando uno se pasa la pluma debajo de la nariz.

Los que no pueden liberarse de la lógica de la neocorteza, que sólo ven una pluma, estornudarán cuando roce su nariz. Seguirán con hipo, su salud no mejorará.

169

Estudios realizados en hospitales demuestran que un placebo es tan efectivo como la morfina en el 80 por ciento de los pacientes a quienes se les dice que se les suministra un analgésico revolucionario.

El efecto placebo se basa en engañar al cerebro para que crea en una curación eficaz. En lugar de engañar al cerebro como se engaña a un niño, ¿no sería posible aunar sus recursos curativos?

Si nuestro cerebro primitivo, nuestra mente inconsciente, se expresa en los sueños por medio de símbolos, ¿no podemos emplear nuestra neocorteza

para reunir esos símbolos (como lo hacemos con las palabras) para comunicarnos con él?

Si podemos comunicarnos con nuestro cerebro primitivo conscientemente, los cerebros de las funciones orgánicas y las cuatro posibilidades, ¿no podemos reprogramarlos?

Me quité la ropa hasta quedar con el torso desnudo y seguí las instrucciones de Antonio: comencé por el chorro de agua superior, descendí hasta la segunda grada, donde el agua se bifurca formando dos chorros, hasta llegar a la parte inferior, donde vuelven a unirse. Bebí el agua helada y lavé mis siete chakras, haciendo girar las manos en el sentido inverso a la agujas del reloj. Luego las “cargué”, moviéndose en el sentido de la agujas del reloj. Como la vez anterior, me pareció un tanto ridículo. El aire andino era intensamente frío.

Antonio se reunió conmigo al pie del templo.

–Llene su cantimplora. –Me la entregó y la sumergí en el torrente de agua clara–. Algunos dicen que la finalidad del ritual es la de limpiar los escombros psíquicos que están fuertemente adheridos a los chakras; se aflojan así las coordenadas de energía de la persona que usted ha sido, para que pueda reorganizarlas de modo que le sean útiles a la persona en la que se está convirtiendo, o , al menos, la que será hoy.

Se cruzó de brazos y miró el templo.

170

–El agua es un agente de limpieza universal. Juan el Bautista abogó por ella en occidente. –Sonrió ampliamente y se volvió para mirarme–. Pero el ritual que se realiza tímidamente no es un ritual auténtico. Preste mucha atención a todo cuanto hagamos. Tiene que participar del proceso, como lo hizo cuando corrió en el altiplano. Trate de que su visión no se nuble y de que su atención no se distraiga. Debe respetar estos ejercicios y respetarse a usted mismo cuando los realiza.

25 de marzo

A pesar de que somos amigos, Antonio cree que soy presumido. Un excelente psicólogo de veinticuatro años, atiborrado de información, datos, filosofía libresca y académica, con una mochila llena de ropa interior térmica y papel higiénico.

Lo compruebo ahora, cuando me mira y sonrío, y lo veo en sus labios cuando se refiere a mis “estudios sobre chamanismo”.

Cuando pensé que había aprobado los exámenes a que me sometió, que había ganado su respeto, que lo había impresionado con mi seriedad, descubrí esa sonrisa.



Machu Picchu, el pico abuelo. Huayna Picchu, el pico amante. Sus laderas de granito, cubiertas de musgo, se yerguen junto a las aguas blancas de serpenteante río Urubamba. Al llegar a Aguascalientes salimos de la sucia estación ferroviaria y caminamos por la orilla del río.

–Puede cruzar el río aquí –dijo Antonio. Se puso en cuclillas y sacó yuca y alimento de maíz de su morral–. Debe seguir la ruta de Bingham y ascender por la montaña, retomar

171

la senda del primer hombre blanco que entró en Machi Picchu. Allí hay una cueva. – Señaló con el índice hacia un sitio que estaba cerca de la cima; era un punto en el granito blanco–. Llevé su manta térmica, la cantimplora con agua. Es un lugar cómodo, pero de noche hace frío. Permanezca allí y ayune esta noche, mañana, mañana por la noche y al día siguiente. El tercer día, antes de que se ponga el sol, vaya hasta la cima, donde están las ruinas. Recoja leña para hacer fuego. Escójala con cuidado, pero no entre en las ruinas. Me reuniré con usted allí.

–¿Y luego?

–Tenderemos nuestra mesa y convocaremos los fragmentos de su pasado, y hará su trabajo del sur. –Habló con tono práctico.

Suspiró y entrecerró los ojos para contemplar el sol del atardecer. Frente a nosotros, el Urubamba corría rugiendo por el valle. Cerca, junto a la orilla, pequeños remolinos formaban espirales en las que flotaban desechos.

–Eso es lo que debe hacer, amigo mío. Usted es joven, pero ha dejado muchos escombros detrás de usted. Es un montón de cabos sueltos. Su pasado lo ata a la imagen que tiene de sí mismo. Debe introducirse en un fuego que consuma su pasado pero que no lo queme a usted. Borre su historia persona. –Sus dedos se movían con rapidez y amasaban pequeñas esferas de yuca y maíz–. Despréndase de su pasado como la serpiente de desprende de su piel. Esto es lo que hará en Machu Picchu, pero antes debe prepararse de la mejor manera posible. Debe emplear este tiempo para recordad, para convocar sus recuerdos del pasado y pensar en quién ha sido y en quién se ha convertido. Apliqué su propia psicología. Vea a dónde lo conduce. Le resultará difícil, pero es los que debe hacer... como un estudiante. Lo que haga en las ruinas, lo hará como un hombre. –Se inclinó hacia delante y me entregó una porción de pasta de yuca y maíz.

–Sólo se adquiere sabiduría cuando uno ejerce poder sobre el destino y su destino es una víctima cotidiana del pasado. El espíritu no puede crecer cuando los tejidos muertos del

172

pasado se adhieren a él. Para estudiar el chamanismo debe desprenderse de su historia. –Miró el alimento que tenía en la mano y rió.

Sonreí ante su buen humor.

–¿Qué tiene de gracioso?

–Parezco un verdadero místico, ¿no es así?

Tomé la ruta indicada por Antonio; seguí los pasos de Hiram Bingham, el “descubridor” de la ciudad sagrada de los incas, en 1911.

Más tarde.

Engreimiento occidental. Hiram Bingham, el intrépido caballero explorador de la edad dorada de la aventura, cuando los individuos rudos eran armados caballeros por su rudo individualismo. Sombreros de fieltro de alas anchas, botas de cuero que llegaba hasta las rodillas, o polainas, gastadas libretas de apuntes en las que dibujaban con lápiz las construcciones de una raza extinguida, sentados sobre un peñasco lleno de escarabajos o de enredaderas y orquídeas.

Romance, aventura, y la satisfacción de revelar al mundo los tesoros de antiguas culturas que florecieron en tierras lejanas.

Quizás fue así como Bingham se vio a sí mismo. Pero cuando a un hombre “civilizado” le muestran un lugar donde han vivido durante siglos nativos del tercer mundo, lo denominan descubridor. Como si los nativos ocultasen un secreto ante el resto del mundo.

Creo que hay algo de verdad en ello, aunque los diga con cinismo. Si Bingham no hubiese “descubierto” la ciudad perdida en la cima de esta montaña, yo no habría tenido que escalarla con el estomago vacío.

La cueva que Antonio había señalado desde la lejana orilla del Urubamba era poco más que un hueco, una grieta en el escarpado muro de granito. Una estrecha franja de tierra

173

musgosa conducía hasta la entrada y avancé a tientas por ella. El sol, de intenso color naranja, se estaba poniendo, y me deslicé junto a mi sombra por la superficie lisa de la roca, a seiscientos metros de altura sobre el río. En la entrada había sitio para volverse y así lo hice. Contemplé el valle del Urubamba.

Más tarde.

Encerrado en mi agujero me siento abandonado, incómodo. Un poco atemorizado, y sé que puedo llegar a estar muy hambriento. Pero ya he superado todo eso antes. Me he obligado hacerlo, me he negado la comodidad en nombre de la aventura o para alcanzar alguna experiencia especial.

El sol se ha puesto y los últimos rayos del 25 de marzo pintan la parte inferior de las nubes con tonos rosados y anaranjados. Puedo apoyarme contra el muro de piedra y ver este paisaje por la abertura irregular de mi pequeña caverna, enmarcado por los labios de la boca de esta cueva. Me siento como Jonás.

Y el día se desliza hacia la noche.

He armando mi nido. Desempaqué la mochila; toda la mierda que he estado transportando. El equipo de supervivencia, que incluye agua e hilo, anzuelos, tabletas de sal, apósitos, suero antiofídico, manta térmica. Una barra de chocolate.

Almendras.

Lo había olvidado. La he colocado sobre una repisa de granito.

Más tarde

Esto no es fácil. Mi mente está tan llena de recuerdos recientes, y soy demasiado consciente de mi situación y de la intencionalidad de este esfuerzo.

174

Quizás sea eso. Trato de que esta etapa preparatoria se convierta en una importante experiencia de auto revelación. Me esfuerzo demasiado y sé que no debo hacerlo. Pero estoy frustrado. Tanta información. Necesito tiempo para digerir y destilar; pero, en lugar de ello. Me preparo para encontrarme con mi pasado y con el cuádruple camino hacia el conocimiento.

Pensamiento al azar: Aparentemente, aquellos que buscan una aventura espiritual terminan siendo náufragos sociales. Como si se perdieran a sí

mismos en el camino; como si redefinieran su identidad en términos de su “búsqueda”. Sicofantes tontos.

Sicofanáticos. Discípulos, promotores de una convención mística o una tradición espiritual.

Astrología, numerología, judaísmo, catolicismo y todos sus etcéteras, hinduismo y todos los demás ismos. Creencias, paradigmas. ¿Reduccionismo?

¿El método científico? ¿La gloria suprema del pensamiento occidental? ¿A cuántos profesores he visto en actitud genuflexa ante el altar de la hipótesis y la validación clínica?

Y están, además, las figuras veneradas: Jehová, Cristo, Buda, Mahoma, Krishna.

Pero Antonio, profesor de filosofía, compañero afable, chamán. Sumamente adaptado para ser una “persona de conocimiento”. Parece hacerlo todo sin esfuerzo.

Un místico pragmático.

Echo de menos el altiplano.

Fatigado. Ahora trataré de dormir. Por la mañana afrontaré mi situación.

Esa noche soñé, pero los recuerdos de desbandaron atropelladamente, desplazados por el pánico y la desorientación que me produjo despertarme en un lugar extraño. Hice gárgaras con el agua de Tambo Machay, arrollé mi saco de dormir y salí a la plataforma de la montaña.

175

En una mañana andina y al inspirar varias bocanadas de aire fresco me sentí restablecido. El verde valle del Urubamba estaba envuelto en la bruma y el río apenas se veía desde mi ermita, a casi mil metros de altura.

Me senté con las piernas cruzadas, cerré los ojos y traté de alcanzar un estado de éxtasis.

En el prefacio a la obra de Freud *La mente de moralista*, Philip Reiff dice: “El hombre está atado al peso de su propio pasado, e incluso una buena labor terapéutica sólo puede cambiar el peso de lugar”. La tradición psicoterapéutica

occidental demuestra la veracidad de esta observación. Los occidentales hurgan en su pasado y para ello emplean la herramienta de la memoria. Y tenemos la mala costumbre de exhumar nuestro pasado en profundidad y a solas.

Estamos habituados a convocar nuestro pasado para presentarnos ante los demás con las historias que escogemos, los incidentes que elegimos para embellecer nuestra personalidad. Somos iconografías de pinturas impresionistas y abstractas, cuidadosamente enmarcadas. Durante mi breve estancia en una reservación indígena del sudoeste de Estados Unidos, me enteré de que había una tradición según la cual uno cuenta su vida a una piedra; se trata de una experiencia plena de humildad si se la realiza seriamente. Resulta más fácil hablar con un objeto, ya sea un guijarro, una roca o un terapeuta pasivo, que con uno mismo. Quizás el hecho de contar nuestra vida ordena nuestra memoria.

No puedo reproducir la falta de estructura de mi experiencia en la ladera de la montaña: pero puedo destacar los momentos culminantes, ya que ellos constituyen la base consciente de gran parte de los que me ocurrió durante la noche del tercer día y la mañana del cuarto.

Mi abuelo paterno. Era anciano de manos grandes y manchadas, demasiado toscas para un cirujano. Tenía finos cabellos blancos y un suave rostro aguileño surcado de arrugas. Creo que se reía de mi padre. Se graduó en la escuela de medicina de Columbia en 1905 y llegó a ser jefe de cirugía del hospital de la ciudad de Nueva York. En la década de

176

1920 regresó a su Cuba natal y construyó una pequeña clínica en la Habana, pero luego comprobó que la municipalidad no podía brindarle servicios eléctricos. Construyó entonces una planta hidroeléctrica para iluminar su hospital. Era un católico ecléctico y un devoto capitalista.

Mi padre era un abogado y hombre de negocios que practicaba su profesión y tenía una sólida cuenta bancaria. Era un hombre apuesto, de cabellos ondulados y fino bigote, gallardamente aristocrático. Solía almorzar con Batista. Era empeinado, terco y ensimismado. En la década de 1940 presentó una demanda ante el Vaticano

para divorciarse de su primera mujer, obtuvo la custodia de su hijo y se casó con mi madre pocos años después.

Mi nacimiento coincidió con los preparativos de mis padres para pasar sus vacaciones en Europa. Cuando regresaron del “continente”, dicen que mi madre se sorprendió ante el nuevo elemento que se había agregado a la casa. Era una dama muy hermosa, de claros ojos pardos, que adoraba a mi padre.

Fui criado por mi niñera y me agrada pensar que me salvé de las mundanas neurosis relacionadas con los padres, tan comunes entre los psicoterapeutas. Tati era una afroamericana, cubana de tercera generación, descendiente de esclavos. Tendría alrededor de veinticinco años. Nos bañamos juntos, jugábamos juntos, pero era una criada, como nuestro chofer. Ello fue antes de la revolución. La amaba tiernamente y la trataba muy mal.

26 de marzo

La impotencia de mi remordimiento ante mi conducta pasada se ve exagerada aquí por el aislamiento. Es mucho más fácil ayunar cuando uno sabe que el alimento está disponible. Escucho los ruidos que hace mi estómago y me esfuerzo por meditar. Quizás ésta sea una visualización apropiada, ya que descendo a las profundidades de

177

mis tripas para desenterrar recuerdo. Y cuanto más me empeño, mas vacío está mi estómago.

Tati era espiritista. Solía arrojar medicinas en el inodoro. Recuerdo que bajaba furtivamente de mi cuarto para espiar entre los arbustos al viejo Rodolfo, a Tati y a los otros empleados de la casa y a sus amigos, a quienes yo no conocía, que bailaban, girando y cantando a la luz de la luna y de las velas, en el patio junto al mar, cuando mis padres no estaban. Tenía aventuras nocturnas, en las que, armado

con una navaja y una linterna de niño explorador, me deslizaba por la ventana e iba a la orilla del mar en busca de cangrejos.

Cuando tenía diez años oí un cañoneo y mi casa se sacudió a causa de las explosiones. No tenía entonces noción del tiempo; quizás las explosiones duraron semanas o meses. En 1959 las calles de la Habana cambiaron. Una vez vi a una mujer, una vecina a quien no recuerdo haber conocido, que lavaba la sangre que había en la acera con una manguera. Dejé de asistir a la escuela y recuerdo el rostro de mi padre, iluminado por el resplandor amarillento de los papeles que quemaba en el fuego del hogar. Ello ocurrió en la casa de un amigo de la familia, cerca de aeropuerto.

Mis dedos eran más pequeños que los de él y guardaba billetes enrollados de cien dólares dentro de tubos de cigarros; él quitaba las placas de los interruptores de luz y dejaba caer los tubos entre los muros. Recordé que no había estado con nosotros, cuando abandonamos la Habana. El aeropuerto me aturdió.

En Miami pescábamos con mi hermanastro, mi hermana jugaba en la arena y mi padre se reunía con muchas personas; la casa siempre estaba llena de profesionales refugiados y de líderes de la contrarrevolución.

En Puerto Rico pensé que éramos nuevamente una familia, pero mi percepción tardía había retocado las borrosas fotografías de mi memoria. Mi padre se dedicó nuevamente al negocio de la construcción y yo me sentí como un extraño en la escuela secundaria de los jesuitas en San Juan. Pasábamos los veranos en Caribe Hilton. Yo formaba parte del equipo

178

de natación y gané medallas, que aún conservo en un cajón, en mi hogar. Y ayudaba a los topógrafos que trabajaban en las construcciones. Después de todo. Era el hijo del propietario.

Enseñaba buceo a los turistas. Una pareja tenía una hija de ondulados cabellos rubios, con la que hacía el amor incómodamente en un bosque de corales, a seis metros de profundidad.

27 de marzo
Por la mañana

Hoy tendría que resultar más fácil. Podré marcharme de aquí antes del atardecer. El final se acerca.

He pensado mucho en Victoria. Primer amor, primer compromiso. Viajamos por la campiña en su VW color púrpura. La amé tanto como era capaz de amar. Quizás no he amado nunca; sólo he rotulado mis sentimientos con la palabra amor. La definición cambia con el paso de los años.

Ella me enseñó a jugar bridge. Decidido a impresionarla a ella y a sus amigos con mis habilidades intelectuales, me esforcé valientemente durante toda la noche. Ansioso por destacarme, me concentrar tanto que entré en un estado similar al trance. Muchas horas después me fui a la cama y soñé con los naipes, las apuestas, las trampas, los slams, los grand slams. Me desperté exhausto.

Como esta mañana. No recuerdo haberme quedado dormido; sólo recuerdo haberme despertado con los recuerdos de la noche anterior.

Todos los cabos sueltos, todas las relaciones contaminadas, todas las penas y alegrías.

El segundo día fue humillante. Comprobé que ya no podía meditar con el estómago vacío. Me concentré en la barra de chocolate. Ni pensar en hacer ejercicios físicos; después de tres

179

flexiones tuve la sensación de que estaba quemando valiosas calorías.

Todavía recuerdo ese día. Puedo revivirlo en toda su crueldad. Todos experimentamos sensaciones de mortalidad, sentimientos de insignificancia en relación con la Tierra y el cosmos. Puede suceder cuando uno camina por una playa. El perro corre en pos de un madero arrastrado por la corriente. Uno lo contempla y luego la mirada abarca la línea de la costa. El sonido del oleaje penetra en nuestro subconsciente; es un caprichoso *leitmotiv* que nos recuerda el omnipresente ritmo de

la naturaleza. Uno se vuelve hacia el horizonte donde se pone el sol; los problemas personales se tornan triviales y uno suspira y piensa en su propia insignificancia y pequeñez, en la inmoralidad de un grano de arenas, en el universo infinito y eterno. El perro ha regresado mojado y retozón. Deja caer el madero a nuestros pies. Uno sonrío, lo levanta y continúa el juego. Mi experiencia en esa cueva de la montaña fue menos sentimental, menos sensiblera, a causa del hambre despiadada y la intensa soledad.

Medité sobre mis elecciones, sobre la identidad que me había creado, sobre las personas a las que había tocado y sobre cómo las había tocado. Las personas que había usado y cómo las había usado. Cómo me habían usado.

Más tarde

Hoy me siento abandonado, desterrado, como un aquel momento del peyote. Sólo que más aún.

Si muriese mañana ¿qué dejaría detrás de mí? ¿Hay algo valioso? ¿He ayudado a alguien? ¿O son mis actos sólo limosnas, como la propina que di en la estación ferroviaria? ¿Hasta qué punto es auténtico el trabajo que realizo? ¿Hago terapia como si distribuyese apósitos? Quizás sea peor aún. Quizás el hecho de hacer terapia sea una limosna que me doy a mí mismo. ¿O simplemente adquiero importancia?

180

Trato de dormir. Pero no puedo. Aguardo la caída del sol. Cierro los ojos, exhausto a causa del esfuerzo que hago para recordar y tengo la sensación de que las paredes de mi estómago se frotan entre sí. El agua que he bebido reviste mi interior. Percibo cuando baja. Cierro los ojos, pero he comenzado algo que no puedo concluir.

Renté la casa en el bosque con Victoria. Hablo mucho del tema de mi tesis, juego a ser un rebelde sabelotodo. Un romántico bribón con alma de

poeta. Ella lo percibió perfectamente.

Artista embaucador.

Abro los ojos. El sol ha invadido mi cueva. La mitad de mi rostro está bronceada por el sol. Transpiro. Mi cuello está acalambrado. Bebo.

Tengo hambre y soy lo suficientemente estúpido como para creer que sé qué es el hambre. Pero la sal de mis lágrimas me refresca. Soy un consentido y continuo consintiéndome.

El hambre es el mejor maestro. No me sorprende que la psicología occidental sea oral y anal. Estamos sobrealimentados.

En algún momento de ese atardecer me di cuenta de que, a juicio de mis pares, yo era un éxito, un psicólogo *wunderkind* de veinticuatro años, un niño mimado; pero, a juicio de la Tierra, cuyos muros de granito me envolvían, yo era un parásito. Mis intenciones aún no estaban bien definidas; vivía para mí mismo.

Y entonces partí. Empaqué mis cosas y permanecí un rato para contemplar cómo rotaba la Tierra y se alejaba del sol. Todavía debía ascender otros trescientos metros y no sabía qué me aguardaba en el la cumbre, ¿Estaría allí Antonio? ¿Me enfrentaría con los fantasmas de mi pasado?

También me pregunte si me vería frente a los recuerdos de los dos días anteriores y, de ser así, qué me parecerían.



A las ruinas de Machu Picchu les han asignados muchas funciones desde que fueron descubiertas en 1911. Se las ha denominado el último refugio de los incas, la última capital inca, la ciudad perdida de los incas, el escondite secreto de las mujeres elegidas, las Vírgenes del Sol. Salcamayhua, el historiador peruano del siglo XVII, dijo que el primer inca, Manco Capac, ordenó que se realizaran obras en el sitio donde había nacido; consistían, en parte, de un muro de mampostería con tres

ventanas. La presencia de dicha estructura hizo pensar a Bingham que, en lugar de ser la última capital de los incas, Machu Picchu pudo haber sido el lugar donde se erigió la primera. Luego pensó que quizás ambas cosas fueran ciertas; que, en realidad, había descubierto Vilcapampa, la ciudad principal de Manco y sus hijos, el último refugio de los incas cuando llegaron los españoles.

Después de trepar durante media hora llegué a un promontorio redondeado de granito, alrededor del cual había un tramo de una docena de terrazas revestidas de piedra, cada una de las cuales tenía la altura de un hombre. Me quedaba menos de media hora antes de que el sol se pusiera sobre la cordillera, a la derecha de Huayna Picchu, y caminé sobre una de las terrazas más anchas. Aquí y allá veía muros de casas derruidas, atisbos de la exquisita construcción de granito de la Ciudad Sagrada, había una gran plataforma saliente; debajo de ella una cueva revestida con piedras perfectamente encajadas entre sí; por encima y por detrás, el Templo del Sol que seguía la cueva natural y por detrás, el Templo del sol que seguía la cuerva natural de la roca, adaptada a ella por eximios picapedreros. Proseguí por la ladera de la montaña. Sabía que estaba rodeando el perímetro de la ciudad, debajo de las ruinas. La altura y mi expectativa conspiraron para que mi respiración se hiciese más entrecortada y dificultosa. Más adelante, hacia la derecha, se erguía un montículo cubierto de hierba. Los rayos del sol del atardecer rozaban su cima: vi una pequeña estructura, un objeto irregular; Antonio me aguardaba en el crepúsculo. Comprobé que había olvidado

182

recoger la leña; había olvidado las instrucciones. Un largo tramo de escalones llevaba a la base de la colina, sosteniendo un muro roto, cubierto de musgo. Ascendí, deteniéndome para recoger una ramita aquí, una pequeña rama de mezquite allá.

Pasé junto al puerta del sol sin volverme para mirarla y, volviéndole la espalda, marché jadeando cuesta arriba. A medio camino me detuve para recoger una astilla de madera que vi entre la maleza. Me volví y contemplé, extasiado, el espectáculo que se desplegaba ante mi vista. Cascos semiexcavados y cubiertos de

hierba de edificios, sillares de granito, templos, muros de piedra sin argamasa, plazas y patios, todos de granito en tonos manchados de blanco y gris, musgo verde y líquen color pastel. Cien terrazas. Más allá de las ruinas, por encima de ellas y hacia el norte, el pináculo de Huayna Picchu. Debajo del lugar en que yo estaba, hacia el oeste, el Templo del Sol y un acantilado que caía hacia el Urubamba.

Al este, un pequeño templo en ruinas con tres grandes ventanas que miraban hacia el oriente. La bruma ascendía del valle en dirección al oeste, de donde yo veía. Se elevaba verticalmente, se inclinaba levemente hacia el este, y giraba sobre sí misma como para cubrir la ciudad o como una mano que buscase de dónde asirse.

En la cima de la colina, frente a una choza con tejado de paja, estaba la Piedra de la Muerte como una canoa abandonada, un arca en miniatura, alta y seca sobre la cumbre del Ararat.

Antonio me dio la bienvenida con una gran sonrisa. Mi penosa experiencia sin duda había dejado huellas.

–Tiene usted muy mal aspecto –dijo.

–Gracias, profesor.

–Y va a necesitar más leña.

Me quite la mochila y me dispuse a cumplir sus órdenes, ¿Dónde habría estado Antonio durante los últimos tres días? En dos ocasiones me detuve para contemplar el escenario de mi aventura, una ciudadela fosilizada, un nido de águilas de la cultura precolombina envuelta en brumas, como las ruinas de una leyenda del rey Arturo. Recordé

183

las instrucciones de Antonio respecto de escoger trozos de madera en lugar de astillas, de modo que tardé más de media hora para reunir dos brazadas. En la cima del montículo, Antonio me entregó un trozo de hilo con el que até el fardo y lo dejé a un lado.

–¿Cuándo podremos entrar en las ruinas?

–Usted no podrá.

–¿No podré?

–Puede hacerlo cuando lo desee en calidad de turista, aunque es una

profanación propia de la ignorancia. –Volvió la espalda a la Piedra de la Muerte y miró las ruinas, allá abajo–. Pero no podrá entrar en la ciudad hasta que haya completado su trabajo del sur y del oeste, hasta que haya aprendido a vivir como un guerrero espiritual, hasta que se haya libertado de su pasado y enfrentado a la muerte, hasta que se haya desprendido de su cuerpo físico, tal como lo hacemos cuando morimos.

–Entonces, ¿por qué estamos aquí?

–Para que comience su trabajo del sur, pero lo hará fuera de los límites de la ciudad. Hay una caverna debajo del Templo del Cóndor. –Señaló hacia la derecha hacia el borde de las ruinas.

–Para emprender plenamente su trabajo del sur, debe liberarse del temor. El temor está en el reino del oeste, cuando usted se enfrenta con la muerte. Pero no puede exorcizar a la muerte hasta haber completado su trabajo del sur. Es algo así como un círculo vicioso...

–Una trampa.

–Hará su trabajo del oeste más adelante. Esta noche sólo podemos escribir muerte en la agenda, hacer cuanto podamos para prepararlo para el ritual. La Piedra de la Muerte tiene la forma de una canoa, con la proa hacia el oeste. Aquí es donde el espíritu del iniciado abandona el cuerpo y viaja hacia el oeste, hacia la región del silencio y la muerte. Las leyendas dicen que regresa del este, donde nace el sol y una nueva vida.

–¿Las leyendas?

–Sí. Acuéstese sobre la piedra, con el rostro frente a la proa. Tómese unos minutos para tranquilizarse.

Me acosté sobre la fría losa de granito y me esforcé para que mi corazón latiera a un ritmo meditativo. El me dejó a solas y cerré los ojos. La temperatura había descendido y era agradablemente fresca; había olvidado el vacío de mi estómago. La quietud era total; el silencio sólo era interrumpido por el crujido de la hierba seca. ¿Qué hacía Antonio? Cuando mi respiración se hizo regular oí su silbido; débil, casi inaudible. Percibí que estaba a mi lado y escuché su canto, un

ritmo polisilábico que resonaba como el zumbido de un diapasón. La temperatura bajaba y un leve movimiento del aire sobre mi frente me provocó escalofríos. Sería otra fría noche andina. Miré entre mis pestañas mientras él pasaba sus manos cerca de mi frente, mi garganta y mi esternón. Liberaba mis chakras; los hacía girar en la dirección contraria de las agujas del reloj; los cargaba; los hacía girar en la dirección de las agujas del reloj; les cantaba. Hice un inventario de mis sensaciones y sólo experimenté una relativa tranquilidad, cierto alivio de mi ansiedad y mi expectación y preocupación por la ausencia de una sensación específica.

No experimenté nada. El cántico concluyó con un “¡hoy!” contundente. Volvió a silbar quedamente y el sonido se desvaneció en el aire.

–Ahora puede ponerse de pie.

Abrí los ojos y, aunque sólo habían transcurrido cinco minutos, ya era de noche. Las estrellas brillaban entre los cirrus que flotaban a baja altura y las ruinas resplandecían a la luz de la luna. Antonio estaba en cuclillas frente a su mesa, a poco más de un metro de distancia.

–Siéntese aquí.

Me senté con las piernas cruzadas frente a él.

Me alcanzó la vasija de madera. Esta vez contenía más San Pedro.

–Esta noche trabajará con la serpiente. Convoque el espíritu del sur para que venga aquí y salude hacia las cuatro direcciones. Usted sabe qué debe hacer.

Me puse de pie y elevé la copa hacia el sur, tratando de recordar la fórmula.

–Convoco al espíritu del sur, la serpiente Satchamama. Ven a mí; ayúdame a

185

desprenderme de mi pasado. –Había sonado mejor cuando lo dijo él–. Hey.

–Hey –gritó él–. Poder, mi amigo. Firmeza. No necesita dirigirse al viento. No necesita decir nada. Piénselo. Convoque al poder y salude a los Cuatro Vientos como si orase.

Eso fue más sencillo. Hice cuanto pude, dije una plegaria en silencio hacia los cuatro puntos cardinales, visualicé los animales que los representaban, el jaguar, el dragón, el águila. Luego saludé a la madre Tierra y al Gran Espíritu, bebí la mitad

del contenido de la vasija, volví a mi sitio y la ofrecí nuevamente a Antonio.

–Todo –dijo. Como Ramón.

Eché la cabeza hacia atrás y vacié la copa y luego la puse sobre la tela. Cerré los ojos y respiré lentamente, rítmicamente, tratando de orientarme hacia un centro.

Abrí los ojos y él tenía la mirada fija en un punto que estaba entre los dos; no miraba mi rostro, aunque parecía hacerlo. Los espacios que están entre las cosas.

¿Qué veía?

Luego me miró con ojos escrutadores.

–Ha eludido el poder durante todos estos años –dijo–. No me refiero al halago ni al reconocimiento (trafica con ellos regularmente), sino al poder frente a la naturaleza. Antes de vincularse con el poder tiene que desprenderse de su pasado. Pero, antes de liberarse del pasado que recuperarlo.

–Me entregó la pequeña botella de aceite aromático y luego desenterró el cayado de hueso tallado que había clavado en el suelo.

–La espada de fuego, de luz –dijo y me la entregó–. Sosténgala en sus manos y convoque su poder. Desde el este, el sitio de la visión y el sol naciente. Rocié aceite aromático sobre ella.

Llené mi boca con el líquido. Era fuerte, picante, pero lo retuve en la boca, levanté el cayado y soplé el líquido sobre él y sobre mis manos.

–Llévelo con usted. Sosténgalo con la mano izquierda. Si percibe un peligro, tómelo firmemente con la derecha. Le servirá para cortar sus vínculos con el pasado.

186

Tomó el fardo de leña, me tomó del brazo y me condujo montaña abajo. La expectativa hacía latir mi corazón con fuerza. El San Pedro no me había hecho efecto.

–¿Cuándo concluya podré entrar en las ruinas? –pregunté.

–No concluirá –dijo él.

–¿A dónde irá usted?

–Debo hacer mi propio trabajo.

La entrada de la cueva estaba oculta por un pliegue de granito de la ladera de la colina, debajo del Templo del Cóndor. En el suelo, frente a la entrada, había un

pequeño fardo de leña y hierba seca.

–La caverna tiene forma de L –dijo él–. Vaya hasta el ángulo y encienda un fuego con esta madera. No un fuego de hombre blanco; no queme toda la madera a un tiempo. Encienda cuatro leños por vez. Coloque sus recuerdos en el fuego, uno por uno. No ponga una rama o un leño entre las llamas a menos que con él vaya un recuerdo.

–Así lo haré.

–Colóquese frente al muro. Concéntrese en el fuego –dijo–. No permita que se apague. No deje de mirarlo. Si se distrae puede perderse. Convoque la visión del águila. La canción de este, *hoy, hoy, charaguay, charaguay, hoy*. –Puso su mano sobre mi hombro–. Le veré en la mañana.



Hallé el ápice de la caverna después de encender seis o siete fósforos. Debe haber habido dos entradas, ya que el lugar estaba ventilado por una corriente de aire. Clavé el cayado en el suelo de tierra y armé el fuego como él lo había hecho: formé un cuadrado con cuatro grupos de cuatro leños y la hierba seca en el centro. Cuando encendí la pequeña pira ya casi no me quedaban fósforos. La hierba crepitó, la leña ardió y la luz iluminó los muros de granito. Recuerdo haberme preguntado si las llamas no eran más nítidas de lo que suelen

187

ser en general. ¿O era mi visión la que había cambiado? ¿Sería el efecto del San Pedro? No recuerdo haber visto nada con tanta claridad.

Alimenté el fuego con la madera que me había dado Antonio hasta estar seguro de que no se apagaría. Me senté y, mientras miraba el fuego, las llamas cambiaron, cambió mi percepción. Mi mirada se concentraba de otra manera y, lo que había sido nítido, se tornó luminoso, resplandeciente, como si lo viera a través de una gasa. Levanté el cayado y miré su contorno. Podía ver todos los detalles, cada una de las grietas e imperfecciones de la superficie de marfil, pero el fuego brillaba

trémulamente.

Cerré los ojos e inspiré profundamente, imitando el estilo de Antonio. La luz del fuego golpeaba mis párpados y la sensación me produjo vértigo. Luego la luz comenzó a parpadear y danzar detrás de mis párpados, tal como lo había hecho en el altiplano, pero había un sonido, un sonido asociado con las pequeñas partículas de luz. Los colores eran luminosos, de tonos pasteles y brillaban como ascuas.

Abrí los ojos. El fuego era radiante y su calor me reconfortó. Miré la pila de leños que había recogido. ¿Cuál debía escoger? Un trozo de mezquite llamó mi atención. Era suave como la madera que el agua arroja a la playa, como un pequeño pájaro de alas plegadas, aerodinámico. Dejé el cayado, levanté el trozo de madera y lo coloqué en el centro del fuego. Aplastó una rama carbonizada y sus bordes se oscurecieron. Desvié la mirada; buscaba una imagen, sin saber qué esperar. Había algo, un movimiento en mi visión periférica. Me volví levemente para verlo y sentí que aumentaba mi adrenalina. Pero la luz del fuego dibujó figuras sobre los muros de la cueva, y me despistó. Exhalé y percibí que había estado conteniendo el aliento. Mi cuerpo estaba tenso, mi espalda y mis hombros rígidos a causa de la expectativa. Me esforzaba demasiado.

Respira.

Cerré nuevamente los ojos para estudiar mi situación y preguntarme cuáles serían los efectos del San Pedro. Las luces aún estaban allí, pero eran más grandes, más luminosas y

188

pasaban junto a mí con un sonido semejante al del viento entre los árboles y con la regularidad del oleaje del mar. Una esfera luminosa se detiene frente a mí. Luego otra. Levanto la mano y hago a un lado el mosquitero de mi pequeña cama; me deslizo sobre la sábana fría para que esa presencia pueda estar junto a mí. Se mueve, suspendida en el aire y tengo la sensación de que sonrío.

No recuerdo haber abierto los ojos. Lo único que sé es que por un instante fui un niño muy pequeño, acostado en una cama, y de pronto regresé a la cueva, debajo

de Machu Picchu, y estaba frente al fuego. Miré mi reloj: ¿las ocho y cuatro minutos? El trozo de mezquite con forma de ave se había chamuscado, ahora era negro y gris; resplandecía. ¿Me había quedado dormido? La imagen de un sueño; el recuerdo de un sueño. Experiencia de un recuerdo, de una sueño. Un secreto de niño. De pronto pensé en Tati. Su imagen irrumpió en mis pensamientos y tomé otra rama de mezquite que todavía tenía algunas hojas en su extremo. Me incliné hacia adelante y la puse en el fuego.

Tuve un escalofrío, me estremecí convulsivamente y el exceso de adrenalina me provocó náuseas. El temor me invadió y desvié la mirada para escudriñar en la oscuridad. El cayado de luz. ¿En qué mano debía sostenerlos? Un bolo subió a mi garganta. Imposible. No he comido desde hacer tres... vomité, tosí espasmódicamente y una bocanada de aire fresco levantó chispas y cenizas del fuego. Humo, un acre olor a incienso, lámparas votivas de cera de abejas, cigarros cubanos baratos. Tati tiene el torso desnudo y su piel transpirada brilla a la luz de las velas, mientras se mece rítmicamente hacia adelante y hacia atrás sobre un cuenco de hojas ardientes. Hace algo con la boca, pero está de espaldas a mí.

–Niño, ven aquí. –Su voz baja y gutural, como la de Rodolfo, el jardinero.

–¿Tati?

Ella se vuelve y contengo el aliento. Su rostro es una mueca; sus ojos están en blanco y sus párpados caídos. De sus labios cuelga un cigarro.

189

–Ven acá. –El cigarro se mueve–. Quédate aquí.

Tengo cuatro años. Ella es mi niñera. Obedezco y permanezco de pie frente al cuenco de hojas que se queman. Ella se quita el cigarro de la boca, lo da vuelta e introduce el extremo encendido entres sus labios; inhala, llena sus pulmones de humo y luego lo exhala sobre mi rostro y me purifica.

–Eres un niño bueno, un niño bueno y fuerte. Te visitaré en tus sueños.

–¿Tati?

–No.

Extiendo la mano y toco su piel mojada de color caoba.

–Quiero leche, Tati. Ve por ella. Ahora.

La hoja de mezquite crepitó, siseó y se ampolló sobre los rescoldos. Me toqué el rostro y traté de serenarme. Mojado. Mi rostro estaba mojado. Tenía una barba de tres días. Una lágrima se detuvo en la comisura de mis labios y la probé con la punta de la lengua. Un sollozo sacudió mi pecho y comprobé que estaba llorando. Esto no es un sueño. No es un sueño. Es algo claramente visual. Directamente a los centros de percepción... límbicos. Alucinación. No. No es un estado alucinógeno, excéntrico y extravagante. Permanece así.

La rama se quebró; su centro cayó entre las brasas.

Enfoca.

La rama siguiente era más pesada de lo que debía ser. ¿O era que estaba más débil? Tonterías. Pero era una rama pequeña. La coloqué en el centro del fuego. Llamas redondeadas y azules quedaron suspendidas encima y alrededor de los rescoldos. ¿Era suficiente la llama para quemar esa madera? ¿Cómo pude dejar que el fuego disminuyera tanto? Y... ¿qué tengo en la palma de la mano? Hago girar la mano y miro azorado la concha marina cónica, de rayas blancas y castañas, que está en el centro de mi pequeña mano de niño. Granos húmedos de arena se adhieren a mi piel, en los delicados pliegues de mi mano. La concha se mueve y me hace cosquillas. Una pata peluda y puntiaguda como un dedo pequeñito sale por debajo de la concha. Tomo con fuerza mi muñeca para que mi mano no se mueva. No debo asustarla. La concha se mueve y aparece el diminuto cangrejo.

190

Patas pequeñas y garras delicadas. Se desliza de costado sobre mi mano abierta y luego cae sobre la arena, al borde del agua.

Miré mis manos. La derecha estaba cerrada, cubierta por la izquierda, y cerca de mi estómago. Abrí los dedos y los acerqué a mi rostro. Estaba húmedo a causa del sudor. No había arena; sólo la palma de mi mano adulta.

Levanté la mirada. Los muros de la cueva parecían diferentes; se acercaban a mí. Yo era el centro de un cascarón de granito. El temor ascendió desde mi estómago

hasta mi pecho, mi corazón, mi garganta. La luz del fuego parecía palpar; su color amarillo se tornó naranja y la oscuridad amenazaba con apagarlo. No podía permitirlo, pero el único combustible que tenía era el que yo había recogido. No había una elección, sino una pila de elecciones.

Sin quitar los ojos de los rescoldos tomé un trozo de mezquite y una pequeña ramita de brezo y los puse en el fuego; luego recordé la recomendación de Antonio: uno por vez. Mi padre. Su desesperación ante la pérdida de su fortuna, sus tierras, su lugar, su mundo. Se toma la cabeza entre las manos y llora y trato de tocarlo por encima de las llamas. Es víctima de un personaje que lo ha perdido todo; ha sido despojado de todo, pero él se aferra a ello: es algo que domina su identidad. Está allí, frente a mí; sólo nos separa el fuego que me consume.

Abrazo el cayado contra mi cuerpo, me balanceo de adelante hacia atrás, abrumado por el peso de su orgullo y mi desesperado deseo de complacerlo, de hacer cuanto él hace, de adaptarme a sus valores, sus pautas, su engreimiento. Trataré de que nunca deba renunciar a su orgullo y de liberarme de la competencia. Seco una lágrima que corre por mi mentón. Me liberaré de su ejemplo y me alejaré de su desdén, pero mi abuelita menea la cabeza.

—Cuida de él, Bombi. —Mi nombre de niño—. No lo abandones.

A partir de ese instante ya no pude detenerme. Alimenté el fuego con los leños de mi pasado, y el humo se elevó y giró en espiral, haciendo cabriolas, en un barboteo de recuerdos y emociones.

191

De todas mis experiencias en el campo de la curación y la conciencia, las doce horas que pasé debajo del Templo del Cóndor fueron quizás las más intensas. Desde entonces he llevado su recuerdo en mi corazón.

Algún día también me desprenderé de él. Me enfrentaré a esas doce horas y mi liberaré de ellas arrojándolas a las llamas de otro fuego. Pero, por ahora, puedo verme, quieto, de piernas cruzadas frente a las cenizas ardientes, riendo, llorando, profundamente inmerso en una catarsis autoinducida. Introduciéndome en el fuego, célula por célula, cabello por cabello, dedo por dedo, miembro por miembro. Amigos y conocidos, pacientes, los rostros de los indios huicholes y conocidos,

pacientes, los rostros de los indios huicholes que miran azorados el mapamundi dibujando en la arena. Hubo momentos en qué pensé que había concluido, en que el fuego disminuía; entonces invocaba al canto de Antonio y la visión del águila, y soplaba sobre los rescoldos. El humo se elevaba y saltaban las chispas y luego arrojaba otra ramita o rama o leño entre las llamas. Una corriente de aire se llevaba el humo, pero las imágenes persistían; su presencia me rodeaba, me penetraba.

Y hubo sentimientos que no puede identificar, una mujer a la que no conozco, un rostro familiar pero desconocido para mí, imágenes que no eran mías, que no estaban relacionadas con la persona que yo había sido y, junto con ellas, la necesidad imperiosa de arrojar el fuego la madera restante.

Por la mañana, en algún momento, el fuego de apagó. La penosa experiencia llegó a su fin y los muros de la cueva fueron nuevamente los muros de la cueva.

Salí de la caverna; llevaba en la mano el cayado de marfil. Antonio estaba sentado en una roca, su silueta recortada contra el brillante sol de la mañana. Recuerdo que apoyó su mano sobre mi hombro.

–¿La leña fue suficiente? –preguntó.

–Sí. Ha sobrado un poco.

–Siempre será así –dijo.

Juntos trepamos hasta el Templo del Cóndor, junto al borde de las ruinas. Había llegado un autobús lleno de turistas y los miramos descender desde la Piedra de la Muerte

192

hasta la Ciudad Perdida de los Incas. Luego Antonio me condujo por un camino que alejaba de las ruinas.

–Regresará aquí muchas veces –dijo–. La próxima vez entrará en la ciudad y las piedras talladas por las manos de los ancestros le hablarán.

Estaba demasiado fatigado para preguntarme qué querían decir sus palabras.

28 de marzo

Quizás haya dos clases de recuerdos. Los que llevamos con nosotros y que traemos a la memoria conscientemente, como los que recordé durante mi ayuno. Recuerdos subjetivos. Sonidos, imágenes, sensaciones, detalles triviales que se tornan más vívidos cuando les otorgamos importancia para obtener percepciones tardías. Son los recuerdos retrospectivos. En estado hipnótico, o un adulto puede recordar el color de su cuna. Recuerdos objetivos.

Como los que tuve y contra los que luché.

Tenían vida propia. Como un sueño que no está sujeto al control de la conciencia, se agolpan desordenadamente. Independientes de mí. No son retrospectivos sino retráctiles.

Pero no estoy en condiciones de escribir acerca de esto.

Estamos en un pequeño albergue de Aguascalientes. Aquí, al pie de Machu Picchu, hay manantiales de agua caliente.

Recuerdo que, en una ocasión. Albert Einstein definió la ciencia como el intento de lograr que la diversidad caótica de nuestra experiencia sensorial se corresponda con su sistema de pensamiento lógicamente uniforme. ¿Cómo hago para abordar cuanto me ha sucedido de una manera científica?

Dentro de dos días parto hacia California.

La estilográfica me pesa y mi escritura se vuelve descuidada, pero se me ocurre

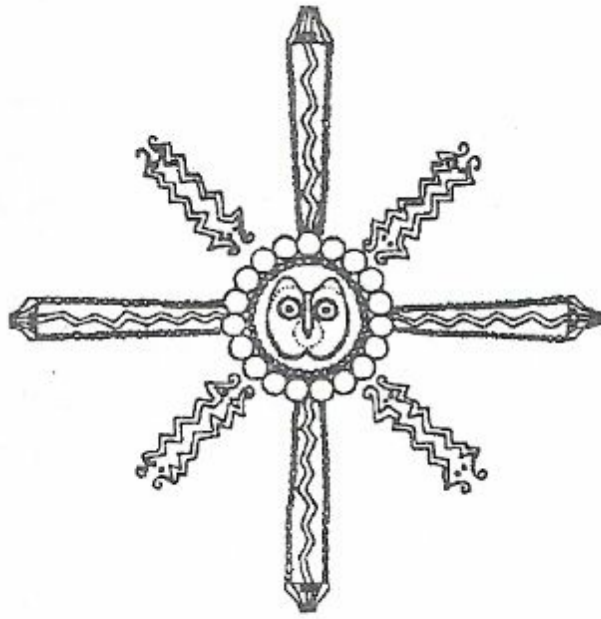
193

que, así como cambia la naturaleza de nuestras experiencias sensoriales, también cambia nuestra ciencia, nuestra definición de nuestro sistema de pensamiento, nuestra manera de pensar.

Pensaré en ello por la mañana.

194

Oeste



11

*¿No puedes ayudar a una mente enferma a quitar
de la memoria una pena profunda, arrancar los problemas
escritos en el cerebro y con un dulce antídoto de olvido
limpiar el capullo lleno de esa materia peligrosa que pesa
sobre el corazón?*

William Shakespeare

El aeropuerto de Cuzco estaba atascado. El cielo se había oscurecido y las

nubes se cernían sobre la ciudad. En el último avión había partido dos horas antes y los vuelos se acumulaban para la mañana siguiente. Alguien me aseguró, con una sonrisa latina y un gesto afirmativo, que estaba “previsto” que la niebla se disipara.

Cuando regresé a Cuzco un mensaje para mí en el hotel. Aunque ya no estaba registrado allí, un puñado de soles despistado en la mano del recepcionista me había asegurado una dirección y un teléfono para una emergencia. Incluso había una carta de Brian. El mensaje telefónico era de mi padre. Mi abuela paterna había sufrido un ataque de apoplejía. Sugería que regresara a California vía Miami.

Había reservado un vuelo, Antonio y yo habíamos cenado juntos y, al día siguiente, él me había acompañado al aeropuerto.

Meneé la cabeza, me colgué la mochila sobre el hombro.

–No se puede “prever” la niebla –dije.

El miró su reloj. Estaba tal como lo había visto el primer día; era el profesor Antonio Morales Baca. Terno deformado, camisa blanca deshilachada, corbata oscura, cabellos peinados hacia atrás, bolsillos llenos de cosas. Impecable desprolijidad. Su tez estaba a un poco más oscura a causa del sol del altiplano y sus movimientos eran ágiles; su rejuvenecimiento se veía en los ángulos de sus ojos y en su sonrisa.

197

–El cielo se despejará –dijo–. Media hora.

Lo miré a los ojos y sonreí.

–Usted lo cree.

–Naturalmente.

–¿Cómo lo sabe?

Sonrió.

–Porque soy indígena.

Reí.

–Casi lo había olvidado. Los indígenas lo saben todo.

–Todo menos cómo vivir en un mundo de objetos físicos y ángulo rectos y sin Dios. –Puso su mano sobre mi hombro–. Debo marcharme. Tengo clase a la una.

–Gracias-dije.

–Gracias a usted, amigo mío. Somos buenos compañeros de viaje.

Abrí la boca, pero no tuve palabras.

–Ha probado usted el conocimiento –dijo–. Pronto tendrá una experiencia de poder. Pero no la aguarde.

–Adiós –dije.

Le tendí la mano, pero él la miró y meneó la cabeza.

–Se dice que los chamanes se despiden una sola vez.

Mantuve la mano extendida.

–¿Quién dice tal cosa? –pregunté.

–Nosotros –respondió–. Usted y yo. Para nosotros siempre será “hasta pronto”. Hasta que volvamos a reunirnos.

Y estrechó mi mano.

Media hora después la niebla se levantó. El cielo se abrió sobre el aeropuerto y una joven que llevaba el uniforme de Aero Perú anunció la partida del vuelo de Cuzco a Lima.



Pasé un día en Miami. Mi padre me miró de arriba a abajo con ojos cansados. Frunció el

198

ceño al ver mis cabellos, que no había cortado desde que partí de California, mis bigotes, mis ropas arrugadas.

–Deberías visitar a tu abuela –dijo.

–Para eso he venido, papi –dije.

Me afeité y Soledad, que era la criada de mis padres desde hacía cuarenta años, me dio una de las camisas planchadas y almidonadas de mi padre. Invité a mi abuela a almorzar.

El ataque había sido leve, un accidente cerebrovascular. Su fragilidad era consecuencia de su edad avanzada. Me tomó del brazo y la llevé a un restaurante luminoso, junto al mar.

Hablamos de esto y aquello. Estaba entusiasmada o quizás era sensible a mi

entusiasmo. Dijo que yo tenía buen aspecto y que le agradaban mis cabellos largos. Parpadeaba mucho y le pregunté si le ocurrirá algo.

–Está tan oscuro. Deberían encender las luces.

Le quité las gruesas gafas, las limpié con una servilleta de hilo y volví a colocárselas.

–Así está, mejor –dijo, y rió sin avergonzarse. Siempre nos habíamos reído juntos de esa manera. Apoyó su mano sobre la mía y permanecimos así, en una mesa para dos, tomados de la mano, como amantes. Esta mujer que me había criado, que se había presentado ante mí en el fuego de Machu Picchu, de espíritu fuerte, pero de cuerpo desgastado por el paso del tiempo. Nunca volveríamos a estar así. Lo supe entonces y ahora lo recuerdo con una sonrisa.



Regresé a California. Cuando partí era invierno y regresé el primer día de la primavera. Comencé a recopilar las notas para mi tesis, retomé mi trabajo en la clínica de salud mental. obtuve un subsidio de la Oficina de Desarrollo Infantil para llevar a cabo programas de salud mental para el sistema escolar Head Start, instalé un pequeño

consultorio privado y me enamoré de Stephanie.

El capricho de Brian no había dando resultado. Yo tenía un pasaje de ida, un largo viaje a un sitio en el que nunca había estado y al que regresaría una y otra vez. Sí, la experiencia humana depende de pares opuesto, yin y yang; la oscuridad y la luz se aferran mutuamente; la oscuridad realza la luz y la luz define la oscuridad, y los centros del placer y el dolor están juntos en el cerebro humano, y rara vez se puede experimentar uno de ellos sin estimular al otro. Amaba a Stephanie y compartimos la angustia y el éxtasis de estar juntos y de separarnos.

Tal como lo había sospechado, tenía mucha personalidad: era una romántica empedernida y una feminista sensible. Cuando nos enamoramos aún se estaba

recuperando de una separación traumática; una relación que había durado dos años con un estudiante de odontología llamado Edward. Esa primavera fuimos muy dichosos. En el verano nos decidimos por la monogamia.

En esa época mi trabajo era muy diversificado. Comencé a reunir las notas de mi tesis para escribir un libro, *Reinos de curación*, que escribí con Stanley Krippner. En la clínica trataba casos de psicosis grave: trastornos múltiples de la personalidad, esquizofrenia (enfermedad mal definida), crisis sociopáticas e intentos de suicidio. En mi consultorio privado trataba pacientes enfermos de depresión, inseguridad sexual, malos tratos y traumas. Y en la escuela Head Start conocí los niveles y criterios de normalidad que se imponen a los jóvenes. Observé a estudiantes desvalidos, a niños de distintas culturas, que debían adaptarse a nuestra cultura y a un sistema educacional diferente. Los niños adoptaban nuestras costumbres para integrarse; acataban el programa para que el programa les fuese útil. Debió haber sido a la inversa. Era un sistema de evaluación y enseñanza basado en preguntas y respuestas, que no tomaba en cuenta el potencial cultural y personal de cada niño, y que estaba formando niños mentalmente retardados.

Muy pronto adquirí la reputación de un excéntrico extravagante por mi trabajo en la

200

clínica y de un exaltado arrogante por mis teorías sobre educación.

Curiosamente, y aunque tenía plena conciencia de los efectos de mi trabajo con Antonio, no hablaba mucho de ello. Durante esos primeros meses pensé mucho en él, e incluso decidí hallar un sitio en las montañas de Sonoma; un refugio natural, una catarata, a donde pudiese llegar a pie en una hora, para ir allí los fines de semana a fin de meditar y ejercitar mi clarividencia. Pero mi trabajo del sur quedó confinado, en su mayor parte, a mi conciencia y a las páginas de mi diario.

1 de junio, 1974

Acabo de regresar de la clínica. Una copa de vino y... pensé en abrirte y

llenar un página. Hace demasiado tiempo que no lo hago. Esta noche regresó Gloria. Un Jueves Santo. Primero fue el Miércoles de Ceniza, luego un Viernes Santo. La salvaron nuevamente y mañana por la mañana será mi turno. Otra vez al tablero de dibujo.

Todavía me siento equilibrado, potente. ¿Será el efector de mi trabajo en Machu Picchu? Ritual doloroso, física y espiritualmente penoso; una noche en un estado de conciencia en que afronté mi historia personal de una manera directa, visual, catártica. No en forma analítica... ¿neocortical?

Nuevamente trato de localizar el material de que están hechos los sueños. Lo ubico en el cerebro límbico. Ese es el problema. No hay líneas rectas, teorías adecuadas, casilleros. ¿Dónde ubicar mi experiencia? Sé que realicé en una noche el trabajo equivalente a una terapia intensiva de doce a veinticuatro meses de duración. Si accedí a mi inconsciente, ¿necesito explicar el proceso? Si deseo que alguien lo comprenda, sí. Si la credibilidad es importante para mí... ¿A quién estoy engañado? Desde la edad de la razón la ciencia ha determinado la naturaleza de nuestra realidad,

201

y no se puede aplicar el método científico a la conciencia ni ser objetivo respecto de aquello que es la esencia misma de la experiencia subjetiva. Debo conformarme con tener experiencias, servir las, recoger datos.

Esto suena amargo y cínico. ¿Por qué?

Stephanie no ha llamado.

Gloria ha vuelto.

Gloria Pierce era casi una monja; una novicia de un convento cercano a Napa. Estaba de licencia. Tenía veintitrés años y era una María Magdalena contemporánea: sensualidad teñida de piedad. Había tomado el hábito de las novicias el 1 de enero, después de veintitrés años de preparación. Cristo había aparecido ante su madre durante los tres días del trabajo de parto; la devoción de Gloria era predestinada,

prenatal.

Los votos de una monja son sus votos matrimoniales, su matrimonio ritual con Cristo. Esta joven se había comprometido con El en el momento de nacer. Había sido un matrimonio concertado. Su devoción era auténtica y apasionada y la pasión fue su demonio. La sexualidad había tomado a Gloria por sorpresa; fue demasiado para ella. El deseo la desesperaba. En su mente, era una virgen que vivía en pecado. El Miércoles de Ceniza se había cortado las venas.

La habían cosido en el hospital del condado y luego la enviaron a la clínica de salud mental para que uno de mis colegas hiciera del diagnóstico y la atendiera. Luego volvió a hacerlo; fue un Viernes Santo. Yo estaba de guardia.

Me esmeré especialmente para “abordarla”. Usamos el hospital como entorno terapéutico: la sala se guardia, la sala de terapia intensiva, el pabellón de maternidad. Trauma, muerte, nacimiento. Hacíamos largas caminatas por los bosques de Sonoma y ella comenzó a abrirse, a compartir la angustia que le provocaban sus sentimientos de lujuria y su amor por Cristo, la agonía de sus orgasmos autoprovocados.

202

Pronto su historia comenzó a adquirir consistencia y dejamos atrás la emergencia para internarnos en su pasado. Sus cicatrices se estaban curando; una era del color de la carne de ostra (Miércoles de Ceniza), la otra era rosada. Las sesiones diarias fueron reemplazadas por sesiones semanales. Pero entonces dejó de asistir a una, luego a otra. No respondió a mi llamado del día anterior. No pudo hacerlo. Se había envenenado.

Ahora las cicatrices eran internas: la garganta, el estómago, las mucosas.

Nunca olvidaré el momento en que entré en su cuarto. No levantó la mirada; tenía los ojos fijos en el muero y se aferraba a una almohada, como a una criatura o a un amante. El temor que había en sus ojos era contagioso y algo se conmovió e mi interior. Le dije que si deseaba morir podía usar mi cuchillo suizo, pero que tendría que cortar hacia abajo, no transversalmente. Tendría que hacer la señal de la cruz

con los tajos que tenía en la muñeca.

Saqué el cuchillo de mi bolsillo. Las sábanas y el suelo se llenaron de monedas.

–Tome –dije, y arrojé el pequeño cuchillo rojo sobre la sábana–. Hágalo bien. Me lo arrojó.

Me senté en la cama y la sostuve entre mis brazos hasta que sus lágrimas se convirtieron en risas y comprendí que me restaba mucho por aprender. Nunca nadie le había dicho nada que la hiciera reaccionar. El momento decisivo había surgido espontáneamente, por medio del temor, del drama.

La semana siguiente le dieron de alta. Poco después abandonó la orden religiosa a la que había pertenecido. El jefe de psiquiatría me mandó llamar y me reprendió severamente por mi falta de conducta profesional. Dije que nuestra profesión se había convertido en un paliativo. Éramos psicoparamédicos que remendábamos la psiquis de la gente hasta que se producía la próxima crisis. Vi a Gloria meses más tarde, cuando me llamó por teléfono para decirme que deseaba presentarme a su novio.



Un viernes del mes de junio comprobé que tendría un fin de semana libre. Stephanie iría a Santa Bárbara a visitar a sus padres; yo había atendido a mi último paciente en la clínica, al último en mi consultorio y, si bien hubiera podido pasar dos días trabajando en mi tesis, opté por preparar un San Pedro. El cactus era bastante común y se podía conseguir con facilidad y, aunque sabía poco acerca de su preparación, corté uno en rodajas, lo herví durante varias horas en un litro de agua, lo vertí en una cantimplora y me fui a mi lugar preferido en el bosque, que estaba a una hora de caminata por un camino de tierra, más allá del límite de un viñedo

privado.

Este año había llovido avanzada la primavera y aún caía agua sobre la roca de nueve metros de altura, formando una laguna de escasa profundidad que luego se internaba en el bosque formando un arroyo. Me senté sobre un pequeño banco de arena que había en medio del agua; estaba rodeada por arena gruesa, lisos guijarros y hojas y ramitas de los robles que estaban en la orilla. Me senté y medité sobre el sonido del agua que saltaba entre las piedras, los petirrojos que discutían entre sí por las bayas, el aroma de los robles, la avena, la tierra de los viñedos, el sol que caía sobre mi rostro.

Y tuve la sensación de que estaba nuevamente en compañía de mi entorno natural. Me sentí más cerca que nunca de mi pequeño refugio. Era como si, en Perú, hubiese aprendido a estar cómodo con la naturaleza y hubiese traído conmigo esa lección. La vida del altiplano era la de Antonio y ésta era la mía.

A media tarde bebí una taza de San Pedro. Saludé en las cuatro direcciones y convoqué a los espíritus arquetípicos de los Cuatro Vientos para que acudieran a sentarse junto a mí, y bebí. No había desayunado ni almorzado; sin embargo, una hora después no experimenté nada. Mi estado de placidez sólo fue alterado por la expectativa respecto de los efectos del brebaje. Comencé a pensar en los comentarios de Antonio sobre la destilación de la planta y el empleo de “hierbas purgativas”. Entonces comprendí que, en mi interior,

204

recordaba sus últimas palabras, su referencia a una experiencia de poder.

Años después aprendí que sólo hacen efecto ciertos cactus de San Pedro que han crecido, han sido cuidados y han recibido las oraciones de los chamanes en “sitios de poder” de las montañas. La variedad norteamericana que yo había preparado sólo producía malestar del estómago.

Era un día caluroso. El sol se reflejaba en la superficie del agua que corría suavemente a ambos lados del banco de arena en que yo estaba sentado. Me quité la camisa y me puse de pie. Deseaba poner a prueba mis sensaciones. ¿Sucede algo? ¿Experimento algo? Olvídalo. Me estoy preocupando por la sustancia y eso me

perturba. Me siento muy bien. Realmente bien. Relájate y disfruta de la fuerza de tu cuerpo distendido. Caminaré hasta esa catarata. Por el agua. Mis botas están mojadas y, además, me resultan incómodas. No estoy caminando; estoy de pie en medio de un arroyo. Quítatelas, arrójalas sobre el banco de arena, mi mesa.

El agua cae sobre la roca y se desliza por la superficie llena de algas, desde una altura de... ¿nueve metros? Puedo treparlos. Seguramente hallaré un buen lugar junto al arroyo. Es sencillo. Puedo trepar rápida y ágilmente, sobre los pies y manos.

Velozmente. Como un gato.

Y llegué hasta allí, donde el pequeño arroyo caía sobre el borde de la roca, a la altura de las copas de los robles, y me senté, feliz. Mi banco de arena y mis botas parecían muy pequeñas.

No se produjo nada particularmente místico. No hubo grandes epifanías; solo una sensación levemente eufórica por haberlo logrado, la sensación de haber regresado a casa y de disfrutarlo plenamente.

No sé cuándo fue que me di cuenta de mi situación, de que no recordaba haber trepado por la roca. Estaba oscureciendo y me sorprendí al ver que no tenía de dónde tomarme para descender. A la derecha, donde corría el agua, todo era resbaladizo a causa de la película orgánica que se había formando. A la izquierda y hacia abajo había una caída

205

vertical de nueve metros. Mis botas estaban allá abajo. Mi pequeña mochila, mi cantimplora, las llaves del automóvil. Sabía que debía descender; no tenía la menor idea de cómo había subido y, cuando el sol se puso y cayó la noche, sentí temor. Se produjo un movimiento entre los árboles que estaban abajo. Luces y sombras. Mi temor era palpable y la oscuridad lo intensificaba. Pensé sobre cómo proceder; estaba decidido a recuperar el poder y la fuerza que había experimentado horas antes. Visualicé a mi gato.

Mi gato. Por algún motivo asaltó mis pensamiento este supuesto animal de poder. He aquí una oportunidad para ponerlo a prueba, para convocarlos. Cerré los ojos y lo imaginé saliendo de la selva, no, de estos bosques; moviéndose

resueltamente, la cabeza cerca del suelo, las patas avanzando con una cadencia perfecta, con seguridad infalible, una detrás de la otra, las manos sobre la roca, izquierda, derecha, con movimientos sueltos y fluidos, sabiendo sin pensar, avanzando, inexorablemente, centímetro a centímetro.

Y hubo entonces un momento muy emocionante, de enorme poder, que puede ser experimentado pero no descrito. Fue un instante, un lapso fugaz; fue la sensación de un gato que sabe que es un gato.

Contuve el aliento y pasé a un estado racional. Allí estaba, a treinta metros del fondo del acantilado, mirando hacia abajo, en un ángulo de 45 grados; la palma de una de mis manos estaba apoyada sobre una saliente de la roca, la otra sobre un pequeño reborde oculto debajo del agua que caía, y caí cabeza abajo. Me quebré la mano izquierda y me torcí la muñeca. Luego rodé hasta la laguna. Me puse de pie y me sacudí el agua. El dolor no era nada comparado con la exaltación. Durante un instante, un momento inconmensurable, había sido un gato.

Al día siguiente, domingo, recibí una llamada telefónica desde Miami. Mi abuela había sufrido un ataque cardíaco. Traté de comunicarme con Stephanie, que estaba en Santa Bárbara, pero había salido. Hablé con su madre y le dejé un mensaje; luego partí rumbo a Miami.

206

14 de junio

Los hospitales son lugares de la noche. De las altas horas de la noche. Son sitios muy curiosos. Blancos, esterilizados, desinfectados, fluorescentes. Un lugar al que vamos “de visita” hasta que entramos en ellos para morir.

Un lugar de espera. Aguardamos en él y él nos aguarda. Allí esperamos recuperarnos, esperamos la muerte, esperamos liberarnos de la discapacidad. Los pacientes ejercitan la paciencia es el arte de abrigar esperanzas.

María Luisa se está muriendo. Mi padre la halló después del

ataque, le suministró una medicina y la rescató de la muerte. Ahora vive artificialmente.

Cuatro sondas, un tubo en su garganta para introducir drogas y fluidos; uno en cada brazo para las mediciones, uno arterial en el brazo izquierdo que extrae sangre y envía información sobre su presión sanguínea. Un tubo que entra por su nariz y llega hasta su estómago. Está conectado con una máquina aspirante que hay en el suelo para drenar su estómago constantemente, para que no aspire y regurgite hacia la tráquea. Y un tubo en la tráquea porque no puede respirar por sí misma. No tiene la energía necesaria para hacerlo. Y le suministran permanentemente morfina, nitroglicerina y Valium por vía endovenosa.

Está sedada porque la ansiedad aumenta las pulsaciones y consume más oxígeno y todos tratan de salvar su músculo cardíaco. ¿Ansiedad? Se me ocurre que lo único que puede provocar su ansiedad es toda la mierda que le suministra, toda la incomodidad que le causan.

Yace allí, acostada, conectada por seis tubos a un sistema de supervivencia, en un cubículo blanco, esterilizado, desinfectado, fluorescente.

Y había estado en su casa.

Me lo dijo. Me vio. Me incliné sobre su rostro y sus párpados, pesados a

causa de las drogas, se levantaron lentamente; me miró a los ojos y dijo:

–Estaba en casa.

Tomé su mano y la oprimió con una fuerza que me sorprendió: luego la soltó y comenzó a golpear con el índice sobre la palma de mi mano; un tic nervioso.

Comencé a llorar. Su mano volvió a apretar la mía, consolándome.

Luego tuve que salir del cuarto porque iban a insertarle el tubo endotraqueal y suele ser trabajoso cuando el enfermo está consciente.

Dios mío. Tememos tanto a la muerte que a las mujeres de ochenta y dos años, preparadas para morir, las levantamos del suelo de su casa y les aplicamos la tecnología que hemos creado para mantenerlas vivas porque cualquier cosa, cualquier cosas, es mejor que la muerte. Es propio de bárbaros. ¿Acaso es humanitario? Y todos esos médicos internos y residentes, todos esos hombres y mujeres, jóvenes e inteligentes, esos profesionales de la salud, asentían cuando sus profesores de filosofía les hablaban de la vida y la muerte, del gran círculo, de la naturaleza de las cosas, del ciclo natural. Lo comprendían, ¿no es así? ¿O lo escribían en sus cuadernos y luego escogían la respuesta correcta en el examen y lo dejaban ahí? ¿Saben ellos, sabe alguien aquí, en qué consiste afrontar la muerte con dignidad? ¿Lo sé yo?

Saber en qué consiste exhalar el último aliento libremente en lugar de retenerlo, de aferrarse a la vida con tanta fuerza que la destruimos, la estrangulamos.

La muerte no es una tragedia. La tragedia consiste en cómo la afrontamos. Es patológico.

Oh, María Luisa ¿Puedo ayudarte a morir?

No pude. Permanecí allí mucho después de que mi padre se hubo marchado. Habíamos discutido. Era él quien había iniciado ese tratamiento. El había llamado a la ambulancia y

208

les había dicho a los paramédicos que hicieran cuanto pudieran y lo habían hecho. Procedimiento operativo estándar.

–Está preparada para morir –había dicho yo.

–¿Cómo lo sabes? Le he salvado la vida.

Había cometido el error de oponerme a él y él me había recordado que se trataba de su madre y habíamos comenzado a reñir.

Entré en el cuarto y oí el zumbido del aparato de succión que drenaba su estómago, el sonido del ventilador. Estaba inconsciente a causa de las drogas. Tomé su mano y pensé en aquella noche en el altiplano, en el rostro de la misionera, en la dignidad de su muerte. El contraste era insoportable; entonces entró una enfermera y me preguntó qué hacía yo allí. Le dije que era el nieto de María Luisa, que era médico y que había venido de California para estar junto a ella. Pero la hora de las visitas ya había terminado. Estaba dispuesta a discutir, de modo que la conduje al vestíbulo y allí le dije que exigía hablar con el médico residente que estaba de guardia y regresé al cuarto.

Apareció media hora después. Conversamos de pie en el vestíbulo. Tenía un aspecto lamentable; le faltaban cuatro horas para terminar su turno de treinta y seis horas. Tenía los ojos enrojecidos y estaba fatigado; no tenía tiempo para mí. Cito el reglamento, trató pacientemente de hacerme comprender, me dijo que ella pasaría bien la noche y que existía la posibilidad de que viviera muchos días más.

–No creo que ella esté bien.

–Lo lamento, pero no creo que usted esté capacitado...

–Si lo sé. –dije–.soy un estorbo.

Rió desganadamente.

–Su condición es estable. Si tiene algo que decir respecto del tratamiento, deberá hablar con los parientes cercanos. Ahora debo irme. –Me dió una palmadita en el brazo y luego se volvió para marcharse. Se detuvo–. Lo siento –dijo y se marchó; al caminar, sus zapatos crujían y su blanco guardapolvo ondeaba detrás de él.

Me volví y regresé al cuarto. Le dije que la amaba y la besé en la frente y besé su

mano. Había dos enfermeras en la puerta; deliberaban sobre si debían llamar al personal de seguridad o no. Les di las buenas noches y salí. Era una noche calurosa.

A la derecha había una ambulancia junto a la puerta abierta de la sala de guardia. Un par de paramédicos sacaron con profesional rapidez una camilla del interior de la ambulancia; el médico interno los recibió junto a la puerta y colocó una

mano sobre el pecho del paciente.

María Luisa murió dos días más tarde, a pesar de los intentos por mantenerla viva.



Mi regreso de florida estuvo signado por un incidente que sería el prefacio de los que vendría después. Stephanie había prolongado su estancia en Santa Bárbara y regresó pocos días después que yo. Me sentía particularmente sentimental. A medida que pasaban los meses mi dependencia respecto de ella era cada vez mayor. La echaba de menos cuando estábamos separados y su ambivalencia respecto de su separación me corroía.

Cenamos en mi casa.

Encendí velas; una docena en la sala de estar, e hicimos el amor allí. Jugamos durante más de una hora: nos acariciamos mutuamente, disfrutamos de nuestras mutuas sensaciones, escogimos posibilidades... ¿aquí o... aquí? ¿Qué tal si hacemos... esto? Todo es posible cuando uno se abandona, cede al deseo, percibe con su cuerpo, descubre con el tacto; deslicé mi dedo desde su frente hasta la punta de su nariz, sobre sus labios entreabiertos, por su garganta y entre sus senos. De pronto me estremecí: había visto un hombre.

Lo vi; lo sentí, plenamente, en un instante.

—Continúa...

210

Contuve el aliento.

—Ahora no...

Tuve conciencia del cuarto, de la luz de las velas, del sudor que corría por mi cuerpo.

—¿Qué sucede? ¿Qué te ocurre?

Adrenalina, esta angustiada sensación de peligro, el mecanismo de defensa del cuerpo, la fuerza cuando más se necesita. Cuando uno se ve amenazado. Porque no fue solamente la sensación del hombre, sino la convicción de que ella amaba a otro. Era algo reciente. Lo supe como el sabueso que sabe hacia dónde ha huido el fugitivo.

–¿A quién has visto? –pregunte en voz alta; el sonido de mi voz quebró el estado erótico, rompió el cascarón protector.

–¿Qué?

–Te has acostado con alguien.

Abrió los ojos y su frente y sus orejas se movieron hacia atrás en un espasmo involuntario.

Se aparto de mi apoyó la espalda contra el sofá

–¿Qué has dicho?

–Me oíste.

–¿Qué es esto? –dijo con ira– ¿Qué estás haciendo?

¿Qué estoy haciendo? Me puse de pie, me calcé los pantalones y me alejé. Fui hasta la cocina y bebí una copa de agua. Luego apoyé una mano sobre mi pecho y percibí mis palpitations. Sentía un hormiguelo en la punta de los dedos y me di cuenta de que respiraba aceleradamente. Todo mi cuerpo reaccionaba. Sistémicamente. El demonio de los celos ascendía desde mi estómago por mi pecho, mi garganta... Un instante después ella estaba a mis espaldas, envuelta en una toalla sostenida sobre sus senos.

–¿Que está sucediendo? –pregunté-. ¿Cómo pudiste...?

–¿Qué? ¿Cómo puede que?

Sacudió la cabeza y miró hacia el suelo, como si buscara algo.

–¿Me has hecho seguir? ¿Luego aguardaste? ¿Aguardaste hasta que hiciéramos el amor para acusarme?

Una risa nerviosa anudó mi garganta e hice un gesto negativo con la cabeza.

211

–No hagas esto. No inviertas las cosas. –Vacié la copa de agua–. No te he hecho seguir.

–¿Invertir las cosas? ¿Qué cosas? No puedo creerlo.

Nos serenamos, pero ella tenía razón. No podía creerlo. No podía creer que yo

podiera describir al hombre, que yo supiera cómo la había tocado. La horrorizó e, irónicamente, creo que, después de esa noche, nunca confió en mí. Un mes más tarde volvió a ocurrir, pero callé y, aunque intentamos continuar con nuestra relación, y aunque se prolongó durante la mayor parte del año, de tanto en tanto la sorprendía mirándome de soslayo, tratando de escudriñar mis pensamientos. Una parte de ella siempre sospecharía que yo estaba loco.

2 de enero, 1975

Un sueño.

Estoy con Stephanie, sentado frente a una mesa de hierro forjado pintada de blanco, en un patio de estilo español. Conversamos sobre naderías como Alicia en el país de las maravillas. Le digo que puede escoger entre acostarse conmigo (¿o casarse?) o acostarse con otros (hay una figura oscura vestida con un mono gris).

Luego entro en un cuarto y Stephanie está acostada en la cama. Entro por el tejado, como una araña, y me deslizo por el muro del pequeño cuarto angosto. Sé que aún debe pagar una deuda sexual.

¿Una deuda sexual?

Estamos en la cama haciendo el amor. Ella está sobre mí pero de espaldas a mi rostro, en cuclillas; luego se vuelve, me mira por encima del hombro y dice:

—Ahora podemos tener el bebé que deseas.

Pero pienso que no; debemos hacer el amor frente a frente. Debemos estar uno frente al otro antes de tener un niño.

212

En Machu Picchu, en el montículo que estaba junto a la Piedra de la Muerte, Antonio y yo habíamos “puesto a la muerte en la agenda” y, curiosamente, ese año la muerte se convirtió en mi compañera. Es extraño cómo los temas fugaces, los esquemas subtextuales de la vida, se iluminan cuando miramos hacia atrás.

Pensé a menudo en la Rueda Medicinal, en el viaje de los Cuatro Vientos. El mítico sur, donde se exorciza el pasado que nos acosa, nos ata, nos limita. El oeste, donde se pierde el temor a afrontar la muerte, donde uno se libera del futuro desconocido. Y, aunque no sabía cuándo regresaría a Perú, ni si retomaría mi tarea, para lo cual debía regresar junto a Ramón y realizar el trabajo del oeste, la muerte hizo sentir su presencia.

Comprobé que continuamente me enfrentaba con el espectro de la muerte y cada enfrentamiento contenía una lección. Había comenzado con la muerte de la misionera, y había aprendido por el simple hecho de ser un testigo; había aprendido algo acerca de mi visión y la de viracocha. El flirteo de Gloria con la muerte me había enseñado que la cura psicológica tiene aspectos dramáticos. Y luego María Luisa fue una penosa demostración de cómo se muere en el mundo occidental.

22 de agosto

En el hospital hay una cama que me aguarda.

María Luisa tenía ochenta y dos años. El residente que la atendió probablemente tenía treinta. Y bien. Dentro de veinticinco años, cuando yo tenga cincuenta, nacerá un niño que luego será médico y me conectará a todos esos tubos.

¿Cómo moriré? ¿De qué moriré? De acuerdo con el concepto de la futura expectativa de vida... me veo muriendo joven, de un ataque cardíaco. Quizás ese niño ya haya nacido. Me veo en una cama de hospital, rodeado por familiares que no me dicen la verdad.

213

Negación.

Negación.

Negación.

¿Por qué?

La muerte atemoriza. Nos encogemos ante ella y la negamos cuando llega. Pero la incubamos en nuestro interior, como un germen.

¿Por qué un ataque cardíaco? ¿Cómo se encuentra mi corazón? ¿Alguna vez lo he abierto frente a alguien? ¿He permitido alguna vez que alguien se me acerque mucho?

Quizás me preparo para morir de un ataque cardíaco/amoroso. Eso es.

Debo cambiar eso.

He tenido cierto éxito al ayudar a Holly y a su familia a afrontar la muerte de una manera positiva. Es más fácil para Holly que para sus padres. Su mente es demasiado joven para estar signada por la tradición y los tabúes. Ella está ansiosa por conocer la muerte, por afrontarla como una experiencia vital. Sus padres están tan abrumados por su pérdida que quizás no perciban el don que ella les ofrece, la lección que desea enseñarles. Pero el dolor es un obstáculo. Lo he intentado todo. He tratado de equilibrar su energía, de transmitirle técnicas de visualización, para que cierre las válvulas del dolor, para que lo descargue en la Tierra. Hoy, en un leve estado meditativo, vio una banana.

Holly tenía diecisiete años y estaba muriendo de cáncer de ovarios. Me la había derivado un amigo de la escuela de medicina de la universidad de California y habíamos trabajado juntos durante seis semanas. A pesar de las drogas y la radioterapia, el cáncer había hecho metástasis. Sólo quedaban el dolor y la muerte.

Después de cuatro semanas ella pidió trabajar conmigo a solas, sin su familia, y, en mi desesperación, supuse que era una señal de progreso. Su pedido no implicaba un rechazo

de sus padres, sino la necesidad de trabajar con su dolor y afrontar la muerte a solas. Tenía una actitud sana hacia ella misma y hacia su enfermedad. Hablamos de la importancia de estudiar su pasado, su enfermedad, su dolor, y de la importancia de liberarse de sus obligaciones, de los vínculos que la mantenían unida a esta vida, del

deseo desesperado de sus padres de que viviera. Una noche les pedí permiso para llevarla a mi casa. Allí, en el patio de atrás, que está cerca del bosque, encendimos un pequeño fuego y ella arrojó en las llamas los fragmentos de su pasado que todavía la obsesionaban. Los definía con palabras o por medio de sencillos dibujos hechos sobre cuadrados de fino papel chino, que luego plegaba y retorció para darle distintas formas. Estuvimos sentados frente al fuego durante tres horas. Reímos y lloramos juntos.

Pero el dolor la atormentaba. Entonces, al final de una sesión en la que habíamos trabajado para que ella entrara en estado de trance autoinducido, había visto una banana. La semana siguiente vio un cacho de bananas. Comenzó a soñar con una planta de bananas y, cuando estaba en estado meditativo, podía convocar esa imagen. Era lo único que teníamos, de modo que estimulé esa imagen, comencé a guiar su imaginación y, finalmente, vio la planta de bananas. Ni ella ni yo sabíamos qué significaba, pero, aunque ambos teníamos curiosidad al respecto, no la alenté para que lo analizara.

31 de agosto

Grandes avances de Holly.

Mi supervisor clínico insiste en que la banana es un símbolo fálico, la sexualidad reprimida. Dios. Quieren ubicarla en un convencional casillero freudiano. Hoy, la planta de bananas adquirió raíces. Le pedí que se concentrara en ellas, que viera cómo crecen, cómo sus puntas delicadas y traslúcidas penetran lentamente, profundamente en la tierra.

215

–Un arroyo subterráneo –dije. Ella tenía los ojos cerrados. Su cabeza, cubierta por un pañuelo azul, estaba levemente inclinada hacia delante. Respiraba perfectamente y sus manos estaban sueltas y relajadas. Lo hacía bien–. Una corriente subterránea de fresca agua mineral, agua de manantial que corre por una vena de la

Tierra, un canal en la roca y el suelo; los costados de cristal de cuarzo brillan a causa del fósforo y el agua de desliza sin cesar. Y mira. Mira el sitio donde las raíces han perforado la tierra para salir a la superficie. Caen pequeños trozos de tierra, que son rápidamente arrastrados por la corriente. Tus raíces, las raíces de tu árbol, sedientas, buscan el agua, tratan de tocar la fresca y nutritiva vena de la Tierra, van hacia abajo... siéntelas. Se forman nueva células y las raíces crecen y se estiran... casi... están allí...

Había lágrimas en sus ojos; inspiró profundamente, abrió los ojos y sonrió.

Murió seis meses después, consciente. Durante eso seis meses logró reducir el dolor en un 50 ó 60 por ciento. Las raíces de su planta de bananas habían crecido, habían llegado hasta las profundidades de la Tierra, se habían alimentado con el manantial de agua fresca que hayamos allí y pudo liberarse de gran parte de su dolor por medio de esas raíces; y dejarlo en la Tierra. Su padre la había llevado una vez a correr en un campo de amapolas, en las sierras de Napa, y sus cenizas fueron dispersadas allí.



Ese mismo año fui a Brasil y los resultados de mi trabajo y mis experiencias fueron reunidos en el libro *Reinos de curación*. Durante ese viaje, y durante el transcurso de mi posterior investigación sobre el animismo brasileño, experimenté una gran cantidad de fenómenos paranormales. Conocí al doctor Hernani Andrade, físico y director del Instituto

Brasileño de Investigaciones Psico-Biológicas, y nos convertimos en grandes amigos. Teniendo a Andrade como guía, comencé a investigar las religiosas animistas del Candomblé, el Umbanda y el proscrito Quimbanda, técnicas

mediúmnicas y asombrosas prácticas curativas. Pero en todo momento tuve conciencia de la diferencia fundamental que existe entre el animismo de Brasil y el credo chamánico. Las prácticas animistas mantienen una fuerte relación sujeto/objeto con lo sobrenatural y el “mundo de espíritu”. La curación y la intuición se logran a través de un médium, una persona que encauza un espíritu y se convierte en su instrumento. Los estados curativos y los estados extáticos del chamanismo son específicos para cada individuo y los elementos del “espíritu” son instrumentos de la conciencia del chamán. Un médium espiritista presta su cuerpo y su voz para que sea usado por un espíritu; el chamán nunca pierde el control de la situación. El chamán es un guerrero espiritual que se comunica directamente y con gran destreza con los dominios que visita en su “vuelo espiritual”.

11 de octubre
San pablo

Nuevamente he soñado con Antonio. Caminamos por el altiplano. Tiene una vaina de semillas de mimosa. Juega al escondite. Recuerdo que, estando allí, tuve un sueño similar. En esta ocasión la esconde y yo debo pedir a los árboles que me ayuden a encontrarla. El viento susurra entre los pinos que brillan con luz propia. Me dirijo a un árbol: “¿Dónde está la vaina de semillas?”. Antonio ríe y me dice que parezco muy estúpido al hablar con un árbol. Me enfado y me alejo y luego pregunto sin preguntar. Pienso y pregunta y, a tres metros de distancia, un arbusto resplandece. Voy hacia allí y encuentro la vaina.

Andrade me ha invitado a asistir a una sesión esta noche.

Llamé a Stephanie. Su voy sonaba tensa.

217

Más tarde

Son las dos de la mañana. Estoy exhausto pero debo escribir esto antes

de irme a dormir. La sesión. Todos los médicos y psicólogos se interesan por la canalización. Se reúnen todos los jueves por la noche, como si se tratara de una partida de póker. Andrade me explicó que la finalidad de las sesiones es la de curar a ciertas personas, ya muertas, pero cuyos espíritus aún estaban ligados a sus experiencias biológicas. Las personas que morían en estado inconsciente y se veían “atrapadas entre este mundo y el otro”, experimentaban todavía el dolor y los síntomas de la enfermedad que había causado su muerte. Andrade solía desempeñar el rol de una suerte de espíritu terapeuta.

Había un médium, una hermosa y madura mujer brasileña llamada Regina. Todos nos tomamos de las manos y ella entró en un trance profundo e “incorporó” a diversos “espíritus”; luego Andrade inició con ellos un típico dialogo psicoterapéutico. Fueron tres casos, dos hombres y una mujer, y, en cada uno de ellos, la voz de Regina cambió notablemente. La sesión se llevó a cabo en portugués. Termina la sesión. Regina parece fatigada y confundida.

Se reza el Padre Nuestro y se encienden las luces; de pronto, Regina comienza a hablar en español. Su voz es suave y trémula. “Dónde estoy, Dios ayúdame...”

Andrade le habla. Ella está inquieta y atemorizada; sus labios están resecaos y siente un vacío en su pecho. Andrade le explica que ahora está más allá de la muerte; que ya no habita en su propio cuerpo.

–Eso me confunde...

–Mire –dice él–. Mire hacia abajo. Toque su cuerpo. –Regina recorre su vestido con las manos.

–¿Son ésas sus manos, sus senos?

–No... son jóvenes.

218

Andrade le dice que está en el cuerpo de una médium.

Su espíritu ha recobrado la conciencia y ha despertado de la pesadilla en que se vio atrapada, en la que no estaba totalmente viva ni totalmente muerta.

Luego Regina me mira y habla con voz entrecortada.

–Bombi, ¿eres tú, mi pequeño? –Me pongo de pie, hago caer la silla y Regina se arroja en mis brazos–.

Ayúdame, ayúdame, por favor.

No sé qué hacer. Andrade y otra persona la apartan de mí y Andrade la aconseja. Yo escucho, aturdido. Sólo mi abuela me llamaba así. Andrade la alienta. Le dice que mire a su alrededor y que vea que hay allí otras personas que pueden ayudarla; que puede pedir ayuda y ser guiada hacia el otro mundo.

Ella comienza a ver cosas; reconoce a su madre, a su padre, a su marido (mi abuelo) y los llama por su nombre.

Su dolor y su inquietud disminuyen; se siente más joven, más fuerte, y Andrade le dice que ella está abandonando el mundo físico, esa zona de pesadilla que hay entre ambos mundos.

Ella se vuelve hacia mí y dice:

–Gracias por estar aquí. Siempre te amaré y estaré contigo. Cuida de tu padre

–Nadie aquí ha conocido a María Luisa.

Quizás Regina era una persona sensible. Quizás intuyó mi pérdida y obtuvo los nombres y la información telepáticamente. No sé más ahora que entonces, pues no experimenté la necesidad de analizar la experiencia. Andrade fue comprensivo, pero lo tomó con mucha naturalidad. Yo estaba profundamente conmovido; me consolaba la idea de que mi abuela hubiese sido liberada de su sufrimiento y que se la hubiese permitido morir.

Pero ya había estado mucho en contacto con la muerte.

¿Pude haber hecho algo más por ella? ¿Aliviado su sufrimiento y haberla ayudado a morir en Miami?

Regresare a Perú. Estoy cansado de ser perseguido por la muerte, los

gatos, las águilas.

Reserve un vuelo: San pablo-Lima-Cuzco.

Sospecho que mi “trabajo del oeste” comenzó cuando estuve en el altiplano. Regresare para concluirlo.

220

12

*Si se comprobara que mi firme convencimiento de la
inmortalidad del alma fuese una simple ilusión, es al menos
una ilusión agradable, y la atesoraré hasta que exhale
mi último aliento.*

Cicerón

La noticia de la enfermedad del profesor Morales me pareció irracional. Hay personales a las que nunca concebimos enfermas.

Un hombre joven, nervioso y con gafas de marco metálico, estaba a cargo de sus clases, aunque en la universidad nuevamente había huelga. Me presenté ante él y me dijo que el profesor estaba ausente desde hacía más de una semana y que padecía una neumonía.

–¿Puede decirme donde vive?

Eché la cabeza hacia atrás y parpadeó.

–¿Es usted amigo suyo?

–Si –dije–. Un muy buen amigo.

–Discúlpeme, pero ¿no conoce su casa?

–No. Pasamos la mayor parte del tiempo viajando.

Sus ojos se abrieron, sorprendidos.

–Ah, yo le conozco. Usted es el psicólogo de California.

Nos estrechamos las manos y me condujo hasta una casa que estaba a diez o doce calles de la universidad. Era una casa vieja de adobe pintado a la cal y los muros tenían por lo menos noventa centímetros de espesor. Las ventanas eran pequeñas, la entrada era de baldosas y el tejado de tejas rojas. Llamé a la puerta y de inmediato apareció un hombre obeso, de edad madura y fino bigote. Con la cabeza vuelta hacia el cuarto, jugueteaba con la cerradura de un viejo bolso de cuero negro.

–*Penicillium notatum*. Moho, mi amigo. Crece sobre la fruta podrida y el queso viejo, y si uno no toma medicina, es probable que crezca sobre uno. El hecho de que se presente

221

como una pequeña píldora blanca no quiere decir que no sea eficaz. –El tubo amarillo de goma de un estetoscopio asomaba entre las asas del bolso y el hombre lo empujó hacia adentro.

Se oyó una tos y la voz de Antonio.

–No me trate con condescendencia.

–Entonces no sea un viejo tonto y mojigato. Tiene visitas.

El hombre se volvió hacia mí, pidió disculpas y salió de las casa. Abrí la

puerta. El cuarto tenía sencillos muebles de madera: sillas, una mesa de comedor. Había vigas en el cielorraso y los muros estaban cubiertos por estantes llenos de libros y artefactos viejos. Había una ventana, desde la que se veía el Salcantay y las ruinas de la fortaleza incaica de Sacsayhuamán.

Antonio estaba de pie junto a la ventana. Llevaba sus pantalones de viaje y su camisa de tela incaica y estaba atando un pequeño bulto con un trozo de cordel. Lo vi delgado y pálido; tenía ojeras, pero su rostro se iluminó cuando me vio. Cruzó el cuarto y me abrazó. Era evidente que había perdido peso.

Se apartó de mí y me contempló.

–Y bien. ¿Está preparado para viajar?

–¿Viajar? Pero usted está enfermo.

–No, no. Estoy convaleciente.

–¿Quién era ese hombre?

–El doctor barrera. Es un viejo amigo. Nos pasamos la vida discutiendo. – Levantó su poncho que estaba sobre el respaldo de un pequeño sofá. – Como George Bernard Shaw, disfruto de la convalecencia. Hace que la enfermedad valga la pena.

–¿Está tomando penicilina?

–Naturalmente. Y también mis hierbas medicinales. Le he dicho a barrera que no las tomo. Lo irritan mucho. –Rió–. Hace demasiado tiempo que no voy a la campiña. Mis pulmones se congestionan cuando no aspiran aire fresco.

–¿A dónde iremos?

Tomó un largo cayado de madera dura que estaba en un rincón, cerca de la puerta.

–A visitar a un hombre que ha muerto –dijo.

222

17 de octubre

Segunda etapa del viaje. Segundo autobús. A pesar de su buen humor, Antonio está fatigado y se ha quedado dormido en el asiento de atrás de este armatoste desvencijado. He viajado en autobuses por la mayor parte de América Latina, pero ésta es una verdadera experiencia.

Mi estilográfica salta sobre la página, pero no tengo nada mejor que

hacer; sólo agradezco haber conseguido un asiento. En le primer autobús cedí mi asiento a una anciana indígena que sufría de gases y permanecí dos horas de pie, soportándolos mientras Antonio dormía.

Viajamos para visitar a un maestro de Antonio que vive en una aldea rural, al norte de Cuzco. Se enteró (no sé cómo) de que el anciano agonizaba y Antonio decidió viajar para estar a su lado. Supongo que este hombre al que veremos (si llegamos a tiempo) ha sido su mentor. Antonio se refirió a él diciendo que era “el hombre de quine aprendí”

Otra vez la muerte.

En esta ocasión mi equipaje es liviano. Sólo llevo una pequeña mochila. Estoy entusiasmado.

Nos hemos detenido en el camino. En medio del árido altiplano. No hay ninguna señal, ningún edificio ni campo arado; sólo tres mujeres un niño con un cerdo y dos gallinas. Quedan dos asientos libres. Otra vez lo mismo.

Dos horas y media más tarde llegamos a una parada similar. Aunque todavía estábamos en el altiplano, el terreno era menos boscoso y me recordó el chaparral mexicano: densos matorrales, pocos árboles, afloramientos graníticos. Seguimos el curso del río seco hasta que se puso el sol y luego acampamos en un pequeño barranco.

Encendimos un fuego y su luz iluminó las orillas del arroyo.

–Existen actos de poder –dijo Antonio–; actos de confrontación con el espíritu, con la

223

naturaleza, con la mente inconsciente, con la vida. Su decisión de abandonar la práctica tradicional y aventurarse en un reino desconocido para usted ha sido un acto de poder. La confrontación con su pasado Machu Picchu también lo fue.

–¿Y mi trabajo con Ramón?

–No –dijo y sonrió–. Ese fue un acto de audacia, de imprudencia aunque instructivo. Es curioso ¿verdad? Que la búsqueda de un estado de exaltación lo conduzca a uno a ponerlo a prueba frente a la muerte.

–En el cerebro límbico, los centros de dolor y el placer están uno junto al otro –dije–. Aunque el temor puede paralizarnos, puede ser también un estímulo. Recuerde a los guerreros, los héroes de antaño.

–El temor es una emoción volátil. –Sacó de su bolso una granada verde con manchas pardas–. Nada anula los poderes de la mente como el temor y, como dijo Séneca, la humanidad es tan ciega que algunos hombres son conducidos a la muerte por el temor que ella les inspira. –Dividió la fruta en dos partes y me entregó una–. Pero no se puede enfrentar la muerte si se provocan experiencias que nos acercan a ella. La muerte es el acto de poder más grande del chamán. La fuga del espíritu, el estado extático del chamán, es un viaje que va más allá de la muerte. Cuando se aprende a morir se aprende a vivir, porque uno puede ser reclamado por la vida, pero no por la muerte. En cierto modo, la persona de poder pasa toda su vida aprendiendo a morir.

–La persona que ya ha muerto-dije.

–El chamán es un guerrero espiritual que no tiene enemigos en esta vida ni en la otra, que está libre del deseo y del temor: el deseo de nuestras experiencias del pasado y el temor a la muerte que obsesiona nuestro futuro. Nacen dos veces; la primera de una mujer y la segunda de la Tierra.

–El trabajo del sur y del oeste.

–Sí. Al viajar hacia el oeste y enfrenar al jaguar, el guerrero espiritual no sólo se libera para vivir plenamente el presente, sino que, cuando viene la muerte, ella lo conoce y él conoce el camino. El oeste es donde el cuerpo y el espíritu, la viracocha se separan.

224

–Se limpió las manos con un pañuelo rojo–. En ello consiste morir conscientemente, con los ojos abiertos. Es la manera de abandonar este mundo vivo.

–¿La inmortalidad?

Se escogió de hombros.

–El cuerpo es un receptáculo de conciencia, la vida...

–De energía.

–Sí. –Se inclinó hacia el fuego y pasó sus manos lentamente sobre las llamas,

luego cerró un puño y lo estiró hacia mí—. Cuando uno muere conscientemente, deja atrás el receptáculo y se identifica con su contenido.

Abrió el puño y juraría que vi la luz.

—¿Y eso es...?

—Eso es Dios. —Se encogió de hombros—. La fuerza vital, la energía, como quiera llamarlo. La materia con la cual están hechos los sueños y el cosmos.

Más tarde

Viajamos no sólo para ver a este anciano, el maestro de Antonio, sino para compartir el rito de su tránsito al otro mundo, para participar del último acto de poder de un chamán.

Estamos sentados junto al fuego, en el lecho seco de un río. Antonio ha pedido permiso y se ha alejado para exorcizar su duelo, a fin de estar plenamente presente para celebrar la muerte.

Nos falta medio día de viaje para llegar a la casa del anciano. Descendimos del autobús porque, como siempre, la manera de llegar al sitio hacia donde nos dirigimos es tan importante como lo que hagamos una vez allí.

Dije en voz alta que esperaba que no llegásemos demasiado tarde y Antonio dijo que no, que llegaríamos a tiempo y le pregunté cómo lo sabía.

—Me aguardará —dijo.

225

Pensé en María Luisa.

Pensé en mi padre.

Pensé en la inmortalidad.

Morir por la carne, nacer para el espíritu. El cuerpo es un receptáculo de espíritu, de energía, de conciencia. Recuerdo haber comparado la psiquis con una laguna. Una laguna es un sitio en que el río se ensancha, pero el río fluye por ella. Me siento en el lecho de un río, pero ¿dónde está la materia que este lecho contenía? ¿Dónde está el agua que corría entre estas orillas? Algo detuvo al fluir del agua y lo que estaba aquí continuó viaje. ¿Hacia el océano? Y sus

partículas se evaporarán y caerán a la tierra en otro sitio, para volver a fluir en otro lecho o para abrir uno nuevo en un remoto lugar del mundo. Para alimentar una planta, para fluir por las venas de una brizna de hierba

Arroyos, arroyos de conciencia.

Sentado en el cadáver de un río.

Ahora, a lo lejos, oigo la voz de Antonio que canta.

¿Qué es? Una hermosa, suave y melancólica melodía.

Estoy muy fatigado. Dormiré.

Partimos a la mañana siguiente y los gestos de Antonio tenían una levedad, una determinación que no había notado antes. Trepamos durante la mayor parte de la mañana; comenzaron a aparecer árboles. El terreno me resultaba más familiar.

Al mediodía nos detuvimos junto a un eucaliptus solitario y comimos yuca, pasta de maíz y fruta. Luego Antonio cavó un hoyo al pie del árbol. Tomó de su saco el pequeño bulto que le había visto atar en su casa.

–¿Qué es eso? –pregunté.

–Pescado. –Abrió el paquete y lo puso debajo de mi nariz y luego rió al ver mi expresión. Coloco el bulto en el hoyo y lo cubrió con tierra; luego lo regó con su bota.

–¿Para qué hace eso?

–Para qué. –Se puso en cuclillas y sonrió. Ya no parecía fatigado. Era como si su rostro

226

recuperarse la vida, la salud, la expresión. Se inclinó hacia delante y golpeó su rodilla con la palma de su mano. Le agradaba que estuviésemos juntos nuevamente.

–Para dar algo a cambio, mi amigo.

–¿A cambio de qué?

–Usted sabe, o por lo menos está comenzando a sospechar, que las plantas y los animales tiene espíritu. Cuando usted usa una plata con fines sagrados, la conecta con su espíritu. Esa conexión es única para usted. Anoche me comuniqué con el espíritu del San Pedro para que me ayudase a convocar mi poder, a fin de poder asistir a mi viejo amigo. Ofrezco este pescado a cambio. Uno siempre debe dejar

algo: ocultar un cristal en un lugar natural, plantar una planta, enterrar una moneda en una encrucijada, para honrar el obsequio, para dar algo a cambio de los que uno ha recibido. El pescado es un valioso fertilizante.

—¿Anoche empleó el san Pedro?

Muy poco, una dosis homeopática. —Se puso de pie e inspiró profundamente el aire de la alta meseta. —Mis pulmones se descongestionan. Marchémonos.

Había supuesto que iríamos a un aldea, pero, antes del atardecer, llegamos a lo alto de una colina en la que había una hilera de pinos; frente a ellos, una casita con un muro bajo de piedra que encerraba gallinas y cabras. Detrás de la casa había un par de burros y un joven indígena estaba quitando la montura de un viejo caballo, junto a una abertura del muro.

Antonio me pidió que aguardara y bajó por la colina. Lo vi entrar en la casa. Comencé a sentirme incómodo. ¿Era apropiado que yo estuviera allí? Ví a una o dos personas que salían de la casa y volvían a entrar. ¿Cuántas personas habría allí? ¿Quiénes eran?

Eran amigos. Estudiantes, curadores, chamanes. Constituían la única familia viviente del viejo. Había un cuarto lleno de personas sentadas en sillas, en banquetas, en torno de una mecedora que estaba en el centro. Su único pariente era una nieta de alrededor de cincuenta años, que servía bollitos de sésamos a los presentes.

227

La mayoría de ellos tenía la edad de Antonio, alrededor de sesenta años, y eran indígenas. Conté seis mujeres y cuatro hombres. El viejo chamán estaba sentado en la mecedora. Era un hombre menudo, encogido a causa de la edad, y estaba cubierto con una manta indígena de brillantes colores. Sus manos eran notablemente grandes, manchadas, de uñas largas. Su nariz, aguileña y delgada, parecía comenzar en la parte superior de su frente, que era ancha y tenía una inclinación acentuada por la calvicie. Los cabellos blancos que rodeaban su mollera estaban peinados hacia atrás y recogidos en una cola de caballo. Sus cejas eran ralas y sus ojos grises tenían una mirada tierna. La piel, delicadamente arrugada, paría de papel tisú: fina y pálida, casi traslucida; sólo había una mancha de color en lo alto de sus pómulos. Era un

hombre notablemente bien parecido.

Dos de los visitantes, un hombre de camisa blanca abrochada hasta el cuello, y una mujer joven con un chal rojo, nos habían cedido el asiento y se habían sentado en unos sacos de arpillera que había junto al muro. Me sentí un intruso. Se lo dije a Antonio.

–Es un sitio de honor –murmuró él–. Acéptelo amablemente.

Se sentó en una silla junto al anciano y yo en una banqueta detrás de él. A mi lado había una anciana, una vieja peruana de cabellos grises partidos al medio y recogidos en una trenza atada con una tira de cinta tejida.

El viejo parpadeó y movió la cabeza, dándole la bienvenida a Antonio con una semisonrisa; Antonio apoyo su mano sobre la de su maestro y le habló en quechua. Mencionó mi nombre y los suaves ojos grises se volvieron hacia mí, pero no parecía mirarme. Sus ojos eran como los de un ciego. Le sonreí y él dijo algo a Antonio en voz baja, éste asintió. Me sonrojé; estaba avergonzado. Luego Antonio apoyó la otra mano sobre mi rodilla; olí algo acre y oí un sonido crujiente. La anciana encendía una pipa de madera tallada en forma de búho con cuernos. Aspiró el humo sin inhalarlo y lo echó en mi rostro; luego tocó el hombro de Antonio, él tomo la pipa y se la entregó al anciano, que la

228

llevó lentamente a sus labios e inhaló el humo del tabaco incandescente.

Lo exhaló por las fosas nasales, echando dos chorros de humo blanco como si fuera un dragón. Luego exhaló por la boca y ese humo se unió al anterior y se esparció por el centro del cuarto. Vi que había una cama. El suelo era de tablones de madera; en un rincón había una estufa de adobe y en casa uno de los cuatro muros una gran ventana con marco de madera.

El anciano entregó la pipa a Antonio, que aspiró profundamente el humo. Pensé en su neumonía reciente. Luego la devolvió a la anciana y ella inhaló antes de entregársela al hombre que estaba a su izquierda. El viejo cerró los ojos y la pipa

fue entregada a casa uno de los visitantes. El cuarto se llenó de vapores acres, más fuertes que los de cualquier cigarro y que el tabaco de Ramón, pero las ventanas permanecieron cerradas. Nadie dijo una palabra. Desde que entramos, solo Antonio y el anciano habían hablado y, cuando la pipa volvió a la anciana, ella me tocó el brazo y me la ofreció con una sonrisa. La tomé, mire al viejo chaman; él asintió con un movimiento de la cabeza y yo inhalé. Creí que mis pulmones estallarían.

Tosí espasmódicamente. La vieja se volvió hacia su vecino e hizo una broma sobre “el jovencito” y todos rieron. Se había roto el hielo y me dio una suave palmada en el hombro; luego tomó la pipa.

–¿Qué es esto? –murmuré, no por respeto sino porque todavía respiraba con dificultad.

–El más poderos tabaco Huamán –dijo Antonio–. Su espíritu es el halcón y es visionario, aunque sólo es tabaco. Es usted un huésped de honor.

–Gracias. –Miré a mi alrededor y todos sonreían. A mi lado estaba la nieta del anciano. Me ofreció un bollito de sésamo y se lo agradecí. Se acerco a su abuelo y murmuró algo en su oído; él asintió y levantó la mano, parecía dar a entender que había comprendido sus palabras. Detrás de mí alguien hablaba en quechua; me volví y vi una pareja de edad mediana; estaban tomados de las manos y me miraban, confundidos.

229

Sonreí y los saludé con un movimiento de la cabeza; ellos parecieron avergonzarse y me sonrieron. Luego Antonio tocó mi hombro. Carraspeó y se acercó a mí.

–Debemos realizar una curación –dijo.

–¿Ah, sí?

–El cuarto ha sido limpiado con salvia y tabaco y todos los presentes se han preparado para la muerte del viejo. Cuando emprenda el viaje final hacia el oeste se marchará a solas; el momento será sólo de él.

–¿Si?

–Varios invitados han percibido la presencia de alguien que no ha sido invitado.

–Me marcharé –dije, pues no deseaba interferir.

–No, no. Usted ha sido invitado. Es un invitado de honor. No se trata de usted, sino de un espíritu que ha traído consigo.

–¿Qué?

–Una mujer que ha muerto. Su espíritu aún está unido al chakra de su corazón.

–Tocó mi pecho. La anciana que estaba a mi lado cargaba la pipa con tabaco que sacaba de un morral de tela.

–¿Ellos pueden verlo?

Asintió.

–Es una tenue burbuja de luz, conectada a usted por un cordón, como un cordón umbilical de luz. El viejo ha pedido que realicemos una sencilla curación para liberar a esa alma. Todos están de acuerdo.

Me volví y miré a las personas que estaban sentadas detrás de mí. Fue una de las sensaciones más extrañas que jamás he experimentado. No me miraban a mí, sino a algo que estaba frente a mí, cerca de mi pecho. ¿María Luisa? La vieja bruja había encendido la pipa y aspiró el humo profundamente con los ojos cerrados, luego los abrió y exhaló el humo a pocos milímetros de mi cuello. Oí un suave golpeteo y vi que el anciano, el chamán moribundo, golpeaba el brazo de su sillón con la uña de su dedo mayor. Tap... tap... cada dos segundos.

230

–Vuélvase –dijo Antonio y cambié la posición para ponerme de frente a los concurrentes. La vieja había comenzado a canturrear; era un sonido sin melodía, seguido por un sonido similar, una octava más agudo, emitido por la segunda persona que sopló humo sobre mi pecho y luego entregó la pipa a otra persona. Los demás encendieron sus propias pipas; las llenaron con el tabaco del morral de la vieja, inhalaban el humo acre, y poco después me vi envuelto en una densa nube de humo Huamán; el cuarto retumbaba con el sonido del cántico de los chamanes.

–Cierre los ojos –dijo Antonio–. Concéntrese en ese espíritu. Ejercite su visión.

Cerré los ojos, irritados por el humo, y percibí que Antonio trazaba un círculo sobre mi frente. Pensé en María Luisa, en la sesión de San Pablo... Oí que alguien

daba una opinión y que otra persona asentía.

–¿Qué sucede? –pregunté a Antonio sin abrir los ojos.

–Dirigen energía hacia ella. Ella resplandece por el amor de ellos. Cargan su espíritu para que pueda liberarse de usted. El murmullo se había generalizado.

–¿Que dicen?

–Esta mujer está enfadada con usted. Usted le ha quitado algo. –Sentí el calor de la pipa que colocaron entre mis manos–. Aspire el humo y entrégueselo. Ella murió en un hospital y usted le ha quitado la dignidad.

Aspiré el humo y lo exhalé. El viejo tosió.

–Hurgó los huesos...

Antonio dijo:

–Usted ha hurgado los huesos de alguien que aún no ha muerto. Ella no es libre.

Abrí los ojos y vi el humo suspendido frente a mí, con forma de huevo y del tamaño de un melón.

–Usted le ha quitado algo...

–Toqué mi pecho. Mi saquito de medicinas, una saquito de cuero que me había obsequiado Stephanie.

–....su cabeza...

231

Di un tirón al la correa que colgaba de mi cuello y me quité el saquito que estaba debajo de mi camisa, lo abrí y saqué la platina revestida de plástico; era la platina que contenía una delgada tajada del cerebro de Jennifer. La vieja inspiró profundamente, con un sonido siseante. Se hizo un enorme silencio.

El hombre de la camisa blanca se puso de pie.

–¿Qué es eso? –pregunto Antonio.

–Es la platina de un microscopio. Contiene el fragmento de un cerebro humano.

Arqueó una ceja.,

–¿Por qué lo lleva con usted?

–Yo... un amigo me lo dio.

–Lo lleva como un objeto de poder –dijo él.

–Lo es –dije–. Para mí –Aprendí... más con este cerebro... por el hecho de tenerme en mis manos.

–¿Ve usted el espíritu de ella? ¿Ve cómo ella está adherida a esto?

–No. Pensé que veía...

–Debe hacer las paces con ella. Liberar su espíritu. Ella está preparada. Ha permanecido con usted porque, por medio de usted, podrá descansar en paz. No es su culpa. Los espíritus son atraídos por la luz, como las luciérnagas. Vaya. Vaya al bosque y ofrézcale esto, devuélvaselo y libérela. Ella ya puede marcharse; usted le hará la última curación.

Lo miré con expresión suplicante.

–Lo explicaré a los demás –dijo él–. Regrese cuando haya concluido.

Me puse de pie y experimenté un mareo; apoyé la mano sobre el hombro de Antonio para tranquilizarme.

18 de octubre

Debemos descubrir nuestro propio ritual. Debemos hallar nuestra propia ceremonia, nuestro propio acceso a los reinos de la conciencia, interiores y exteriores.

232

Escribir se ha convertido en parte de mi ritual, y lo llevo a cabo escrupulo-samente aquí, entre los árboles del pequeño bosque junto al rancho del viejo.

Aguardo en la oscuridad.

Jennifer, una mujer a la que nunca conocí, a la que nunca podría conocer, porque no se puede desentrañar la esencia de la vida o del ser, hurgando los huesos de los muertos. No sé cómo has muerto, pero adivino que te llegó el momento en una cama de hospital, mientras los sanos y vivos hacían todo lo posible para retenerte en su mundo.

Jennifer, una mujer a la que nunca conocí, a la que nunca podría conocer, porque no se puede desentrañar la esencia de la vida o del ser hurgando los huesos de los muertos. No sé cómo has muerto, pero adivino que te llegó el

momento en una cama de hospital, mientras los sanos y vivos hacían todo lo posible para retenerte en su mundo.

Puede que hayas sido una persona instruida, pero seguramente la muerte te era desconocida y llegó muy pronto y luchaste contra ella y, si has estado ligada a tu cuerpo físico, al recipiente que te contenía, lo lamento. Lamento que no fuera respetado, que no te ayudaran a liberarte de él antes de que fuera profanado. Así es nuestra tradición.

Ahora estoy seguro de que tu cuerpo ha sido quemado y el sol se ha desprendido de tu carne y sólo queda este fragmento de tejido.

Pero todo cuanto eras continúa siendo, y resulta asombroso que tu espíritu acompañara al último fragmento de carne y hallara su libertad aquí, tan lejos de tu hogar, en medio de estos notables hombres y mujeres.

He roto la platina, he quitado lo que había en su interior y lo he enterrado aquí, al pie de un pino.

Percibo tu presencia.

¿Será éste un punto de referencia para ti?

Gracias por lo que me has enseñado. Atesoraré el conocimiento en mi mente y tu espíritu en mi corazón. Para siempre.

Comienzo a comprender qué es sagrado.

233

Pasé más de una hora allí en el bosque con Jennifer. La luna había pasado entre la Tierra y el Sol. Era un aluna nueva, un cuarto creciente plateado, y la noche estaba muy oscura.

Cuando regresé a la casa, el cuarto estaba lleno de velas. Las ventanas habían sido abiertas, pero no había viento y las velas permanecieron encendidas. El anciano chamán yacía en la cama, en el centro del cuarto, y la vieja entonaba una suave melodía. Me senté en la banqueta, detrás de Antonio, junto a la vieja, a poco más de un metro de distancia del anciano moribundo. Se volvió y me miró fijamente y mi mente quedó en blanco. Luego él tosió levemente y volvió la cabeza hacia otro lado, los ojos dirigidos hacia el cielorraso; luego los cerró.

Detrás de mí sonó el shush-shush de un golpeteo y alguien silbó, como cuando uno silba para llamar a un ave, y comenzó un canto, un cántico en voz baja y esa sencilla canción pareció ser el vehículo que inundó de paz el cuarto. Me incliné

levemente hacia delante y vi que Antonio había cerrado los ojos. El pecho del viejo chamán se elevaba... y caía, y su cuerpo se estremeció. Hubiera deseado tomarle el pulso, pero cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se meciera al ritmo del golpeteo y al canto... Sin esfuerzo alguno, alcancé un estado de serenidad, de armonía perfecta con el canto...

Mucho después abrí los ojos y el pasado reciente me pareció un sueño. Desperté y vi el cuarto, los rostros, el hombre que agonizaba frente a mí. El ritmo era constante. La respiración del anciano, lenta y regular; el golpeteo se producía trece veces durante cada inspiración. Había tiempo para contar las inspiraciones, tiempo para sentir la textura del aire, la energía que contenía, su dulce intensidad. Desde que cerrara los ojos, las velas se habían consumido casi totalmente.

Había éxtasis en el aire, en los rostros de esos hombres y mujeres, en los de los alumnos del viejo; era como un hechizo, tan tangible como el aroma de la primavera en abril.

Entonces Antonio se volvió para mirarme y me di cuenta de que yo había estado mirando fijamente al anciano, viendo cómo su pecho subía y bajaba, contando los trece golpes, respirando con él. Antonio estiró la mano y me tocó la sien derecha con su dedo mayor y luego golpeteó suavemente sobre mi frente. Describió un círculo.

234

—Mire —murmuró—. Mire atentamente.

Dejé de enfocar la mirada y mis ojos se detuvieron en un punto a quince centímetros del pecho del anciano y nuevamente la vi: esta forma intangible, de color violeta... desaparecía... volvía a aparecer; desaparecía cada vez que inhalaba y aparecía cada vez que exhalaba.

La vieja oprimió mi mano izquierda. Me volví y miré su mano oscura y callosa, seca y fría. Cubrí su mano con mi mano derecha y sonrió. Llevó la pipa a sus labios, inhaló y sopló el humo hacia mí: se inclinó y lo sopló desde mi regazo hacia arriba, hasta mi pecho y mi rostro; había algo maravilloso en su rostro y en los movimientos de su cabeza y su cuello, algo tierno y acariciante. Casi erótico.

Puso la pipa entre mis manos; mis palmas transpiraban. El golpeteo cesó y el cuarto se inundó de silencio.

Cuando volví la cabeza, oí el crujido de un cartílago de mi cuello.

Ya no veía el cuerpo de energía; el resplandor había desaparecido. El cuerpo del anciano movió convulsivamente dos veces y suspiró.

Levanté la mirada para observar una esfera luminosa de luz opalescente; haces de luz salían de su frente formando espirales y rodeaban la esfera, que parecía un huevo radiante sostenido por una hélice de luz en espiral. Si la miraba, desaparecía, de modo que fijé la mirada en un sitio vacío. Podía ser percibida, pero no vista.

Entonces Antonio tomó la pipa que yo tenía entre las manos. La había olvidado. Aspiró el humo y el último rescoldo resplandeció y se encendió el tabaco seco. Se puso de pie y sopló humo sobre la frente del muerto y, como por encima de mi visión, vi pulsar la viracocha, que luego estalló en mil puntos luminosos, como la luz que uno ve al cerrar los ojos y oprimir los párpados. Los puntos se dispersaron por el cuarto, dejando estelas de luz a su paso, y parecieron rozar las cabezas de los alumnos del anciano; el golpeteo sonó, shush, y, cuando volví a mirar, la esfera se cernía sobre el centro del cuarto y Antonio estaba de pie, con la nieta, junto al cuerpo del chamán, introduciendo los dedos en un

235

cuenco de hierbas y tocando las chakras del anciano, sus rótulas, las plantas de sus pies, sus codos y sus manos.

Otras manos se apoyaron sobre las mías. Las de la anciana a mi izquierda, las del hombre de la camisa blanca, que estaba a mi derecha. Otros se unieron a Antonio y la nieta; permanecimos de pie, tomados de la mano, y formamos un círculo, y la vieja comenzó a entonar un cántico plañidero. Su voz sonaba como una flauta y reconocí la extraña melodía. La había oído la noche anterior, cuando Antonio la cantó en medio de la noche. Era la canción de los bosques, del altiplano, la canción que convocaba a los espíritus de las hierbas y los pinos, pues, como Antonio explicó luego, las fuerzas elementales de la naturaleza que fueran los animales de poder del viejo, habían sido liberadas. Y vi que la masa de energía, la luz de esa vieja alma, giraba y se disolvía como una gota de color en una copa de agua. Antonio me condujo a la ventana, frotó mi frente, estimuló mi visión y dijo:

–Respire. Respire profundamente y miré; rápido.

Durante un instante los bosques cobraron vida con la misma luz que había visto en la selva; halos radiantes circundaban los árboles con puntos luminosos que parecían luciérnagas volando entre los árboles; las copas de los pinos se mecieron suavemente y su aroma llegó hasta el cuarto, impulsado por la brisa.

Las velas oscilaron y el humo se disipó. El cántico llegó a su fin.

236

13

Cada despedida es un anticipo de la muerte

Schopenhauer

La mañana siguiente a la muerte del anciano chamán, el grupo se regaló con un banquete de yuca frita, frutas, panecillos y alimento de maíz. Había un ambiente festivo y se habló mucho, sobre todo de penurias y enfermedades locales. Antonio me explicó que esas personas habían viajado mucho para estar presentes para el ingreso del viejo en el mundo de espíritu. Me dijo que eran chamanes, curadores y que todos habían recibido las enseñanzas del anciano. Sonrió al ver el estado de ánimo del grupo. Su alegría, dijo, se debía a que sabían que el espíritu de su maestro estaba plenamente con ellos, ahora que se había liberado de los límites de este mundo.

Se armó la mesa del anciano y cada uno de sus alumnos fue hacia ella y

escogió un objeto: un cayado, un cristal, una piedra, antiguos objetos de poder. No hubo discusiones ni indecisiones. Antonio me dijo que, mientras el anciano agonizaba, se les habían repartido determinados objetos. Se les había dicho cuál les correspondía, de acuerdo con el espíritu del chamán.

19 de octubre

Abandonamos la casa alrededor de las once de la mañana.

Hablamos sobre la inmortalidad.

El hecho de que estemos constituidos por materia somática y espiritual es fundamental para la experiencia chamánica. Si, a lo largo de la vida, uno aprende a

237

separarse del cuerpo físico, a sentirse un “ser de luz”, a volar espiritualmente, uno puede morir conscientemente, morir para la carne y nacer para el espíritu, un espíritu al que ya conoce y reclama. Si uno no muere conscientemente, nuestra energía corporal regresa a la “Gran Laguna de la Conciencia”.

Cuando apremie a Antonio para que me explicara cómo era esa Gran Laguna meneó la cabeza. Detesto que lo haga.

–Es una metáfora del mito –dijo–, la expresión poética de un concepto. Déjelo así. Si la imagen no lo satisface, forje su propia imagen, amigo mío, pero no lo haga sobre la base de la experiencia ajena.

–De acuerdo –dije–. ¿Pero esta... individuación del espíritu presupone que, al morir conscientemente, uno mantiene su individualidad después de la muerte?

–¿Individualidad? –preguntó–. Ese es un concepto confuso. Si insiste en reducirlo todo a fórmulas teóricas, será necesario que sea más preciso.

–Maldición. –Me detuve, me quité la mochila y la deje caer al suelo–. Trato de comprender con los medios a los que estoy habituado.

–Si –dijo él–; se encuentra en una situación difícil. Se halla en el camino de la experiencia. Un camino que lo llevará a la comprensión. Está atrapado entre dos mundos, entre un estado de vigilia y un estado de sueño. Ha experimentado el poder, pero aún lo confunde la diferencia entre sus creencias y su experiencia. Pero sus creencias se basan en teorías ajenas.

–La teoría es mas importante –dije–, Por Dios. La teoría nos permite ejercitar la previsión. Es lo que ha conducido a la raza humana hacia el futuro: a pensar de antemano, a proponer posibilidades, a probarlas, a avanzar. El pensamiento neocortical, la lógica, es un hecho, un foro del pensamiento occidental. No puede ser descartado sólo porque otras culturas tratan de explicar el misterio del cosmos desde un ángulo diferente.

238

Además, incluso la ciencia occidental se está acercando al terreno de lo místico. Tome, por ejemplo, la física cuántica...

–¿Que veré? –dijo él.

–Lo que ya sabe. Esa conciencia es un factor determinante de la realidad. El resultado de un acontecimiento recibe la influencia de la observación del acontecimiento. Que un fotón, una luz subatómica, no es una onda ni una partícula. No es ninguna de ellas y es ambas a un tiempo. Es sorprendente. Todo el proceso del método científico occidental se basa en una reducción... –Comencé a enumerar con los dedos–. Tratamos de explicar el funcionamiento del cerebro por medio del estudio de la biología molecular del sistema nervioso central. La biología molecular se estudia en términos de física atómica y la física atómica es el reino de la mecánica cuántica, el principio de incertidumbre: la observación de un acontecimiento ejerce influencia sobre su resultado, la mente del observador determina en gran parte la naturaleza de la realidad.

–Por ende –dijo él. El reduccionismo científico se ha reducido a la conciencia. Los físicos se están convirtiendo en poetas.

–Si. El estudio de la mente humana se convierte inevitablemente en la

conciencia del que estudia.

–Y los nuevos chamanes provendrán del oeste.

–¿Qué?

–Es una visión que tuve en una ocasión –dijo.

Tomó la mochila que estaba en el suelo y me la entrego.

–Ahora –dijo–, en nombre de la teoría, digamos que, después de la muerte, uno no mantiene su individualidad sino la integridad de la conciencia.

Me colgué nuevamente la mochila de los hombros.

–De acuerdo –dije, y continuamos la marcha.

–¿Qué le sugiere eso?

–La inmortalidad.

–¿Y?

–No estoy seguro. Es como el infinito. ¿Cómo se resuelve un concepto semejante de una manera práctica?

239

–¿Cómo se aplica la mecánica cuántica en la vida cotidiana? –Preguntó él, desafiante–. ¿Acaso la teoría cuántica le enseña a caminar sobre la Tierra? ¿A cambiar el clima? ¿A identificarse con el principio creativo, con la naturaleza, con lo divino? ¿Le enseña a vivir cada momento de su existencia como un acto de poder? No. Teoría. Lógica. Conceptualizaciones. Juegos para distraernos con algo que trasciende toda investigación humana y todo pensamiento consciente. –Entonces fue él quien se detuvo y me miró de frente.

–Es a través de la experiencia vital de la muerte que uno se convierte en un guerrero espiritual y se identifica con la fuerza vital. –Me mostró su puño cerrado y recordé el fuego de dos noches atrás–. Mi viejo maestro ha muerto para la carne pero ha mantenido la integridad de su conciencia. Usted, en cambio, ha mantenido la integridad de su cuerpo. Lo ejercita, pero su conciencia se atrofia. El viejo supo la verdad durante casi toda su vida y caminó por la nieve sin dejar huellas. No literalmente, amigo mío, sino míticamente, poéticamente.

Apoyó su mano sobre mi hombro.

–Nuestros cerebros no son relojes de setenta y dos años. No estamos conectados a la Tierra durante un tiempo finito entre el nacimiento y la muerte. Y lo divino no proviene de un sitio que se encuentra allá arriba; existe más allá del

tiempo y el espacio e impregna a la vida. La Tierra es nuestro hogar y, una vez que hemos trascendido el juego de sombras que llamamos realidad biológica y nos hemos identificado con la fuerza divina, comprendemos que no tenemos opción y que debemos convertirnos en guardines de esta Tierra.

–Se volvió y siguió caminando.

–Guardianes de la Tierra –dije y me apresuré para alcanzarlo.

–Es nuestra responsabilidad. Nuestra. –Abrió los brazos, y con el gesto abarcó toda la tierra que nos rodeaba–. Honrarás a tu madre y a tu padre. La madre Tierra y el padre Sol.

La persona de conocimiento no tiene opción.

–¿Y los nuevos chamanes provendrán del oeste?

–Naturalmente –dijo él.

240

20 de octubre

Anoche, después de comer, Antonio sacó de su pequeño morral la vaina de semillas de mimosa. Miré el pequeño bosque de pinos donde habíamos acampado y reconocí; era como el de mis sueños.

Déjà vu.

–¿Se ha imaginado usted esto?

Miré la vaina, seca y arrugada, de diez centímetros de largo, curvada.

–Lo he soñado –dije.

–Lo ha imaginado –dijo él–. Lo hemos imaginado juntos.

–Soñado juntos.

–¿De dónde proviene la imaginación? –preguntó–.

Freud y Jung supusieron que proviene del inconsciente y que el inconsciente nos habla cuando soñamos. Cierra los ojos e imagine. Cierre los ojos y vea cosas. Vea con los ojos cerrados. Sueñe.

–Hemos soñado juntos.

El asintió

–Un chamán suele comenzar una lección a ese nivel fundamental.

–¿Conscientemente? –pregunté.

Inclinó la cabeza, se concentró en el objeto que tenía en la mano y el fuego brilló sobre sus cabellos plateados.

–Esa palabra está comenzando a perder su significado, ¿no es así?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

–No. Aún sé cuando estoy consciente. Lo que ya no puedo definir es la realidad de mi experiencia.

–Los planos de la realidad –dijo él, sin levantar la cabeza– son los niveles de lo posiblemente consciente. Puede deslizarse entre ellos. –Levantó la cabeza y miró–. Voluntariamente.

Se inclinó hacia adelante y colocó la vaina en el fuego. Todavía estaba algo húmeda

241

y, al evaporarse la humedad, se retorció y la superficie arrugada se oscureció antes de encenderse.

–Debe regresar a la selva. Complete su trabajo del oeste.

–He concluido en del sur, ¿verdad?

–No. Nunca se concluye. Recuerde que la Rueda Medicinal es un círculo. Una gran espiral. Ha ingresado en el mundo del mito y se ha enfrentado con elementos de su pasado. Y ha comenzado a desprenderse de la piel racional que usó durante todos estos años. El pasado ya no se aferra tanto a usted y la muerte lo acecha como esos gato.

Dejó de mirarme y me volví para mirar hacia atrás por encima del hombro; sólo vi la oscuridad.

–Y hay un águila que aguarda para devorarlo. Debe regresar junto a Ramón; regresar a la laguna.

Asentí y Antonio meneó la cabeza.

–No se engañe –dijo–. No crea que, cuando se haya reconciliado con su pasado y se haya liberado de la muerte y del temor al futuro, vivirá como un guerrero, que entrará plenamente en su presente como una persona de poder. No se deje atrapar por la simplicidad de esta teoría. El presente no dura. Pasa aún cuando

nos deleitamos con él. Todavía se encuentra en la sombra del misterio.

Es la sombra que usted arroja. Su sombra.

–Pero la persona de poder, de conocimiento, camina por la nieve sin dejar huellas. No tiene sombra.

–Muchos de los que viajan por la Rueda Medicinal son seducidos por su poder. Son pocos los que completan el círculo, los que se comunican con los viejos ancestros y su conocimiento del norte y superan su poder en el este para convertirse en personas de conocimiento, en hijos del sol. –Me sonrió desde el otro lado del fuego–. Y si desea tomar literalmente la metáfora, piense en aquello que no arroja sombra.

-¿Qué es?

242

21 de octubre

El sol es lo único que no arroja sombra.

¿La energía y la conciencia son la misma cosa? La energía del sol es la energía de la vida (y de la materia), una energía que conforma todas las estructuras. Existe una conciencia que constituye la vida en todas sus formas.

Regresamos a Cuzco y reservé un pasaje en el vuelo de la mañana la Pucallpa.

24 de octubre

Vine a Perú para experimentar la ayahuasca y me presentaron a la muerte.
Vine a Perú para hallar un chamán y hallé montones.

Mañana regresaré a la selva, al jardín.

Hace ochenta mil años adquirimos un cerebro pensante, una máquina de razonar que nos apartó de la naturaleza. En un gran salto cuántico el cerebro casi duplicó su tamaño. Pudimos evaluar. Razonar. Pensar. Y la mano de la

naturaleza tomó la mano del ser humano.

Hay una Biblia de los Gedeones en el cajón de la mesa de noche de este cuarto de hotel. “Y Jehová Dios dijo: Mira, el hombre se ha convertido en un ser semejante a nosotros pues sabe distinguir entre el bien y el mal, y ahora sólo le falta tomar también el fruto del árbol de la vida y comerlo y vivir indefinidamente... y Jehová lo expulsó del jardín del Edén para que cultivase la tierra de la que había sido tomado.”

Regreso al jardín para comer el fruto del árbol de la vida eterna.

Hablé con Stephanie. Parecía que hablaba de larga distancia. Debo regresar a Estados Unidos para una edición de último momento de *Reinos de curación*, de modo

243

que me recuperaré de mi estancia en la selva durante el vuelo de regreso a casa. Me reuniré con Antonio en el aeropuerto por la mañana para despedirme de él. ¿Por cuánto tiempo?

Antonio no vino.

Llamé por teléfono a la escuela, pero nadie respondió. Aguardé hasta el último momento y luego abordé el avión bimotor rumbo a Pucallpa. Debía regresar cinco días después. Permanecería un par de horas en Cuzco antes de tomar el avión a Lima, para luego regresar a casa. Seguramente lo vería entonces; tomaría un taxi hasta la escuela y lo vería antes de partir.

Sin embargo, estaba intranquilo. ¿Por qué no había venido? Tenía tantas cosas que decirle.

244

14

Los ojos no son responsables cuando es la mente la que ve.

Pubilius Cirus

Llegue a tiempo para tomar el autobús en el aeropuerto de Pucallpa. A tiempo para permanecer frente al viejo ventilador Westinghouse y beber una cuzqueña en el bar. El barman me reconoció.

Me apeé en el kilómetro sesenta y cuatro y busqué el bananero que señalaba la entrada del camino, pero había crecido tanto que no lo pude identificar y tuve que adivinar.

Había algo en el aire, algo que penetraba incluso la acre pulposidad de la selva. Alto que se había instalado en el claro que rodeaba la casa de Ramón. El estaba allí, de espaldas a mí, inclinado sobre la gruesa y retorcida rama de un árbol que se hallaba en la arena. Cuando Salí de entre los árboles se incorporó, se volvió y vi que tenía un machete en la mano. Permanecimos allí, de pie, inmóviles, mirándonos a nueve metros de distancia. Sonreí y él parpadeó, luego elevó los ojos y echó la cabeza hacia atrás para contemplar el cielo. No hubo ninguna señal de reconocimiento, de sorpresa o de amistad. Sorbió una o dos veces por las narices y

me miró a los ojos.

–¿Qué sucede? –pregunté.

–Se quema –dijo. Meneó la cabeza y miró hacia el suelo.

25 de octubre

En algún lugar lejano del sur, a unos treinta o cuarenta kilómetros hacia el sur, la selva ardía.

245

Los tractores son unidos por cadenas y la selva se desmonta y se quema para crear terrenos de pastoreo para el ganado. Carne para las cadenas alimenticias de Estados Unidos. Y se pierden valiosas especies de exóticas maderas duras.

Ramón, que nunca ha sido un hombre de muchas palabras, está particularmente taciturno. Hay algo sombrío en él.

Está solo y vacilo antes de preguntar por su mujer y su hija. Cuando lo hago, él sólo asiente. “Necesitamos lluvia” dijo, y ahora llueve torrencialmente y la oscuridad es total. Es una lluvia del Antiguo Testamento. ¿Para detener el fuego? ¿Para ahuyentar a los hombres blancos?

¿Cómo se siente? Enfadado, resentido. Me da la bienvenida de mala gana. En alguna parte la selva se quema y un hombre blanco sale de ella y aparece en su casa.

Estoy inquieto. Si mañana esta sensación persiste, me marcharé.

Dormí hasta tarde; cuando desperté ya era casi mediodía. La lluvia había cesado y la selva echaba vapor. Algo se cocía sobre el brasero que estaba sobre el fuego encendido en la arena y Ramón se había marchado.

Caminé sin rumbo fijo y llegué hasta el recodo del pequeño río en el que me

había bañado y escrito mi diario años atrás. Seguí el curso del arroyo, caminando en el agua donde no había orillas, hasta el lugar en que la selva cubría el fango y los bancos de arena. Después de una hora de vagabundeo por el arroyo serpenteante llegué a otro banco, una franja de arena y un camino, y lo recorrí hasta llegar a un claro en la selva en el que había una ruina, una suerte de construcción, quizás un pequeño templo, que se había cubierto de vegetación a lo largo de ochocientos años. En los pulidos bloques de granito los tallos de las lianas habían formado estrías. El roce del tiempo. Parecía una litografía perteneciente a un explorador del siglo XIX. En el centro del claro se veían los restos de un fuego, mojado

246

por la lluvia nocturna. ¿Quién había estado allí? ¿Ramón tal vez?

Me encamine hacia la ruina, atravesando el claro. De pronto concluyó la selva.

Se interrumpió el canto de las cigarras. La aguda cacofonía de aves e insectos, el parloteo y los zumbidos que llenan el aire cálido y palpitan en la atmósfera densa del Amazonas cesaron repentinamente; el último sonido que oí fue el de mis pisadas antes de detenerme para escuchar el silencio.

26 de octubre

Estoy sentado en la arena junto a la laguna. Muere la tarde y contemplo los dos patos que nadan en la superficie. Llegan hasta la orilla opuesta y comen, inclinados hacia delante, con las colas apuntando al cielo, luego hacia atrás, sacudiendo las cabezas para quitarse el agua. Limpian sus picos.

Lugar paradisíaco. A mi alrededor, la selva bulle.

Sh-sh-sh.sh-, ssss.

Puedo cerrar los ojos y dejarme invadir por el sonido, abrirlos y mirar esta pequeña extensión de agua que se ha convertido en un símbolo para mí. Ha adquirido un sentido mitológico, lo he santificado en mi imaginación y lo he

transformado en un lugar de poder, levemente sagrado. Aquí me sucedieron cosas mágicas; existe en mi mente; es un sitio apropiado para visitar al atardecer.

¿Un paisaje de mi imaginación, de mi conciencia?

Pero ahora estoy aquí. Realmente aquí.

Un pensamiento racional.

Estoy aquí, escribiendo.

Una idea conceptual.

Pero ahora estoy realmente aquí.

Mientras escribo esto.

Puedo existir aquí durante un momento, tener conciencia de que estoy aquí; por lo tanto, el hecho de escribir sobre ello reafirma esa realidad.

247

Debo aclarar algo que tiene que ver con la diferencia que hay entre la filosofía libresca, que comprendemos con nuestra mente pensante, y la filosofía aplicada, la experiencia directa. La experiencia de lo abstracto se produce en un sitio diferente. Quizás porque la experiencia involucra a todo nuestro cerebro, nuestro cuerpo, nuestra conciencia, y no sólo aquella parte, aquella fracción, que empleamos para pensar.

Pero, ¿Quién vive la experiencia directa? ¿Una élite?

Hombres y mujeres han tratado de conocer el misterio que es el tema central del mito y la religión y, por intermedio de ellos, la humanidad toda experimenta el espíritu a través de otros. Los héroes. La diferencia entre experiencia y fe.

Sin duda. Y, a través de Buda y Cristo, de Mahoma y Alce Negro, pueden haber conocido lo divino, haber experimentado el poder y haberse perdido en la corriente de conciencia que forma la vida; la experiencia común se ha perdido al relatarla, o más bien, ante la imposición de relatarla; y las experiencias y el conocimiento que deberían unir a la humanidad han dividido al mundo porque una experiencia común ha sido relatada de distintas maneras.

Lugares sagrados.

Hay un lugar en la selva. A un ahora de aquí. Algo me atemorizó allí.

Algo...

Regresaré allí, aunque la idea me asuste. Temor. Para eso he venido.
Creo que...

-¿Ha comido?

No le había oído llegar, pero estaba a mi lado. Se sentó junto a mí en la arena.
Cerré el diario y respondí que no. Asintió y miró hacia el otro lado de la laguna.

-Es usted bienvenido -dijo.

-Gracias -dije-. No estaba seguro de...

-Meneó la cabeza.

-Ellos... -dijo, mirando hacia el sur- no ven -dijo lentamente- la
naturaleza... -me miró a los ojos- de las cosas

248

Más tarde

La naturaleza de las cosas.

Ramón es un hombre de pocas palabras.

-Un águila lo persigue.

Me volví para mirarlo.

-Si -dije-. Lo... lamento.

Frunció el ceño.

-¿Lo lamenta?

-Su hija...

-Ladeó la cabeza y me miró de soslayo.

-Se sintió honrada -dijo él- meneó la cabeza y casi sonrió.

-¿Honrada? Pero el águila... -Me puse de pie, de espaldas a la laguna-. ¿No
envió usted el águila?

-No -dijo sencillamente.

-Pero me dijeron, y... siento que no es mía.

-No lo es -dijo él-. Es de un hombre de gran poder. Un hombre del norte. El
hombre con el que usted trabajó.

–¿Antonio?

Se encogió de hombros y asintió con un gesto de la cabeza.

–El me dijo que usted la había enviado.

Ramón abrió mucho los ojos. Rió secamente y meneó la cabeza como si quisiera borrar la sonrisa que pugnaba por asomarse a sus labios. Se puso de pie y fue hacia el brasero. Removió los rescoldos y fue la única vez que le vi reír. Doblado en dos, con las manos sobre las rodillas. Aparentemente, era lo más cómico que había oído en su vida.

–Pasé la tarde con Ramón y observé cómo preparaba la ayahuasca, cortando y mezclando plantas, raíces y hierbas.

–Regrese a ese lugar –dijo, cuando el sol comenzó a ponerse en la selva.

–¿Qué lugar?

249

–El lugar donde estaba.

–¿Esta mañana?

Asintió.

–¿Qué debo hacer allí?

–Permanecer sentado. –Vertió el brebaje en un cuenco de madera y fui tras él hasta el árbol chihuahuaco hueco. Colocó el yagé en el hueco—. Prepárese. Convoque sus poderes. Mañana por la noche beberemos el yagé. Regrese cuando esté preparado.

Qué vívidas son las sensaciones de esa noche. Volví sobre mis pasos junto a la orilla del río, crucé el agua y tomé el camino cuando ya se había puesto el sol y las sombras de la selva se disolvían en la noche. Mis ojos se adaptaron lentamente a la oscuridad y fui hasta el claro donde estaban las ruinas, que semejaban una amenazante figura negra, pues la luna aún no había ascendido.

Me invadió el temor que había experimentado durante el día. Mi sexto sentido me ocasionaba un temor tan denso como el aire que me rodeaba. Recuerdo haber olisqueado el dorso de mi mano, mi antebrazo sudoroso. ¿Estaba oliendo el temor? El sonido típico de la selva nocturna, con sus sonidos bien diferenciados, vibrato, staccato, el largo siseo triple. Lo único que había entre mí y la oscuridad, y lo que pudiera ocultarse en ella, era la ropa que llevaba puesta.

Perdí el temor entregándome a él, ofreciéndome a él, quitándome la ropa con

manos torpes y temblorosas, y...

¿Qué estoy haciendo?

Sólo, de pie y desnudo en medio del Amazonas. Temblando en el calor, indefenso en la oscuridad claustrofóbica, el olor de mi miedo, el sudor, el hedor del repelente de mosquitos que emana del claro en la selva.

Pero creo que esa sensación de estupidez, esa humillación peculiar, fue un síntoma de mi temor, algo que lo reemplazaba. Mis ojos miraron hacia todas partes. Apareció la luna y comencé a distinguir cosas en la periferia de mi visión: los distintos matices de la oscuridad.

Me senté sobre la camisa y cerré los ojos y medité sobre los sonidos. Traté de distinguir las aves de los insectos, los chillidos lejanos de las cigarras cercanas...

250

Si uno mira fijamente a un violinista de una orquesta sinfónica, casi puede separar el sonido de ese instrumento en particular del resto, de modo que inspiré profundamente y conjuré imágenes, visualizaciones de las criaturas de la selva; me concentré en su sonidos: el tick-tick-tick de un escarabajo con cuernos, el cloqueo del ararauna a lo lejos... muy lejos... y el plaf de una gota de agua sobre una gigantesca y verde hoja de palma... Filtrar los sonidos y oír cómo el resto se disipa en la oscuridad... se silencia.

Y mi respiración. Los latidos de mi corazón. Cada vez más acelerados. El roce de las hojas y las lianas contra el suelo.

Me movía. Y respiraba.

Y podía olerme a mí mismo, más allá de la maraña húmeda de la selva.

Me movía como una sombra.

Sentado, sudado, desnudo a la luz de la luna.



Esa noche dormí allí. Desperté y el recuerdo del gato, el recuerdo de mí mismo, me hizo poner de pie. Me puse los pantalones, me até la camisa alrededor de la cintura y tomé el camino que iba hacia el río.

Me lavé en el agua, seguí el curso del arroyo, como si fuese el hilo de Ariadna, para salir del laberinto de la selva, y regresé a la casa de Ramón.



Comienza con un sonido.

Yazgo de espaldas sobre la arena, cerca del brasero, a seis metros del agua. El aire era cálido y húmedo. Lo mosquitos zumbaban cerca de las velas encendidas, clavadas en la

251

arena. Sobre mí flotaba el humo de la pipa de Ramón. Un humo sofocante, mezclado con la humedad del aire. Denso.

Me sentía muy bien. Había pasado el día ayunando, sentado junto al recodo del río. Escribí, repase, reviví el pasado reciente. Incluso me había desnudado y lavado mis chakras en el agua que fluía por la laguna y el recodo; me había frotado el cuerpo con las hojas que, según Ramón, ahuyentaban a los mosquitos.

Había hecho el inventario de mis sentimientos y pensamientos. Para cada uno de ellos había escogido un objeto: mi curiosidad clínica (¿sería el ritual de esta noche una repetición de lo sucedido en la primera?) era un triángulo de papel arrancado de una página de mi diario; la seguridad que sentía ,el coraje con que enfrenté la oscuridad y el jaguar de la noche anterior, era una afilada astilla de madera; mis expectativas, mi deseo de tener una experiencia trascendental, era una trenza que hice con tres tiras de palmera; mi confianza en el regreso, en que iría mas allá del momento cercano a la muerte y regresaría a la vida, era una hoja de cinco puntas, semejante a una mano. Coloqué cada uno de esos objetos en el arroyo como ofrendas arrojadas al fuego.

Los contemplé mientras se alejaron, flotando en el agua. La hoja de cinco puntas rozó el borde de la orilla y giro 360 grados antes de desaparecer por el recodo.

Allí, sobre la arena, experimenté mi potencia, aunque me asaltaron dudas acerca de mi preparación. Debía separar mi deseo de servir ese ritual, de la

experiencia en sí. Ramón había hecho un gesto de satisfacción al entregarme la copa de yagé y volvió a soplar humo sobre mí. ¿Habría percibido mi fuerza?

Miré las estrellas y recordé el momento en que la luz había iluminado el cielorraso de la choza de Ramón y había abierto sus fauces para devorarme. Eso había sucedido mucho tiempo atrás. ¿De qué manera sería esto diferente?

¿Esto? ¿Qué?

Aguarda. Lo aguardo. Las estrellas están en su sitio. La luna llena ilumina el claro, tal como debe ser. Ramón ha danzado en círculo sobre la arena y me ha limpiado con tabaco y

252

hemos fumado y he bebido la ayahuasca y sólo experimento la inquietud que me provoca mi memoria asociativa; el resabio amargo del yagé y el recuerdo de la náusea que ahora no siento. Esta vez. Deja de comparar. De esperar. Reviste el momento sólo con tu presencia.

Mírate. Estás sentado. Miras a Ramón como si le preguntaras si todo está bien. ¿Qué me sucede? ¿Me sucede algo? Acuéstate. Acuéstate de espaldas. Pero los ojos de Ramón... es un hechicero. Mira esos ojos. No es solamente un chamán, un maestro del oeste, un jardinero de ese Edén. Es un malabarista. Podría hacer cualquier cosa conmigo.

¿Sabes qué pienso?

El asiente, su cabeza se inclina hacia delante; mira. Hacia abajo. La serpiente se estiró frente a mí. La serpiente manchada de gris por la luz de la luna, abre sus fauces entre mis piernas.

Comienza con un sonido.

Es como una catarata. Agua que cae hacia la Tierra. Una gran cascada que ruge, agua brumosa...

Empleo las dos manos para tomar a la serpiente por debajo de sus mandíbulas; veo su lengua bífida cuando abre la boca revestida por una membrana rosada. Te conozco.

Toda la garganta, todo músculo, se desliza entre mis manos; las escamas rozan

mis palmas y mis dedos.

–No puedes conquistarme como conquistas a las mujeres. No puedes dominarme como te dominas a ti mismo.

La enorme cabeza se mueve hacia adelante y hacia atrás entre mis manos. Hacia adelante y hacia atrás, al ritmo del cántico que entona Ramón. El encantador de serpientes canturrea Satchamama, serpiente, espíritu del lago Yarinacocha, protector del jardín, dador de fruto del árbol del conocimiento. Arquetipo enroscado de mi pierna, deslizándose hacia mí. Mi pantalón se enrolla, empujado por las escamas.

El suelo y la cabeza caen contra mi estómago con un golpe repugnante. Pasa sobre mí para que pueda eliminar esta horrible sensación que tengo en el estómago.

253

Selva blanca y negra. *Film noir*. Luz de luna. Ramón me detiene junto a los árboles.

–No aquí.

Su dedo señala la arena; caigo de bruces y vomito; el vómito surge como un rugido desde mi estómago y un salvaje grito primario retumba contra el muro del follaje, formando cien voces que a su vez me gritan: Ramón me echa humo, acercándose y transmitiéndome su fuerza, su cuerpo canta; el sonido es como una vibración que comienza en su interior, un canturreo de color verde y violeta.

Y estoy de pie y la selva gira a mí alrededor, húmeda, repulsiva. Los árboles, la maleza, las lianas, las hojas, ahora verdes y luminosas, se licuan y corren formando riachuelos que llegan hasta la laguna.

La selva fluida corre por la arena y forma riachuelos que van hacia la laguna y yo la contemplo, de pie, hasta que...

Sólo existe la laguna; el agua sube a medida que la selva entra en ella. El agua sube y rodea mis tobillos; es cálida y estimulante. Hundo la mano en su fosforescencia y el agua se cristaliza en la punta de mis dedos, de los que caen gotas de arena y camino hacia abajo, hacia del desierto sumergido debajo del agua.

Allí, debajo de la superficie, el cielo es una telaraña, una arquitectura sagrada

de estrellas entrelazadas por hebras de luz cristalina; en cada cruce una estrella, cada estrella es la intersección de cada hebra, las estrellas están conectadas entre sí; cada una de ellas es un espejo que refleja el todo, la trama del universo, una filigrana tridimensional, y sé que he viajado por ese camino infinito; cada coyuntura es un acto de poder, de elección, que me conduce hacia el siguiente... todas son posibilidades infinitas.

Inmerso. Seducido. Por esta criatura, esta mujer sagrada, esta madona esencial y sensual que está frente a mí, que ahora me da la espalda, ataviada con un manto de plumas con ojos, mil plumas de color castaño, las plumas de un búho, manchadas de plata; de pie, fuera de mi alcance, mira hacia otro lado, volviendo lentamente la cabeza cubierta por un velo hecho con la tela de este cielo. Trato de arrancárselo pero mis dedos rozan el aire a

254

pocos milímetros de su rostro

—¿Cuántas veces debo llamarte para que vengas a mí, hijo mío?

Muévete. Más cerca. Ella está quieta. Otro pasó más. Extiende tu mano, pero no. Estoy a punto de ver el rostro que se oculta detrás del velo, un rostro que ríe con una risa dulcemente musical; el gozo me desborda y caigo de rodillas sobre la arena. Nuevamente en la arena; la telaraña del cielo se ha roto, se ha hecho trizas. Algo se mueve entre el cielo y yo.

Otra vez el águila de alas desplegadas que chillaba mientras vuela hacia mí en la noche y borra su arquitectura pero, ¿para qué? No te alimentas de carroña y esta carne está muerta, fría. La lividez se ha apoderado de ella y la sangre ya no fluye y se estanca en las venas y arterias en los capilares y en las cavidades de mi espalda. Estoy tendido de espaldas, mortificando mi carne, ya muerto; alimento de moscas y cóndores, de gusanos y hormigas. Me desmembraré y seré llevado, pedazo por pedazo; ¿por qué te tomas las molestias y por qué te alejas tan rápidamente?

Veo al gato que se aproxima; el águila se aleja volando en la oscuridad.

Puedo tener tres pensamientos simultáneamente; tres. Puedo ver una infinidad de cosas al mismo tiempo, porque el tiempo es como ese cielo, no tiene fin ni

principio, y cada instante es el reflejo de otro. Y la visión no requiere tiempo.

—¿Dónde está ella? ¿Y qué fue lo que dijo...?

Los rayos del sol me iluminan; perforan la oscuridad, dibujan un espectro de colores sobre la planicie del desierto, atraviesan la noche desde un túnel en el horizonte sin árboles y por ese camino de luz camina resueltamente el jaguar. Fluidez poética, movimiento inexorable, tan negro que no puedo ver su contorno, su contorno, su musculatura, debajo del pelo renegrido; pero está allí. Cuando el sol que proviene del túnel lo toca, el pelo negro lanza destellos dorados. Brilla.

Me olisquea; huele la carne mortificada que ya no me pertenece y, satisfecho, vuelve hacia la luz y lo sigo. Nos movemos juntos, como antes, como si fuéramos uno, hacia la fuente de luz. Me vuelvo y miro hacia atrás mientras avanzamos, pero ya estamos en el

255

túnel y el desierto se esfuma en un juego de colores.

Jamás regresaré. La luz se cierra detrás de mí y sé que nunca volveré, que el momento de la muerte ya ha pasado. Ha pasado sin una palabra; nunca se anunció. Sin esfuerzo. Una revelación. Eso fue la muerte. En algún sitio, allá atrás. ¿He muerto?

¿Expiré?

—¿Morí conscientemente?

Voces

El coro comienza. Me canta con una sola voz. Los muertos. Lo conocido. Aquí la humanidad habla en muchos idiomas con una voz.

Bienvenido

Éxtasis.

Allí, allí está la luz. Brillante, más brillante, brillantísima. ¿Parpadeo? No tengo reflejos. Que gracioso. No es extraño, es gracioso. No puedo parpadear pues no tengo ojos, y me reiría, pero no tengo lengua y mi risa es mi última alegría.

Una exaltación surge de mi interior y se expande. Llena el universo... se extiende... incluye todo cuanto...

Puedo ver el tiempo. Puedo sentir el tiempo, tomar cualquier camino, cabalgar

sobre las ondas expansivas de esta explosión cuyo centro es la luz.

Descubrir que el futuro no está más adelante y que el pasado no está detrás. Nunca lo supe. Creía que el tiempo...

Era... ¿Qué? ¿Lo supe alguna vez?

No puedo recordarlo. Recuerdos. ¿Recuerdos?

¿Cuándo exhalé mi último suspiro? ¿Cuándo sucede?

Perdido. Estoy perdido en los lejanos ecos de la luz. Que ahora se contraen.

Los ecos se contraen. Desde allá hasta aquí. Todo lo que se expande se contrae, se derrumba. Y la Dama está allí, envuelta en su manto de plumas. Su cabeza gira suavemente; un gato, un búho.

Jamás olvidaré su rostro, porque nunca pude recordarlo después.

Los ojos detrás del velo. Las pupilas dilatadas... todo lo que se expende... se contrae;

256

la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta; el nacimiento extático.

Ella suspira y me duele el corazón, me duele el pecho.

Respira.

Jadeo cuando mi rostro emerge de la superficie; mis ojos están llenos del agua de la laguna. Inhalo un grito. Respiro por primera vez.

No recuerdo qué sucedió después.



Oí un grito. Desperté atemorizado por el sonido; lo oí transformarse en un aullido, un largo aullido que retumbó a lo lejos. Viví el momento plenamente. Supe que había viajado, que por la noche había participado en un ritual y que estaba despierto, de espaldas, en el pequeño cuarto con tejado de paja donde me recuperaría.

Una pesada quietud impregnaba la noche; la humedad, suspendida en el aire, aguarda la lluvia, otra vez. A lo lejos. Horrible. Retumba en la quietud. Llama en la oscuridad. La selva escuchó el sonido conmigo, no era tan lejano como me había parecido...

Me puse de pie; desnudo, recorrí rápidamente la casa. Fui porque debía hacerlo. Me moví sin pesar, luego me detuve al sentir que mis pies se hundían en la arena a orillas de la laguna. Tenía el machete de Ramón en la mano derecha eso me detuvo.

¿Soñaba? No.

Allí estaba Ramón, todavía fumaba su pipa. Una vela clavada en la arena iluminada su perfil; intuyó mi presencia.

De pie, al borde de la laguna, frente al claro entre los árboles que señalaba el camino hacia el recodo del río. ¿Plenamente consciente? Dios mío, sí. En un instante y en plena armonía. Miré mi cuerpo que brillaba en el aire líquido. Mi pecho se henchía.

257

Era un gato que gritaba en la noche, en el camino del recodo del río. Lo sabía. Lo había sabido durante todo el tiempo. Entonces el aire se movió y sopló hacia mí; era la brisa suave que precedía a la lluvia, trayéndome el olor del animal. Percibí el olor y lo seguí. Entré en la jungla

Agazapado, avancé rápidamente por el camino. Tras el olor y el gemido agorero. Ahora me toca a mí.

Persigo al gato. ¿Sabe él que hay un poder que lo persigue?

Voy a su encuentro. Voy a matarlo. Quizás . Yo no lo sabía. Sabía que nunca nada había sido tan importante.

Y sabía que mi olor, mi olor del siglo XX, estaba adelante y detrás, y percibí que la selva retrocedía, perdía la confianza en sí misma. Contuve el aliento mientras avancé en medio de algo semejante al silencio, hacia el recodo del río.

Cuando ya casi estaba allí, abandoné el camino. Ahora la ventaja era mía. Entré en el río, camine cautelosamente por el agua, sin dejar huellas en el sedimento que había debajo de la superficie.

Estaba allí, sobre la arena plateada, gritando, estirándose, retorciéndose en un

éxtasis de lujuria, negro como el ébano, de un lado hacia el otro, aullando, disfrutando de sí mismo en la arena. Gimiendo. Quejándose. Algo semejante al sexo.

No sé qué hacía. Sé que permanecí allí, desnudo, metido en el agua hasta las rodillas, con el machete de Ramón en la mano, que el corazón me latía con fuerza que la sangre subía a mi cabeza. Una brisa más fresca rozó mi espalda.

El viento había cambiado

El cielo retumbó. En cualquier momento...

El jaguar se revolcó en la arena sobre la panza y de pronto se levantó, arqueó el lomo quedó inmobilizado en actitud agazapada, las patas hundidas en el suelo, completamente quieto. Entonces retorció su larga cola. Una vez. Dos veces. Reflejo. Sus ojos eran amarillos, grandes y enfocaban perfectamente. Nos separaba una distancia de cinco metros, nos miramos fijamente, cada uno reflejado en los ojos del otro.

Levanté la mano, y estiré en el espacio que nos separaba. Un estremecimiento sacudió

258

al animal y erizó su pelo desde la cabeza hasta los cuartos traseros. Echó las orejas hacia atrás.

La arena se desliza sobre el agua. El jaguar salta aceleradamente hacia un lado, corre entre las hojas hacia la verde oscuridad de la jungla. Ha desaparecido.

Aguarda. No te vayas...

La brisa que llevó mi olor hasta él me conduce por el agua hasta la arena. Me dejo caer de rodillas y toco las marcas, los huecos de su cuerpo en la arena, las marcas de sus arañazos. Deslizo un dedo por las arrugas de la arena y caen pequeños granos por el declive, empujados por mi dedo. Me llevo el dedo a la nariz y percibo su olor felino. Apóyate, más cerca. Mis manos siguen las huellas, mis dedos se clavan firmemente en la arena...

El cielo retumba.

Me estiro. Sobre la panza. Me revuelco en la arena, que frota mi pecho, mi lomo, mi espalda. Mis piernas avanzan por la arena. Aspiro el olor con desesperación, no lo huelo, lo respiro. Rápido. Más rápido. Hay una agitación en mi vientre. Al respirar con tanta rapidez, las inspiraciones son cortas y jadeantes.

Stephanie...

Aparece como un pensamiento. Me revuelco sobre la espalda y cierro los ojos y paso las manos por mi cuerpo, por la capa de arena que se adhiere a él.

Respirar ocupa todos mis pensamientos y avanzo por el vestíbulo. El gato avanza resueltamente por el corto vestíbulo; es la visión de una noche en blanco y negro. Me deslizo en el cuarto sin ser visto; huelo el sudor y a Stephanie y oigo su respiración agitada.

Stephanie y...

Stephanie gruñe, suspira, se yergue contra el hombre. Me detengo, cerca del suelo, sobre la alfombra persa. Arriba. Silenciosamente. Traicioneramente. Salto sobre la cómoda. Las sabanas rosadas están enroscadas y apiladas al pie de la cama y una almohada ha caído al suelo. La espalda de su amante es ancha y lampiña y su cabeza se mueve hacia atrás y hacia delante a medida que entra y sale de ella. No lo conozco.

259

La furia me invade, una furia que yacía dormida en mi vientre, pero que ahora sube hasta mi pecho, mi cabeza; siento un vacío en el estómago, pero la adrenalina me estimula y mi cuerpo se eriza. Mi labio superior se contrae sobre los dientes. Soy mortal.

Mátalo.

Puedo hacerlo. Puedo destriparlos a ambos, dejarlos tendidos en medio de su propia sangre.

Aguarda. Baja de la cómoda hasta la alfombra persa. Muévete lentamente hasta llegar al lado de la cama.

¿Te reconoceré? Con tu rostro tenso, tus tendones tirantes, los labios entreabiertos que dejan ver tus dientes en el momento en que terminas sobre ella. Despeinado, con los cabellos pegados a la frente a causa del sudor, te ves estúpido.

¿Te recordaré y recordaré mis náuseas? ¿El vacío dejado por la infidelidad de Stephanie, la ira criminal que reprimo?

Mi grito se pierde en medio de la lluvia torrencial.

Última imagen: Stephanie que lo empuja y se sienta, alarmada.

–¿Qué sucede? –dice él.

Ella menea la cabeza.

–Nada. No es... nada.

Pero sabe que no es verdad.

260

15

En todo reconocimiento místico existe una experiencia esencial. Se muere para la carne y se nace para el espíritu. Uno se identifica con la conciencia y la vida, de las cuales el cuerpo es tan sólo el vehículo. Se muere para el vehículo y uno se identifica en su conciencia con aquello que el vehículo transporta. Eso es Dios.

Joseph Campbell

Llueve. El agua cae torrencialmente en el río y azota la selva. Horada la arena con marcas de viruela. Apoyado sobre las manos y los pies, la lluvia me golpea. Sollozo.

Cuando Salí de la selva, empapado, desnudo, con los ojos desorbitados y temblando, vi a un extraño. Una indígena de edad madura que llevaba una camisa de mangas cortas y viejos pantalones vaqueros, un sombrero de paja que chorreaba agua; arrastraba una parihuela por el claro, en dirección a la casa. Cuando me vio, quedó inmóvil, se agachó, la dejó sobre la arena y se persignó. La parihuela estaba llena de

hojas de bananero que, mojadas por la lluvia, brillaban como si fueran de cera.

Ramón apareció en la galería de madera. Me miró y luego bajó a la arena y, bajo la lluvia, se dirigió hasta donde estaba el hombre. Hablaron durante unos instantes y Ramón le ayudó a llevar la parihuela al interior de la casa. En la puerta, se volvió para mirarme, inclinó la cabeza hacia un lado y lo seguí; fui a mi cuarto y me puse un par de pantaloncitos cortos.

28 octubre

Es de mañana temprano. El sol no ha salido; el día está gris. La lluvia ha cesado. ¿La ha hecho cesar Ramón?

261

¿Creeré en todo esto cuando lo lea?

Mi mente está lúcida, mis percepciones son agudas.

Estoy sentado en el borde de la galería, con los pies apoyados en la arena.

Debería estar dormido. Debería estar muerto, pero nunca me sentí tan vivo. En armonía con el momento, sensible a las sutilezas de la mañana.

Sé que se está de disipando el efecto de la ayahuasca y lo sé porque nada de lo sucedido anoche parece tan importante como el drama del que soy testigo mientras escribo esto.

Hay aquí un indígena con un niño; supongo que es su hijo. El niño ha sido mordido por una serpiente, una víbora de la selva. Está inconsciente y afiebrado.

Ramón ha encendido un fuego en la arena y el niño está acostado sobre la camilla que su padre usó para traerlo hasta aquí, quién sabe de dónde.

Ramón continúa su trabajo, arrodillado junto al niño, al lado del fuego; trabaja con su espíritu; pasa sus manos por encima del niño, levantando el aire, desprendiendo la energía de su cuerpo y elevándola por encima de él.

¿Cómo describirlo?

Comenzó por soplar humo sobre los chakras del niño, canturreó y separó el espíritu del cuerpo. Ahora lo está curando. Nunca había visto a Ramón así. Su rostro está ojeroso y sereno. Se concentra como si estuviera en estado de trance y sus manos dibujan el contorno del espíritu que se encuentra frente a él.

Ahora toca la frente del niño con la palma de su mano.

Cierra el puño y lo desliza a lo largo del cuerpo del niño. Más humo de pipa.

Habla con el padre, que permanece estupefacto y temeroso junto a él. El padre ansioso. Vuelve a hablar y el tono de su voz es agudo. El hombre sale del aturdimiento y trata de desatar el nudo de un saco de tela sucia.

262

Ramón se lo quita de las manos y lo abre. Introduce la mano y saca la serpiente, de un metro veinte de largo y con manchas. Está muerta. La cabeza está deformada y sangrienta; destrozada por los golpes recibidos.

Lleva la serpiente hasta el borde de la selva y se pone de rodillas sobre la arena, extiende el cuerpo de la serpiente frente a él. Cura a la serpiente. Desliza las manos sobre su cuerpo y sacude las muñecas en dirección a los árboles y emite un agudo sonido por la boca. Manipula el cuerpo con reverencia.

Un objeto sagrado.

Nuevamente junto al niño, Ramón corta la cabeza de la serpiente con un largo cuchillo. Creo que dejé su machete en algún lugar, río abajo.

Apoya la cabeza del animal contra la pierna del niño.

La ata con una hoja de palmera, otra hoja, y otra hoja de palmera. Se inclina y murmura junto al oído del niño y el paciente se queja.

Estoy en otro mundo. He hecho lo que he venido a hacer y he descubierto que debo hacer aún más. Me espera toda una vida de trabajo.

Dormí durante todo ese día y la noche siguiente. Fue el sueño más profundo que haya tenido. Un vacío sin sueños. Es extraño cómo me abandono sin temor al sueño, libero mi conciencia de las preocupaciones de la vida, me abandono a algo semejante a la muerte, permito que mi cuerpo yazga dormido y mi mente vague sin rumbo. En todo caso, perdí un día y una noche. Sólo recuerdo el momento en que desperté.

El niño se recuperaba. La fiebre había bajado y estaba comiendo. Su padre me dijo que la mordedura solía ser fatal y que don Ramón era un hechicero.

Tengo motivos para creer que el niño se recuperó, que él y la criatura que estuvo a punto de matarlo fueron curados, que se restableció una suerte de equilibrio, que Ramón llegó a un acuerdo con la naturaleza.

263

Pero ¿Quién puede saberlo? ¿Cómo probar esas cosas?

Al día siguiente regresé a Cuzco.

30 de octubre

Aerotransportado

Voy rumbo a Cuzco. Me invade la ansiedad que provoca el descubrimiento. Estoy a punto de comprender algo fundamental pero debo ser cauteloso para no interpretar intelectualmente mis sensaciones. Para no elaborar una prolija teoría.

Desde esta altura contemplo la selva, allá abajo, y percibo mi afinidad con ese sitio, con toda ella, con el poder esencial de la naturaleza.

Sé que, al enfrentarme con la muerte, murió también mi conciencia racional, murieron el ego y la lógica.

Las cosas ya nunca volverán a ser como antes...

Quizás debiera decir algunas palabras sobre este cadáver antes de

arrojarlo al mar. Ese cuerpo que dejé tendido en la arena de aquel desierto en el fondo de la laguna, cubierto por una mortaja hecha con tela del cielo. Podrá ser quemado en un pira funeraria o enterrado; no importa, nada se habrá perdido, porque es tan sólo una forma de energía, una interpretación de la conciencia que, durante un tiempo, cumplió una finalidad.

Estoy confuso. No me importa nada porque estoy emocionado ante esta nueva forma de conocimiento. Me siento como un niño. He muerto para la carne y he nacido para el mundo del espíritu; soy una criatura.

La selva se desliza allá abajo y se aleja hacia el sudoeste. Aquí es donde comenzó y comienza la evolución; es algo que continúa indefinidamente. El jardín no nos fue arrebatado. Lo abandonamos, le volvimos la espalda. Cortamos el cordón umbilical.

264

No puedo escribir con la prisa con que desearía hacerlo.

Organízate. Comprende lo mejor que puedas, porque debes transmitir lo que has experimentado. Hacerlo comprensible.

Hombre primitivo. Con cerebro límbico y reptil, viviendo en un medio hostil, inseparable de los árboles, las rocas, los animales, la luz del sol. No había diferenciación; su cerebro era incapaz de establecer una diferencia entre él mismo y lo demás. No existía la dualidad, la evaluación sujeto/objeto. Esto y aquello.

La Tierra era un jardín de unidad atemporal, porque nadie podía experimentarla de otra manera. El y la naturaleza eran literalmente una cosa.

Luego, la neocorteza. La conciencia autoreflexiva la capacidad de tener conciencia de uno mismo. La razón.

Yo y tú. Aparece la dualidad, se distingue esto de aquello el sujeto del objeto.

El ser humano pudo separarse de la naturaleza, apartarse de las plantas, los animales y evaluar su experiencia de la influencia de la naturaleza.

Autorreflexión.

Comimos del árbol del conocimiento del bien y del mal y nos fuimos al

Este del Edén. Perdimos nuestro vínculo con la naturaleza. Perdimos el vínculo con nosotros mismos, como parte integrante de la naturaleza. Perdimos nuestro vínculo con la divinidad.

La revolución cartesiana: pienso, luego existo. La conciencia pasa de la experiencia a una concepción intelectual de la experiencia. Separación. Un cerebro que razona, un cerebro del lenguaje y la definición, defendido por gruesos muros de lógica de las visiones que no podíamos explicar. Se conciben leyes, se las escribe y programa en la tábula rasa de la neocorteza; leyes que explican aquello que elegimos ver, mitos y religiones que nos guían y dan respuesta a aquello que no las tiene.

265

¿Simplemente perdimos nuestra visión? ¿Perdimos la capacidad de acceder a lo divino que hay en la naturaleza, en nosotros mismos?

Aquí estamos los occidentales; hemos nacido con la carga de la desconexión con Dios; nuestro destino nos condena a una búsqueda incesante de hechos, respuestas, una estructura lógica en la cual ubicarlos. Hemos limitado las dimensiones del ser humano. Pero la naturaleza aguanta. Allá abajo, en la selva. En mi interior, he estado allí.

Si la conciencia es energía y nuestra energía proviene de la misma fuente (aquella que no arroja sombra), si todos tenemos el mismo origen biológico, ¿qué hay de sorprendente en el hecho de que exista un nivel de conciencia común a todas las cosas? ¿En el hecho de que un individuo pueda aprender a acceder a esos planos no conscientes, entrar en ellos y conectarse con la realidad a nivel profundo? ¿Desprender el cuerpo espiritual del biológico y curarlos? Llegar a la maldita fuente.

La energía solar que llega a la Tierra fluye en mi interior, como la sangre que corre por mis venas, proveniente de mi madre y mi padre.

La energía, la conciencia, la divinidad.

Este es el mensaje del mito cristiano.

El credo budista.

La Cábala. Las Upanishads.

El principio subyacente del mito y la religión. Principios que alguna vez comprendí; en los que tuve fe.

Pero la fe no tiene sentido y los rostros de Dios se interponen entre nosotros y la experiencia de lo divino.

Necesito ver a Antonio, pues he comenzado a comprenderlo.

Nunca vi a Antonio.

Era un viernes por la tarde y me dijeron que se había marchado temprano.

266

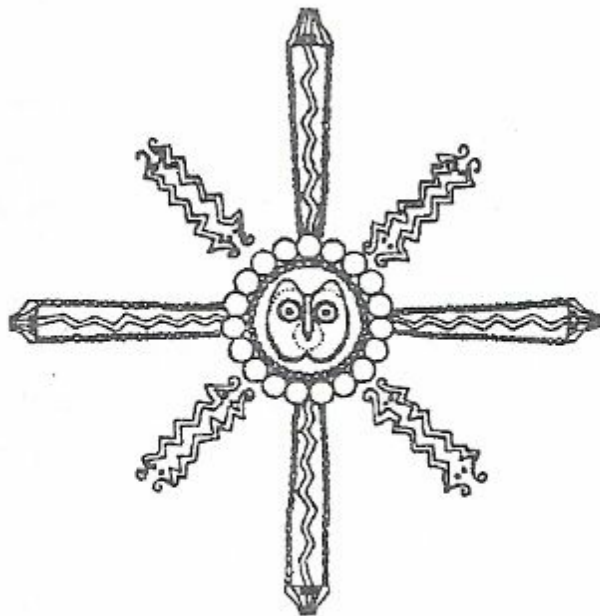
No estaba en su casa y yo no podía esperarlo. Debía regresar.

Volé a Lima y, cuando el avión que iba a Miami decoló, traté de recordar nuestro último momento juntos. Nuestro regreso del altiplano. Frente a mi motel. Era tarde y llamé por teléfono para hacer una reserva en el vuelo de la mañana para Pucallpa. Nos reuniríamos en el aeropuerto. El no llegó.

Frente al hotel, él había apoyado su mano en mi hombro, tal como lo hiciera tantas veces.

Y me había dicho adiós.

Norte



*¿Se puede experimentar el poder y no perderse en el proceso?**Antonio Morales Baca*

Pasaron los años. De 1975 a 1979.

Volví a mi mundo y me deje envolver por sus preocupaciones.

Ah sí. Cuando acababa de llegar de la selva enrostré a Stephanie su infidelidad y tuvimos una riña. Era más de lo que ella podía soportar. Recuerdo mi misticismo y mi fariseísmo. Indignada, ella se defendió haciendo alusión a mi “masturbación psicodélica”.

Se marchó a Los Ángeles. Más adelante, ese mismo año, me escribió cuando se publicó *Reinos de curación*. Me felicitó y sugirió que nos viéramos la próxima vez que yo viajase al sur. Le contestó. Durante un tiempo intercambiamos cartas, pero luego dejamos de hacerlo y no supe más nada de ella.

Creo que ahora trabaja como psiquiatra en una universidad del sur de California.

Me gradué y pude añadir el título de doctor a mi nombre. Me pareció detectar cierta deferencia por parte de los jefes de camareros, empleados de aerolíneas y organizaciones crediticias.

Reinos de curación tuvo buenas críticas y buena difusión. Se reimprimió cinco o seis veces y me ganó un lugar en el movimiento de potencial humano de fines de la década del 70.

Conocí a mi primera esposa por casualidad. Pareciera que la facultad de descubrir la felicidad en forma accidental siempre viene después del “había una vez” con que comienza el mito del amor romántico. Ella era psicóloga, autora de un exitoso y revolucionario libro sobre sexualidad femenina.

Era hermosa, inteligente, un desafío para mi madurez intelectual y emocional, y nos enamoramos.

Me prendé de ella.

Montamos juntos nuestra casa, en la ladera de una montaña del condado de Marin, en California, frente al puente Golden Gate de San Francisco.

Escribió otro best-seller. Yo trabajé en mi consultorio particular y acepté todas las invitaciones para ofrecer conferencias a fin de devolver los préstamos estudiantiles con los que había vivido y viajado durante años.

Y enseñé. Traté de transmitir lo que sabía. Acepté una cátedra de profesor en la universidad estatal de San Francisco, desarrollé un curso de psicología transcultural, teoriqué, conceptualicé y llevé mis teorías y conceptos al laboratorio.

Con gran éxito. Al menos, mis clases fueron eclécticas y populares a causa de ello. Fundé el Laboratorio de Autorregulación Biológica, que era un centro de pruebas, un lugar de estudio de la relación cuerpo/cerebro.

Mis experiencias “de campo” fueron esencialmente viscerales. Con ello quiero decir que el fundamento de mi experiencia estaba en mi interior, en mis tripas, era sistémico, emocional, más que intelectual o cerebral. Y sin embargo, cuando regresé, comprobé que las experiencias que tanto atesoraba, como una embarazada atesora su vientre, se me habían subido a la cabeza. Lo que había sido algo vivo en mi conciencia perdió su vitalidad al convertirse en un concepto intelectual.

Como Pitágoras.

Permítanme explicarlo. Existe la música: las profundas y vibrantes armonías de la naturaleza. ¿Con qué puede ser comparada? La música, y el efecto que tiene sobre nosotros, es, como el amor, un misterio que se derrumba cuando se devela. Uno de los mayores triunfos del pensamiento neocortical fue el del filósofo griego, cuando descubrió que la música contiene una estructura y una forma perfectamente lógicas y puede ser descrita matemáticamente. Sin embargo, sus fórmulas no pudieron emocionar a nadie hasta las lágrimas, ni estimular la alegría interior.

Y me sentí un héroe. El protagonista del mito, que regresaba para asumir su responsabilidad social.

Joseph Campbell, erudito eminente, una autoridad en mitología, definió los dos tipos de proezas heroicas. Dijo que uno es la proeza física, en la que el héroe realiza un acto de valentía en una batalla y o salva una vida. El otro tipo es la proeza espiritual, en la que el héroe aprende a experimentar los estados supranormales de la vida humana y luego regresa con un mensaje.

Me consumía la ansiedad por elaborar un mensaje basado en mis experiencias.

Apliqué la investigación científica de avanzada relacionada con el cerebro para diseccionar mis experiencias. Nadie intentó detenerme.

Comencé a razonar. Mi razonamiento era más o menos el siguiente:

La mente humana posee la capacidad de crear cualquier configuración neuroeléctrica imaginable, pero no sabe hacerlo de manera innata. La neocorteza es una pizarra limpia, una tabula rasa. La habilidad de programar el cerebro pensante no es instintiva; se aprende (lo instintivo se aloja en los sistemas límbico y reptil). Los laboratorios de realimentación biológica han demostrado que las celebradas hazañas de los yoguis, desde el control del dolor a la capacidad de caminar sobre brasas ardientes, pueden ser realizadas por cualquiera. La capacidad de autoorganización y autoprogramación del cerebro humano provoca un temor reverencial y las implicancias de la autosanación y la transformación personal son asombrosas.

El ritual primitivo es una fórmula, una receta que transmite información a la neocorteza, información codificada en la danza simbólica, la música, los estímulos visuales, a los que responde el cerebro límbico, información que ordena a los centros reguladores del cerebro reptil acelerar los procesos curativos normales. De esa manera, en el circuito de la neocorteza se imprime una serie de instrucciones curativas que luego pueden ser comunicadas verbal y simbólicamente para que se acelere nuestra curación y quizás también de las otras personas.

Aunque el acceso a los centros visionarios del cerebro límbico ha sido negado por la neocorteza racional y de inclinación teórica, se puede acceder a ellos por medio del ritual. El cerebro autorreflexivo, que controla y evalúa la conciencia durante la vigilia y la limita a una fracción de lo que la mente está experimentando en un momento determinado, puede ser programado a fin de acceder al inconsciente. Programado por la experiencia. Las sustancias psicotrópicas, tales como el San Pedro y la ayahuasca, proporcionan atajos para acceder a esos centros conscientes; abren un camino que luego puede ser recorrido en un estado de vigilia normal. El hecho de que existan en el cerebro centros receptores bioquímicos para las mescalinas, armalininas y armolaminas, los complejos psicoactivos de esos brebajes preparados con plantas, permite inferir que el cerebro es capaz de producir esas sustancias químicas en forma natural una vez que ha sido programado para ello.

Finalmente, los lóbulos frontales de la neocorteza han posibilitado una nueva facultad de previsión visionaria y también proporcionan la oportunidad de demostrar los conceptos mecánicos cuánticos de Einstein sobre la relatividad de tiempo y espacio. Previamente, estas cualidades se habían desarrollado en pocos individuos, espontáneamente y, a menudo contra su voluntad.

Hace 50.000 años, cuando los hombres de Neandertal, neocorticalmente deficientes, estaban en vías de extinción, el homo sapiens se convirtió en el portador de la antorcha de la evolución. La neocorteza, que los diferenciaba de sus ancestros, evolucionó y finalmente desarrolló la sinapsis neurológicas necesarias para ser plenamente funcional y para remontar el curso de los acontecimientos humanos. Los individuos que desarrollaron dichas conexiones neurológicas, ya fuera por medio de la práctica o accidentalmente, fueron los genios y seres excepcionales de su época, los santos y los adivinos, los hacedores de milagros. La experiencia de lo sublime ha estado exclusivamente reservada a los profetas y místicos, que fueron reverenciados y perseguidos a lo largo de la historia.

La neocorteza aún está en evolución; sus circuitos todavía se están formando. Debemos aprender a utilizar su poder para lograr la salud psicosomática. Y el visionario aislado se convertirá en un recuerdo del pasado.

Hablé de esos temas en mis clases; ensayé estados de trance en el laboratorio. Las transformaciones catárticas que yo había experimentado en el contexto del ritual y de estados alterados, las curaciones de las que había sido testigo en México, Brasil y Perú, superaban ampliamente las expectativas de producto final de la terapia psicológica occidental y confundían mi comprensión de la medicina. En todos los casos, el denominador común era el estado mental, la mente del chamán y del sujeto, del curador y del paciente, funcionando al unísono.

En mis clases desarrollé la idea del individuo que, a través de una preparación especial, se familiariza con los múltiples estados de la conciencia que están latentes en la mente humana, aprende a armonizar esos estados, a hacerse eco de las armonías de la naturaleza, a trascender el tiempo lineal y el espacio tridimensional, a movilizar los mecanismos de autosanación del cuerpo y a provocar dichos estados y mecanismos en otras personas.

El proceso de transmitir estos conceptos en una prosa discursiva me frustraba. El trabajo que hacía en el laboratorio tenía éxito, pero sólo suscitaba un amable interés. Era un hecho curioso. Muy bien. Pero lo que no estaba muy bien era la naturaleza de mi preocupación.

La última experiencia que había tenido en la selva me había trastornado, me había llevado a niveles de percepción muy profundos, a las percepciones cinestésicas del “hombre que ya ha muerto”. Había experimentado una liberación total respecto de las limitaciones del pensamiento y la razón, de las fronteras del conocimiento. Había sobrepasado los límites de los precedentes, superado todas las experiencias previas de mí mismo, me había identificado con una energía, una forma (¿un gato, la naturaleza, el cuerpo?, llámese como se llame, eso que dejé en el fondo desértico de la laguna). Y, con esa forma, había vivido una odisea a través del tiempo espacio, había entrado en la luz,

incluso había atisbado el rostro de la Dama del mito, la “dama velada” que, según dicen, nos conduce al nagual, lo trascendente.

Había viajado por la Rueda Medicinal. Me había desprendido de mi pasado, había enfrentado al temor y a la muerte. Vivía plenamente en el presente, satisfecho conmigo mismo y soñando con el futuro.

24 de marzo, 1976

En casa

El pasado no es inmutable y la muerte no es un final, de modo que forjemos nuestro futuro, una imagen del nuevo siglo; visualicemos, conceptualicemos y capturemos su esencia en el dibujo de un telar, en un trazo sobre la arena, en un cazador de espíritus, en una arquitectura de luz.

No me impulsaba el deseo ni el temor, sino la responsabilidad y la ansiedad. Si Antonio hubiera estado junto a mí, me habría advertido que, una vez más, me anticipaba a los acontecimientos.

Concebí y publiqué un libro, *Millennium: vislumbrando el siglo XXI*, una visión del futuro según dieciocho de los científicos y filósofos más imaginativos y visionarios del mundo. Descubrí una extraña disonancia entre los sueños de los autores y sus palabras, entre el contenido de nuestras entrevistas y los capítulos que escribieron.

Me obsesionó la idea de transmitir a mis alumnos los mitos chamánicos y los modelos mentales, y de desarrollar en el laboratorio respuestas bioquímicas y fisiológicas mensurables para los estados de exaltación mental.

11 de mayo

En casa

¿Cuál es la naturaleza del estado extático, del estado en que el espíritu abandona el cuerpo, del estado de curación? ¿Qué mecanismos dividen nuestra

conciencia en estado de vigilia y estado de sueño, separados por el hecho de dormir? ¿Cómo evoluciona la mente? Más aún, ahora que estoy convencido de que podemos conectarnos con ella conscientemente, ¿Dónde y cómo afrontaremos el futuro?

Hemos alterado irrevocablemente el proceso de la selección natural. La supervivencia del más apto ya no rige la evolución de nuestra especie. El triunfo del pensamiento neocortical racional occidental ha quedado ampliamente demostrado en los logros de la medicina occidental. La ciencia ha luchado cuerpo a cuerpo con la naturaleza y... ¿ha triunfado? Bueno, nos ha demostrado que podemos eliminar la mortalidad infantil y auxiliar a los genéticamente débiles, a los discapacitados y a los enfermos mentales; que hemos invalidado la ley evolutiva fundamental de la naturaleza al salvar las vidas de aquellos que de otra forma hubieran perecido. Y no se puede volver atrás sin provocar un cataclismo.

La experiencia humana no está conectada a un reloj de setenta y dos años. Dios, ahora lo sé. La muerte no es el fin del estado consciente del individuo y la especie debe dejar de tomar decisiones condicionadas por el tiempo, basadas en una ocupación a corto plazo del espacio. Estamos defecando en nuestro propio nido. Si lo que conozco es la inmortalidad, no tenemos otra alternativa que la de convertirnos en guardianes de la Tierra. Ahora lo comprendo.

Escribe un libro. *Mente del futuro*. Investiga los orígenes de la mente. Rastrea la evolución del estado consciente y extrapola.

Etcétera, etcétera, etcétera.

Si; cuándo se refutan todas las concepciones de espacio y tiempo, de vida y muerte, cuando las ataduras del pasado y el temor al futuro condicionan nuestro pasado, uno no vivo plenamente el presente.

Pero no sabía cómo hacerlo.

El presente es inconmensurable; escinde el tiempo y el espacio, divide el pasado del futuro. Sin embargo, tuve la sensación de que mi presente se expandía y comencé a llenarlo de frustración. Comencé a trabajar en *Mente del futuro*.

En *Reinos de curación*, el celo profesional me había impuesto calificar las experiencias que relataba para fundamentar los conceptos que exponía. Había actuado cautelosamente, había expuesto una visión subjetiva de los incidentes que, de acuerdo con la ciencia médica, eran objetivamente inaceptables. En *Mente del futuro* deseaba evitar esas calificaciones y presentar un modelo de conciencia racional y evolutivo e hipótesis razonables sobre la capacidad y el potencial de las mente humana, cuando la especie diese el gran salto cuántico hacia el futuro. Comencé refiriéndome al principio del tiempo y lo analicé paso a paso. Fue un emprendimiento enorme, un proyecto que podía consumir a su creador, pero en ese momento era tan sólo otro fragmento, un segmento de experiencia incidental en un presente cada vez más fracturado. Enseñé, trabajé en el laboratorio, di conferencias, escribí, actué en comités, invertí en intereses comerciales en nombre de la distracción, traté de remodelar el nido que construí con mi mujer, me negué a entregarme al amor que sentía por ella y en vez de fortalecerme me debilité.

En una ocasión Antonio me había dicho que me encontraba en una situación delicada: atrapado entre dos mundo, balanceándome en un fulcro, a punto de caer. También llegué a comprender eso.

Mi actividad y mi pensamiento se tornaron cada vez más complicados. Mi mujer escribió otro best-seller y yo me lancé a una actividad frenética. Nuestro hogar se convirtió en una oficina. Nos distanciamos por problemas económicos, competitividad, inseguridad, dependencia. Comencé a perder el equilibrio.

4 de noviembre, 1977

Segunda semana. Hepatitis: inflamación del hígado. Rojo, hinchado, enfadado. Segunda semana en cama. Segunda semana de agotamiento febril, náuseas, piel parecida a la grasa de pescado que se expone al sol para que tome color amarillo, orina color naranja y diarrea gris. Segunda semana mirando por la ventana desde la cama, contemplando crecer las plantas.

¿Curarme? No tengo energías ni la voluntad.

Mis sueños también son grises. Grises e indefinidos. Figuras amorfas que parecen terribles y se mueven sin una meta fija...

El adulterio no es la única forma de la infidelidad. Todos los adúlteros son infieles, pero no todos los infieles son adúlteros. Soy ambas cosas. Ella también.

La amo, pero mi amor viene y va. Es como las mareas. A ambos nos sucede lo mismo. Ahora atravieso un período de inercia. Sufro muchísimo.

7 de noviembre

Sueño. Con arena. Arena sucia. Los desperdicios se acumulan en la playa. Allí está mi cuerpo, destrozado y abotagado.

La parte de mí que está en Perú.

Hoy, cuando fui al cuarto del baño, me detuve junto a la ventana y contemplé la ciudad, al otro lado de la bahía. El sitio de la mente pesante. El sitio que construimos cuando abandonamos el Jardín. Líneas rectas, ángulos perfectos. Entorno artificial. Segunda naturaleza. ¿Dónde está el poder? En el dinero y los símbolos de la riqueza. Objetos de poder que tintinean en los bolsillos, monedas sueltas.

En Perú, cuando me movía en la selva, ésta se detenía y me escuchaba; me sentía, sabía que había una presencia extraña. Extraña porque soy una criatura de esta

segunda naturaleza. Aquí es donde funciono, y ni siquiera soy funcional. Ahora. Ahora, después de emplear tanto tiempo buscando el conocimiento, soy usado por habilidosos artífices de la sugestión, por vendedores ambulantes de misticismo.

¿Acaso no fui el sujeto de su hechicería primitiva?

¿Cómo un miembro del público en un espectáculo de magia? ¿El voluntario que sube al escenario y se somete a la hipnosis? Ladra como un perro. Sométete a la humillación. ¿Ves lo que puedo hacer contigo? Te hipnotizaré y, a cambio, dejarás sobre este escenario un pedazo de dignidad y un trozo de humildad. Qué dulce venganza contra el hombre blanco. ¿Deseas aprender nuestros secretos y tradiciones?

¿Deseas entrometerte e investigar lo que has dejado de nuestro pasado? Sí. Lo compartiremos contigo. Abriremos tu visión, te mostremos nuestras locas costum-bres, te enseñaremos a encender un fuego que ilumine los fantasmas de tu pasado, te mostraremos la muerte y nos dejarás aquí tu cuerpo y regresarás a tu lugar, confundido, esquizofrénico, porque la civilización no tolera una mente que se ha liberado del pensamiento.

Cortaste el cordón umbilical que te unía a la madre Tierra y se ha marchitado y arrugado en los sitios secos y polvorientos que construiste. Los sitios donde el reloj ha estado marcando las horas durante miles de años, marcando el tiempo desde que abandonaste el Jardín.

Lo dicen por mí.

Llegué a creerlo. Tan fervientemente como creí en la validez de mis experiencias, en las tradiciones que conocí, en el amor que sentía por mi mujer, creí haber sido la víctima de las artimañas de Máximo, de la modesta sensibilidad de Anita, de las brujerías de Ramón, de la amistad premeditada de Antonio.

11 de diciembre, 1978

Sueño. El águila. Más vieja que años atrás. Voló sobre la cima de una montaña, permaneció allí, suspendida en el aire, aleteando, empujada hacia arriba por el viento. Luego la recuerdo sobre mí, las patas abiertas, las garras destrozando mis hombros, el pico golpeando mi cabeza.

La idea de volver a Perú se agita en mi interior.

Dos rostros; dos almas; divididos en dos.

Profesionalmente soy muy recorrido, pero no puedo satisfacer mis propios requerimientos.

Entre los que practican el Quimbanda, los magos negros de Brasil, existe una tradición según la cual el alma puede ser apresada en un cristal y mantenida allí eternamente. Yo había atisbado la eternidad; la había visto reflejada en las estrellas del cielorraso de la laguna, y sabía que una parte de mi ser permanecía allí, cautiva.

Se dice que son pocos los que completan este viaje de iniciación... Muchos... abandonan por el camino y se conforman con ser curadores. Se convierten en maestros de su especialidad. Y están aquellos que se dejan atrapar por el poder. Los que se extravían.

Antonio Morales Baca.

El profesor Antonio Morales Baca había desaparecido. Sin dejar rastros. Se había jubilado de su cargo en la universidad. Su vieja casa de adobe en el cul-de-sac cercano a la cola del jaguar que formaba la planta urbana de Cuzco había sido rentada por un hombre de negocios chileno. No había dejado su nueva dirección. El empleado de correos parpadeó e hizo un gesto con la mano, como si desechara el asunto. En el viejo café Roma me dediqué a contemplar cómo el café que había en mi cuchara absorbía el azúcar, grano por grano y, pensé en el doctor Barrera.

Su clínica estaba a una calle de la Plaza de Armas. En la sala de espera me puse a hojear un ejemplar del *National Geographic* de diez años atrás. No importaba que yo sólo quisiera hablar con él unas palabras. La indígena que sostenía en sus brazos un niño envuelto en un poncho, el campesino con el ojo vendado, la matrona española que tenía várices y el niño que llevaba una muestra de orina en un frasco de mermelada, estaban antes que yo. Aguardé mi turno.

—¿El profesor Morales? —El bueno doctor arqueó las cejas y se apoyó en el respaldo de su sillón de cuero. No recordaba que era obeso.

—Sí —dije. Yo era su amigo y, según creo, usted también.

—Todavía lo soy —dijo él. Frunció el ceño—. ¿Nos conocemos?

—En realidad, no. Nos cruzamos en la puerta. Hace años.

282

Barrera hizo rodar su estilográfica de oro contra el recetario. Se cruzó de brazos y luego deslizó la uña del pulgar sobre su fino bigote entrecano.

—Se ha marchado —dijo.

Asentí

–¿Sabe usted a dónde?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Lamentablemente, no.

Volví a asentir y miré hacia el suelo.

–Se despidió de usted? –Levanté la mirada del linóleo a cuadros blancos y negros. Se hizo un largo silencio

Y eso fue todo.

3 de enero, 1979

Si Antonio no ha muerto es un hijo de puta.

Ya es bastante malo que cuestione sus motivos, la pureza de sus intenciones y la autenticidad de nuestra relación. La idea de que nunca lo sabré me llena de ira. Que no pueda volver a verlo, que no pueda encáralo... Dios mío. ¿Qué me he hecho a mi mismo para que mis sentimientos sean tan egoístas? Pero sería muy propio de él abandonarme con esa águila que me persigue, el corazón desgarrado y la conciencia perturbada. Como el hijo que nunca tuvo la oportunidad de...

Nunca como ahora tuve la necesidad de recuperar el equilibrio, de reencontrarme con la naturaleza, de convocar el poder necesario para curarme. Pero la poesía se ha perdido en la prosa.

¿Qué me ha sucedido? Años atrás perdí la arrogancia en el altiplano, recuperé la inocencia, ejercité mi poder, me abrumó el conocimiento y quedé atrapado entre dos mundos porque no pude desprenderme de mis problemas.

¿En qué me equivoqué? ¿Dónde perdí la levedad, la magia?

283

Si te encuentras con Buda, mávalo. El no es el camino. No le rindas homenaje. Si te inclinas ante él, te perderás, estarás reverenciando un ídolo, una máscara de Dios. De modo que si ves a Buda, mávalo. Antonio. ¿Me has ahorrado el trabajo? ¿Te has matado?

Mi desesperación es total.

Iré a ver a Ramón.

El avión a Pucallpa estaba demorado. Sentado en el aeropuerto, dejé que el sufrimiento me invadiera. Me senté sobre las baldosas y apoyé la espalda contra el muro. Junto a mí estaba mi talego brasileño de cuero y mi mochila de tela ribeteaba con cuero. Frente a mí había un hombre delgado, de rostro pecoso y bronceado por el sol. Llevaba pantalones de algodón y una camisa safari arrugada. En la silla de plástico que estaba a su lado había una mochila con numerosas y prácticos bolsillos exteriores y correas de cuero. Hacia una hora que estaba allí; lo observé cuando miró su pasaje y su reloj, fumó dos cigarrillos, estrujó un paquete vacío, y quitó la cubierta de celofán de otro. Durante la última media hora había estado escribiendo en un diario de cubiertas de tela. Sin detenerse a pensar demasiado. Guardó el bolígrafo en uno de los cuatro bolsillos de su camisa, se quitó una banda elástica que llevaba en la muñeca, la colocó en su diario y lo guardó debajo de la solapa de su mochila, asegurándolo con la correa.

Tenía un aura de color azul claro. Más exactamente, turquesa.

Mis ojos volvieron a enfocar normalmente. ¿Por qué había mirado? No había tenido la intención de hacerlo. Hugo una época en que solía hacerlo. En una ocasión opté por tomar otro avión en lugar del que debía abordar para ir a una reunión de psicólogos en Montecarlo, porque la energía de los pasajeros era levemente turbia, vaga, y estaba adherida a sus cuerpos. (El avión tuvo problemas en uno de sus motores y debió realizar un aterrizaje de emergencia.) De manera que era raro que mirase ahora, sin tener la intención de hacerlo.

284

El hombre sacó un par de gafas de otro de los bolsillos de su camisa, se calzó las patillas y me miró por cuarta o quinta vez.

Me esforcé por sonreír.

—¿Pucallpa? —preguntó.

—Ajá.

—Yo también.

—Miré su enorme mochila.

–¿Ingeniero? –pregunté.

–Meneó la cabeza y sonrió.

–Petróleo –dije.

–No.

–Usted no es ganadero... –El recuerdo del barman del aeropuerto de Pucallpa me hizo reír. El me miró.

–Antropólogo –dijo.

–Lo conozco –dije.

El también me conocía. Había asistido a un simposio sobre la salud holística de la UCLA, donde era profesor. Yo había hablado sobre chamanismo. Conocía mis trabajos.

–Qué increíble –dijo–. He estado en la costa, en el Templo del Sol. Conocí a Eduardo Calderón.

El nombre me resultaba desconocido.

–Un chamán-curador de Trujillo –dijo–. Un hombre sorprendente. Hubiera deseado pasar más tiempo con él, pero quería ir a la selva...

–¿Don Ramón Silva? –pregunte.

Arqueó sus cejas rubias.

–Sí. –Frunció el ceño–. ¿Cómo lo sabe?

Me encogí de hombros. Me di cuenta de que en esta ocasión no vería a Ramón. Y que no me importaba demasiado...

–Creo que Eduardo lo espera –dijo.

Lo miré fijamente. Luego suavicé mi mirada. El azul era más brillante, más azul. Percibí algo más. Pudo haber sido un lobo: fidelidad, inteligencia...

285

El prosiguió:

–No mencionó su nombre, pero lo describió y me preguntó si lo conocía. Le dije que no, pero al verlo aquí...tiene que ser usted. ¿No es así?

Me puse de pie. Quizás mi corazón latió más de prisa. No recuerdo qué experimenté. Le agradecí y nos estrechamos la mano.

–Salude a Ramón de mi parte, por favor.

–Creí que usted iría...

–También yo –dije–. No tiene importancia.

Pareció confundido. Teníamos algo en común.

–No se exactamente dónde...

–Kilómetro sesenta y cuatro –dije–. Carretera transamazónica, hacia el sur.

Hay un camino a la izquierda. –Oprimí su mano–. Sígallo –dije y salí.

✦ Permanecí apoyado contra el muro durante unos minutos, despedí al conductor del taxi y respiré profundamente. Luego fui a la ventanilla de Aero Perú y compré un pasaje para Trujillo.

Qué oportuno que Antonio hubieses dicho adiós, que la presencia del joven norteamericano hubiese evitado que yo fuera a ver a Ramón, que viajara a la costa norte de Perú, donde me aguarda Eduardo Calderón.

Sí, la capacidad de ver la mano del destino en la historia es una treta de nuestra percepción tardía, y esta percepción tardía es tan sólo otra forma de percepción, y la percepción es el *leitmotiv* de mi historia. La facultad de descubrir accidentalmente algo inesperado es un síntoma de bienestar, una confirmación de que hemos escogido el buen camino.

Pero, aunque experimentaba el suave empujón que me daba la vieja mano desnuda de la naturaleza, y aunque eso llamado precognición tuvo algo que ver con nuestro encuentro, Eduardo Calderón se sorprendió al verme. Rió con tantas ganas cuando me vio descender del autobús en Trujillo, que permanecí allí, aferrado a mi bolso y sonriendo a mi vez, sonriendo ante la vaga sensación de *déjà vu*.

286

–Compadre –dijo, y me estrechó la mano.

No existe en inglés una palabra equivalente a compadre dentro de este contexto. El inglés es un idioma que no ha hallado aún expresiones para definir la intimidad. La palabra “amigo” ha perdido su significado.

Dio un paso atrás y nos miramos. Si existe un chamán arquetípico, un híbrido contracultural del curador nativo, creo que Eduardo encarna esa imagen. Con vientre y sonrisa de Buda, ojos asiáticos, un largo y caído bigote partido al medio debajo de sus anchas fosas nasales, cabellos negros y lacios que caían sobre su espalda, recogidos con una correa de cuero. Un chamán sonriente.

Dejo de reír y sus ojos me recorrieron de arriba a abajo. Meneó la cabeza y rió.

–¿Te sorprende verme? –pregunté, todavía confundido por su cordialidad.

–Sí. –Fue como si dijera: “¿qué suponías?”–. Siempre me sorprendo cuando una visión entra en mi vida. Es algo feliz. Y me sorprende verte rodeado por tanta oscuridad. Debemos ocuparnos de ello.

5 de enero

Anoche me sometí a la curación de don Eduardo.

Un círculo de maíz amarillo sobre la arena; un pequeño montículo de heno en su interior. Un círculo sagrado; un lugar de ritual y magia. Eduardo lo preparó con la concentrada naturalidad con que un pintor prepara su paleta. Tendió su mesa sobre una tela tejida de color pardo rojizo, originaria de las ruinas de una huaca incaica, un sitio de poder. Colocó dos conchas marinas a ambos lados de los tres campos: ganadero, justiciero y medio: oscuro, luminoso, neutro (equilibrio entre la luz y la oscuridad).

También puso figuras de piedra, el casco de un ciervo, una honda incaica, fetiches, un silbato con forma de pelícano, cristales, cerámicas. Dos conchas marinas

287

chatas. Cayados de poder clavados en la arena frente a la mesa, espadas cortas, madera tallada y cayados de hueso; nueve en total.

El cielo estaba despejado. Había una media luna sobre el chato horizonte del Pacífico. La brisa no perturbaba el pequeño y prolijo fuego encendido en la arena frente a la mesa, pero se percibía el olor del mar.

Permanecí tímidamente de pie, en medio del círculo de maíz. Estaba descalzo y con el trozo desnudo. En la mano izquierda, cerca de mi cuerpo, sostenía la espada de San Miguel, la espada de fuego. Eduardo se sentó frente a mí, con las piernas cruzadas. Tomó su matraca, un palo con una calabaza hueca

de color pardo, y la Tierra que giraba sobre su eje, y la sacudió hacia delante y hacia atrás, moviendo la muñeca. Hizo un sonido chi-chi-chi y cantó para que apareciese mi espíritu. Cantó a los espíritus de la Tierra, el aire, el fuego y el agua; convocó los espíritus de los lagos, las lagunas, las montañas y los bosques.

Pasé la espada de la mano izquierda a la derecha y Eduardo se acercó al círculo; en una mano tenía la matraca y en la otra una concha con alcohol, tabaco y aceites aromáticos. Deslizó la concha por mi cuerpo; adelante y atrás, sobre mis centros de energía, luego la acercó su nariz, la apoyó sobre su bigote y, echando la cabeza hacia atrás, bebió el brebaje por la nariz. La cavidad nasal, cerca del hipotálamo, en el cerebro límbico. Volvió a llenarla y me la entregó; me ordenó que la deslizara por la hoja de la espada y que la sostuviera de nuevo con la mano izquierda.

Mi mano comenzó a temblar y vertí una parte del brebaje en la arena; elevé la concha hacia mi nariz, eché la cabeza hacia atrás y entró por mis mejillas y debajo de mis orejas; percibí que la glotis se cerraba involuntariamente cuando la mezcla se agolpó en mis senos maxilares. Abrí la parte posterior de mi garganta y sentí que bajaba y la sensación que me produjo nada tuvo que ver con el brebaje, pues se

288

apoderó de mi instantáneamente. El temblor de mis manos se había extendido a mis brazos y al interior de mi cuerpo.

Puedo recrear los acontecimientos, documentarlos como el periodista psicólogo que una vez fui. No puedo describir el dolor.

Ni la angustia y la ira que me invadieron y me hicieron gritar. Caí de bruces en el círculo y desahagué mi furia, goleándome la cabeza y la frente con los nudillos del puño y vi las estrellas. Vi las fuerzas congregadas a nuestro alrededor que se

asomaban desde el exterior del círculo; vi mi jaguar, caminado en torno del perímetro, protegiéndome de... ¿Qué? ¿De las fuerzas negativas que se aprovechaban de mi vulnerabilidad? No tenían nombre, pero las conocía; mi faz malévolamente percibía sus intenciones. De rodillas, a su nivel...

Eduardo me llamo. Cerró el puño en torno de la manija de la matraca y ésta se sacudió. Poder. Fuerza. Me incorporé lentamente, a pesar de que mis músculos parecían paralizados por el tétano. Eduardo me miró a los ojos con una expresión semejante al asombro. Luego miró hacia el horizonte y seguí su mirada: una línea oscura dividía la noche del mar; vi la planicie del océano, la superficie ondulada que emitió reflejos plateados cuando los relámpagos electrificaron el cielo. Venas de luz que iba desde las nubes hacia el mar; una nube ocultó la luna.

“Fuego.” Se volvió y tomó un rescoldo del fuego y lo dejó caer sobre el heno que estaba a mis pies. El círculo se llenó de humo y se incendió. Recuerdo haber mirado mi mano que aún sostenía la espada y haber visto la luz naranja del fuego que lamía mi piel, mojada a causa del sudor o del aire marino.

El fuego llenó el círculo; llenó el espacio en forma de campana.

Crucé sobre el fuego de sur a norte y de este a oeste y luego otra vez. Lavé mis manos y pies en la llamas, me limpié en ellas; luego, descalzo, bailé sobre el fuego,

289

aplasté las llamas que habían chamuscado mis manos.

Permanecí allí, mirando la arena y mis pies, oscurecidos por las cenizas del heno quemado. Eduardo estaba sentado frente a la mesa, de brazos cruzados. La nube había pasado y el cielo comenzó nuevamente a aclararse, hasta el horizonte. A la luz de la luna, me miró de frente y miró a mi alrededor.

Dijo:

Que yo había tenido mucho poder.

Que tenía una relación con una mujer a la que no sabía amar.

Que el poder y la magia no son ni negros ni blancos, ni buenos ni malos;

que era una cuestión de intención y expresión. Que, incapaz de expresar mi poder, había provocado que éste se volviera negro en mi interior.

Que había tratado de cazar y que había sido perseguido por un águila, la cual se había alimentado de mí.

Podía ver que había atacado mi hígado, que, hinchado de energía, se había vuelto negro.

Hepatitis.

Se puso de pie y se acercó a mí, tomó la espada que yo tenía en la mano y, saliendo del círculo, deslizó la hoja sobre mi cuerpo y cortó esos vínculos con el pasado.

Que debía cortar mis conexiones con el pasado pues ella, me enfermaban.

Que podía otorgar descanso a los espíritus de las mujeres que había habido en mi vida, para no tener que buscar relaciones similares a fin de concluir el trabajo de las anteriores.

Que el águila que provenía de una fuente poderosa de mi pasado, el águila que era también el espíritu del este, me abrazaría y me guiaría en mi viaje hacia el norte, hacia lo femenino, dijo.

Luego levantó la espada hacia el cielo, se llenó la boca con agua limpia, sopló el agua sobre la hoja de la espada y hacia el sur, luego hacia el oeste, el norte y el este. Luego hacia mí, para purificarme.

290

Así lo espero

Algo ha comenzado. Algo se mueve en mi interior. Y me mueve. Seguiré sus instrucciones. Porque sé que soy yo mismo quien me mueve.

La historia de mi trabajo con Eduardo ha sido relatada muchas veces; en los últimos años ha sido repetida simbólicamente, con todo detalle, por muchas personas. Todo comenzó con esa curación en la playa de Trujillo, aunque más adelante Eduardo afirmó que había comenzado seis meses antes, cuando me vio por primera vez en un sueño, cuando mi presencia comenzó a invadir sus meditaciones. Incluso habíamos viajado juntos en un sueño, según decía. Habíamos ido a Machu Picchu y nos habíamos detenido frente a la piedra Pachamama y entonces él supo que

viajaríamos juntos a lo sagrados lugares legendarios, donde habitaban las fuerzas de la naturaleza, en un paisaje de sitios santificados por rituales milenarios. Juntos emprenderíamos el viaje al norte, como compadres.

Nuestro viaje duraría años. Años durante los cuales me separaría de mi primera mujer, abandonaría *Mente del futuro*, la escritura y publicación de *Estados curativos* y se casarían seis de sus catorce hijos. Años en los que iríamos juntos a Europa y Estados Unidos para intentar la traducción y el transplante de los conceptos chamánicos a una nueva” psicología de lo sagrado”.

La Rueda Medicinal, que Antonio me describía mucho tiempo atrás y que Eduardo empleaba como mapa tradicional y pauta sensata para realizar el viaje de los Cuatro Vientos, sería nuestra guía. Los lugares sagrados de poder mencionados en las leyendas serían nuestros sitios de descanso, nuestros puntos de comunión.

Viajaríamos al Candelabro Gigante de Paracas, un árbol de la vida de tres puntas y ciento ochenta metros de longitud, tallado en uno de los lados de la árida península que se levanta en la bahía de Paracas, a trescientos kilómetros al sur de lima. Durante siglos habían ido hasta allí chamanes y personas que deseaban lograr el conocimiento, para

291

meditar y aguardar una visión, una visión transformadora que otorgara sentido y finalidad a su existencia. Allí, el águila que me había perseguido y atacado durante años, me abrazaría con sus alas. Eduardo vería un cóndor, el cóndor gigantesco que fuera el animal de poder de su maestro, don Florentino García, el guardián de las lagunas sagradas de las Huaringas.

Desde Paracas viajaríamos al altiplano de Nazca, el elevado desierto donde no llovía nunca, donde artistas desconocidos habían excavado la superficie rojiza de la meseta para dejar al descubierto la blanca arena de sílice, y habían tallado gigantescas figuras de peces reptiles, aves, mamíferos, figuras humanas y formas geométricas, que abarcaban una superficie de 350 kilómetros cuadrados. En esa mesa celestial, el “sitio de los animales de poder”, beberíamos el San Pedro y Eduardo vería arder los espíritus de mi pasado, envueltos en llamas, mientras yo

desaparecería de su vista, caminando por el borde de una espiral gigantesca trazada en la arena. El trabajo del sur. Allí, nos encomendaríamos mutuamente nuestros espíritus, como compadres, como guerreros del corazón.

E iríamos a Machu Picchu. Regresaría a la antigua Ciudad Iluminada de los Incas. Eduardo entraría en ella por primera vez. Juntos comenzaríamos a descubrir su significado.

292

18

El viajero sigue el Camino del Dragón hacia el Norte para descubrir la sabiduría de los antiguos y para unirse a lo Divino.

Antonio Morales Baca

29 de abril ,1979

La piedra de la muerte. Otra vez. Debo trasladar al papel un dulce recuerdo.

Dije a Eduardo que fuera a la cueva que está debajo del Templo del

Cóndor, en la parte exterior de las ruinas; es el lugar donde, hace muchos años, llevé a cabo mi ceremonia de fuego. Está impresionado.

Había visto Machu Picchu en sueños, pero ahora puede apreciar en toda su belleza el verde grisáceo de líquen y granito. Contiene el aliento. Hay algo ominoso en el aire. Ambos los percibimos y, en dos ocasiones, Eduardo me miró con una sonrisa cómplice e infantil. “¿Sientes el poder, compadre? “Lo amo como a un hermano. A veces, como a un hermano mayor. Es curioso, si tenemos en cuenta que él es indio; un chamán-curador que trabaja en el contexto de su propia comunidad. Pero conmigo ha descubierto la oportunidad y la manera de distenderse, de vivir el drama de las leyendas, de las cuales aprendió.

Ha ido a prepararse para el trabajo del oeste que realizará aquí, junto a la Piedra de la Muerte. Yo también necesitaré estar a solas unos instantes.

Sentado en la hierba, contemplo la Piedra de la Muerte, una perfecta canoa achatada de granito, que flota en una mar de hierba y flores silvestres amarillas. Antonio. Un recuerdo panorámico: me veo aquí, de pie, hace ya muchos años, con mi orgullo insolente, mis propios preconceptos occidentales y mi escepticismos en la

293

mochila. Por primera vez contemplé las ruinas de la Ciudad Iluminada de los Incas. Como ahora, caía la tarde y la neblina del río Urubamba se elevaba hasta el borde del precipicio. Acostado sobre la Piedra de la Muerte escuché el canto de Antonio sobre mis chakras, su silbido plañidero y el susurro de la hierba.

Fui aquí donde “pusimos a la muerte en la agenda”.

Me dijo que regresaría a este sitio. Que entraría en la ciudad y comenzaría a comprender sus secretos.

¿Dónde estás ahora? No percibo tu presencia. Y te echo de menos.

Aquí estoy. En Nazca me desprendí de mi pasado. El sur. Me tenderé nuevamente sobre la Piedra de la Muerte. El oeste.

¿Hacia dónde queda el norte?

Cerré mi diario con la estilográfica entre sus páginas y lo guardé en mi bolso; me senté sobre la hierba, entre las flores amarillas, inspiré profundamente y dejé que el aire fresco de la noche aliviara el calor de mi rostro bronceado por el sol.

Transcurrió una hora.



Estoy acostado sobre la Piedra de la Muerte. Eduardo me canta. Siento el frío del granito en mis omóplatos desnudos y en la parte más estrecha de la espalda. Lo escucho mientras presenta sus respetos a los Cuatro Vientos, pide que mi espíritu sea llevado al oeste, a las zonas del silencio y la muerte, que sea soplado hacia allá por los vientos del sur, para que regrese del este cuando amanezca y pueda nacer espiritualmente como un hijo del Sol.

He tenido aquí su oportunidad. Dejé que mi instinto formara el conjuro, liberé sus chakras, di un paso atrás y aguardé. Y me pareció ver algo vagamente luminoso, algo que

294

era Eduardo, pero más delgado, más joven quizás, que se liberaba de su gran vientre al compás de su respiración. Después le dije que su peso era excesivo, que había mucha materia fofa en él. A menudo percibo que su trabajo del sur está incompleto, que se ha reconciliado con su pasado y sus ancestros, pero que aún lo abruman.

Me dijo que había tenido la sensación de penetrar en la piedra; que había experimentado un gran temor y la claustrofobia de un entierro prematuro. Luego vio, debajo de él, una luz lejana que se acercaba cada vez más y que, cuando cayó en su blancura, lo volví a la realidad. Lo impresiona mi habilidad.

Ahora, él libera mis chakras: toca mi frente, mi cuello, mi corazón...

Y me pregunto: ¿cuál es la diferencia entre el nacimiento y la muerte? La muerte: una luz al final del túnel; en el túnel del nacimiento hay una luz al final, la luz del mundo al que llegamos. Creo que, quizás, el temor a la muerte es, más allá de los

temores asociados con el dolor y la pérdida, un recuerdo residual del primer temor: el temor de nacer, el temor a lo desconocido que se halla en el extremo del túnel.

Respiro; mi pulso es normal; medito. El viento susurra entre la hierba. Abro los ojos, sonrío, y me vuelvo para mirar la figura que está de pie junto a mí, los brazos extendidos, las palmas hacia abajo, y veo un brazalete de oro del cual penden plumas, un brazal de oro martillado. Contengo el aliento y mi pecho se hincha. El rostro: un oscuro rostro incaico de facciones cinceladas, enmarcado por dos plumas, aretes que atraviesan las orejas muertas del tocado de piel de jaguar que cubre su cabeza y sus hombros. Impulsivamente intento tocarlo; paso la mano sobre su brazo y sus ojos renegridos se abren y, cuando me incorporo y dejo caer las piernas junto a los costados de la Piedra de la Muerte, él se vuelve. Veo a Eduardo sentado, con las piernas cruzadas, en la base de la piedra, la popa de esta canoa granítica.

–Eduardo.

Me mira y parpadea y señalo con un gesto de la cabeza hacia el sacerdote jaguar que

295

camina; mejor dicho, se mueve, montaña abajo, rumbo a la Puerta del Sol, la entrada de las ruinas.

Después de la medianoche entramos en las ruinas de Machu Picchu. Perdimos de vista a la aparición y, cuando llegamos a la Puerta del Sol, éramos quizás las únicas presencias visibles del lugar.

Habíamos decidido expresamente pasar allí la noche de luna llena; su luz dibujaba sombras en los patios y resaltaba con su resplandor gris plateado, los bordes de los muros hechos con bloques de granito.

Mostré a Eduardo el camino al Templo del Cóndor; pasamos junto a muros caídos que dejaban ver cuartos que daban al camino de piedra lleno de hierbas y llegamos a un lugar abierto con tres grandes muros y un estrado de piedra, que es todo cuanto queda del Gran Templo.

–Allí –dijo Eduardo, señalando el muro central–. El sitio del vuelo espiritual.

Seguimos caminando entre los muros del patio de baile, descendimos por unos escalones hacia la derecha y permanecemos entre las ruinas del Templo del Cóndor, exactamente sobre la cueva donde una vez había realizado mi trabajo del sur.

A nuestros pies, en el suelo, había una piedra chata, de forma levemente triangular. La piedra sugiere la figura de un cóndor irreal, con la cabeza doblada, como si mirase su propio interior, el cuello se pliega hacia atrás a partir de la garganta y sé que los condorcillos que recorren su pico permitían que la sangre fluyera de la superficie de la piedra hacia el espacio del interior de su cuello.

En uno de los actos más espontáneos de mi vida, saqué del bolsillo el cuchillo del ejército suizo y practiqué un pequeño tajo en las yemas de mis dos dedos mayores.

Uní las manos en posición invertida a la de la plegaria, las palmas juntas, las yemas de los dedos tocándose entre sí y apuntando hacia abajo. La sangre comenzó a gotear sobre el pico de granito del cóndor.

—¿Qué haces, compadre?

Aun no lo sé. En una ocasión había aparecido un cóndor sobre la franja plateada de

296

arena, junto a la laguna que estaba detrás de la choza de Ramón. Me había sorprendido y había sorprendido a Ramón y luego había picoteado los fragmentos de mi rostro chorreante que estaban entre los granos de arena. Se había alimentando de la máscara que yo había usado. Ahora, mientras la sangre manchaba el pico de granito gris, supe que aquel cóndor era también el águila que me había perseguido durante tantos años, el espíritu del este, de la visión, de Antonio, que me perturbaban y desafiaban para que completara mi viaje.

Y, en ese momento, comprendí algo más. Comprendí que el trabajo del oeste consiste no sólo en entregarse a la muerte para poder ser reclamado por la vida, sino también en estar dispuesto a dar la vida por aquello en lo que uno cree.

Restañé la sangre con mi pañuelo de hierbas y trepamos los escalones para regresar al patio donde se levantaba el Gran Templo.

—Aquí podemos volar —dice Eduardo, trepándose al estrado, un enorme

escalón de piedra que sobresale de la base del muro central. Se sienta en actitud meditativa, como un Buda indígena, y apoya la cabeza contra los bloques de granito del muro, manchados por el agua. Me siento en el patio, frente a él. Mi mano ya no sangra y miro atentamente a Eduardo e intento ser comprensivo, pero desecho la idea y me concentro en concentrarme en mí mismo.

Transcurren diez minutos. Eduardo baja de la piedra y me dice algo en voz baja. Ha visto una figura, anterior a los incas; un hombre vestido con un atuendo ceremonial de plumas y un brillante peto de oro sobre el corazón.

–Aquí. –Va hacia un lugar entre el muro y el sitio en que yo estoy sentado–. Estaba aquí y señaló hacia abajo.

–Eduardo pone su mano sobre mi hombro–. Lo vi desde arriba, compadre. Hay algo enterrado aquí, creo que es un cuarto. Debemos excavar para descubrir qué hay debajo.

–Se toca la frente.

Voy hacia el Templo del Vuelo Espiritual, subo a la piedra y me acuesto sobre la lisa superficie de granito. Eduardo toca mi frente con la palma de su mano.

297

Una sensación de paz y relajación me invade, desde la cabeza hacia abajo, como si todo mi cuerpo suspirase. La sangre oxigenada hormigueaba en mis venas. Exhalo todas mis tensiones y ansiedades. Puedo permanecer aquí durante largo tiempo; aunque dentro de mi cuerpo, aunque sólo vea negrura detrás de mis párpados, aunque no vuele como un águila; no me exige ningún esfuerzo dejar de pensar, incluso en esto.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido pero oigo la voz de Eduardo.

–Bien. Ahora siéntate.

Me incorporo, bajo de la piedra y cruzo el patio para unirme a él, que sonrío mirando el estrado.

–¿Y bien?

Vuelve la cabeza; todavía sonrío tontamente y me mira.

Luego señala la piedra. Me vuelvo y veo mi cuerpo, aún acostado sobre la

piedra. El rostro de ese cuerpo sonrío.

–Ahora regresa.

Cuando abrí los ojos vi estrellas, nubes fantasmales que cruzaban el cielo y el muro de granito, iluminado por la luna, que se levantaba a mi izquierda. Salté al suelo y Eduardo aplaudió, y nuestras risas retumbaron en el laberinto de muros de la ciudadela.

En los años subsiguientes exploramos cada uno de los rincones de la Ciudad Iluminada de los Incas. Recorrí a pie los sesenta kilómetros del Sendero del Inca, desde las afueras de Cuzco hasta la Puerta del Sol, y llegué a conocer los secretos del Templo de las Aguas y del Templo de las Serpientes. Conocí cada uno de sus aposentos, sus ángulo, sus matices y comprendí las leyendas indígenas que se refieren a Machu Picchu como a la puerta entre los mundos, donde el velo que nos separa de nuestros sueños y de las estrellas se torna más delgado, más diáfano y podemos correrlo fácilmente. Esa noche mis pasos se encaminaron hacia el norte. Atravesé el patio y llegué hasta el borde de la ciudad, donde se erguía una piedra en la pradera.

Supe dónde estaba el norte.

298

19

*¿Qué es dios, qué no es dios, qué hay entre el hombre y dios;
quién puede decirlo?*

Eurípides

La piedra Pachamama se yergue en una pradera que está en el borde de las ruinas de Machu Picchu. De seis metros de largo, tres de altura, contornos curvos e irregulares, de lisa superficie granítica, parece un canto rodado cortado transversalmente que hubiera crecido del suelo. Detrás de ella, a su izquierda, se levanta el Huayna Picchu, cuya cima emerge a tres mil metros de altura sobre las ruinas.

La luna llena iluminaba la piedra, que arrojaba una sombra sobre la pradera, la sombra de su otra mitad. Permanecimos junto al borde de la sombra irregular de la piedra y Eduardo me dijo que existía una leyenda sobre una anciana curadora que vivía en el Huayna Picchu. Era la guardiana del templo.

–La montaña abuela –dije.

–Sí –dijo él–. El Templo de la Luna. Se dice que, en el interior de la montaña, hay túneles y laberintos. Es el camino al nagual, hacia el norte.

Contemplé fijamente la superficie de granito moteado de la piedra. Lograba confundirme con su rostro de piedra gris y parda, negro y blanco. Se podían ver cosas en esa piedra, pero no más de las que se podían ver en cualquier superficie veteada si uno miraba con fijeza.

–No –dije–. El camino al norte está aquí... y aquí.

–Toqué mi vientre y mi corazón y recordé a Anita, sentada frente a mí en el café Roma, con sus manos sobre su vientre preñado–. Siempre imaginé que estaba aquí –dije, tocando mi frente con el dedo índice–, pero no es así.

299

Y comprendí que ésa era la trampa: que nuestra racionalización de las cosas efímeras, nuestra intelectualización de las cosas transcendentales, la versión de la divinidad que tiene el cerebro pensante, era tan sólo otra máscara de Dios. Que todas las expresiones de Dios, tal como la palabra misma, formadas en el cerebro del lenguaje, eran simplemente pensamientos sobre aquello que está más allá del pensamiento.

No. Más acá del pensamiento.

Más acá de la conciencia misma. Nombrar a Dios es nombrar lo innombrable; llevar en nuestra mente un concepto de la divinidad es llevar un escudo entre nosotros y la experiencia de lo divino. Jehová. El “soy el que soy”. No puede ser pensando. Todas las ideas sobre Dios son blasfemias.

Cosas que pueden ser sabidas pero no dichas.

Pensé que el nual se parecería al infinito.

Pensé que experimentaría el *ayin*, la divina nada que menciona la Cábala.

Pensé que vería los ojos de la Dama detrás del velo y que vería el nacimiento y la muerte y el destino del universo.

Pensé que habría una negrura tan infinitamente hueca que podría caer en ella, en la felicidad resonante, y estaba dispuesto a arriesgarme a no volver nunca y a perderme en una extinción autotrascendente (de modo que quizás estoy realmente más allá del temor).

Pensé que quizás, de una manera grandiosa, me sentiría Dios...

–Debiéramos hacer una mesa –dijo Eduardo.

–Más tarde.

Avancé por la pradera para acercarme a la Pachamama y me senté en su sombra. No tenía una meta. No habíamos bebido el San Pedro, no habíamos celebrado ningún ritual,

300

excepto los que surgieron espontáneamente: la Piedra de la Muerte, el Templo del Vuelo Espiritual. No estaba preparado para sensibilizarme. Sólo deseaba permanecer allí, en el umbral de lo femenino, sentado en una pradera que, en cierto modo, era ideal. La Tierra idea, la Tierra benévola, de la que somos guardianes, la Tierra potencial, de la que somos simultáneamente co-creadores y servidores. Deseaba soñar allí durante un rato. Hubiera podido permanecer allí, respirando, hasta que el sol me despertase.

Con ese último pensamiento abro los ojos, sobresaltado de pronto por algo que viene hacia mí desde la piedra, algo que camina entre cada hoja de hierba que me separa de la Pachamama.

–Hija de la montaña... –Eduardo, de pie junto a una plataforma de piedra que está a la derecha, emite un silbido–. Hija de la montaña... –Ahora está junto a mí, en la sombra de la piedra. Me mira con sus ojos oscuros y brillantes. Una trenza de cabellos negros cae sobre su hombro, junto a su seno desnudo. Es una doncella

indígena, descalza, con los pies hundidos en la tierra, como mis propias piernas, cruzadas frente a mí bajo la tierra superficial, entre las raíces de las hierbas. Toco la tierra, tomo un puñado y resplandece, iridiscente, con una humedad brillante y me siento dolorosamente henchido por la excitación.

–Compadre....

Ella toca mi hombro, me empuja hacia atrás y caigo en el suelo, el pecho hundido en la tierra de la pradera. Ella está sobre mí, en cuclillas; se acuesta sobre mi cuerpo, su pecho sobre el mío, a horcajadas, muslo contra muslo. La tierra se mece suavemente debajo de nosotros, tiembla con nosotros, con la serie de orgasmos, mis gruñidos, mis suspiros ahogados. Cuando ella empuja mi rostro contra el suelo comprendo algo sobre la naturaleza del sexo, algo de la perversión masculina en el acto sexual, en la penetración: la adquisición de poder por medio de la conquista, cuando en realidad el colapso de la dualidad hombre y mujer es una puerta, un camino de regreso al Jardín. Algo así. Y creo oírle murmurar:

–Hijo mío, mi niño, mi amante, mi hermano.

301

Me entrego a ella, me rindo aunque compruebo que es una vieja cuando se levanta y mira a los ojos. Su rostro está lleno de arrugas, su trenza es canosa: es la curadora de altiplano, la que sostuvo mi mano cuando murió el Viejo. Sus senos cuelgan como peras marchitas, su sonrisa deja ver dientes amarillentos; los ángulos de sus ojos se arrugan. Ríe y yo la atraigo hacia mí y la penetro.

Es extraño que no experimente repulsión alguna, extraño que me entregue a ella; ella es otra vez inmaculada, joven y fuerte. ¿La hija de la selva? ¿Es el Amazonas el que aspiro en su aroma húmedo?

Amante, hermana, madre, vieja. ¿Qué metamorfosis es ésta? ¿Cambio yo también? Los latidos que siento están en mi interior pero no son míos; están arriba y debajo simultáneamente.

Como yo. ¿Cuál es mi lugar? ¿Soy dos personas? ¿Aquí, en la pradera, y aquí, debajo de las ruinas, mirando la ciudad invertida? Acunado por la Tierra, la suciedad y la piedra. Somos tres, porque debe haber otro yo, el que piensa este

pensamiento.

Una culminación estremecida en la pradera; ella se aparta de mí. Endereza sus piernas y se pone de pie. Es la doncella indígena, la hija de la montaña. Se aleja y se detiene al llegar a la piedra. Se vuelve hacia mí con su sonrisa de curadora de diente amarillos, me mira por última vez y entra en la piedra.

...Pero el norte no tiene ninguna de las cosas que imaginé.

Anoche caí en la Tierra, volví a ella, como el hijo pródigo. Fui testigo de algo que intentaré comprender y luego partiré, a solas.

El tiempo no se ve afectado por la gravedad del centro de la Tierra.

El tiempo transcurrió.

Y allí estaba el yo que se tendió en la hierba, soñando.

El yo que cayó en el interior de la Tierra y la vio desde adentro, percibió su fertilidad,

302

su preñez. Floté en el espacio del interior de la Tierra; fue una experiencia prenatal, en un saco amniótico revestido de roca y cristal. Durante todo el tiempo supe qué era estar preñado, sentí que una vida se formaba dentro de mí.

Y allí también había rostros. Los vi en los muros del espacio que habité, en los límites de mi conciencia, en los rincones de mi percepción. Rostros antiguos como las montañas y del mismo material: tierra, rocas, arrugas volcánicas, ojos líquidos por doquier, revelaciones simultáneas e infinitas.

¿Era ése el consejo de los mayores? ¿La cueva de cristal de la leyenda?

Otra mente comenzó a asignarles significados históricos y religiosos, el Cristo, el Buda, rostros no soñados, que conocía pero no reconocía, no podía identificar... ¿Antonio? ¿Don Jicaram?

—¿Antonio?

—La palabra se presenta ante mí en una onda concéntrica y las rocas se mueven, el hielo se derrite. El agua cae por nuevas grietas, se forman rasgos que reemplazan

los viejos por otros nuevos, otro rostro y... no. Esta mente está atascada en el pasado. La mente de imágenes grababas. No necesito empeñarme en ver y comprender. Sí, ahora puedo ver esa otra mente que piensa mientras las formas cambian. Suéltame. No necesito identificarte para conocerte. Totalmente. Aquí no necesito pensar.

En estos rostros hay recuerdos; son los rostros de antiguos ancestros. No puedo ubicarlos, no necesito hacerlo pero ¿recordaré?

Mientras tanto, las estrellas aún brillaban en el cielo. La luna, siguiendo su órbita, se movía por el cielo de Machu Picchu; las sombras cambiaban de lugar y Eduardo se acercaba cautelosamente...

Y me pregunto si no puedo reclamar el linaje de estos hombres y mujeres del pasado. Naturalmente, somos de la familia, pues provenimos del mismo sitio, compartimos un patrimonio.

303

El sol impregna la Tierra y de esa unión nace la vida; es el apareamiento del sol con la Tierra. El principio creativo, la conciencia unicelular.

Es la naturaleza de las cosas.

Esta mañana desperté al amanecer; tenía frío y estaba entumecido. El rocío de la mañana había mojado mi camisa, colgada de los tallos de las plantas. Dormí en posición fetal, acurrucado para no sentir el frío de la noche. Anoche, Eduardo me abrigó con un poncho.

Encontré a Eduardo cerca de allí, dormido en un rincón, en una casa de piedra con tejado de paja, a cincuenta pasos de la Piedra de Pachamama (que tiene un aspecto particularmente frío e imponente a la luz del día).

Medité durante un rato antes de despertarlo.

El sol no se había asomado aún por encima de las montañas del este y tenía tiempo para pensar antes de despertarlos, antes de que los primeros rayos de la

mañana iluminaron el Inti Huatana.

Supuse que me había quedado dormido y había soñado. Nos hallábamos a tres mil trescientos metros de altura y habíamos caminado durante todo el día anterior. La grandiosidad de este lugar y la fatiga me abrumaron. Pensé que me había quedado dormido en la pradera y que había soñado con la doncella, el descenso al interior de la Tierra, los muros del espacio en el centro de la Tierra, mi conciencia fracturada, mis numerosas mentes, un caleidoscopio de estados extáticos...

Un sueño.

Y Eduardo me había dejado soñar, me había cubierto con un poncho y me había dejado allí, en la pradera, en los prados fantásticos del sueño.



–Has sido violado por Dios, compadre –fueron las primeras palabras que me dijo Eduardo cuando despertó.

Eduardo había permanecido en el borde del claro y me había visto hacer el amor con la doncella.

Lo puse a prueba. Clínico al fin, callé y me limité a escuchar. Su descripción de la indígena fue fiel hasta en los más mínimos detalles. Rió de su propia descripción de mi acto sexual con la vieja, en la pradera junto a la piedra.

Dijo que, aparentemente, yo había caído en un trance, un ensueño. Temió acercarse; no quiso perturbar mi estado. Se sentó cerca de allí, en el borde del claro, y percibió que la noche estaba llena de energía. Había figuras luminosas, muchas de ellas con petos de oro, hombres y mujeres encapuchados, cóndores blancos con cuellos de plumas encrespadas, luces que giraban en espiral. En un ensueño había viajado hasta la cima del Huayna Picchu, según dijo, había un Templo de la Luna, destruido mucho tiempo atrás, columnas, portales, que existían como formas de energía con figuras geométricas grabadas y, en la entrada, un sol enmarcado por dos

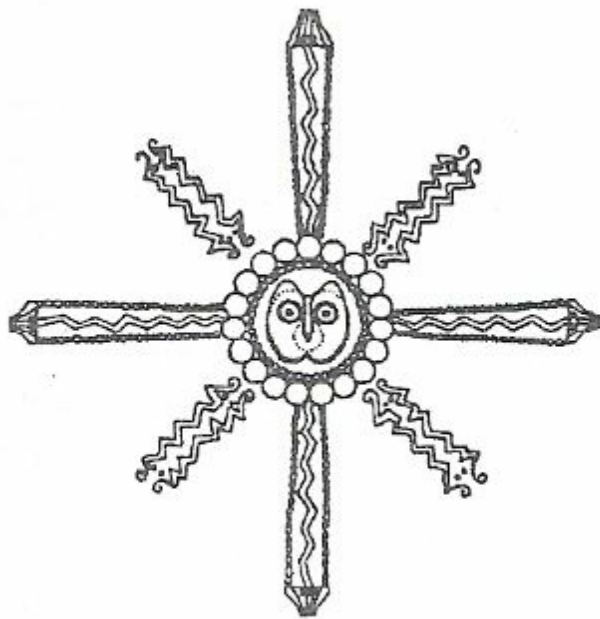
medias lunas con forma de gatos: el casamiento del sol y la luna, lo masculino y lo femenino.

Luego había regresado a la pradera, me había visto dormido y me había cubierto con un poncho.

Abandonamos la Pachamama y cruzamos el patio. Trepamos los escalones que conducían al Inti Huatana, el “puesto de amarre del sol”, donde los sacerdotes incaicos ataban al sol durante el solsticio de invierno.

Cuando el sol asomó por los picos de las montañas del este y sus primeros rayos tocaron la piedra, apoyamos la frente contra la fría superficie de granito. Y, al hacerlo, agradecemos los dones de este lugar, reverenciamos a los espíritus de los que habían vivido y muerto allí, y el legado de intuición de esas piedras brindaba a todos aquellos que se acercaban con propósitos puros e intenciones impecables.

Este



Ninguna teoría es buena a menos que se la use para ir más allá.

André Gide

No necesito dar más detalles sobre los años en que trabajé con Eduardo. Tal como lo habíamos previsto, viajamos juntos, reímos juntos, descubrimos juntos los lugares de poder y cómo éstos se adecuaban a las etapas de la Rueda Medicinal.

Si bien la curiosidad sobre la curación no occidental, tanto física como psicológica, me había impulsado a investigar y documentar las tradiciones curativas de México, Brasil y Perú, mi experiencia me había enseñado parte del concepto fundamental del chamanismo: que no se pueden producir cambios en la salud si no se producen en el estilo de vida. Con el tiempo, mi interés en la curación se transformó en interés respecto de la transformación personal. Cada vez me resultaba más evidente que el viaje de los Cuatro Vientos, el camino de la Rueda Medicinal, era una vieja historia hacia Eros, lo femenino, la mente intuitiva, el lugar de los mitos y los sueños. La mayor parte de la especie humana vive sujeta a la dictadura del logos, lo patriarcal, la mente racional de la segunda mitad del segundo milenio.

Comenzó a conformarse el concepto de una psicología de lo sagrado y, en 1983, invité a doce individuos de cinco países para que se unieran a Eduardo y a mí en un viaje de iniciación, una introducción a los pasos de poder en la Rueda Medicinal. Tal como lo habíamos hecho Eduardo y yo, viajaríamos a la bahía de Paracas, a Nazca, al Templo del Sol y al Templo de la Luna, cerca de Trujillo, y a Machu Picchu. Las extraordinarias experiencias de esta “tribu” contracultural servirían luego de base para *Estados de curación* y para una película documental del

mismo nombre, de seis horas de duración.

309

En la tradición chamánica no existe una fórmula específica para lograr la transformación. Existe el concepto de la Rueda Medicinal, el viaje de los Cuatro Vientos; pero las lecciones que se aprenden y las técnicas que se adquieren en el camino no dependen de lugares específicos de poder. El chamanismo no es una religión, ni un sistema organizado de devoción. En última instancia es una actitud, una disciplina personal, en estado mental. Una vez pregunté a Antonio si el espíritu de curación se hallaba en la mente inconsciente. El meneó la cabeza y respondió que el espíritu es simplemente la mente en su estado más puro. Ese intercambio de ideas ha sido siempre para mí parte de la esencia de sus enseñanzas.

No obstante, Eduardo y yo habíamos descubierto un programa ajustado, un itinerario de viaje, adecuado para las etapas de la Rueda Medicinal; y las altas mesetas, los picos sagrados y las junglas salvajes de Perú fueron mi laboratorio, mi aula, en los que experimenté, enseñé y aprendí.

Quizás al crear un foro para aprender por medio de la experiencia, al liderar los grupos que realizaban esas expediciones, comencé a realizar mi propio trabajo del este. Según la leyenda, el camino del águila en el este representa el regreso a la propia tribu. En el este, el individuo acepta el don de la visión y la tarea de ejercitar esa visión para crear un mundo política, ecológica y personalmente mejor, para soñar con un futuro posible. En realidad, no me interesaban aquellas personas que buscaban una experiencia trascendental en beneficio propio. Afortunadamente, los que viajaron conmigo a lo largo de los años usaron en general sus experiencias como puntos de partida y no con fines en sí mismas.

Pero, aunque imaginé que había encontrado el camino del este, sólo acerté a medias. Como siempre, aún nos esperaban nuevos desafíos más allá del horizonte.

Don Florentino García había sido el maestro de Eduardo, su mentor. Nunca conocí al anciano, aunque tendría motivos para percibir el efecto de su muerte. Don

guardián de las lagunas sagradas de Las Huaringas, el sitio al que, según la leyenda, acudieron durante siglos los chamanes para iniciarse como maestros. Cuando el anciano murió, en un mes de febrero, le correspondió a Eduardo ocupar su lugar; debía viajar a las lagunas para reclamar la administración de las aguas y las iniciaciones. De acuerdo con tradiciones que no pueden ser rastreadas, contaba con un año, a partir de la muerte de don Florentino, para asumir sus responsabilidades.

Pero Eduardo, mi amigo y compadre, había comenzado a dejarse atrapar por el hechizo de su propio poder, seducido por su propia persona y por el servilismo de la Nueva Era de Europa y Estados Unidos. Recorrió el circuito chamánico al servicio del folklore popular. Es la trampa que aguarda a aquellos que se identifican con sus enseñanzas y crean imágenes grabadas de ellos mismos. Continuamos nuestro trabajo juntos, pero pronto percibí su creciente debilidad. Eludió el viaje a las lagunas y la responsabilidad comenzó a acosarlo y a minar su fuerza.

Cuando llegó el mes de febrero y, con él, la fecha del aniversario de la muerte de don Florentino, invité a un grupo selecto de amigos y compañeros de viaje para que se uniesen a Eduardo en su peregrinaje, a fin de participar en la ceremonia de asunción de su cargo en Las Huaringas. Sería una expedición difícil, ya que debíamos internarnos en las montañas a pie y a caballo, con burros que transportaran nuestros pertrechos.

Cuando nos reunimos en Cuzco, Eduardo anunció que no iría. Dijo que había llovido y que los caminos y senderos estaban destruidos. Viajaría en otro momento, dijo.

Hicimos lo que pudimos. Viajamos en cambio a San Pedro las Castas y a las lagunas de Marcahuasi, ubicadas en una meseta que está a tres mil seiscientos metros de altura. Descendimos hasta las lagunas entre ruinas antiguas hasta llegar a un anfiteatro natural rodeado por monolitos de granito, tallados por el tiempo y los

elementos y que, extrañamente, se asemejaban a rostros humanos. Allí llevamos a cabo la ceremonia de

311

iniciación que imitaba la que Eduardo había evitado en Las Huaringas. Fue una experiencia impresionante para los que hicieron el viaje, pero no era lo que habíamos planeado y, al ver allí a Eduardo, supe que no había estado a la altura del desafío. Que había perdido una oportunidad.

Vale la pena relatar los dos acontecimientos que se sucedieron inmediatamente después.

El grupo se reunió en Machu Picchu. Todos habíamos estado allí antes y nos entusiasmos al entrar en las ruinas por la Puerta del Sol. Eduardo permaneció a un costado, apoyado sobre su bastón ceremonial tallado. Fui el último que entró. Al pasar junto a él me detuve y le sonreí. Meneó la cabeza y se volvió para entrar en la ciudad. Clavó su bastón frente a él.

Ante mis propios ojos y las miradas incrédulas de los miembros del grupo, el cayado de Eduardo, de un metro ochenta de largo, tallado en madera con forma de serpiente, saltó de sus manos y se quebró. Los dos pedazos cayeron al suelo. El incidente lo afectó profundamente. Insinué que quizás fuera un presagio, una señal de que él, o tal vez nosotros, no debíamos entrar en las ruinas. Hizo un gesto de impaciencia, desechando la idea. Cruzamos el patio.

Diez minutos después, en el Inti Huatana, Eduardo sufrió un ataque de epilepsia, de acuerdo con el diagnóstico que realicé juntamente con un médico del grupo. Gritó mi nombre y cayó boca abajo sobre las piedras; sus ojos bizquearon y su rostro se hirió gravemente, y si no hubiéramos podido introducirle un pañuelo en la boca, estoy seguro de que se hubiera atravesado la lengua con los dientes.

Elliot, el médico, y yo transportamos a Eduardo fuera de las ruinas hasta el hotel, al pie de la montaña. Se recuperó del ataque, pero creo que aún está recuperándose emocional, psíquica y espiritualmente.

Poco después, ese mismo mes, al día siguiente del primer aniversario de la muerte de don Florentino, Las Huaringas fue destruido. Se incendiaron las chozas de tejados de paja que rodeaban las lagunas, los muros de los templos que aún permanecían allí fueron derrumbados y las aguas fueron contaminadas por los desechos carbonizados de los

312

incendios. En la zona había chamanes que, enfadados quizás por la decisión de Eduardo de compartir sus conocimientos con extraños y en desacuerdo con su trabajo en Europa y Estados Unidos, fueron probablemente los responsables de la destrucción de ese sitio legendario. Nunca lo sabremos y no es importante. Quizás algún día Eduardo regrese a las lagunas y repare el daño cometido. Me sentiría honrado si pudiese ayudarlo.



Fue también en esa época que una idea que había pugnado por conformarse comenzó finalmente a plasmarse. No puedo precisar el momento en que cuajó. No surgió plenamente formada y armada como Atenea de la cabeza de Zeus; pero una noche, en Cuzco, pude escribir sobre ella en mi diario.

21 de junio, 1983

Tambo Machay

Pienso en la Rueda Medicinal como si se tratara de un mapa neurológico que invalida los cuatro programas operativos del cerebro límbico: el temor, la alimentación, la lucha y el sexo.

Considero que la Rueda Medicinal es una progresión simple que comienza en el sur: desprendimiento del pasado, muerte, nacimiento, vuelo.

Sur, oeste, norte y este.

Los temas mitológicos del sur parecen referirse al instinto de alimentación, al hecho de “asegurarse de que nuestro plato esté colmado”, que

se satisfaga nuestro hambre de amor, de apoyo y de alimento.

313

Nuestro apego a las cosas del mundo. En el sur nos desprendemos de nuestro pasado personal, del ser que fue proscrito del Jardín y condenado a viajar desnudo, hambriento y a no ser armado por la naturaleza.

Y liberamos los espíritus de nuestro pasado personal, para que encuentren la paz y no continúen alimentándose de nuestro presente.

¿Intento aferrar fantasías o estoy cerca de la verdad?

Creo que lo estoy, porque el sur es el Camino de la Serpiente, el uroboros, la vida que se ocupa del proceso de comer, la vida que come a la vida.

Alimentación.

Hay algo aquí que es metafórico, mitológico...

El oeste. Este es sencillo. Uno va al encuentro de su propia muerte y supera el temor. Al afrontar la muerte y aprender a volar espiritualmente, nos identificamos con lo trascendente, el yo inmortal, nos liberamos de las garras del temor y vivimos plenamente, porque la muerte ya no puede reclamarnos. Enfrentamos lo desconocido, lo que más tememos. El temor.

El norte. Lo femenino. Eros. Donde confirmamos nuestro linaje de hombres y mujeres de conocimiento.

El lugar de la mente andrógina, el principio creativo que personificamos en Dios, la unión del Sol (masculino) con la Tierra (femenina), de donde proviene la vida. El sexo.

Obviamente.

El este. El camino de los visionarios, cuya misión es la de superar el orgullo y el autoengrandecimiento, para ver lo humano posible. El lugar de la no violencia en un mundo dividido por los conflictos. La lucha.

Resulta curioso que esta antigua fórmula pueda relacionarse con las funciones fundamentales de un cerebro primitivo; funciones que, durante

milenios, han controlando el comportamiento y la conciencia humana.

Pensamientos que se confunden entre sí: la neocorteza se desarrolló en la época

314

en que el ser humano primitivo vivía bajo la influencia de un cerebro límbico absorbido; por ejemplo, un entorno hostil en el que todas las cosas del cielo y la Tierra eran cosas visibles, vivientes. El cerebro límbico estaba sobresaturado por los estímulos del medio ambiente.

Entonces apareció la neocorteza que permitió que los humanos reflexionaran sobre ellos mismos y se distanciaran del medio ambiente y sus influencias, al invocar la lógica y definir la experiencia (el éxodo del Jardín). El hombre se tornó semejante a nosotros al conocer el bien y el mal...

Y, aun después de la aparición del cerebro pensante, el cerebro límbico prosiguió dirigiendo la maquinaria neurológica y trazó el rumbo de la historia humana.

La alimentación (nuestras fijaciones orales y anales) es nuestro primer acto infantil; buscamos el seno materno y luego continuamos asociando el alimento con la seguridad y la satisfacción.

El temor: al conflicto, al dolor, sin duda, a la muerte.

Lo desconocido. Somos capaces de cualquier cosa con tal de evitar aquello que tememos.

El sexo. Es casi innecesario explicarlos. Pertenece a una raza que se aturde con la lujuria, que es capaz de vivir consumida por la pasión.

La lucha, los impulsos violentos que albergamos y que pueden dirigirse hacia otros o hacia nosotros mismos.

El suicidio es un impulso criminal internalizado.

Manifestaciones sociológicas.

Los cereales se pudren en los silos mientras millones de seres padecen hambre, en nuestro país y en el extranjero.

Hay anunciantes que ganan billones de dólares por año especulando con nuestros temores.

El sexo y la violencia comparten el mismo cartel. La violencia en los medios de comunicación no tiene precedentes. En nuestras ciudades surgen nuevas formas de violencia patológica: el demente que con un arma automática mata escolares, la mujer

315

que asesina hombres de edad madura y los entierra en el patio de atrás de su casa, el grupo de adolescentes que golpean y violan, mientras ríen y se deslizan por el filo de la navaja, entre el placer y el sufrimiento.

¿Nos estamos acercando a la saturación?

¿Nuevamente?

¿La capacidad de anular las directivas fundamentales del cerebro primitivo, de adquirir una conciencia nueva y más elevada, es el próximo salto cuántico en la evolución de esta especie?

Consumación que debemos desear fervientemente.

Pocos meses más tarde estaba yo junto a la Piedra de la Muerte, en la pequeña colina que mira hacia las ruinas de Machu Picchu. El grupo había trabajado diligentemente en la bahía Paracas y en Nazca. Ahora nos preparábamos para celebrar el ritual de la muerte simbólica, antes de entrar en la ciudad.

El sol, radiante en el diáfano aire andino, había aparecido entre las nubes que cubrieran el cielo durante la mañana.

–En Nazca –dije–, descubrimos que el pasado que nos ata, nos limita y decide nuestro comportamiento, debe ser capturado antes de liberarlo, debemos hallarlo antes de perderlo, usarlo hasta que podamos desecharlo.

Protegí mis ojos de la intensa luminosidad del sol y miré casualmente hacia abajo, a la derecha. Un grupo de niños había entrado en las ruinas. Se encaminaban hacia el Inti Huatana.

–Tratamos de penetrar en el reino de la metáfora y el mito. Por medio de la ceremonia y el ritual nos conectamos, jugamos con los símbolos y la poesía de una conciencia primitiva, e intentamos evitar el discurso basado sobre preguntas y respuestas, propio de nuestra mente racional. No existen reglas rígidas. Nuestra única obligación es la de estar presentes en el contexto de estos rituales, de liberarnos de cuanto experimentamos...

Creo que eso era, esencialmente, lo que estaba diciendo cuando miré nuevamente hacia la derecha y vi a la persona que guiaba a los niños. Hay una distancia considerable

316

entre la Piedra de la Muerte y la Piedra del Sol; demasiada para identificar a un individuo, pero había algo en su manera de moverse.

Su poncho y su sombrero de paja de alas anchas se alejaron con un andar familiar antes de desaparecer a la vuelta de una esquina.

Me interrumpí, pedí disculpas al grupo y caminé montaña abajo, pasé por la Puerta del Sol y crucé los patios de la ciudad. Los niños eran escolares pero no llevaban uniformes; eran niños indígenas que pertenecían quizás a alguna comunidad rural o aldea cercana. Se sentaron obedientemente en torno de la Piedra del Sol y conversaron, tocaron sus quenas, sikus y otros instrumentos que vendían en la estación ferroviaria que estaba en la base de la montaña.

Me arremangué los pantalones, me senté junto a uno de ellos, una niña, y le pregunté dónde estaba su maestro. Ella me sonrió y señaló hacia el Templo del Vuelo Espiritual. Dijo que había ido a buscar a Julio.

Detrás del Templo del Vuelo Espiritual hay un cuarto. Es un cuarto de ecos, donde las palabras que se murmuran retumbaron y pueden ser oídas del otro lado del muro, en el estrado del templo. Fue allí donde lo encontré. Estaba atando una tira de tela a la pierna de Julio. El niño se había alejado del grupo, había tropezado y se había lastimando la rodilla.

—¿Antonio?

Me miró por debajo del ala de su sombrero de paja y su rostro se arrugó cuando sonrió. Sus ojos aún tenían brillo.

—Ya está. —Tomó el rostro de Julio con una mano y dijo—: Ahora, vuelve junto al grupo. Estaré con ustedes en un instante. Hazte cargo hasta que yo regrese.

El niño sonrió, se limpió la mejilla con la mano sucia y corrió a reunirse con sus compañeritos.

*No puedo de pronto decirte
lo que debiera decirte,
amigo, perdóname; sabes
que aunque no escuches mis palabras,
no estaba dormido ni lloraba,
que estoy contigo aunque no te vea
por mucho tiempo y hasta el final*

Pablo Neruda

Antonio había envejecido. Ello no era sorprendente, pero como había imaginado que había muerto, la imagen que tenía de él quedó congelada en mi mente. Pero aquí estaba: era un apuesto anciano indígena de alrededor de setenta y cinco años, sentado en un borde de granito. Se quitó el sombrero y vi que sus cabellos, antes de color gris plateado, se habían vuelto blancos.

Permanecí allí, totalmente pasmado por su presencia.

–Y bien –dijo. Me midió con la mirada; miró mis pantalones, mis botas, mi camisa de algodón, las gafas para el sol sobre la frente–. Me alegra comprobar que no se ha convertido en un indígena. ¿Tiene hambre?

Sacó el pequeño morral que llevaba debajo del poncho.

–¿Dónde demonios se había metido? –Mi pregunta resonó varias veces al chocar contra los muros y fui hacia un sitio donde sabía que no habría eco. Don Jicaram amasó una pequeña esfera de yuca y pasta de maíz.

–Soy un anciano –dijo–. Regresé junto a mi gente. Cuando usted volvió a su hogar, comprendí que mis viejos ternos eran tan impropios para mí como lo serían para usted un poncho y un sombrero de paja. –Sonrió y me entregó una porción de alimento–. Es verdad que un chamán puede estar entre dos mundos, no sólo espirituales sino culturales. Usted lo ha demostrado. Yo también. Pero había llegado

el momento de regresar a casa.

318

–Pensé que había muerto.

Arqueó las cejas y asintió.

–Así fue –dijo–. Morí para una de mis vidas. Pero usted debió imaginar que no había motivos para enfadarse o llorar. Como el jaguar, tenemos muchas vidas. Parte de nuestra tarea consiste en saltar elegantemente de una a otra cuando una de ellas llega naturalmente a su fin. –Tomó la bota que llevaba al hombro y bebió un sorbo; luego me la entregó.

–Ha estado ocupado –dijo–. Me alegro.

Y comencé a hablarle de mi trabajo, mi regreso a Perú, mi encuentro con Eduardo, mi viaje al norte, pero me interrumpí a poco de comenzar. El sabía dónde había estado yo. Lo veía en sus ojos. Nos sonreíamos mutuamente. Luego él cambió de tema.

–Lo que hay que comprender –dijo–, es que la conciencia de los antiguos recuerdos del norte no es la suya, la del individuo que recuerda, porque usted sólo recordará los acontecimientos de su vida. Es como deslizarse entre la grieta entre los mundos y ocupar su lugar entre los que nacieron dos veces, los que han conquistado la muerte. Son aquellos que han luchado con los arquetipos y las fuerzas de la naturaleza para convertirse en personas de conocimiento. Son nuestros ancestros, los depositarios de la Tierra. –Sacó de su morral dos trozos de corteza de canela y me dio uno; se colocó el otro en la comisura de los labios.

–La doncella que vino a mí desde la Pachamama...

Antonio rió, encantando.

–De modo que conoció a la vieja, el espíritu de la Madre. ¿Cómo se presentó ante usted?

Le expliqué cómo había salido de la piedra de Pachamama, doncella y vieja, me había hecho el amor, me había impregnado con la conciencia de la vida, allí, en la pradera.

–Nos toca a todos de una manera diferente –dijo él–. Cuando la vi por primera vez me condujo por los laberintos.

–Inclinó la cabeza en dirección del Huayna Picchu y el Templo de la Luna–.

Obviamente empleó los medios más adecuados para captar su atención.

–¿Vio usted los rostros? –pregunté.

319

Asintió.

–Pertenece a aquellos que han estado antes que nosotros y aquellos que nos seguirán. –Se quitó de la boca la rama de canela y dijo:

–Conviértase en ellos y permita que ellos se conviertan en usted, y sus recuerdos aumentarán, pues son el que usted será. Debe ponerse de pie sobre sus hombros, así como Julio y los otros niños lo harán sobre los suyos.

Hubo una larga pausa. Volvió a introducir la rama de canela en su boca.

–La historia nos confía una responsabilidad y nosotros la eludimos y nos refugiamos en el drama de nuestro pasado personal. Deshonramos la historia y el linaje de nuestra especie al negarnos a nuestros ancestros. Debemos salir de la historia corriente e ir más allá.

–¿Y el camino de la Serpiente?

–El camino de los visionarios –dijo–. Donde soñamos con los ojos abiertos. Todos tenemos un futuro, amigo mío, pero sólo los hombres y mujeres de concomimiento tienen la posibilidad de un destino. En el este el chamán asume la plena responsabilidad por la persona en que se convierte e influye sobre el destino al imaginar lo posible.

–Según la creencia popular existen maneras de acceder a la trascendencia y de lograr el control del propio destino –dijo.

Pasó la lengua sobre sus dientes y meneó la cabeza.

–El destino no es algo que tratamos de controlar. El control del destino es... una contradicción. Pero un hombre o una mujer de poder pueden influir sobre él. Aprender a danzar con él. Conducirlo a través del salón de baile del tiempo.

–¿Por dónde se comienza? –pregunté.

Arqueó las cejas con gesto interrogante, me miró durante un instante y luego asintió.

–Por los niños –dijo. Se tocó la parte superior de la cabeza con el dedo índice y sonrió–. La grieta entre los mundos –dijo–. La mollera con que nacemos, que se

cierra poco después del nacimiento. Las costuras aún están allí. Señalan el lugar. – Hizo un gesto con la mano, como si quisiera desechar sus palabras–. Podemos dividir átomos y empalmar genes.

320

Los hilos de nuestro destino están en nuestras manos. La tarea consiste en trenzarlos y avanzar hacia el futuro.

–Y comienza con los niños –dije.

Asintió y se puso de pie.

–Y debo volver junto a los míos.

Colgó la bota de su hombro. Puso una mano sobre el mió, como lo hiciera tantas veces en el pasado.

–No se detenga ahora, amigo mío. Apóyese sobre nuestros hombros y contemple el horizonte lejano. Vivimos a través de usted y dentro de usted. Todos los meses lo veo en el fuego que enciendo cuando hay luna llena. –Carraspeó–. Nos volveremos a encontrar –dijo–. Hemos viajado bien juntos y hay sitios a los que no puedo ir solo.

Me tomó la mano.

–Es bueno saber estas cosas, ¿no es así?

Oprimí su mano.

–Hasta pronto –dije.

–Hasta pronto –dijo. Y se marchó.

No volví a verlos.

Regresé junto a mi grupo; completamos nuestro trabajo en la Piedra de la Muerte, entramos en las ruinas y pasamos la noche allí.

A la mañana siguiente descendimos de la montaña y tomamos el tren a Cuzco. Hay niñas pequeñas, indígenas de diez o doce años, que venden baratijas a los turistas: cuentas de cerámica, collares con viejas monedas peruanas, flautas y quenás. Con el correr de los años había llegado a conocer a la mayoría de ellas. En el momento en que subí al tren una de ellas, la menor, me llamó por mi nombre. Me volví y le sonreí.

–El anciano me dijo que le entregara esto –dijo. Extendió la mano y tomé el

pequeño bulto envuelto en tela. Le agradecí, compré un par de sencillos aretes de plata, le hice bromas, tomé asiento en el tren y desenvolví el búho de oro de la mesa de don Jicaram. Visión nocturna, conocimiento olvidado, el objeto que tuve en mi mano la primera vez que corrí, plenamente consciente, por un bosque del altiplano.

321

22

*Entre la idea
y la realidad
entre el movimiento
y el acto
se proyecta la sombra.*

T. S. Eliot

5 de abril, 1987

Machu Picchu.

Es tarde. Escribo a la luz del fuego, que es la mejor para escribir. Este grupo es único. Diez de los dieciocho no se impresionaron mucho con el ritual, no trataron de explicar sus experiencias por medio de intrincadas superestructuras lógicas ni preconcebidas.

Su escepticismo es saludable, no lo emplean como apoyo, ni para consolarse temporalmente.

C. está empeñada en mantenerme a raya.

Estoy harto de su feminismo. Liberal de la costa este, empecinada, privilegiada, de tipo intelectual, es un incordio. Le daría un puntapié. Por lo menos dos de los hombres están enamorados de ella y ella se mantiene indiferente y distante; su espíritu es indomable. Ella es indomable; al menos actúa como si pensara que lo es. Veremos.

—Cierra los ojos.

–¿Por qué?

Por qué. Habíamos subido al tren en Machu Picchu para ir a Cuzco. Yo había comprado los pasajes esa mañana y había entregado una pequeña fortuna en calidad de

322

mordida, es decir el dinero necesario para conseguir asientos de primera clase en un tren totalmente reservado. Nos había resultado sencillo viajar juntos en un compartimiento.

–Una sorpresa –dije.

Sus ojos, de color verde avellanas, me miraron, interrogantes. Arquee las cejas.

–Ciérralos.

Inspiró profundamente. Exhaló el aire como si suspirara y los cerró. Tomé una granada que tenía en el bolsillo y la abrí con el pulgar. Ella sonreía. La fruta estaba madura y el jugo cayó de la punta de mis dedos al suelo del compartimiento.

–¿Y bien? –dijo ella.

–Abre la boca.

Sonrió más ampliamente y echó la cabeza hacia atrás y hacia un lado. Miré su cuello. Ella meneó la cabeza.

–¿No confías en mí?

–No.

–Ábrela –dije, riendo.

Ella pareció decidirse. Dejó caer los hombros y abrió los labios; su lengua estaba dispuesta a probar cualquier cosa. Extendí la mano, un tanto temblorosa a causa del movimiento del tren, y puse un trozo de fruta entre sus labios. Mordió y el jugo corrió por su mentón. Detuvo la gota con el dedo, abrió los ojos y sonrió.



Fui a Brasil para escribir. Ella regresó a Nueva York y luego me siguió. Un mes después tuve un seminario en Alemania y me sorprendió con su visita. Regresé al condado de Marin y ella renunció a su segundo año de residente en un prestigioso

hospital para vivir conmigo. Se ofreció en tres hospitales; los tres la aceptaron y actualmente trabaja en el centro médico de la universidad de Stanford.

En febrero de 1988 organicé una expedición a pie por el camino de los incas a Machu Picchu y en marzo regresé para estar presente en el nacimiento de nuestro hijo.

323



*7 de enero, 1989
Valle de la Muerte*

Segundo día, tercer día de taller en el desierto.

Echo muchísimo de menos a C. no hay teléfonos.

Hablé con ella antes de anoche. La añoro. Sufro al pensar en Ian; ¿recordará a su padre después de una semana de ausencia? Es un dulce dolor.

Es mediodía y el grupo se ha dispersado; se ha ido a vagar por el desierto. Ayunamos y abandonaron el círculo en busca de una visión diurna. Improvisé un poste indicador con desechos de madera, un pañuelo rojo atado a una larga rama, para marcar nuestro punto de encuentro. Debería permanecer aquí para ser un centro de reunión para ellos, pero experimento esa sensación, ya conocida, de algo que me impulsa a moverme.

Hay algo allá afuera, en el horizonte del este. Veo dónde está, aunque sólo hay dunas de arena; está a un kilómetro y medio de distancia.

Pero debo aguardar aquí. Es mi responsabilidad; debo mantener un centro.

Más tarde

Al diablo con todo. El impulso es demasiado fuerte y la ansiedad me carcome.

Abandoné el círculo y me dirigí hacia las dunas. Era enero y el sol caía sobre

el desierto y calentaba la arena y el aire que, durante la noche, había estado casi helado. Quedaba mucho más lejos de lo que pensaba, como en esos sueños en los que uno camina

324

hacia algo que se encuentra en un horizonte que continuamente retrocede, porque el horizonte existe en relación a nosotros y sabemos que jamás los alcanzaremos, aunque creamos acercarnos a él.

La arena virgen era blanda y profunda y, cuando llegué a la base de la duna que buscaba, me dolían las piernas y el sudor corría por mi rostro, mi cuello y mi pecho. Me había quitado la parka y la había atado en torno de mi cintura; también la camisa, que até sobre mi cabeza. Arriba, en la cresta de la duna, había un saliente; el viento la había afilado. Trepé por la ladera; avanzaba dos pasos y retrocedía uno. A mitad de camino, me deslicé hasta la base y la arena se adhirió a mis brazos y mi pecho; estaba acalorado y jadeante.

Me volví y miré hacia el sitio de donde había partido. El reflejo del sol me hizo parpadear, no podía ver el pañuelo. Miré mi reloj y comprobé que había caminado durante una hora para llegar hasta donde me hallaba. ¿Cinco Kilómetros? Podía ser.

Recorrí con la mirada la ladera de la duna; vi en lo que no había reparado antes. Hacia la derecha había otras pisadas en la arena que se dirigían hacia la cima y la sobrepasaba. Eran huellas difusas, hoyuelos en la arena, pero el espacio que había entre ellas las hacía inconfundibles. Había alguien allí, detrás de la cima. ¿Me aguardaba? ¿Era un miembro del grupo? Miré hacia atrás; observé mis pisadas en la arenas y vi que había otras y que había caminado junto a ellas sin darme cuenta de que lo hacía.

Contuve el aliento; el corazón me latía con fuerza; todo era muy misterioso. Impulsado por la descarga de adrenalina trepé por la ladera y, aunque la cresta cedió, pude llegar hasta la cima.

Allí estaban las huellas, las que me habían precedido y allí se detenían. Exploré con la vista el horizonte; 360 grados de dunas brillantes, esculpidas por el

viento. Desde allí pude ver el pañuelo; era un punto en el horizonte, a varios kilómetros de distancia. Entonces sentí una presencia. Entre los omóplatos. Detrás de mí.

325

Me volví y el sol me obligó a parpadear, el sudor hizo arder mis ojos. Allí, donde acaban las huellas, estoy yo. El torso desnudo, bronceado y musculoso, más saludable que yo, más delgado que yo, está sentado con las piernas cruzadas, las muñecas apoyadas sobre las rodillas, los ojos cerrados, la cabeza levemente inclinada hacia atrás. Su garganta está tensa, expuesta.

Soy yo, no cabe duda. Aquí no hay sombras proyectadas por la luna que puedan confundirme.

He visto muchas cosas; en mis viajes he encontrado tantas manifestaciones de la vida y del espíritu, y sin embargo me resulta reconfortante comprobar que puedo asombrarme. Como dijo Eduardo, siempre me sorprende cuando una visión entra en mi vida. Es un hecho feliz.

Una parte de mí se aferra a la conciencia semirracional y caigo de rodillas en la arena y toco una de las huellas. Es como pellizcarse cuando uno cree estar soñando.

Cuando lo miro, él abre los ojos y sonrío y pienso: ¿Es ésta una trampa? ¿Una alucinación provocada por el sol?

Y comprende que tuve una opción.

Pude haberme alejado del hombre de la duna. Pude haber regresado al yo que nunca abandonó el círculo, que refrenó el impulso de ir hacia allí, que aguardó obedientemente el regreso de los miembros del grupo.

Estoy de regreso en el círculo. El primer regreso. Nadie tiene por qué

enterarse de que me marché...

Y ríe; ríe de mi estupidez, de mis dudas sobre mí mismo.

Y río. Vine impulsado por la curiosidad, sin expectativas. No buscaba nada; simplemente, me dejé llevar por un impulso. Para encontrar al otro. Al que había dejado en la selva.

El me lo dijo.

326

Descruzó las piernas y se puso de pie frente a mí. El sol, a mis espaldas, proyectó una sombra; la mía, que lo atravesó. Extendió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

Nos abrazamos.

Y me senté en la arena, en la cima de la duna; cerré los ojos y recordé cosas que no tenía por qué recordar.

No existe un yo integral, un yo verdadero. Las últimas palabras de Antonio comienzan a cobrar sentido. El concepto se manifiesta...

No se trata de estados múltiples de la conciencia, sino de múltiples yos. He conocido a un otro importante. El que dejé en la selva, el que siguió el camino de guerrero mientras yo me ocupaba de vivir, de hallar mi destino, de mirar hacia el norte. Estuvo viajando durante todo este tiempo.

Tengo prisa por describir las cosas que aprendí. Habrá otro tiempo y otro espacio para demostrar, explorar, experimentar el conocimiento que se instaló esa tarde en mi conciencia.

No relataría aquí este incidente particular si no fuera por su sublime ironía respecto de lo sucedido anteriormente. Después de tantos años, el cazador y la presa, persiguiendo el poder y perseguido por él, para llegar a la cima de una simple duna de arena y vivir allí el eco de una experiencia que tuvo lugar antes, en un claro frente a un templo en ruinas, cuando me encontré a mí mismo en actitud meditativa, abrí los ojos y vi al jaguar. Había abandonado ese yo en el fondo de una laguna, para encontrarlo años más tarde en la cima de una duna del Valle de la Muerte. El poder con el que me había conectado se manifestó como yo mismo, después de surgir del

fondo de la laguna y caminar sin sombra; un guerrero, un yo etéreo.

Desde que comencé a escribir esto, percibí los desafíos que me esperan. Pero, como dije antes, esas cosas pertenecen a otro tiempo, a otro espacio.

Basta con que diga aquí que comencé a saber algo acerca de la naturaleza de la Rueda Medicinal, del viaje de los Cuatro Vientos que emprendí cuando abordé aquel avión, hace

327

ya muchos febreros.

Sé que el poder que se puede obtener en el viaje de los Cuatro Vientos está constituido por algo más que el conocimiento adquirido, las epifanías del espíritu, la responsabilidad y las técnicas para convertirse en guardián de la Tierra. También consiste en adquirir distintas vidas.

Existe un cuerpo de energía. Se adquiere en el sur.

Existe un cuerpo natural, un cuerpo etéreo, que se adquiere en el oeste. El cuerpo del jaguar. Es el cuerpo que hallé en la duna.

Existe un cuerpo astral, que vive tanto como las estrellas. Está en el norte. Es el cuerpo de los antiguos maestros. Un cuerpo místico. La sabiduría del universo.

Y pienso que hay un cuerpo causal en el este. El pensamiento antes de la acción. Aquello que existe antes del hecho. El principio creativo. El cuerpo del águila.

Y aquí estoy, convencido de que debo continuar mi viaje. Hay nuevas preguntas que deben ser respondidas.

Aún hay experiencias que deben ser servidas.

Permanecí un rato sentado sobre la arena y, cuando me puse de pie y bajé de la duna, tomé una ruta diferente.

Lejos del pie de la duna me volví y contemplé la arena que se deslizaba hacia abajo, como una ola cristalina que barriese suavemente la ladera, borrando nuestras huellas. Y recordé que la persona de conocimiento no deja huellas al caminar.

12 de junio, 1989

En casa

Sentado en la sala de estar, frente al fuego. Crucé la calle por el empinado terraplén que llega hasta un riachuelo que atraviesa la ciudad. Hay robles y eucaliptus

328

y recogí las ramas para hacer este fuego.

Hice tres viajes.

Este fuego no debe hacerse con leños comprados en una tienda.

Mi amante, mi hermana, mi mujer y amiga acaba de regresar después de trabajar durante treinta y seis horas. Curando enfermos, atendiéndolos. Entró en la sala de estar, me vio, se acercó por detrás de mí y tocó mi hombro. Dijo que subiría a la planta alta para ver a nuestro hijo de quince meses. Permanece junto a él mientras duerme.

Murmuró que me amaba y se marchó. Vio las cosas que había en el suelo; sabe qué estoy haciendo. Tengo el impulso de dejar el fuego e ir tras ella, para besar a nuestro hijo y llevarla a la cama. El amor y el deseo me inundan, pero debo ocuparme de este asunto.

Ella vio los diarios esparcidos por el suelo en semicírculo frente a mí. Algunos son cuadernos con cubiertas de cartulina; uno de ellos tiene una espiral y carece de cubiertas. Muchos de han desencuadernado y las hojas están sueltas. Hay uno sostenido con cinta adhesiva y otro con goma de liar.

Y está el primero, con cubiertas de cuero, el más pesado.

Los leí todos, algunos por primera vez en años. He hecho una selección y sobre el escritorio de mi oficina hay un manuscrito.

Este ha sido mi viaje al este. Este libro es un intento de servir a las experiencias que me transformaron. De compartirlas de la mejor manera posible. Pero aquí, frente a mí, están todos estos recuerdos, las experiencias, la fatua filosofía y las revelaciones claras como el agua. Quince años de trabajo. Una vida apresada en palabras.

Experiencias a las que puedo servir mejor si las libero.

Honrarlas mejor si las arrojo en el fuego, y las entrego a las llamas.

Bienvenidos sean los espíritus que surjan del fuego; los bendigo y reverencio; los

329

libero y me libero, para poder entrar plenamente de nuevo en mi presente. Y vivir cada instante como un acto de poder.

De modo que aquí estoy; concluí un libro, hice mi trabajo de este y ya he comenzado el trabajo del sur.

Una vez más.

Círculo completo, como la Rueda Medicinal, círculo que pasa por los puntos cardinales de la brújula, las etapas de la conciencia, las estaciones.

Círculo sin fin, ciclo, uroboros.

Y aprendí algo más. Que, de todas las experiencias vividas en todos mis viajes por el mundo, de todos los sentimientos que he experimentado, el más sagrado es mi amor por ella. Es la pura verdad. Es algo que se puede experimentar, mas no describir.

Después de todo, ¿qué estuve buscando? ¿Cuál es, en definitiva, el poder que adquiriré en mis viajes? Puedo convocar a la naturaleza en mi interior, ver cosas ocultas, volar más allá de mí mismo, enseñar a otros a hacerlo, pero el estado definitivo de la conciencia, lo divino que hay en mí, es eso que resplandece en mi vientre, asciende por mi cuerpo, ilumina mi yo con una luz curativa cuando la miro.

Así.

Comprobé que necesito arrancar las hojas porque no quiero que mañana quede nada que pueda ser leído.

Cuanto más viejas las páginas, más fácilmente arden.

Sin embargo, el fuego parece vacilar, como si las llamas no quisieran tocar el último diario que arrojé; el más viejo, el primero.

Debe ser mi imaginación.

Sólo resto esto.

Escribo esta frase antes de agregarla a las otras, con la esperanza de que recordara cuanto escribí, porque después de todo, quizás sea la mejor manera de concluir la ceremonia, de finalizar el libro.

330

Mi intención era la de escribir una última frase y arrojarla al fuego, para lograr un efecto dramático. Pero, como dijo una vez Antonio, el ritual sin naturalidad no es un ritual y, cuando la última página que arranqué del diario se acercó a las llamas, mi mano comenzó a temblar.

Me pregunté por qué. Entonces escuché un bostezo y, al volverme, la vi de pie en la entrada de nuestra sala de estar. Tenía a nuestro hijo en sus brazos, la cabeza de él sobre su hombro. Medio despierto, medio dormido; entre dos mundos y en los brazos de su madre.

Comprendí que mi viaje está signado por comienzos, o por finales.

Arrojé la hoja en el fuego, me puse de pie, deslicé en mi bolsillo el pequeño búho de oro y me reuní con mi familia.

331
ÍNDICE

Prefacio

9

Mapa del Perú

11

Prólogo

13

Sur

17

Oeste

195

Norte

269

Este

307

Para mayor información del Dr. Alberto Villoldo en español,
visite www.loscuatrocaminos.com y en inglés www.thefourwinds.com